Lengua y nación:
el rol de las élites morales
en la oficialización del guaraní
(Paraguay 1992)

Gabriela Zuccolillo F.

Lengua y nación:
el rol de las élites morales
en la oficialización del guaraní
(Paraguay 1992)

Tesis de Licenciatura en Ciencias Antropológicas
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

Gabriela Zuccolillo F.
Directora: Dra. Claudia Briones
Buenos Aires, Octubre de 2000

Agradecimientos

Agradezco la ayuda y el apoyo que he recibido desde distintos lugares para hacer esta tesis. A quienes entrevisté, que no solo respondieron a mis preguntas e inquietudes sino compartieron también sus ideas, elaboradas en años de trabajo, señalando siempre algo más que desconocía. En la búsqueda bibliográfica, mi agradecimiento especialmente a María Julia Duarte, a la Dra. Julia Velilla, y a Aníbal Benítez por su constante apoyo y motivación. A quienes oficiaron de pacientes traductores: Florentina Velázquez, Pedro E. Zuccolillo, Rodolfo Prantte y Rafael Martínez. A otros que consulté, como Milda Rivarola, y Eusebio Ramón Ayala, por su colaboración y/o sugerencias. A Diego Brom por las desgrabaciones.

A Carmen y Nelly Brakenridge, gracias a quienes pude permanecer estos últimos meses en Buenos Aires; a Susana Oliveri, Mercedes Avellaneda, Eva Muzzopappa, Gabriela Saludes, Gunulf Bjorkman, y Rodolfo Prantte, quienes hicieron que vuelva a sentirme “como en casa” en Buenos Aires. A Margarita Robinson, por “ser mi cable a tierra”, a Lucy Yegros por su alegría e interés, y a Javier Rodríguez Alcalá, por su lúcida ironía y constante compañía, a veces virtual.

No quiero dejar de recordar a compañeros con quienes juntamos conversaciones a las horas de estudio, entablando amistades, más allá de la carrera; a profesores,—no solo de Antropología—gracias a los cuales llego a esta instancia, algunos entre ellos que por sus actitudes y la pasión por lo que hacen me fueron marcando. Percatándome de una etapa que se cierra, están aquellos con quienes ya no compartiré las próximas: Elizabeth French y Gabriela Recart, quienes mucho tuvieron que ver con que esté hoy embarcada en esto; y a la parte de la familia con que aún cuento, mi padre, hermanos y sus familias, y a Cristina “Ina” Riveros. Gracias.

A la Dra. Claudia Briones, porque gracias a todo lo que dio y puso —tanto a nivel teórico como humano— guardo de esta experiencia, fundamentalmente, la sensación de haber hecho al menos todo lo que pude, por que éste sea un trabajo digno; porque, de reunión en reunión, algo que para mi significaba solamente el cierre de una etapa pasó —“por contagio”— a apasionarme, y pareciera empezar a proyectarse a futuro; pero sobre todo, porque este diálogo parece haber enriquecido mi mirada, mucho más allá de la tesis.

A todos ellos, y algunos que si bien no están nombrados, siempre “están presentes”, muchas gracias.

Índice

Introducción y marco teórico.....	7
-----------------------------------	---

Parte I

(Pequeña larga historia del guaraní en el Paraguay)

Introducción.....	18
Capítulo 1. El Paraguay colonial.....	21
1. Período pre-colonial. <i>Ava ñe'é</i>	21
2. Conquista española.....	23
a. Guaraní criollo.....	23
b. Guaraní jesuítico.....	27
3. Contexto colonial tardío.....	33
Capítulo 2. La nación independiente.....	42
1. Dr. Francia. 1813-1840.....	42
2. Carlos Antonio López. 1842-1861.....	46
3. Guerra de la Triple Alianza. 1864-1870.....	50
4. Pos-Guerra y “Reconstrucción Nacional” a partir de 1870.....	53
Capítulo 3. El Paraguay del siglo XX.....	62
1. 1870-1936. Inestabilidad política.....	62
2. Guerra del Chaco. 1932-1935.....	69
3. La población indígena.....	72
a. Región Occidental o Chaco.....	72
b. Región Oriental.....	74
4. Stroessner.....	81
a. Discurso nacionalista.....	83
b. Política lingüística gubernamental.....	84
c. Educación.....	85
d. Constitución 1967. El guaraní como lengua nacional.....	88
e. Desnaturalizando imaginarios.....	92
5. Transición democrática.....	102

Parte II

Capítulo 1. Debate constitucional 1992.....	106
(Una descripción etnográfica)	
1. Artículos sobre las lenguas.....	107
2. Artículo 77. <i>De la Enseñanza en Lengua Materna</i>	109
a. Piso del debate – Inclusión.....	112
b. Lo ideal y lo realizable.....	118
c. Los “otros” internos – Exclusión.....	121
d. Guaraní como lengua mestiza.....	126
3. Artículo 134. <i>De los idiomas</i>	127
4. Lo que no se dice.....	132
a. Sobre el castellano.....	132
b. Vínculo oficialidad-educación.....	134
c. Sobre el guaraní.....	137
Capítulo 2. Recontextualización. Ideologías lingüísticas.....	141
1. Guaraní como lengua indígena.....	142
2. Ideología nacional del lenguaje.....	144
3. Subjetivismo lingüístico.....	149
4. Lo auténtico y lo espúreo.....	152
5. Purismo lingüístico.....	153
6. Estándares dobles: implicancias de la asimetría castellano-guaraní.....	158

7. Imaginario 1992.....	162
8. Función literaria.....	163
9. Objetivismo lingüístico.....	168
Capítulo 3. Recontextualización. Ideologías nacionales.....	173
1. Lengua-grupo/pueblo-nación.....	173
2. Lengua-nación/pueblo-estado.....	182
Capítulo 4. El guaraní oficial.....	193
1. Problemas de arrastre.....	194
a. Pobreza-educación.....	196
b. Imagen heredada del guaraní.....	198
2. Rupturas.....	201
3. <i>Jopara</i>	207
Capítulo 5. Paraguay “pluricultural y bilingüe”.....	222
1. País/nación pluricultural.....	222
2. Nación bilingüe.....	227
a. Disciplinamiento del ciudadano.....	228
b. La doxa.....	230
c. Lo epocal.....	236
3. Lugar de la enunciación.....	238
Conclusiones.....	243
Bibliografía.....	254

Introducción

Esta tesis¹ es parte de un proceso de aprendizaje que ha intentado articular dos momentos de mi formación, esto es, el cierre de los años dedicados a cursar materias con los primeros pasos de otro aprendizaje diferente, como es la práctica concreta de la investigación. He por tanto procurado dar cuenta y poner en práctica simultáneamente parte de lo aprendido, camino a lo largo del cual fueron emergiendo tópicos imprevistos que de pronto entraron a ser determinantes en el proceso de elaboración de la misma. En este marco, este trabajo ha acabado siendo entonces tanto producto de cuestiones que funcionaron como disparadores para empezar a pensarlo, como resultado de otros campos que surgieron durante el proceso, y, pareciendo de hecho inabordables, fueron quedando en la mayoría inconclusos y/o, en teoría al menos, como nuevos puntos de partida a profundizar en el futuro.

A su vez, fue una sorpresa aprender también que el proceso de aprendizaje/tesis –o al menos éste en particular– es antes que nada el resultado de un diálogo, tanto con los materiales, los textos y las personas entrevistadas, como principalmente con la directora de tesis, por lo que –si la misma acuerda– es también producto de su generosidad para compartir/transmitir su propia experiencia acumulada y a la vez, de su infinita paciencia. Entonces, desde aquí, queremos hacer un breve *racconto* de los sucesivos pasos que nos fueron llevando a empezar, elaborar y terminar la tesis.

Sin lugar a dudas la sinonimia Paraguay-lengua guaraní funcionó –más aún siendo yo paraguaya– como una primera motivación. En un contexto histórico y político sumamente interesante de la historia de este país como es el inicio de una etapa de re-organización política del estado-nación democrático tras treinta y cuatro años de dictadura y de integración regional a través del Mercosur, vimos en la oficialización del guaraní (1992) la posibilidad de articular dialécticamente lo general/teórico de la construcción de la identidad nacional con lo particular del caso concreto paraguayo.

Con el foco puesto en la construcción de la identidad nacional por parte de las élites morales/intelectuales, el nuevo estatus del guaraní nos llevó al debate constitucional que

se convierte entonces en el punto desde donde ir para atrás en el proceso histórico para re-contextualizar las posiciones allí sentadas, y para ver a la vez cómo juegan conjuntamente en el debate mismo la resignificación de la identidad paraguaya y el proceso de construcción del estado-nación en esta etapa.

Nos encontramos así con dos cuestiones. Por un lado, “la excepcionalidad” del caso paraguayo –“Paraguay es un caso único en el mundo”, sostiene Meliá (1990: 40)– donde la fetichización del guaraní inscribía el efecto de sentido de que en la oficialidad estaba en juego realmente la identidad paraguaya, –“quiénes somos y quiénes queremos ser”-. Por el otro y sorprendentemente, un aparente/relativo silencio en los debates en sí sobre la temática, intercambios discursivos donde la oficialidad aparecía como un hecho “natural y obvio” que aparentemente no merecía demasiada discusión y no ofrecía mucho para abordar desde ese lugar.

Estos dos hechos nos llevaron a iniciar una búsqueda bibliográfica en la que emerge un primer punto inquietante, como es el extenso debate de más de cincuenta páginas que genera el artículo 5to, *De los Idiomas*, en la anterior asamblea constituyente de 1967. En plena dictadura se había otorgado al guaraní el estatus de idioma nacional del Paraguay. Esto nos permitió mirar desde un lugar aún más interesante los escuetos debates del 92 que consagran la co-oficialidad guaraní-castellano, ya que empezamos a advertir pistas de intertextualidad que iban inscribiendo un diálogo implícito entre ambos debates.

Por otro lado, iniciamos también una serie de entrevistas a intelectuales y/o especialistas locales sobre el tema del bilingüismo paraguayo, con la intención de mapear el campo intelectual. Nos interesaba detectar posibles tensiones desde donde abordar nuestro *tema* y los vínculos que en las distintas imágenes se establecían entre el guaraní y otros campos tropológicos de la *nación* y el *estado*. A la vez, recoger otras voces además de las de los convencionales, de manera tal a recomponer la carga histórica de los imaginarios del guaraní que en ambos debates se ponían en juego. Señalemos entonces que, antes que abordar específicamente la producción particular de los especialistas/intelectuales, nuestro objetivo era detectar posiciones y rearmar las principales tendencias con respecto a imaginarios del guaraní que están en disputa.

¹ Tesis de Licenciatura en Ciencias Antropológicas, dirigida por la Dra. Claudia Briones. Defendida en Diciembre de 2002 en la Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras.

Junto a “la excepcionalidad del caso paraguayo” y debido a las pistas de contextualización que iban apareciendo en las entrevistas, el hecho de que muchos de los especialistas y/o intelectuales entrevistados se constituyesen también en promotores –y/u opositores– de la oficialidad del guaraní obligó a rearmar la estructura de tesis inicialmente esbozada. Al comenzar el trabajo de contextualización histórica, fuimos percibiendo que la misma pasaba a ser parte de la construcción de “la excepcionalidad” misma, es decir, del problema de investigación. Por ello, debimos re-ordenar la tesis, abocándonos en primer lugar a elaborar lo que pasó a constituirse en Parte I de la misma, intentando allí dar cuenta del proceso histórico, de cómo se ha armado el campo de disputa, y el rol de las mismas élites morales en este proceso.

Al respecto, quisiera señalar también que escapa a mi especificidad y posibilidad definir, discutir o plantear políticas y/o diagnósticos lingüísticos, por lo que este trabajo sólo se centra en el análisis de las imágenes que aparecen y/o se traslucen detrás de “una realidad”, o de los diagnósticos lingüísticos y/o políticas lingüísticas que se re-entextualizan en las luchas discursivas y metadiscursivas examinadas. Por ello también, más allá del rol académico de varios de los entrevistados, mi aproximación a las personas particulares es exclusivamente en tanto *élites morales* que se constituyen en “usinas productoras de sentido” (Briones 1995). Y fundamentalmente también, que tomo las posturas particulares correspondientes como indicadores del *horizonte de significación* de la discusión, en términos de Voloshinov (1992).

La Parte II de esta tesis entonces, se concentra ya específicamente en los procesos –simultáneos– de construcción de la identidad nacional y de la nación-como-estado en torno a la oficialidad del guaraní. Partiendo de una *descripción etnográfica* de los debates constitucionales pertinentes a la co-oficialidad, en el capítulo 1 el énfasis estará puesto en señalar problemas que emergen de los debates y que quedan inscriptos en las intervenciones y en la entextualización de la Constitución. El objetivo de los dos capítulos siguientes es articular distintos imaginarios del guaraní que han prevalecido en el lapso transcurrido entre estas dos constituciones con ideologías lingüísticas, ideologías nacionales, e ideologías étnico-culturales que operan en la construcción de los mismos, de manera de recontextualizar estas luchas metadiscursivas del debate en un campo de discusión más amplio. Finalmente, en los dos capítulos finales, vuelvo a la

oficialización del guaraní para centrar la atención en la construcción del guaraní oficial y las implicancias que ello tiene sobre la redefinición del Paraguay en tanto “país pluricultural y bilingüe” y la promoción del “mestizo” como el nuevo ciudadano de la nación paraguaya. En el capítulo 4, concentrándome en detectar a nivel lingüístico a qué responde la oficialización del guaraní, como así también en torno a qué imaginarios de *lengua*, de *estado-nación* y de *ciudadanos de la nación* se fabrica “el guaraní oficial”. En el capítulo 5to, apunto entonces a ver cómo lo detectado a nivel lingüístico se desplaza a y se significa en términos sociológicos.

Marco Teórico

Nos proponemos abordar en este trabajo el rol de las élites morales² en la redefinición de la identidad nacional, a partir del proceso de co-oficialidad castellano-guaraní, específicamente en tanto procesos ideológicos de construcción de sentido. El eje central entonces es detectar las distintas ideologías lingüísticas, nacionales y étnico culturales que operan simultáneamente en este proceso, para ver cómo se significan signos ideológicos maestros como *nación*, *pueblo* y *lengua* que se fijan en los imaginarios puestos en juego en la reivindicación del guaraní en tanto lengua oficial, como así también las implicancias que ello tiene en la redefinición de la identidad nacional paraguaya. En este sentido, abordo la *identidad* como término nativo. Creo que, debido a que la “excepcionalidad” del caso del guaraní en el Paraguay es en sí mismo un factor que se pone en juego de manera preponderante en nuestro problema de investigación, esta perspectiva antropológica permite trazar una mirada sobre “la excepcionalidad” en sí misma, y detectar los lugares en que dicha excepcionalidad se ancla, procurando abordarla e interpretarla entonces como parte del proceso de producción de significados. Es decir, pensarla fundamentalmente como construcción ideológica.

En este sentido, partimos de la definición de *ideología* que propone Voloshinov (1992), en tanto “proceso social de producción de significados” que inscribe y es inscripto por prácticas sociales y luchas metadiscursivas que apuntan a fijar los acentos valorativos,

² Siguiendo a Briones, nos referimos a actores sociales que provienen de campos distintos, con trayectorias muy diversas, que se constituyen en voces autorizadas, por lo que cumplen un rol fundamental en la construcción del sentido común.

estableciendo el marco y los límites del horizonte discursivo –*temas*– de cada sociedad en cada momento histórico.

Esta noción de ideología, como sostiene Raymond Williams (1980), difiere de otras nociones que la definen como “un sistema de creencias ilusorias –ideas falsas o falsa conciencia– que puede ser contrastado con el conocimiento verdadero o científico”; u otras que, *a grosso modo*, la enmarcan como “un sistema de creencias característico de un grupo o una clase particular (1980: 71)”.

En lo referente a la primera noción, desde ciertas perspectivas de la Antropología, actuales revisiones críticas de conceptualizaciones e imaginarizaciones de la propia disciplina dan cuenta de cómo –ya sea por la postura ideológica en que se asientan, o por el uso de conceptos científicos dogmatizados en el lenguaje del sentido común– las mismas nociones y teorías producidas y sustentadas por la Antropología “han reproducido estrategias de dominación” –como dice Alonso (1994)–, colaborando así en la construcción de esencialismos y naturalizaciones (Briones 1998). En lo que se refiere al segundo grupo de nociones señaladas por Williams, las ideologías no corresponden exclusiva ni excluyentemente a sectores sociales específicos, por lo que no se puede hacer correlaciones directas entre clase social, grupo, partido, etc., por un lado, y determinadas ideologías, por el otro, como si éstas fueran matrices que “calzaran” con exactitud.

Esto nos remite entonces a la diversidad al interior de los grupos, debido a que la identidad de los sujetos no se construye solamente en base a un clivaje –clase, etnia, nacionalidad, etc–, sino que, de manera más compleja y paradójica a veces, ponen en juego distintas adscripciones y niveles que se combinan simultáneamente. Articulando ésto con las “posiciones” que intentaremos mapear, la ideología entonces no es necesariamente unívoca ni idéntica entre todos los miembros de un sector y/o formación, ni son necesariamente distintas ni opuestas las ideologías que subyacen a los imaginarios de quienes disputan acentos.

En este sentido, también pensamos el discurso hegemónico, en el sentido *de hegemonía cultural* de Gramsci, que antes que unívoco y fijo es más bien un constante proceso de dominación y subordinación que opera en base a incorporaciones, asimilaciones y silenciamientos de distintas voces –tanto de dentro de la hegemonía misma como de discursos “contrahegemónicos”– en relación a los contextos históricos, políticos y sociales (Gramsci, en: Williams 1980). Desde esta perspectiva, como los distintos

discursos se construyen siempre de manera interrelacionada, así como el discurso hegemónico intenta fijar ciertos acentos sobre el horizonte social discursivo en cada etapa, este fijar y anclar los *temas* axiológicamente, fija y circunscribe también los límites de discursos contrahegemónicos. Por ende, en estos discursos también está presente el del que opera como antagonista. Además, al no ser unívocos, los discursos también dan lugar a disensos y presiones que obligan a construir nuevos consensos, corriendo constantemente los límites del horizonte discursivo.

En breve, es en estos términos que intento mapear algunas luchas metadiscursivas entre las distintas “usinas productoras de sentido”, pensando entonces las imaginarizaciones como un complejo entramado donde entran a operar distintos niveles y factores – políticos, sociales, culturales–, entramado en el que en realidad resuenan muchas voces y que va variando sus formas de articulación en y por los mismos autores, en concordancia con cambios en los procesos sociales, históricos, políticos, etc.

Por otro lado, como *nación, pueblo y lengua* son signos ideológicos que involucran diversos campos tropológicos, en ellos se condensan múltiples significados. Al ponerse en relación unos con otros, construyen efectos de verdad que tienen a su vez repercusiones en todos los niveles. Es también debido a esto que en la primera parte del trabajo nos abocaremos a señalar –someramente– aspectos generales de los procesos sociales, políticos y étnico-culturales que se iban dando paralelamente a “la historia del guaraní” en el Paraguay. En este sentido, el recorrido histórico de la Parte I es un intento de contextualizar imaginarizaciones de la lengua guaraní para poder dejar implícitamente sugerido al menos, tanto el carácter constructivo de la noción de “lengua” en los distintos momentos históricos, como también la forma en que discusiones actuales están arraigadas en “tradiciones” de larga data. Precisamente, parte del propósito en este trabajo es ver cómo se recategorizan guaraní-hablantes y castellano-hablantes, como así también sus relaciones mutuas, en una “nueva” manera de pensar la nación y el estado paraguayos.

En efecto, pensamos que en “la nación paraguaya” que se construye a partir de la co-oficialidad del guaraní en torno a la imaginarización del país como “pluricultural y bilingüe”, se articulan discursos, demandas y prácticas contemporáneos que imponen rupturas y corrimientos con determinadas “tradiciones”. En buena parte, esa “nación” se

proyecta a futuro. En este sentido, si la oficialidad del guaraní como “lo tradicional/históricamente propio del Paraguay” comporta rescate y revalorización – valga la redundancia– de *la tradición*, pondero la construcción de tradiciones en los términos de Handler y Linnekin (1984), esto es, buscando entender las re-valorizaciones como procesos de significación que deben ser interpretados antes que considerados como esencias. Según estos autores, si bien las acciones tradicionales apelan al pasado, la referencia “a la tradición” es una relación simbólica y no natural, y afirman que “es ya hoy un truísmo que los revivals culturales cambian la tradición que intentan revivir (Handler y Linnekin 1984: 276).” En otras palabras, las revalorizaciones son reconstrucciones desde el presente, caracterizadas por continuidades y discontinuidades. En esta misma perspectiva, Williams (1980) sostiene que la tradición es siempre una *tradición selectiva*, que opera seleccionando y reorganizando hechos del pasado – velando algunos y resaltando otros–, siempre con la mirada puesta en un proyecto a futuro.

Con respecto al abordaje metodológico, siendo la palabra, en los términos de Voloshinov, “el fenómeno ideológico por excelencia (1992: 37)”, considero operativo para el caso en estudio abordar el análisis de los materiales en base a lo propuesto por Blommaert y Verschueren (1998). Estos autores sostienen que aquello que se deja implícito en los discursos corresponde al campo de lo que supuestamente es “por todos” compartido, y que el análisis de estos implícitos/supuestos “revelan el marco de referencia o la ideología” que subyace a ellos.

Pero al señalar que los supuestos compartidos, muchas veces sólo son “supuestamente” compartidos, estos autores consideran que es por ello que los mismos permiten rastrear posiciones distintas. A menudo, tras formas semejantes, las nociones están siendo significadas de manera diferencial, e implican consecuencias que no siempre son compartidas. En este sentido, agregaría también que Woolard y Schieffelin (1994) señalan específicamente que el énfasis en el nivel ideológico de las concepciones culturales responde al hecho de que “al disecar el contenido histórico de lo conceptual haciendo que parezca una verdad universal y/o atemporal, la naturalización es en general un elemento clave de los procesos ideológicos (1994: 58).”

En lo que respecta a “ideologías lingüísticas”, me he basado principalmente en tres autores para enmarcar nuestra mirada. Desde una perspectiva amplia, el “análisis crítico de las dos corrientes magistrales del pensamiento filosófico y lingüístico de la modernidad (1992: 76)” que realiza Voloshinov ya en 1929 es, en buena medida, el marco general desde donde re-pensar y re-ubicar las distintas imaginarizaciones de *lengua* inscriptas por posiciones y/o tendencias generales.

A su vez, las revisiones y compilaciones de investigaciones concretas sobre ideologías lingüísticas que ofrecen tanto Woolard y Schieffelin (1994) como Urciuoli (1995) han sido guías ilustrativas para anclar los ejemplos concretos en torno a la incidencia de distintas ideologías lingüísticas que iré detectando y reponiendo en este trabajo.

En términos generales, estos autores proponen hacer foco en las concepciones culturales del lenguaje y las prácticas sociales que las mismas generan, bajo el supuesto de que las ideologías lingüísticas permiten detectar los vínculos entre concepciones de lengua y estructuras sociales. De las distintas definiciones de ideologías lingüísticas que proponen Woolard y Schieffelin, creo que la más pertinente y/u operativa para el caso en estudio es la que la define como “el sistema cultural de ideas sobre relaciones sociales y lingüísticas, junto con su carga de intereses morales y políticos (1994: 57).”

Con respecto a Urciuoli, su aproximación a las ideologías lingüísticas desde el tópico de lenguas en contacto y la articulación entre el punto de vista del hablante y las aproximaciones/concepciones teóricas del lenguaje han sido también operativas al momento de mapear los distintos imaginarios en disputa. El énfasis que ha puesto en ver cómo se han construido las identidades lingüísticas y los índices de relaciones sociales que se inscriben en el uso alternativo de rasgos lingüísticos resultó clave al momento de poner en juego el *jopara* en este trabajo.

Con respecto al tópico de *Derechos Lingüísticos y Planificación Lingüística* específicamente, también he apelado a Paulston (1997) como marco general y guía para comprender y enmarcar las propuestas que se ponen en juego en este caso.

Para el abordaje de las ideologías nacionales, los ya clásicos Anderson (1993) y Hobsbawn (1992) sobre los procesos de formación de estados nacionales y el nacimiento del nacionalismo en el sentido moderno han sido un punto de partida para pensar este tópico, especialmente por el papel fundamental de la “lengua nacional” en la formación de la *comunidad imaginada* (Anderson). Por la empatía a nivel de caso, la

investigación de Stutzman (1981) sobre los procesos de inclusión/exclusión de los mestizos en el caso ecuatoriano y la lógica de la *cultura nacional* en la cual dicho proceso se basa, también ha aportado elementos en base a los cuales leer e interpretar el procesamiento ideológico del “mestizaje” en nuestro caso específico.

Articulando las ideologías nacionales con las étnico-culturales, también seguimos a Urban (1992) cuando analiza cómo la cultura nacional (en el sentido de estado-nación moderno) se constituye metadiscursivamente como acultural. Concretamente, sostiene que la cultura nacional, al producir su propia metacultura, define en este proceso partes de si misma como algo distinto a cultura, “enfatisa[ando] algunas propiedades generales antes que otras, separa[ando] algunos aspectos como aculturales antes que culturales, y reconoc[iendo] el relativismo de manera tal a declamar universalidad y vice versa (1992:1)”. En este sentido, la retórica y la política del multiculturalismo en tanto metacultura de la cultura nacional tiende a “marcar” como *culturas* a los distintos grupos o comunidades -y con ello “reconocer” la diversidad al interior del estado nacional- pero dejando “desmarcada” del nivel cultural la propia cultura que se define/presenta entonces como acultural. Simultáneamente, al desmarcarse a sí misma y concebirse como acultural, se esencializa como la verdad, lo racional, lo universal, en oposición a las demás *culturas* que quedan entonces ubicadas como lo particular, lo tradicional, etc.

Con respecto a las ideologías étnico-culturales mas específicamente, siendo el guaraní una “lengua indígena” de uso extenso en una “nación moderna”, la perspectiva propuesta por Briones (1998) ha permitido abordar y articular dos niveles en las que las mismas se ponen en juego simultáneamente. Por un lado, el que hace a ver cómo funcionan las actuales imaginarizaciones del guaraní con respecto al origen indígena de la lengua -y a “lo indígena” en general-, lo que también nos lleva -gracias al constante señalamiento de Briones- a tener en cuenta la manera en que se co-construyen *nación*, *aboriginalidad* y *extranjería* en los procesos de construcción de nación-como-estado, es decir, a percibir y pensar desde esta perspectiva los procesos de co-construcción de la alteridad sociocultural que quedan inscriptos con la oficialidad del guaraní.

A grandes rasgos, es desde estos marcos que las páginas sucesivas se abocan a circunscribir la re-definición del guaraní como “lengua oficial”, y las relaciones que ello

establece con la definición sociolingüística y sociológica del Paraguay como país “pluricultural y bilingüe”.

Parte I

(Pequeña larga historia del guaraní en el Paraguay)

Introducción

Al procurar emprender el análisis de las ideologías lingüísticas, nacionales, y etno-culturales que se ponen en juego durante el debate constituyente que decreta la co-oficialidad castellano-guaraní, pronto advertimos la necesidad de abrir la investigación para poder poner en perspectiva histórica dos cosas. Por un lado, las principales fases e imaginaciones por las que pasó la lengua guaraní, así como los distintos procesos y las transformaciones sociales que se fueron dando en la base sociológica sobre la cual se buscaba en 1992 extender una remozada identidad paraguaya. Por el otro, la conformación de un campo intelectual del que salen quienes son, en muchos casos, no solo constituyentes, sino también expertos/consultores en el proceso de implementación de la co-oficialidad y, a la vez, analistas académicos de este mismo acontecer legislativo y/o de la misma historia paraguaya que procuraremos re-centrar desde una perspectiva acorde a nuestros intereses. En ambos respectos, afrontamos entonces como antropólogos la paradoja de que muchos de los mismos intelectuales que fueron nuestros “informantes” operan a la vez como autores de las fuentes secundarias disponibles para analizar tanto los procesos sociológicos y sociolingüísticos que han hecho del Paraguay “una nación bilingüe”, como las transformaciones en los imaginarios y discursos que fueron llevando a que recién en 1992 se lograra un reconocimiento constitucional de “esa realidad”.³

Por momentos, la tarea de abordar la producción de autores como Meliá, Bareiro Saguier y Corvalán, entre otros, en su doble calidad de informantes y expertos, parecía casi convertirse en otra investigación en sí misma. Aceptamos empero afrontar este desafío como tal por dos razones. Primero, entendimos que no hacerlo comportaba el riesgo de no poder, sino, interpretar las pistas de contextualización inscriptas por los discursos analizados, ni poder tampoco ofrecer al lector otras pistas de contextualización que nos parecen indispensables para entender las luchas metadiscursivas que constituyen el foco de la segunda parte de la tesis. Segundo, reconstruir los distintos momentos históricos a partir de esas voces autorizadas que analizan en profundidad los procesos de guaranización/castellanización del “pueblo de

³ Aclaremos que debido a nuestro interés específico en este trabajo, que se relaciona con el rol de las élites morales en la construcción de la identidad, gran parte de lo que aquí citaremos será producción de grupos hegemónicos, que dejan en la historia huellas más visibles que otras producciones alternativas.

la nación paraguaya” constituía ya una forma de ofrecer al lector insumos analíticos para comprender tales luchas metadiscursivas.

En tal sentido, lo que debiera haber sido un acápite de presentación histórica se fue convirtiendo en otra dimensión del objeto de investigación, dimensión que se ha transformado en Parte I de la tesis, con tres capítulos.

Así, en la reconstrucción del “período colonial” y de “la nación independiente” se procura efectuar una lectura en paralelo de dos procesos: la “desindianización” del idioma guaraní, y la “guaranización” de lo que será la base sociológica del “pueblo de la nación paraguaya”, basándonos en dos autores fundamentales: Con respecto al proceso histórico del guaraní en el Paraguay apelamos principalmente al Dr. Bartomeu Meliá y a su extenso y completo “compendio” *La Lengua Guaraní del Paraguay*, pues es en este texto donde el autor parece haber reunido al menos gran parte de sus investigaciones específicamente históricas, producidas a lo largo de más de tres década. Por otro lado, también nos parece necesario tener en cuenta, a grandes rasgos, los distintos procesos y las transformaciones sociales que se van dando en la base sociológica sobre la cual se busca extender la identidad paraguaya, para lo cual apelamos, a veces de forma compulsiva, a la Dra. Branislava Susnik, otra autora de vasta producción en este tema.

En ambos autores especialmente nos basamos para señalar los hitos que consideramos fundamental explicitar en la relación castellano-guaraní para el abordaje de nuestro problema de investigación. Paralelamente, iremos reponiendo en puntos concretos otras voces –consonantes o disonantes– para intentar dar cuenta de perspectivas distintas que también convergen en este proceso de construcción histórica, por lo que aclaramos también que nuestra selectividad estará en relación a lo que consideramos más pertinente para el abordaje de nuestro problema de investigación específicamente.

Por su parte, la reconstrucción emprendida en “el Paraguay del siglo XX” busca rastrear el devenir de esos procesos hasta la actualidad, reconstruyendo paralelamente la génesis del campo intelectual contemporáneo del que emanan las construcciones ideológicas de *lengua* y de *nación* que están siendo disputadas e intentan ser fijadas en este momento, ideologías que forman ya parte del proceso de producción de significados cuyo análisis constituye el objetivo central de la Parte II.

Recalquemos que si parte de nuestro objetivo es detectar ideologías que subyacen a construcciones de *lengua* y de *nación* que están siendo marcadas en este momento, mucho de lo que aquí señalamos forma parte del proceso de producción de significados que queremos abocarnos a analizar en este trabajo.

Capítulo 1.

El Paraguay colonial

1. Período pre-colonial -Ava ñe'é

Dentro del dinámico contexto prehistórico que describen Susnik (1982, 1994) y Susnik y Chase Sardi (1995), “lo que conocemos como guaraníes de la época de la conquista (Susnik 1982: 30)” es el producto de la fusión de dos grupos *ava* amazónicos de cultura neolítica. Estos grupos fueron migrando desde la zona amazónica hacia la amplia región donde hoy se encuentra el Paraguay, alrededor del primer milenio d.c., imponiéndose y marginalizando a su paso una diversidad de grupos de cultura paleolítica que ya habitaban la zona (Susnik 1994). Prueba y producto de este contexto dinámico son los 17 grupos de 5 familias lingüísticas distintas constatadas por Susnik en el Paraguay alrededor de 1935, que sobreviven hasta hoy. (Susnik Y Chase Sardi 1995)

Caracterizados por su constante desplazamiento semi nómada -el *ogwatá*- los *ava* eran un grupo guerrero dominante, organizados en torno a *guaras* o *gwaras*, con un tipo de poblamiento discontinuo, ya que coexistían enclaves de otros grupos étnicos en el mismo territorio. No obstante, “existía la conciencia de cierta unidad dispersiva del ‘ava’ amazónico -un designativo genérico para todos los grupos guaraní parlantes-, el símbolo cultural pantribal unitario.” (Susnik Y Chase-Sardi 1995:31) Una de las características principales de esta dominación fue la imposición de su lengua a todos los demás grupos:

“...la presencia del neolítico proto-mbya [uno de los ramales del *ava*] era dominante, impositiva, imponiendo su lengua, el *ava ñe'é* como una característica constante a la que sometían a todos los pueblos que subyugaban. (Susnik 1982: 24).”

Es por esta “guaranización” a través de la lengua que Susnik y otros afirman que ya antes de la llegada de los conquistadores el *ava ñe'é* fue *lingua franca* de una región muy amplia donde hoy se encuentra el Paraguay. Así, la dispersión de los distintos *guáras* o “tribus” abarcó las áreas de los ríos Paraguay, Paraná, Uruguay, Paranapanema, hasta la Costa Atlántica, las islas Deltas del norte de Buenos Aires, y en la actual Bolivia, lo que hoy es Santa Cruz, ya cerca de los Andes. (Susnik 1982; Susnik

Y Chase Sardi 1995; Meliá:1992) Más allá de la heterogeneidad de grupos coexistiendo en la zona, para ese entonces el *ava ñe'é* permitía la comunicación y relaciones inter-tribales:

“...fue un procedimiento de los guaraníes el de guerrear e imponer el *avañe'é* como uno de los principios básicos de la relación interétnica. (Susnik 1982: 41).”

Señalemos que estos autores denominan a la lengua como “*ava ñe'é*” y no “guaraní”. Y detengámonos un instante en los términos: “*ñe'é*” significa hablar; la denominación “*ava*” con el que se definían a sí mismos, quiere decir hombre. Según un diccionario actual (Guash y Ortiz 1991), “animado de un afán restaurador un tanto arcaizante (Meliá 1992: 64)”, “*ava*” es “indio, hombre, individuo, persona.” Para estos guaraníes existían los indios *-ava-*, y todo lo demás era lo “otro”. Vemos la identificación cultural de quienes pertenecían a este grupo construida, ya en aquel entonces, en base a la identidad lingüística.

Aclarando que es difícil determinar con exactitud el origen de esta lengua, Meliá sostiene la hipótesis de que la misma es una rama del tronco lingüístico tupí (que naciera hace 5000 años, en la zona de los ríos Ji-parana y Aripuaná) que se denomina tupí guaraní, del cual se bifurcan luego el tupí y el guaraní, –muy similares entre sí– y que a su vez se bifurcan cada una en diversos dialectos. Los tupís se asentaron al norte del Paranapanema hasta la Costa Atlántica y los guaraníes al sur de esta región (Meliá 1992). Los primeros conquistadores que llegan a esta zona se percatan de la extensión del uso de esta lengua que, como afirma Montoya de manera un tanto exagerada:

“Tan universal, que domina ambos mares, el del Sur por todo el Brasil, y ciñendo todo el Perú, con los dos más grandiosos ríos que conoce el orbe, que son el de la Plata (...) y el gran Marañón... (En: Meliá 1992: 25).”

2. Conquista española

Durante la conquista habrán dos grandes focos a analizar con respecto a la lengua, que son el criollo y el misionero. Ambos tipos de contacto con la población local impondrán cambios al *avañe'é*, surgiendo de allí el “guaraní paraguayo”, o “criollo”, y el “guaraní jesuítico” o “clásico”, “...que aspiraron, en períodos y bajo condiciones diversas, como se verá, a ser tenidos como ‘lengua general’, la ‘lengua guaraní’ por antonomasia (Meliá 1992: 26).” A grosso modo, los autores parecen coincidir en que la sociedad colonial fue el producto de la poligamia, lo que llevó a un rápido mestizaje (Meliá 1992, Plá 1970, Susnik 1982, 1993). Algunos autores también sugieren, de manera implícita o explícita, que ésta es la causa de la adopción del guaraní en su versión criolla en esta sociedad (Plá 1970, Bareiro Saguier 1990, Gómez Morales 1998, Corvalán 1981a.), pues la población mestiza obtenía rápidamente el estatus de español. (Meliá 1992, Susnik 1993.) A su vez, en las reducciones jesuíticas la población indígena quedaba aislada de la sociedad mayor, manteniéndose “pura” e “incontaminada”, adjetivos con los que también se describe al “guaraní jesuítico” (Plá 1970, Gómez Morales 1998, Meliá 1990 y 1992).

Para Susnik, la mestización fue un proceso bastante más complejo, y ambas conquistas –la política colonial y la religiosa– se basaron en la misma idea de “civilizar” a los guaraníes para que sean vasallos, ya sea de la Corona o de Dios, con su consecuente violencia y explotación. Resultado de ello fue la creciente homogeneización y la imposición de valores occidentales, con las correspondientes alteraciones de las costumbres indígenas (Susnik. 1982).

Nos detendremos en este período, pues consideramos clave para nuestra investigación dar cuenta de cómo nacen estas dos lenguas guaraní hibridizadas.

a. Guaraní criollo

Si bien había una diversidad cultural considerable en el área, guaraníes y conquistadores tendrán una primera relación amistosa durante la etapa inicial de la conquista, sobre todo en el caso de algunos *guáras* asentados en zonas aledañas a lo que será la ciudad de Asunción, fundada por los españoles a su paso en busca de “El Dorado”. Meliá sugiere que los primeros “lenguas” –traductores– fueron en realidad europeos náufragos

o desertores que convivieron con indígenas, pero de todas formas, rápidamente surgieron también “bilingües guaraní castellano”, en oposición a aquellos que denomina bilingües “castellano guaraní” (Meliá 1992).⁴ Lo cierto es que en esta primera etapa se produjo un “pacto de intereses” (Susnik 1982) o la alianza castellano-guaraní (Bareiro Saguier 1980, Corvalán 1981a; Gómez Morales 1998; Morínigo 1990; Pastore, 1972, Urban 1992; Zarratea 1995). Mientras los guaraníes encontraban ventajoso unirse a los blancos para enfrentar a grupos indígenas enemigos (payaguaes y guaicurúes) y como acceso a poder intragrupal, los conquistadores veían en los guaraníes –quienes tenían noticias del “candiré antiguo”– la posibilidad de obtener guías, un gran número de guerreros que los acompañen y un medio de aprovisionamiento. El hecho es que la lengua guaraní será adoptada muy rápidamente por los europeos que llegan a lo que será la Provincia del Paraguay, lo que Meliá describe como un fenómeno particular de “guaranización” amplia de los propios criollos (Meliá 1992).

Al europeo se lo denominará el “*karaí*”, que según Susnik (1982) viene del “*karaíve*” o shamán andante, portador del poder mágico, por lo que esta autora sugiere que los guaraníes veían a los europeos como muy poderosos. El castellano, por su parte, se denominó el “*karaí ñe’ê*”. Esta será la lengua del “Don”, del señor. Más adelante significará también la lengua del cristiano –el bautizado–.

A esta fase le seguirán otras dos,⁵ donde la alianza inicial se va deteriorando hasta llegar a las violentas rancheadas –y las correspondientes revueltas guaraníes– en las que conquistadores podían ir por la fuerza a obtener indios como mano de obra y mujeres. Debido al cambio del inicial sistema de amistad y parentesco –*karaí - toveyá/cuñado*– a una relación de explotación y dominación –*yara /dueño - tembiguai /criado o siervo*– en la que el indígena pasa a ser “pieza”, se implementará en 1556 el sistema de encomiendas como manera de frenar las rancheadas para “amparar al indígena cuando

⁴ Para una opinión distinta sobre esto ver Susnik, 1993.

⁵ La segunda fase del contacto hispano guaraní se inicia al poco tiempo, produciéndose motines y revueltas guaraníes en contra de los españoles: “...la razón fundamental de esta actitud de los guaraníes era su disgusto porque los españoles no les trataban realmente como parientes, sino simplemente como *tapi’í*. Como se recordará, la táctica de los guaraníes prehistóricos era, a todos quienes no hablaban guaraní y no eran racialmente y étnicamente guaraníes, se los consideraba simplemente como un *tapi’í*, un esclavo, un menor.” (Susnik 1982: 77)

La tercera etapa es la de las violentas rancheadas, en las que cada conquistador “..tenía el derecho, según sus necesidades de brazos para el trabajo o de mujeres, de ir en cualquier aldeamiento guaraní (sic) (...) podía ir con pleno derecho y por las buenas, con sistema de trueque, o directamente por la violencia, traer a los indios en los nuevos asentamientos que aquellos hubieran dispuesto (Susnik 1982: 82-83).” Como reacción a ésta se produce una revuelta pan-guaraní en 1546.

ya se percibía un ocaso biológico del guaraní en esta región... (Susnik 1982: 91)” y así, también, asegurarse la mano de obra para la producción por medio del sistema de la mita. Para ello, y por los constantes ataques de los *bandeirantes* o mamelucos que venían desde el Brasil en pos de esclavos indígenas, aparecerá la necesidad de crear “*tavas*”: pueblos netamente indígenas que agrupaban a distintos *guaras*, pero que mantenían un fluido contacto con la sociedad criolla y mestiza.

En este contexto nace el “guaraní criollo”, que se va extendiendo rápidamente en la Provincia del Paraguay. Una sociedad que va quedando aislada una vez finalizada la búsqueda del Dorado, por lo que en el Cabildo se discutía la necesidad de apertura hacia el Perú , –buscando concretamente “tener trato y comercio con los cristianos más comarcanos a esta Provincia (Susnik 1993: 41)”– o hacia el sur. Una provincia donde no existían grandes riquezas metálicas que obtener, sino que “la abundancia era entonces esencialmente subsistencial (Susnik: 1993: 20)”, por lo que tampoco llegan nuevos contingentes de pobladores europeos, ni mujeres blancas. Como sostiene Susnik:

“...no venía la gente nueva de España, una necesidad por cuya solución clamaban todos, ambicionando fundar ‘puertos’ de comunicación: el clamor por el envío de mujeres españolas casaderas a la nueva Provincia era insistente, tratando de terminar con el desorden sociodemográfico...(Susnik 1993: 30).”

Con la idea de desorden sociodemográfico, la autora concretamente alude a que la poligamia, el concubinato y el matrimonio entre español e india se hacían moneda corriente. A este respecto, un jesuita anónimo decía en 1620 que: “...la fundación de esta ciudad [Asunción] fue más por vía de cuñadazgo que de conquista... y en breve tiempo tuvieron tanta cantidad de hijos...(En: Susnik 1993: 17).” Más concretamente, según la Memoria del Gobernador Irala, en 1556 había en Asunción 521 españoles y 3000 “mancebos naturales”, representando “...el mestizo el 82% de la población (Susnik 1993: 29).”

Se describe así un proceso de mestizaje por el que muchos indígenas “se vuelven” españoles, “con derecho a gozar de libertad [no tener que vivir en los *tava* o pueblos de indios ni prestar servicios en la encomienda] y de usar traje español, como dicen los documentos (Susnik 1982:156)”, refiriéndose el término “mestizo” –en este caso–, más

al estatus político y económico que racial. (Susnik 1982, Meliá 1990 y 1992). Pero este mestizo conformaba el estrato de “vagos y ociosos” (Susnik 1993: 57) que en 1609 el obispo Lizárraga criticaba con desdén: “los más que llamamos mestizos, gente mentirosa como sus abuelos de parte de sus madres, holgazanes, bebedores y otros vicios (Susnik 1993: 67).” Discriminación que, según esta autora, fue en aumento.

En este marco, se generan fracturas al interior de la población guaraní. Algunos caciques reciben el estatus de “don” con un carácter hereditario que antes no tenían, y se produce también un movimiento de familias indígenas completas en torno a las casas de los *karái*, que se denominaban “arrimados”. Otros indígenas se oponen a la encomienda y huyen a los montes, exigiendo según Susnik (1982) la pauta de la reciprocidad. Estos siguen llamándose “*ava*”, mientras que a los “indios integrados” de los *tavas* se los denomina “guaraníes”. Por otro lado, como ya vimos, están los mestizos que teóricamente tenían el estatus del español (Meliá 1990, 1992, Susnik 1982) y por lo tanto, “... tenían derechos a mercedes de tierra y encomienda aunque en la práctica no eran considerados en el reparto de encomiendas siendo en cambio favorecidos los criollos. (Susnik 1982: 100).” Es así que estos mestizos empiezan a apoyar muchas veces las luchas de los indígenas rebeldes contra españoles y criollos.

Habían señales de que la adopción del guaraní no era deseable. Un ejemplo es el pedido del cabildo de Asunción en 1625 de construir un colegio ya que “los hijos de los nobles conquistadores corren el riesgo de adquirir las costumbres de los indios, con grave daño (Meliá 1992:55).” Y entre estas costumbres estaba la de adquirir la “mala costumbre” de hablar guaraní. A pesar de ello, el guaraní criollo pasó a ser la lengua de una sociedad civil que otorgaba el estatus de español a la creciente población mestiza. En lo que respecta a la descripción sociolingüística, para algunos autores como Morínigo (1990), ésta fue una sociedad bilingüe, mientras que Meliá la describe como una sociedad hispana monolingüe guaraní (1992). Este autor también sostiene que el guaraní criollo era “...la lengua coloquial, la lengua de la calle y de la chacra. Era incluso la lengua de la Iglesia para la predicación (1990: 41).” No obstante, como oficialmente esta sociedad era castellana, parece ser que este idioma no entraba en la esfera oficial (política y administrativa). Hay varias referencias –sobre todo de parte de religiosos– sobre el guaraní criollo, describiéndolo como una mezcla “desarticulada” de castellano y

guaraní. El padre Cardiel describirá la situación ya alrededor de 1758 diciendo que: “...hemos llegado al extremo de que la lengua del pueblo conquistado sea la que domine...”, y se refiere a ella como una “jerigonza”:

“...que no es otra cosa que un agregado de solecismos y barbarismos de la lengua guaraní y guaraní con castellano, como se usa en toda la gobernación del Paraguay. (...) me fue necesario aprender esta tan adulterada lengua para darme a entender, porque la propia guaraní no la entendían, y menos el castellano...(En: Meliá 1992: 59).”

Haciendo referencia al contexto de poligamia que, como dijimos, muchos autores consideran una de las causas del uso extenso del guaraní, el jesuita Dobrizhoffer (1784) también critica este guaraní que es la lengua de “ todo el vulgo, aún las mujeres de rango, niños y niñas hablan guaraní como su lengua natal...”, siendo una mezcla de castellano y guaraní donde “a decir verdad, mezclan ambas lenguas y no entienden bien ninguna”. Según el sacerdote, el motivo de este uso extendido era la cantidad de matrimonios entre indias y españoles, quienes aprendían ya de grandes las lenguas y por ello:

“...como suele ocurrir generalmente cuando aún en la vejez se aprende idiomas, los españoles corrompían miserablemente la lengua india y las indias la española. Así nació una tercera o sea la que usan hoy en día. (En:Meliá 1992: 60).”

b. Guaraní jesuítico

Las tres lenguas a las que el padre Dobrizhoffer hace referencia en la cita anterior son el “*ava ñe’ê*”, el “guaraní criollo”, y el guaraní que nace en las reducciones jesuíticas. Si bien se habla de “guaraní jesuítico”, señalemos que el primer registro impreso en guaraní parece ser el *Catecismo Breve y Cotidiano* del franciscano Bolaños publicado en 1607, –acta fundacional de la literatura guaraní paraguaya, para Meliá (1992)–. Justamente, el principal legado de las reducciones franciscanas y jesuíticas es haber elaborado el registro escrito, normalizando y estandarizado del guaraní por medio de

gramáticas y diccionarios⁶, lo que “sin duda contribuyó a darle un rango de lengua culta (Meliá 1992: 83).” Así, ya desde 1575 los franciscanos inician la enseñanza de la doctrina cristiana utilizando el guaraní “como instrumento decisivo (Meliá 1992: 68).” En 1609 los jesuitas fundan las primeras reducciones para lograr la “conquista espiritual” de los indios, en oposición a la “conquista por armas” de los conquistadores (Susnik 1982). Asentando reducciones al sur del río Tebicuary, se proponen la tarea de pacificación por medio de la cristianización imponiendo el bautismo, la re-educación en escuelas y el trabajo en los yerbales y labrando la tierra (Susnik 1982). Para ello, los jesuitas aprenden la lengua guaraní como instrumento para la “Reducción Espiritual”:

“La conversión religiosa del indio se convertía a su vez en plan de reformatión social y cambio cultural que pasaba necesariamente por la lengua. Si el indio guaraní era ‘reducido’, tenía que ser ‘reducida’ también su lengua (En: Meliá 1992: 79).”

Gracias a la erudición de Meliá, encontramos en muchos de sus textos amplias referencias sobre “la admiración hacia el guaraní” por parte de muchos de los religiosos de aquella época. Sostiene también el autor que estas afirmaciones laudatorias:

“...se inscribían dentro de una política reduccional que, si por una parte juzgaba al indio como todavía no enteramente humano, le reconocía una potencia transformadora notable a través precisamente de la lengua (Meliá 1992: 81).”

Veamos algunos de los comentarios. En 1639, afirma Montoya sobre el idioma guaraní:

“...lengua tan copiosa y elegante, que con razón puede competir con las de fama. Tan propia en sus significados (...) Tan propia es, que desnuda las cosas en sí, las da vestidas de su naturaleza (En: Meliá 1992: 36).”

O dice en 1732 el padre Chomé, de quien se dice hablaba 10 lenguas:

“Confieso que después de iniciado un tanto en los misterios de esta lengua, quedé sorprendido por encontrar en ella tanta majestad y energía; cada palabra es una definición exacta que explica la naturaleza de las cosas que se

⁶ Según Tovar, “El creador de la literatura en tupi-guaraní [es el] P. José de Anchieta, jesuita canario que pasó al Brasil en 1553 (...) y actuó traduciendo, es decir, utilizando palabras indígenas para exponer los conceptos religiosos cristianos. Los jesuitas, en una curiosa polémica, se defendieron que toda esa terminología que se les hechaba en cara había sido creada medio siglo antes por un franciscano, el padre P. Luís Bolaños. Lo que no dijo entonces nadie es que, a su vez, Bolaños había recibido el legado del mismo P. Anchieta, jesuita, ya que hay que suponer una relación entre ambos, hasta ahora no señalada. Es posible que, sencillamente, Bolaños estudiara la gramática de la lengua brasílica de Anchieta, que se publicó en Lisboa en 1595 (Tovar 1964: 482).”

quieren expresar y que da una idea clara y distinta. Jamás me habría imaginado que en el centro de la barbarie se hablase una lengua, que, según mi sentir, por su naturaleza y armonía, no cede a ninguna de las que había aprendido en Europa (En: Meliá 1992: 37).”

Hacia 1754, el padre Lozano sostiene:

“Es sin controversia de las más copiosas y elegantes que reconoce el orbe y con razón puede competir con las que tienen más fama (...) cede en poco al griego y se aventaja a otros muy aplaudidos, causando justa admiración, que en tanta barbarie, como era la de la nación guaraní, cupiese tan admirable artificio (En: Meliá 1992: 80).”

En todos estos casos, vemos que se habla de la estructura de la lengua como algo superior a la “cultura” de la que provenía, y por tanto, como escindida de ella. Pero señalemos también que otros jesuitas que veían la maravilla del guaraní como una prueba de que ésta no era/podía ser una invención humana sino divina, también se referían, calificaban y alababan a las demás lenguas que aquí encontraron, en los mismos términos, como es el caso de Domingo Bandiera, “misionero en un tiempo de los indios de Chiquitos”, quien según Peramás:

“...asombrado ante esta comprobación, [de que en ciertos aspectos el guaraní es más rica y completa que el griego y el latín,] escribió que esto sería imposible si no tuviese su origen en el mismo Dios, como ocurrió en la Torre de Babel. *Lo mismo opina [Bandiera] de las demás lenguas de los indios.* (Peramás 1946 en: Meliá:1992:81. Enfasis nuestro).”

En este sentido, es llamativa la carta de 1586 del obispo Guerra al Rey quien, según sus propias palabras, tenía como objetivo lograr que se tradujese el catecismo a la lengua más general de las provincias:

“...y porque la lengua es tan bárbara y tan corta, no sólo aun para tratar las virtudes de la policía humana, fue menester sudar mucho y revolver el romance por muchas partes para que acertasen las lenguas [‘los interpretes traductores’, según Meliá] con vocablos que explicasen razonablemente y con buena diligencia de los indios el misterio que tratábamos (En: Meliá 1992: 71).”

Como dijimos, se sostiene que el primer escrito impreso en guaraní es el *Catecismo* de fray Bolaños, quien antes había ya escrito su Arte (gramática) y Vocabulario guaraní. Sobre él se ha dicho que:

“ ‘Ha domesticado parte de ella [la lengua guaraní] un padre franciscano descalzo, gran lengua [traductor], gran siervo de Dios y amigo nuestro’, dijo el padre Lorenzana (En: Meliá 1992: 71).”

No obstante, es interesante destacar que Bolaños mantenía palabras en castellano, de manera parecida al guaraní criollo antes descripto (Meliá 1992), y que será el padre Montoya quien fije la fonología –explicando detalladamente la pronunciación– la ortografía y la gramática. Así, Montoya elabora el primer diccionario, su *Tesoro de la Lengua Guaraní*, en 1639. De aquí en más, se sucederá la producción de catecismos, *exemplos*, sermones y, tras la enseñanza de la escritura a los indios de las misiones, también aparecerán escritos de ellos, sermones y crónicas principalmente (Plá 1970). Más adelante y ante la necesidad de actualización, el padre Restivo publicará en 1696 el *Arte de la Lengua Guaraní*, una nueva gramática más latinizada (Meliá 1992).

La elaboración del catecismo implicó no solo la incorporación de neologismos, sino también la traslación de sentidos, llegándose incluso a recurrir al latín para explicar giros y el uso de partículas tan difundidas en el guaraní (Meliá 1992). Así entonces, a modo de ejemplo, aunque “*Tupa*” era un dios secundario, del trueno, en la cosmología guaraní politeísta, el guaraní jesuítico selecciona esta palabra “*Tupa*” para designar al dios cristiano (Bareiro Saguier 1990, Meliá 1992, Tovar 1964)⁷. A su vez, la fijación de la oralidad en la escritura también cambia la forma del discurso, ya que la textualización “...modifica sustancialmente la producción de la palabra, que pasa a tener otros ‘dueños’ (Meliá 1992: 76).” Con ingenio y no poca ironía, Plá explica esto diciendo que:

“Los misioneros, que para dirigirse por primera vez a los indios emplearon intérpretes, continuaron con esa misma situación concesiva; solo que ahora los intérpretes eran los mismos jesuitas, duchos en el idioma aborígen (Plá 1970: 13).”

También es de señalar que estos grupos indígenas fueron mantenidos monolingües, al margen del castellano, aislados de la sociedad criolla, generándose cada vez más tensión entre ambos “estados” por la acaparación de la mano de obra indígena. En todo caso,

⁷ Morínigo (1975 Y 1990) ha dedicado gran parte de sus investigaciones a estudiar el impacto del español en el *avãne'ê* desde el S.XVI en base a los calcos sintácticos del español, hispanismos, y neologismos que quedan registrados en el guaraní criollo. Señalamos que según este autor, debido a que el contexto criollo en el cual nace el “guaraní paraguayo” fue un contexto bilingüe, este proceso de hibridación fue un proceso relacional –no necesariamente simétrico–, haciendo que muchas veces las incorporaciones y pérdidas respondieran de manera más bien espontánea a la propia iniciativa de los indígenas y no solo por imposición.

“...lo cierto es que para principios del S. XVIII el guaraní jesuítico o misionero conforma una realización lingüística distinta del guaraní paraguayo en gestación y del guaraní de los grupos que han permanecido libres en la selva (Meliá 1992: 88).”

La otra diferencia entre ambos contextos era que la población indígena de las misiones no hablaba ni entendía el castellano, por lo que básicamente se mantuvo monolingüe guaraní.⁸ En el contexto criollo, según Susnik, los indios integrados de los *tavas* “...hablaban guaraní pero entendían el castellano por sus permanentes contactos con el criollo a través de sus viajes y conchabos. Lo entendía pero no lo hablaba. Cuando se hallaban en grupo y algún guaraní pretendía hacer uso del castellano, siempre era objeto de burla y mofa, siendo acusado de andariego inútil (...) pero cuando estaba en contacto con los criollos, al menos entendía el castellano, que seguía siendo el vehículo de comunicación de ese ámbito (Susnik 1983: 69).”

Aparecen aquí pistas de las complejas interrelaciones que ya en esta sociedad se están tejiendo.

Si pensamos ahora en las relaciones que existían entre los dos grupos promotores y hablantes de versiones hibridizadas del guaraní indígena, Susnik (1993) sostiene que las misiones jesuíticas y la sociedad criolla de Asunción –principalmente la élite del cabildo– siempre estuvieron enfrentadas. El poder de las misiones –manteniendo relaciones privilegiadas con la corona y los gobiernos provinciales– contaba con una inmensa población indígena que iba en aumento y que no tributaba. Además, el número de reducciones era cada vez mayor, por lo que su economía más estable fue *increscendo* y, sobre todo, autonomizándose de la sociedad criolla. No en vano se la denominaba República guaraní o estado jesuítico. Paralelamente, la incorporación de otros grupos étnicos a quienes los jesuitas enseñaban esta versión del guaraní coadyuvó a que la misma se volviese *lingua franca*. Las tensiones entre los jesuitas y los criollos del cabildo y los religiosos franciscanos que se habían aliado para enfrentar los privilegios de aquellos llevaron a la Revolución Comunera (1717-1735) y, más adelante, desembocó en la expulsión de los primeros en 1767, lo cual, lógicamente provocó no pocas transformaciones en el espacio social.

Nos hemos detenido largamente en este período por el hecho de que nos parece clave entender cómo y de qué contextos nacen estos dos guaraníes. Nos interesa subrayar que, desde este momento, se genera una tensión entre la lengua “guaraní criolla”, descripta peyorativamente –en tanto mezcla, mescolanza, bárbara, limitada, llena de neologismos, de uso cotidiano y coloquial pero no administrativo, que ha perdido su origen– y un “guaraní jesuítico” ideológicamente construido como lengua pura, incontaminada, culta, literaria etc., en la que subyacería la cosmovisión y la cultura del indio guaraní. Ambas descripciones, en síntesis, están simbolizando también la manera en que muchos autores describen los dos tipos de conquista. Para Meliá, el guaraní paraguayo o criollo, al ser producto de la dominación de los hispanos sobre los indígenas, es concebido como una lengua empobrecida. Además de los neologismos e hispanismos que la contaminan, con ella:

“...se da una pérdida irreparable de lexemas, de palabras, que nunca más volverán a ser usados. Sobre todo las relativas a denominaciones de realidades culturales propias de la vida indígena precolonial (1992: 65).”

En cambio, por más que el mismo Meliá afirma que fue necesario “... ‘inventar’ esa otra lengua guaraní escrita que nunca será lo mismo que la de la tradición oral (1992: 109)”, el guaraní jesuítico aparece para este autor como una lengua rica, que es la metáfora de la nueva sociedad que mantuvo su sentido originario, pues:

“...se creaba así un nuevo lenguaje, una ‘tercera lengua’ en la que el indio quedaba ‘reducido’ sin ser ‘desnaturalizado’ (Meliá 1992: 96).”

Otros autores también refuerzan esta asimétrica valoración, de modo que cuando hablan del guaraní criollo, afirman por ejemplo que:

“En el contexto de este condicionamiento social fuertemente marcado por la mentalidad colonial poco es lo que la lengua podía conservar de su fuente original [concretamente: ‘la religión y el sistema socioeconómico guaraní’, sostiene este autor] para reproducirse (Gómez Morales 1998: 333).”

No obstante, aunque el guaraní jesuítico también modificó, como hemos visto, precisamente los aspectos señalados por este autor, Gómez Morales se refiere a ese proceso diciendo más bien que:

⁸ Plá (1970), entre otros, afirman que algunos indios aprendieron también latín y castellano, pero creemos que esto no era el caso de la mayoría de la población misionera.

“...los jesuitas [a la lengua guaraní] la estudiaron, la aprendieron y *la reprodujeron* (Gómez Morales 1998: 337. Enfasis nuestro).”

Es precisamente la consistencia de esa asimetría lo que nos lleva a pensar si tales valoraciones no responden más bien a la manera de construir la historia que a atributos de cada una de estas variedades del guaraní *per se*, como se pretende. De todas maneras, el hecho a destacar de este acápite es que el *ava ñe'é* pasa a un segundo plano considerada como una lengua de los indios monteses –los guaraníes actuales en el Paraguay– y nacen dos lenguas guaraníes en franca oposición.

3. Contexto colonial tardío

Si bien la Corona española había ordenado el castellano como lengua oficial de las colonias y se consideraba deseable que eso ocurriera (Bareiro Saguier 1980, Gómez Morales 1998, Meliá 1992), la política lingüística colonial en el período temprano consideraba que esta tarea no debía ser una imposición violenta. Esto se ve claramente en la Recopilación de Indias, cuando Felipe II ordena por Ley 18, título I, libro VI de 1596 que “...no parece conveniente apremiarlos [a los indios] a que dejen su lengua natural; se podrán poner maestros para los que voluntariamente quisieran aprender la castellana (En: Meliá 1992: 98).”

Mientras semejante actitud hizo en parte posible la labor jesuítica en las provincias donde el guaraní ya se había extendido a todas las clases, la política de la corona tomará un rumbo distinto bajo Carlos III, rey liberal e ilustrado que ordena la desaparición de toda lengua que no sea el castellano de sus dominios. Vendrá así una etapa donde se impone el predominio del castellano como lengua de la civilización y la dominación. En verdad, ya unos años antes encontramos ejemplos del nuevo discurso de la corona en la “Instrucción” del oidor Francisco Bucareli. Habiendo llegado a Buenos Aires con la tarea de concretar la expulsión de los jesuitas, aconseja este funcionario en 1768:

“...para conseguir civilizar perfectamente a estas gentes (...) es la base fundamental el introducir en estos pueblos el uso de nuestro propio idioma. Éste es uno de los medios más eficaces para desterrarles la rusticidad (En: Meliá 1992:104).”

A partir de este momento, el guaraní –idioma que estaba atravesando un período de desvalorización– pasa a ser considerado como un idioma pobre en el que no se puede dar cuenta de, ni enseñar muchas cosas. A su vez, el gobernador Bucareli diseña un plan aún más ambicioso de control, y también ordena lo siguiente:

“Habrá en todos los pueblos una escuela para la educación de los niños pequeños (...) en ella se les ha de enseñar la doctrina cristiana, a leer, escribir y contar en nuestro idioma (...) y no se permitirá que los muchachos hablen la lengua guaraní durante el tiempo que asistan a sus distribuciones (En: Meliá, 1992: 104).”

Según Susnik, empero, la voluntad civilizadora de Bucareli no pretendió eliminar el guaraní, sino enseñar el castellano, teniendo en cuenta que esta población sí estaba aislada de la población rural hispanohablante de las misiones de la Provincia de Buenos Aires, Santa Fe y parte de Corrientes (Susnik 1983). En todo caso, lo que no está sujeto a discusión es que el nuevo rumbo económico a ser tomado por el Río de la Plata pretenderá aprovechar al máximo la mano de obra indígena para la producción.

A este respecto, tras la expulsión de la Orden de Jesús, las reducciones jesuíticas pasan a ser *tavas* misionales dirigidas por los misioneros franciscanos (Durán 1987). La población indígena comienza empero a dispersarse. Mientras los que tienen oficios van a Asunción, Montevideo o Buenos Aires, la gran mayoría se convierte en peones de estancia, pasando a conformar el campesinado pobre de la región. Según Meliá (1992) y Rehnfeldt(2000), un gran número vuelve a los montes. Sin embargo, ya desde la Revolución Comunera (1717-1735) habían muchos indios misioneros fugados, que pasaban a constituir la categoría de “indios libres” o “suelos”, que o bien se conchababan o construían su choza en los valles:

“Allí es donde verdaderamente comenzó de nuevo el proceso de mestizamiento que llamamos mestizamiento mixto, entre este indio mixto con el mestizo ya existente (...) lo que Azara y Aguirre llaman ya el indio criollo, donde no se distingue ya estrictamente si se trata de indio o mestizo (Susnik 1983: 67).”

En lo referente a la lengua, el guaraní jesuítico también se disgrega, por lo que de aquí en más lo que se denomina “guaraní” será el “guaraní criollo” o “paraguayo”. A su vez, la obligatoriedad de enseñanza exclusivamente en castellano en las escuelas para indígenas terminó siendo un fracaso, ya sea por la mala administración, la falta de

maestros españoles, o la débil y pobre economía. Así, el gobernador Lázaro de Ribera informaba al rey:

“Pero, ¿qué es lo que hemos adelantado en 28 años de fatiga? Nada más que estar viviendo la pérdida efectiva de más de cien mil pesos que se han llevado las dotaciones de unos maestros inútiles por no decir perjudiciales. Los indios se mantienen en una ignorancia absoluta de nuestra lengua y como en la de ellos, conocida con el nombre de guaraní, es imposible explicar bien las verdades eternas de nuestra religión, resulta de que el bien espiritual de estos infelices está cercado y envuelto en las tinieblas de la ignorancia y a veces del error (En: Meliá 1992: 107).”

A fines del siglo XVIII e inicios del siglo XIX, el Paraguay es pintado como una sociedad pobre en la que casi toda la población habla en guaraní. Hacia 1750 el gobernador Pinedo describe la pobreza de la Provincia en un informe al rey de España diciendo que “fuera de unos 500 vecinos (...) el resto de la población vive en la más plena miseria, viven más de sus brazos que de otras ocupaciones (Susnik 1983: 49).” Haciendo referencia a la diferencia entre la sociedad de Buenos Aires y la de Asunción, Félix de Azara afirma a principios del XIX que:

“La diferencia en el origen de los españoles (...) ha producido otra en los idiomas de los gobiernos de Buenos Aires y Paraguay, porque en aquél sólo se habla castellano y en éste sólo el guaraní (...) [y] sólo los más cultos entienden y hablan el español (Meliá 1992 : 61).”

Es fundamental tener en cuenta las diferencias que implicaba la colonización en distintos lugares, y el grado de poder y los mecanismos utilizados por los hispanos en cada contexto de inter-relación. El área del Paraguay resultó ser periférica, debido a la falta de incentivos metálicos y al alejamiento geográfico respecto del espacio de gran comercio que se desarrollaba entre La Paz, Potosí y Río de la Plata. Por ello Meliá considera que en el Paraguay, “...la propia lengua castellana, aunque siempre fue la lengua oficial de gobierno, no contaba con los medios para perpetuarse y menos para desarrollarse (1992: 54).”

Abramos entonces un paréntesis para retomar la situación socioeconómica de la provincia que describe Susnik, e intentar seguir algunos de los procesos sociales y económicos por medio de los cuales se va conformando la sociedad paraguaya a través de estos tres siglos.

Recordemos que una vez establecida la encomienda se organizan los *tavas* provinciales, donde se asentaba a los indígenas de distintos *guaras* de manera a organizar la prestación de mano de obra para la encomienda –quedando incluso muchos de estos asentamientos como los pueblos actuales del Paraguay–. Así, en opinión de Susnik, estos asentamientos indígenas que fueron la principal fuente de mano de obra para las obras públicas inclusive en parte del período republicano:

“...no estaban bajo ningún concepto aislados, ni eran de economía meramente subsistencial, para sus pobladores guaraníes, sino que jugaban un activo rol en la economía provincial (Susnik 1983: 39).”

Antes bien, a cada *tava* se le otorgó su tierra, conservando su propia organización comunal. Más tarde se crearon cargos de “administradores” y “corregidores” provinciales para maximizar la producción, por lo que gran parte de la economía de la Provincia dependía de los artesanos, las pasturas y reses de sus estancias, la producción de algodón, yerba y caña dulce, principalmente. Más específicamente, sostiene Susnik que “sus productos, más que para la muchedumbre guaraní, iba destinada a la ayuda económica de la Provincia del Paraguay (Susnik 1983: 39).” Además, ningún mestizo ni criollo podía habitar en estas tierras, que tenían su propio cabildo indígena, y sus escuelas. Sin embargo la comunicación entre los *tavas* y el resto de la sociedad era fluida principalmente en torno a las relaciones laborales. Fueron principalmente los franciscanos quienes se mantuvieron en contacto con la población de los pueblos. (Bareiro Saguier 1980, Durán 1987).

Por otro lado, la población de Asunción se componía de una élite pequeña de españoles, criollos y mestizos –muchos de ellos muy pobres– así como de indios yanaconas y “arrimados” que no prestaban servicio de encomiendas.

El grupo de los indios guaraníes “monteses” se mantuvo “aislado” de la sociedad mayor, pero efectuaban ataques esporádicos, al igual que otros grupos étnicos como los payaguaes y los guiacurúes, que tampoco podían ser dominados (Susnik 1982,1983,1990-1991,1993). Según Susnik, entonces,

“Para fines del siglo XVII la Provincia del Paraguay era tan pobre y además solamente tenía que defenderse, defenderse sola y con sus propios medios de los payaguaes, dueños del río Paraguay, que no dejaban ningún comercio, ningún tráfico fluvial tranquilo, con sus permanentes asaltos (1983: 35).”

Por la inseguridad, la inestabilidad, y la pobreza se producen movimientos migratorios. Mestizos y criollos pobres huyen hacia los pueblos indígenas y, junto a campesinos libres, comienzan a ocupar las tierras que eran exclusivas de los *tavas*. A su vez, principalmente debido a lo pesado de la prestación de servicios, indígenas de los *tavas* se fugan hacia el sur en busca de un conchabo que les permita pagar la tasa que los liberaba de la mita. Según Susnik “estos jóvenes [fugitivos de los *tavas*] llegaban a formar una masa con criollos y mestizos, al punto que ya no era posible distinguir las diferencias socio-étnicas (1983: 39).”

Además, por la magnitud de estos desplazamientos, los gobernadores de la Provincia del Paraguay dictaban cada casi dos años los famosos “bandos”, que obligaban que las gentes sean restituidas a sus valles, y que se impidiese esta emigración, amenazando con multas. Más aún, “... a un mestizo o a un criollo nunca se lo amenazaba con el castigo de azotes, pues éstos estaban reservados para el indígena, pero sí con multas y con servicio obligatorio y perpetuo en milicias (Susnik 1983: 36).”

En todo caso, la pobreza era tal que encomenderos pequeños devolvían sus indios al gobierno alegando que les era muy oneroso mantenerlos (Susnik 1983:44). Paralelamente, los propios mestizos comenzaron a prestar servicios como mano de obra asalariada, pues la fuga de los *tavas* hacía que debieran ellos mismos “...contratar a criollos o mestizos para que lleguen al pueblo a levantar la cosecha de algodón o de tabaco, o para el trabajo en el cañaverol (Susnik 1983: 46).” Todo esto muestra que el sistema de encomiendas mismo ya no “ordenaba” la sociedad: los encomenderos preferían asalariados, y los indios preferían conchabarse. Los cabildantes, en su mayoría grandes hacendados criollos que precisaban de peones, “sean estos indios, negros, mestizos o criollos (Susnik 1983)”, aprovechaban su poder, exigiendo un determinado número de indios en encomienda ya que, a sabiendas que los mismos no vendrían, podrían entonces cobrar la indemnización a los *tavas* de 8 pesos de plata por indio (Susnik 1983).

En este contexto, el gobernador Barúa llega a proponerle al rey que “como todos precisaban de la peonada, tanto los indios como los criollos, la Provincia como el *tava*, (...) que ordene a los jesuitas enviar a los guaraníes de las Misiones para contribuir a resolver el problema de la pobreza de la Provincia (Susnik 1983: 46).” Es que las reducciones jesuíticas, con sus repúblicas guaraníes, acaparaban cada vez más mano de obra y se extendían en territorio, siempre absoluta y rigurosamente aisladas del resto de

la sociedad, y ningún criollo podía entrar allí sin permiso especial. Aunque según Susnik, la situación económica en las reducciones no parece haber sido mucho mejor, el rígido régimen jesuítico tenía control mayor de las provisiones y el excedente (Susnik 1983). Hay, por tanto, una tensión brutal entre los jesuitas y varios sectores de la sociedad criolla, como el cabildo, las élites criollas y los religiosos de otras congregaciones. A su vez, Susnik señala que también entre los indios de los *tavas* provinciales y los misioneros había mucho recelo y rechazo. Los de los *tavas* provinciales estaban relacionados con la sociedad de Asunción y la Provincia del Paraguay, mientras que los guaraníes misioneros conformaban parte de otra sociedad, otro “estado”, ubicado más allá de los límites territoriales de la provincia, por lo que mantenían relaciones con reducciones de otras provincias, como Santa Fé y Corrientes especialmente. También provoca tensiones el hecho de que, alegando los constantes ataques de los *bandeirantes*, los jesuitas habían conseguido permiso del rey para formar milicias guaraníes, armadas inclusive con armas de fuego, por lo que el gobierno provincial requerirá constantemente del auxilio de éstos para la defensa de los ataques *bandeirantes*, guaicurúes y payaguaes.

Siendo ya la Provincia del Paraguay una intendencia dependiente del Virreinato del Río de la Plata, el liberalismo económico español trae un auge socioeconómico en la segunda mitad del XVIII. Se introduce la moneda, y la producción se encamina hacia la exportación: aparecen grandes plantaciones de tabaco y fábricas elaboradoras; aumenta la extracción de madera y el trabajo en obraje; debido al aumento del valor de la exportación de los cueros, se fomenta la ganadería, cuya ganancia radica no ya en la carne sino en el cuero, introduciéndose entonces las curtiembres y la producción de los derivados del cuero.

Con la introducción de la moneda y el cambio de la política económica, también empiezan a llegar criollos comerciantes de Tucumán, Córdoba, y Buenos Aires. Todo esto “logró promover mayores ambiciones económicas y formarse una clase burguesa más definida, siendo el ‘caudal’ el verdadero diferenciador socioeconómico de la población (Susnik 1992: 8).” Este nuevo valor desplazará al valor tradicional de propiedad y lujo de los hacendados. Esta nueva clase –principalmente residentes extranjeros y criollos oriundos de otras provincias rioplatenses, con “asientos” comerciales– será aliada de los gobernantes provinciales, desplazando en poco tiempo a

aquellos hacendados que habían acaparado el cabildo durante 3 siglos, y que se opondrán fuertemente a la independencia del Paraguay.

Debido a este auge económico y el crecimiento demográfico, el tema de las tierras empieza a ser conflictivo. Como “los *tavas* guaraníes poseían la mayor cantidad de tierras (Susnik 1983: 79)”, los criollos y mestizos van usurpándolas cada vez más, lo que según esta autora también produjo una convivencia cada vez más estrecha entre los indios integrados y la población rural campesina, aumentando así el mestizamiento criollo-guaraní debido a la táctica de criollos de casarse con indias para poder tener derecho a las tierras comunales.

El encierro físico, la dependencia económica de la libre navegación de los ríos Paraguay-Paraná desde que Asunción se convierte en puerto, y “la tradicional gran barrera sociolingüística a base del predominio de la lengua guaraní como medio de comunicación y participación social, circunstanciaron tempranamente la realidad de un ‘regionalismo nacional’ (Susnik 1992: 7).” En efecto, el guaraní dominaba casi toda la comunicación en el país. Inclusive en los cabildos se lo usaba extensamente, y hasta el general Belgrano en 1810 dirigió sus proclamas y cartas a las autoridades y al pueblo paraguayo en ese idioma.

Este es el contexto en que nacerá la República del Paraguay como nación independiente en 1811.

Había una efervescencia donde se oponían principalmente dos bandos: por un lado, los criollos aburguesados aliados al gobernador Velasco; por el otro, los hacendados-militares, “caudillos” que tenían mucho prestigio público, “sociolingüísticamente identificados con la masa rural (Susnik 1992: 9).”

Así, tras la independencia Argentina en 1810, en la Provincia del Paraguay se proclama la fidelidad a la Corona. Cuando Belgrano viene con la intención de subordinar socioeconómicamente al Paraguay en tanto provincia argentina, se libran las batallas de Paraguari y Tacuari, saliendo vencedoras las tropas del gobernador Velasco. Aunque éste sale airoso y supuestamente recibe el apoyo de la patria, hacendados militares como Yegros y Cabañas, que habiendo dirigido las tropas, se percatan que ahora también tienen poder político, preparan la marcha nacional independentista. La huída de Velasco, provocada por la falsa noticia de la caída de sus tropas, provoca también la reacción de aquella burguesía capitalina rica “huyendo en 17 embarcaciones a Montevideo, con familias y caudales (Susnik 1992: 14).”

En un contexto continental de independencias nacionales, Paraguay también se independizará en mayo de 1811 siguiendo ese modelo. Con los antecedentes antes descritos y en “defensa de la dominación extranjera”, –pues se decía que el gobernador Velasco estaba tejiendo alianzas con el general de Abreu de Río Grande– los caudillos militares hacen el cuartelazo, apoyados por la masa rural, por civiles ilustrados de Asunción como Molas y Francia, y por algunos eclesiásticos, para declarar conjuntamente el nacimiento de la República del Paraguay. “Todos, empero civiles-burgueses y militares-hacendados y el mismo clero adoptaban sus posturas, basándose en la convicción de la ‘inmadurez política’ del pueblo paraguayo y de la necesidad de un ‘dirigismo’ político, social y económico de la nueva República Independiente (Susnik 1992: 15).”

Queremos señalar algunos datos que aporta Meliá sobre el uso del guaraní jesuítico y el criollo durante esta etapa. Con respecto a las cartas firmadas y a la proclama de Belgrano en guaraní en diciembre de 1810, Levene señala que “la iniciativa de Belgrano no era (...) del todo inédita, ya que en la misma época se hacía uso de otras lenguas indígenas, como el quechua y el aymara, para proclamar las ideas de movimientos emancipatorios (En: Meliá 1992: 158).” Morínigo en 1948 afirma que Belgrano “lo hacía a sabiendas de que ésta era su propia lengua [de las autoridades paraguayas y su pueblo] (En: Meliá 1992: 157).”

Meliá también señala que, por la caligrafía, el tipo de lengua y el estilo, “...se nota que los traductores de los textos al guaraní son indios guaraníes de las antiguas misiones jesuíticas (1992: 194).” Afirma además que:

“En este caso la lengua guaraní está al servicio de ideas libertarias, propiamente revolucionarias. Desde el punto de vista semántico, esta lengua guaraní muestra la capacidad que todavía conservaba como medio de comunicación política en un contexto moderno (1992: 194).”

Por otro lado, Meliá también aporta datos sobre una carta escrita 17 años después de esta proclama:

“...una curiosísima pieza que revela la realidad lingüística de la lengua guaraní en su uso político. Es una proclama (...) emanada de un cabildo indígena, que supuestamente debería usar todavía el antiguo guaraní

misionero. Morínigo (1946: 34) opina que la lengua mezclada guaraní-castellano en que está redactado el documento muestra ‘la incapacidad del guaraní para adaptarse a las necesidades de la nueva estructura política que aceleradamente se estaba instaurando’ (Meliá 1992: 195).”

Para Meliá el problema es algo más complejo, y su hipótesis es que esta proclama “...indica más bien la falta de competencia de una comunidad tradicional para asimilar a nivel lingüístico conceptos que les han llegado desde fuera; anuncia ciertamente una de las características de lo que se ha dado en llamar *jopara*⁹ (1992: 195).”

Durante las primeras décadas del período republicano, el castellano siguió siendo la lengua administrativa heredada del sistema anterior, pero la población siguió usando el guaraní (Meliá 1992; Susnik 1992). No obstante, el proceso de formación de la nación paraguaya apelará a nuevos mecanismos para construir la nueva “identidad nacional paraguaya” en la población, lo que afectará el rol de las lenguas y su jerarquización social.

Describiremos, en el siguiente capítulo, algo de este proceso durante el gobierno de Francia y los de los López, de tendencias muy distintas, pero autoritarios todos. Susnik afirma a este respecto que “el control social de la población por medio de las ‘autoridades’ nombradas constituía la base de la seguridad del gobierno bajo el régimen del Supremo y de los dos López (Susnik 1992: 126).” Los tres gobernarán hasta sus respectivas muertes. Luego veremos el rol del guaraní en la Guerra de la Triple Alianza y la significación peyorativa que recibirá durante la posterior reorganización sociopolítica del país.

⁹ Del texto de Meliá, extraemos una frase para que se vea el uso mezclado de ambas lenguas. “ *Opa katu imbojerovia katypuy (katupy), humildemente ait’yvo ko che ñe’e Circularpype al grïto al momento ahechámaramo ñatákañymbápota peteï mokoi, ñatánde paisanos cúlparehe* (En: Meliá 1992: 195).”

Capítulo 2. La nación independiente

1. Dr. Francia 1813-1840

Tras la independencia gobierna un triunvirato. Se inicia así el proceso de construcción de una nueva sociedad, aunque había entre los líderes una notable diferencia de posturas con respecto al contenido de tal independencia. En las primeras resoluciones prima “...la actitud del liberalismo rioplatense de que toda sociedad debía basarse en ‘justicia, equidad e igualdad’ (Susnik 1992: 16)”, credo que estaba en consonancia con los ideales de los movimientos de independencia del resto del continente. Así, La Junta Gubernativa del nuevo estado dispone en 1812 dar “Instrucciones para maestros de Escuelas”, donde “...se pedía a los maestros que desterraran el guaraní y procuraran la buena pronunciación de las palabras castellanas (En: Meliá 1992: 165).” Según D. Villagra, si bien la educación obligatoria formal que se instaura fue en castellano, el guaraní no se prohibió durante este período¹⁰.

Pero muy pronto el Paraguay tomará un camino distinto del de las demás naciones emergentes de la región, especialmente a partir de que el Congreso invista al Dr. Francia en 1813 como Cónsul junto con Yegros; luego como Dictador Temporario (1814); y finalmente como Dictador Perpetuo (1816) hasta su muerte en 1840.

La manera de gobernar del “Supremo” también siguió un proceso gradual paralelo en lo que se refiere a sus determinaciones y su monopolio del poder. En 1823 le escribirá una carta al delegado de Itapúa sobre su “obligada” administración monopolizada:

“Todo esto por hallarme en un país de pura gente idiota, donde el gobierno no tiene á quien volver los ojos, siendo preciso que yo lo haga, lo industrie, y lo amuestre, todo por sacar al Paraguay de la infelicidad y abatimiento en que ha estado sumiso por tres siglos... (Dr. Francia. En Susnik 1992: 29).”

Enfrentado con los movimientos más liberales y la burguesía comercial de tendencia modernizante que se oponían a otorgarle el cargo de “Perpetuo”, y urgido por el temor de la anexión del Paraguay a la Argentina, Francia inicia una política de aislamiento y autoabastecimiento, cerrando las fronteras y prohibiendo todo comercio y todo desplazamiento hacia países limítrofes. Mantendrá también un control interior absoluto

¹⁰ Entrevista (Asunción, 19/04/00.)

y una persecución política feroz que destruye, silencia o margina a las clases patricia, burguesa y estanciera, iniciándose así la huída hacia Buenos Aires de opositores que son acusados como “traidores a la patria”.

El dictador Francia cerrará también el congreso y gobernará por medio de decretos, redactados en español y traducidos al guaraní para la masa de la población, por medio de una nueva clase política conformada por “...comandantes, delegados, alcaldes, todos designados y nominalmente vigilados por él (Susnik 1992: 30).” Afirma esta autora que “en la cárcel pública, el gentío se amontonaba (...) mezclados social y racialmente blancos, mulatos, negros, indios, amos, esclavos, de todas edades, condenados o solo acusados (Susnik 1992: 128).” No faltaron allí las torturas, azotes y muertes.

Paralelamente a una purga que eliminó a las clases pudientes e ilustradas en tanto “traidores de la patria”, las clases populares creían en el *karai*-gobernante, creciendo cada vez más su prestigio como hombre honesto y patriota, como símbolo del orden público y “salvador” de la patria de las pretensiones de Buenos Aires (Susnik 1992).

Ahora bien, así como Francia cerró el cabildo de Asunción en 1824, mantuvo los cabildos indígenas de los tavas (Susnik 1983). Ello lleva a Susnik a considerar que Francia construyó su propia clase gobernante con la gente del pueblo, “...a quienes él solía elevar sobre el nivel de su baja condición (Rengger, en Susnik 1992:140)” de allí surgían sus empleados públicos. Pero “los nuevos agentes [‘esta nueva clase’] volviéronse arrogantes, y al mismo tiempo, manifestaban el mayor servilismo al caraí Francia’ (Susnik 1992:140).”

El rechazo a la modernización y a la tendencia españolizante hizo que se mantuviese el uso del guaraní. El castellano parece haber sido la lengua utilizada en las escuelas –que no eran muchas ni tenían muchos maestros según los datos de archivo–, lugares donde se impartía enseñanza por medio de un catecismo llamado *Patrio Reformado* que estaba en castellano (Meliá 1992). Susnik dirá que esta dicotomía sociolingüística –la utilización del castellano en las escuelas, pero la traducción al guaraní de los textos públicos como los decretos del Dr. Francia– “...era característica para el Paraguay hasta 1870 (1992:28).”

Por su parte, los testimonios de viajeros-escritores que estuvieron por estos pagos durante la época sostienen que el guaraní era la única lengua en todo el territorio. En

Meliá (1992) tenemos algunas referencias de viajeros como por ejemplo los hermanos Robertson, quienes describen¹¹ un agasajo durante el cual casi no entendió nada:

“Porque aquí el lenguaje de los aborígenes, o guaraní, ha hecho inútil en gran proporción el español, y exceptuando a los hombres de la mejor clase, pocos se expresan en español con fluidez y corrección (...) Aquí, lo mismo que en Corrientes, los hombres hablan poco y con cierta resistencia el español. Las mujeres lo hablan muy escasamente. El español ha sido sustituido casi completamente por el guaraní (Meliá 1992: 158).”

Graham también dirá en 1846 que:

“La lengua que se habla en el Paraguay es el guaraní. (...) Este idioma es de uso tan general que nunca se habla español, y sólo con los extranjeros, siendo, en el interior la gran masa tan ignorante del español que es necesario tener un intérprete incluso para pedir un vaso de agua (Meliá 1992: 162).”

En estos primeros años de la república, por tanto, casi no se notan modificaciones en la situación lingüística. No obstante, aspectos de la organización sociopolítica y administrativa sí cambiaron con la declaración de la independencia, tal como lo indica la disposición de la Junta de Gobierno en 1812, que determina “la independencia política del guaraní de los pueblos, resolviéndose que el indio ya no debía pagar más la tasa al vasallo del Rey (Susnik 1983: 168).”

Tácitamente, entonces, el “indio” es considerado “paraguayo”. Se mantuvo a los indígenas de los *tavas* asentados en sus tierras, con un sistema comunal y su cabildo (Susnik 1983 y 1992). Los “brazos” de los indios de los pueblos siguieron siendo la mano de obra a la que se apelaba para las obras públicas, y para la producción en general. Rengger, el cronista de Francia, da cuenta de ello:

“...hizo [el Dr. Francia] trabajar mucho a los indios por cuenta del gobierno, obligándoles a fabricar telas de algodón para la vestimenta de la tropa o empleando sus brazos en la construcción de edificios, en los cortes de madera y construcciones de otras obras públicas (En: Susnik 1983: 174).”

Y en este sentido, Susnik también afirma que:

¹¹ En tres volúmenes, cada uno describe sus propias experiencias en el Paraguay, con visiones no siempre coincidentes.

“El Dr. Francia continuaba con la pauta colonial de discriminación socioracial en dos aspectos: el indio guaraní de los ‘tava’ quedaba sujeto al régimen de la comunidad –económicamente dependiente– si bien la Independencia liberólo del tributo anual en virtud de su status sociopolítico; no obstante, el joven Guaraní fue liberado al enrolarse en el ejército nacional (1992,: 141).”

Esto, junto con aquella referencia a la vestimenta de la tropa de Rengger, nos remite también a otro de los cambios importantes. La república de “El Supremo” necesita gente para formar un ejército nacional. Entonces, “quien sirve en el ejército es paraguayo, no importa su color ni su raza, dando lugar a que en el ejército puedan servir el pardo, el mulato, el negro, el indio o el blanco y que por el más simple hecho de nacer en suelo paraguayo las personas ya son paraguayas, sin que con esto declare oficialmente que el indio es paraguayo (Susnik 1983: 174).” El ingreso de muchos indígenas de los *tavas* al ejército también intensificó aun más el mestizaje.

Pero recordemos las diferencias históricas entre los indios “integrados” y los “misioneros” (Susnik 1982,1990-1991, 1993 y Susnik-Chase-Sardi 1995). Estos, al haber pertenecido a la República jesuítica que se extendió más allá del territorio nacional, se mantenían en contacto con provincias argentinas cercanas como la de Corrientes y “eran sujetos a otras características políticas externas (Susnik 1992: 162).” De hecho, ante la proclama de Belgrano de 1810, muchos guaraníes misioneros se unieron a él. Más adelante, cuando Artigas arme un “ejército rebelde” algunos guaraníes misioneros se le unirán. (Susnik 1992: 162). En cambio, los guaraníes “integrados” pertenecientes a los pueblos provinciales, que eran más fieles al gobierno provincial, mantendrán esta actitud hacia Francia, alimentados también por las promesas del “*karai*-gobernante” (Susnik 1983 Y 1992).

A su vez, la actitud del Dr. Francia hacia unos y otros también fue muy distinta:

“El Dr. Francia ordenó la evacuación forzada de dichos pueblos [los que Artigas había ordenado ocupar por la fuerza], incendiarlos y transportar todos los objetos preciosos y útiles en carretas a Asunción; los pueblos nunca más se establecieron como ‘comunidades indígenas’ (Susnik 1992: 163).”

No obstante, Susnik concluye que, en algunos aspectos, la independencia no trajo en el Paraguay cambios drásticos ni modificaciones sustanciales dentro de la sociedad, sino que, en muchos sentidos, más bien se mantuvieron ciertas similitudes:

“Los gobernadores, desde Pinedo a Velasco, destacaban en sus comunicaciones oficiales la misma característica provincial que Rengger en el período del Dr. Francia sintetiza: ‘el aislamiento del pueblo paraguayo (...) así por la situación del país como por su idioma, distinguido siempre de demás criollos por su espíritu nacional.’ (Susnik 1992: 1).”

Cuando Graham –secretario de la Legación Británica en Buenos Aires– arribe al Paraguay un año después de la muerte del dictador, describirá a la gente como:

“...por lo general pobre e indolente, pero esto es natural, pues carecen de mercado para la demasía de sus productos y á virtud de su largo aislamiento, no tiene idea del lujo de otros países y consiguientemente solo pocas necesidades (...) [la gente] es muy ignorante y primitiva en sus costumbres, su vestido muy sencillo, siendo de su propia manufactura de algodón del país (Susnik 1992: 28).”

En este período, se estaba conformando ya una identidad nacional paraguaya pues, como sostiene Susnik, “...el Dr. Francia con su propia política independentista logró inculcar a la nueva ‘clase popular’ la conciencia político-nacional (1992: 146).”

2. Carlos Antonio López. 1842-1861

A la muerte del Supremo, un inicial Consulado de C.A. López y M. R. Alonso llama en 1842 a cuatrocientos diputados a un Congreso general extraordinario, para elaborar una Constitución y determinar, entre otras cosas, el tipo de organización política que se adoptará. El nuevo presidente de la República será Carlos Antonio López. Nuevamente Susnik sintetiza brillantemente el contexto y el drástico cambio político que éste liderará:

“A la muerte del Supremo, la sociedad se hallaba homogeneizada o ya acallada; para el paraguayo ‘...su familia, su valle, su país, el gobierno que él idealiza, forman todo su mundo.’ Pero el Paraguay ya no podía permanecer enclaustrado sociopolíticamente por los crecientes intereses circunvecinos; el ámbito del Río de la Plata fue invadido por el mercantilismo inglés; se consideraba como una señal de ‘progresismo’ importar ‘máquinas, hombres y capital’ extranjeros (Susnik 1992: 31).”

Así, Carlos Antonio López inicia su audaz y renovador proyecto político económico. Primeramente abrirá las fronteras y recibirá con agrado toda tendencia modernizante y europeizante. Contratará técnicos europeos en diversos oficios para que trabajen en el país y tomen como ayudantes a quienes serían sus discípulos. No obstante el lema “Progreso, Civilización y Libertad” con que autonominaba su gobierno, muchos opositores emigran a la Argentina y las “familias notables” de la nueva burguesía que se enriquecía con dicho progreso tampoco tenían ningún tipo de participación política. El carácter de su gobierno está expresado en el mensaje de 1857, donde dice que debido a las características de la población paraguaya “...hay que esperar todo de la acción de los gobiernos, que por lo mismo son Jefes y Guías de la Nación (...) [por ello hace falta] un poder fuerte, ilustrado y prudente (En: Susnik 1992: 32).”¹²

En 1848 C. A. López dicta un decreto declarando libres a todos los indios, naturales de toda la República del Paraguay (Susnik Y Chase Sardi 1995). Con esto se llega al fin de los veintiún “pueblos indígenas” que habían sobrevivido hasta esa época.

Concretamente:

“Las tierras, bienes y más de 200.000 cabezas de ganado fueron a parar a las ‘Estancias La Patria’, propiedad del estado o tituladas a nombre de los miembros del amplio nepotismo [no solo parientes consanguíneos, sino también amigos] de los López (Susnik Y Chase Sardi 1995: 246).”

Como se suprimen los cabildos indígenas y se toma posesión de las tierras indígenas, sus pobladores pasan a integrarse como “paraguayos” al campesinado. Se produce así:

“...una explosión de mestizamiento para aquella época como consecuencia de esta medida de López, máxime cuando ya no había las diferencias culturales entre los guaraníes y la población paraguaya campesina, como había habido diferencia en los S XVI y XVII entre guaraníes y españoles. Prácticamente diferencias no había ni cultural, ni religiosa, ni social (...) entonces el mestizamiento fue rápido, natural, sin ninguna clase de imposición (Susnik 1986: 176).”

Además de pasar a ser “campesinos”, estos sujetos indios y mestizos tienen, en tanto ciudadanos paraguayos libres, derechos y deben cumplir con las obligaciones del

estado, lo cual también está en relación con la adopción de apellidos en castellano de parte de los indígenas, sea por ley o por motu proprio.¹³ Así, Para Meliá esta “explosión de mestizamiento” junto con el “destierro” de los apellidos fortaleció la lengua guaraní, ya que ahora la población indígena:

“Castellanizada de palabra, esta gente seguía siendo tan guaraní como antes en la palabra. Ahora tenían un nombre español, habían dejado de ser ‘indios’, pero hablaban en guaraní (...) De este modo un grupo considerable de indígenas, hablantes en guaraní, se incorporaba a la masa de los ‘paraguayos’ (Meliá 1992: 166).”

Con esta cita queremos marcar algo con lo que sí estamos de acuerdo y es que, a partir de la desaparición de los pueblos de indios, éstos pasan a conformar parte de la clase rural paraguaya, mestiza, campesina. También es claro el componente indígena que el autor señala, que será importante tener en cuenta en la etapa que queremos analizar, cuando se otorga la oficialidad a la lengua guaraní en la Constitución nacional de 1992 para una “nación bilingüe”. Pero también vemos una contradicción entre lo que Meliá señalara antes sobre el “guaraní paraguayo” que nace de la conquista –un guaraní que había perdido sus lazos con el indígena– y lo que aquí afirma sobre este guaraní como lengua de los indios guaraníes.

En todo caso, como todo gobernador que se pretende “ilustrado”, don Carlos pondrá mucho énfasis en la instrucción pública, que será un medio de control social (Susnik 1992: 135). Hace obligatoria la escuela primaria, escuelas que eran “costeadas por el vecindario, pero los maestros de los 21 ‘tava-pueblos’ guaraníes suprimidos y de algunos otros partidos notoriamente pobres. (...) dependían del tesoro nacional (Susnik 1992: 135).”

Respecto de la calidad de la educación oficial, Susnik entiende que:

¹² Mensaje 1854, pgs 83-93

¹³ A este respecto, recién en 1880 se crea por ley del Congreso el Registro Civil de las Personas. Así, la idea de que don Carlos “desterró” el uso de apellidos guaraníes (Meliá 1992) parece no coincidir con lo que sugieren otros autores, para quienes “los agentes de esa oficina pública *motu proprio* cambiaron los apellidos guaraníes (Susnik y Chase-Sardi 1995: 281).” También desmiente la hipótesis de Meliá el hecho de que Susnik haya hallado en registros de quienes habían formado parte del ejército de F.S. López nombres indios con sus apellidos indígenas (Susnik y Chase Sardi 1995). Susnik sostiene entonces que el cambio de apellidos que se constata tiene sus orígenes en los registros de “Fe y Bautismo” de la colonia. Brevemente, se respetó en los pueblos indios los apellidos indígenas, pero en muchos casos los mitayos adoptaban el apellido de sus encomenderos, así como los arrimados adoptaron los de su patrón, o los yanacónas los de sus dueños. Por ello estos autores dirán que éste es el origen del cambio de apellidos que se registra en esta época, solo que “Esta costumbre se incrementó en época de don Carlos Antonio López (1995: 282).”

“La instrucción pública nunca salió de la tradicional pauta, limitada a ‘leer, escribir y contar’. Y aparecen clasificaciones en documentos oficiales entre los alumnos según ‘escribientes’ y ‘lectores’ (Susnik 1992: 136).”

Como Graham dice que “...carecen de libros de leer, muy poco pale [sic] u ocasión para escribir, excepto de vez en cuando firman sus nombres (en Susnik 1992: 136)”, Susnik afirma que en la campaña no se leía ni escribía. Dentro de esta tendencia educativa, también se perseguirá y castigará el uso del guaraní. Centurión, un escritor de aquel entonces, describe la situación en una escuela del siguiente modo:

“Se prohibía hablar en ella, en horas de clase, el guaraní, y a fin de hacer efectiva dicha prohibición, se habían distribuido a los cuidadores o fiscales unos cuantos anillos de bronce que entregaban al primero que pillaban conversando en guaraní (...) [el sábado] se pedía la presentación de dichos anillos, y cada uno de sus poseedores como incurso en el delito, llevaba el castigo de cuatro o cinco azotes (Centurión 1894. En: Meliá 1992: 166).”

En breve, haciendo una síntesis de los comentarios que ha recopilado desde la conquista, Meliá considera que “...hasta la guerra del 70 el Paraguay era un país donde el guaraní era la única lengua, como hecho social nacional. Ni siquiera los mestizos eran bilingües (1992: 165).” Y por esos testimonios, podemos ver que la planificación lingüística del gobierno de C. A. López no cambió el uso del guaraní por la mayoría de la población. Así, una cita de Manfield de 1856 vuelve a señalar el uso extenso del guaraní: “todos los paraguayos, varones y mujeres, hablan guaraní y la mayoría de las clases bajas no hablan otro idioma”, pero a renglón seguido, también señala que “sin embargo el idioma oficial es el español y la gente de la sociedad [es] afecta [a] despreciar el guaraní (en Meliá 1992: 163).”

Volvamos ahora a Susnik para describir a grandes rasgos como era la sociedad que surge de esta política modernizante y civilizadora. Nos dice que “...es innegable el progreso material del Paraguay bajo el Gobierno de Carlos Antonio López, siendo éste abiertamente estatizado (1992: 35).” Pero al tener el monopolio sociopolítico y económico, ello crea una nueva clase adinerada. “Se generalizaba una abierta tendencia hacia ‘la opulencia’, ‘el bienestar’ y el ‘bien hallarse’ (1992: 37)”, que dependía de los privilegios que le eran otorgados gracias a la reorganización administrativa del estado que generaba cargos públicos, otorgando estatus y posición económica, pero no poder

político. En la sociedad construida por C.A. López, y que tenía bajo control, “no existía una real movilidad del estatus social, exceptuando la oficialidad del ejército y los nombrados para cargos públicos mayores (1992: 37).”

En cuanto al ejército, aumenta el número de militares-peones, quienes también realizan las obras públicas del gobierno. Si bien se había iniciado una política “para atraer a extranjeros ‘útiles’ y ‘aprovechables’ (Susnik 1992: 147)”, y se había también mandado a algunos paraguayos becados al exterior para que luego fueran cabezas de empresas, la base de la economía fue la producción agrícola, siguiendo vigente el método tradicional de producción, basado en el aprendizaje en el taller y la experiencia más que en una educación técnica o artesanal (Susnik 1992). Por otra parte, al no haber habido reinversión ni una verdadera distribución de la riqueza, no hubo un ascenso en la calidad de vida de la población en general.

Otra cuestión a señalar es que “el absolutismo político y el monopolismo socioeconómico de C. A. López provocaron el destierro, impuesto y también voluntario, de muchos ‘respetables’; los emigrados constituyeron un fuerte núcleo de oposición (Susnik 1992: 39).” Este destierro de los opositores comenzó ya en el primer año de su gobierno y fue “...esencialmente una clase burguesa o propietaria, desplazada de los cargos públicos y marginada de la opulencia económica, ésta concentrada en el círculo de las familias lopiztas (Susnik1992: 41).” En este sentido, señalemos también que López solo mantenía el congreso como una fachada, para que avalase lo que él ya había decidido (Susnik 1992).

3. Guerra de la Triple Alianza 1864-1870

Tras la muerte de Carlos Antonio López en 1862, le sucederá su hijo, elegido por el congreso, como presidente de la República. Fue el mariscal Francisco Solano López quien condujo al país durante la Guerra de la Triple Alianza, desde 1864 a 1870, año en que fue matado en el campo de batalla, donde también murieron en ese lapso dos terceras partes de la población, quedando un país en ruinas. Ya antes de declarada la guerra, el Mariscal mostraba signos de una tendencia política nacionalista, de veneración a la patria, según el orden y la disciplina militar. Había sido enviado por su padre a Europa a comprar armamento para el ejército, y había quedado maravillado con

la Francia de Napoleón III. Hubo siempre una desconfianza mutua entre F.S López, más ligado a la masa soldadesca quienes eran “su clase”, y las elites civiles y asunceñas (Susnik 1992).

Declarada la guerra, surge la necesidad de generar sentimientos patrióticos y de cohesión en la tropa, y en la población en general. Comenzará la revalorización del guaraní en medio de un discurso que intentaba convencer de la “grandeza de la Guerra”, y una propaganda en los periódicos de tono casi mítico, como lo ilustra una publicación en *El Semanario*, según la cual “...la Nación Paraguaya está exhibiendo ante el mundo civilizado el rol más alto, noble y grandioso que jamás cupiere a nación alguna (en Susnik 1993: 52).”

Durante la guerra, y el auge de un nacionalismo explícito, al guaraní se le dará una valoración sumamente positiva, y se convertirá en símbolo de la nación en tanto “lengua de la patria”. Describiendo el uso del guaraní durante esta guerra, Susnik dice que “la lengua guaraní era, como siempre, el vehículo efectivo de la comunicación-comprensión popular (...) una verdadera solidaridad de sentimientos, pensamientos y comportamientos (Susnik 1992: 54).”

Una señal de la valoración positiva que cobra el guaraní durante este período es, por ejemplo, el comentario sobre las cualidades retóricas del Mariscal, entre las que el padre Fidel Maiz también acota:

“...ya sea en sus arengas militares, ya sea en castellano, sea que lo hiciese en guaraní, idioma que mucho estimaba, hablándolo con especial agrado y hasta con elegancia (Cardozo, en Meliá 1992: 169).”

Convengamos que, si como venimos viendo, casi toda la población hablaba guaraní, no puede sorprendernos mucho que F.S López se dirija a los soldados en esta lengua. Pero lo que sí nos interesa de la cita es el “cómo” se hace referencia al guaraní; lo que el Mariscal “sentía” al hablarlo, y el guaraní “elegante” que hablaba.

El guaraní también era utilizado en las explicaciones a las tropas que hacían los oficiales en la famosa cartilla *‘Para el soldado y el ciudadano paraguayo en la emergencia de la guerra: Vencer o Morir’*, cartilla cuyo contenido era una forma de manipulación para infundir los sentimientos de patriotismo y entrega por la causa de la nación (Susnik 1992: 51). Nuevamente, no creemos que esta explicación en guaraní sea lo novedoso,

sino el hecho de que –entre otras cosas- el guaraní se considere más eficaz para transmitir –metacomunicar– un sentimiento de identidad en común:

“No ha quedado vestigio del proceso que llevó a cabo a la conclusión de que no era ya conveniente sino necesario, utilizar el guaraní. Podríamos en rigor considerar esta práctica como una ampliación del uso cotidiano del guaraní en las relaciones menos formales de campamento (...) El hecho es que el vernáculo adquiere ahora un lugar definido, y de prestigio, como vehículo de secreto y reserva militares, a la vez que como distintivo o signo nacional; es un arma más de la defensa (Plá 1973: 282).”

De esta época también es *Campamento Cerro León*, “un poema-canción” anónimo, que llegó a ser “el himno popular por excelencia”, como dice Cardozo en 1985. Se relata en él la derrota en Uruguaiana, pero también se habla de la defensa de la patria hasta la muerte (En:Meliá 1992: 202). Más adelante, en la Constitución de 1967 este poema se convertirá en uno de los cinco símbolos de la patria –junto a la bandera y el himno nacional–.

A su vez, para levantar la moral de las tropas en campaña y alentar a la población, aparece en mayo de 1867 un diario popular denominado *Cabichui*, con versos, poesías, chistes y comentarios irónicos, pícaros y graciosos –si no llenos de sorna, agregaríamos nosotros– predominantemente en guaraní, y con ilustraciones hechas en grabado (Susnik 1992). Expresamente pensado para la masa, tenía un tono vulgar y satírico, donde los “*kamba*” (negros) brasileños eran los primeros en ser despreciados. Uno de sus directores, Centurión, afirmaba “que el Cabichui (...) se leía con avidez en todo el país (en Susnik 1992: 54).”

Meliá sostiene que, aunque no se haya profundizado en el análisis, la lengua guaraní en “el Cabichui es a la vez expresión popular, instrumento de defensa y arma de combate (Meliá 1992: 197)”, siendo ésta la función que cumple el guaraní en esta etapa.

Otro diario de la época fue *El Cacique Lambare*, que aparece en julio del mismo año. El nombre del mismo ya es muy significativo, pues éste fue un cacique que opuso resistencia a la entrada de los españoles (Meliá 1992: 200). Nos parece pertinente señalar que, en este caso, se establece una relación directa entre el idioma guaraní y el indio –un indio de una época pasada, “remota”, del cual se acentúan aspectos y características sumamente “positivos”, otro de los recursos a los que suele apelar la ideología nacionalista del lenguaje y de la aboriginalidad–. Más interesante aún, Meliá dice que, aunque es difícil ya hallar alguno de los 23 números de la publicación,

“tenemos en esas páginas de prosa continua la lengua del Paraguay, en su típica forma de jopará (Meliá 1992).” Meliá señala también que “en esta lengua cantaban los soldados en las trincheras (...) un guaraní en el que no faltan hispanismos (...) una lengua coloquial y doméstica (Meliá 1992: 169).”

Meliá también agrega que en los periódicos como *El Centinela* y *La Estrella* también se usó algo de guaraní. Así, con la aparición de estos periódicos de campaña, el guaraní vuelve a ser una lengua literaria, ya que se imprime prosa y poesía por primera vez en esta lengua desde tiempos de los jesuitas. Por ello, para autores como Plá (1973), con estos diarios de campaña se inicia la literatura paraguaya en guaraní. Al respecto, esta autora insiste en que, si bien son textos de campaña y para las clases populares, no son expresión de literatura popular, pues no fueron redactados por esos sectores sino por gente culta, como el padre Maiz y el poeta y periodista Natalicio Talavera, entre otros. Por lo tanto, la autora la denomina “literatura para el pueblo” (Plá 1973).

En suma, Plá y Meliá (En: Meliá 1992) consideran que durante la guerra grande el guaraní fue prestigiado, convirtiéndose en distintivo nacional que representaba “un arma” para los soldados y permitía la transmisión de información secreta. Meliá agrega que la guerra cambia el signo de la lengua y “que levantó el guaraní a símbolo y causa de identidad nacional (1992: 168).” El hecho es que este cambio de signo en la valoración será una constante en los momentos en que se necesita generar un sentimiento nacionalista. Entonces, la lengua guaraní es revalorizada y exaltada por su función gregaria, para generar un sentimiento de unión nacional.¹⁴

4. Pos-guerra y “Reconstrucción Nacional” a partir de 1870

Sostiene Susnik que “la guerra destruye la tradicional estructura de control social que fue el sostén del régimen sociopolítico establecido (1992: 136).” La capital había sido desplazada ya dos veces debido a las invasiones aliadas, primero a Luque y luego a Piribebuy, desde donde gobernaba el vice presidente Sánchez. Desde 1867 cundía la

¹⁴ A modo de ejemplo, Centurión utiliza los siguientes términos cuando describe esta guerra: "El drama hondo y terrible, la tragedia singular de aquella época los sufrió, así, el pueblo paraguayo en guaraní. Era la lengua en la que lloraban las mujeres de la 'residenta' y en la que odiaban y peleaban los varones de nuestra tierra (en Meliá 1996: 169)."

desmoralización en la población civil. Se había formado un bando antilopista y pro aliado con los antiguos opositores que habían huido a Buenos Aires, los que empiezan a regresar desde el 68. Se une a ellos parte de la sociedad burguesa capitalina, que nunca fue muy solidaria con el nacionalismo militarista del Mariscal. Empiezan estos sectores a conspirar contra López, pensando en derrocar “al gobierno tiránico” del Mariscal, apoyando y siendo apoyados por los aliados (Susnik 1992).

En 1869, cuando la guerra ya estaba perdida y sólo faltaba cumplir el lema del Mariscal de “Vencer o Morir”, se forma en una Asunción tomada por los Aliados un gobierno provisional bajo la tutela de los invasores, que inicia la reconstrucción del país. Una Asunción llena de contrastes, en un paisaje devastador. Decoud describirá la situación diciendo que “...territorialmente, la patria hallábase dividida en la zona libre, donde se movía el ejército nacional, y la zona ‘liberada’ por los Aliados, asentado el gobierno provisorio en Asunción; no obstante, la gente rural comenzaba a buscar sus ‘valles’ (en Susnik 1992: 190).” Y como señala esta autora:

“hallábanse en Asunción ya muchos emigrados, prisioneros de guerra liberados, algunos desertores del ejército de López, los ex-becarios paraguayos “ilustrados”, familias residentes¹⁵ y evacuadas del ‘territorio liberado’ y también familias ‘destinadas-confinadas’. Y la ciudad de Asunción fue ocupada también por extranjeros, soldados aliados, vivanderos, diplomáticos, periodistas, inmigrantes, y no faltando simples aventureros; el poverío paraguayo que aflúa a la capital, buscaba migajas para sobrevivir (Susnik 1992: 64).”

El nuevo Triunvirato estaba conformado por “la juventud liberal, educada en el liberalismo rioplatense, que pretendió asumir la ‘reconstrucción del país’ (Susnik 1992: 65)”, según un modelo de reorganización social, política y económica que determinará fuertemente el rumbo de la nación hasta el presente. Brevemente, como el Paraguay había quedado casi despoblado¹⁶ y en etapa de una “trágica reagrupación sociofamiliar” este gobierno pretende instaurar una etapa liberal y progresista intentando borrar la ignorancia, la corrupción, el autoritarismo, y el despotismo, demostrando siempre un “apasionado odio vengativo al Paraguay de los López (Susnik 1992: 65).”

La reorganización sobre los “escombros de la guerra”, como decían, declaraba el agradecimiento a los aliados por su apoyo, y expresaba en el “Manifiesto” de discurso

¹⁵ "Residentas" fueron las mujeres leales que seguían al Mariscal de batalla en batalla. "Destinadas" eran las mujeres cuyos maridos, o ellas habían sido "traidores", y eran confinados en campos de concentración. (Rodríguez Alcalá, G. 1991)

universalista, que imperarían, de ahora en más, los derechos del hombre basados en “todos los principios liberales que son el patrimonio de las sociedades más cultas (en Susnik 1992: 65).” Como señala la autora, “era una declaración grandilocuente contra todo el pasado del pueblo paraguayo (1992:65).”

Muerto el Mariscal en marzo de 1870, también estaba volviendo la gente que seguía creyendo en un ideario nacionalista, ahora ya pensado sin López. Aun sin declaraciones públicas, seguía viva en este sector la idea de “la patria del pueblo”. Altos funcionarios de López que habían sobrevivido a la guerra, ex becarios de López que estaban en el extranjero, altos militares que regresaban a Asunción de los campos de batalla, diplomáticos como Bareiro que lo habían representado en Europa durante la guerra, conforman el eje tradicional al que también se le suma la masa militar sobreviviente que mantenía vivo el profundo odio hacia los aliados, especialmente a los “*kamba*” brasileños.

Estas son las dos facciones que lucharán por el poder político para imponer cada cual su proyecto de nación en la Asamblea Nacional Constituyente de 1870. Y de estas dos facciones nacerán los dos partidos políticos tradicionales del Paraguay –el Liberal y el Colorado– que seguirán confrontándose, alternando en el poder en períodos hegemónicos, con guerras civiles, golpes de estado, y muy pocas veces por medio de elecciones, hasta 1954.

Los primeros años de esta reconstrucción estarán así signados por el gobierno de “los legionarios”, y la posterior presidencia de Cirilo Rivarola, uno de los “triumvros” del gobierno provisional. Estos sectores pretenden llevar adelante los principios de las proclamas liberales que ya desde la independencia estaban siendo relegadas por los gobiernos anteriores. Y los ataques despectivos al guaraní serán explícitos. Publicaba por ejemplo A. Decoud en el primer número del 1 de agosto de 1869 del diario liberal

La Regeneración:

“Ya se ha dicho que nuestro pasado es el jesuitismo, el feudalismo de la Edad Media, el terror, el fanatismo, los dogmas del odio y el guaraní, espantosa creación de la ignorancia, del retroceso, digno de ser aprendido por los apóstatas que se servían de él como enemigos de todo progreso y civilización (en Susnik 1992: 65).”

¹⁶ Si bien las cifras difieren según los autores, Pastore sostiene que “La población estimada en ochocientas mil almas al iniciarse la guerra, quedó reducida a un poco más de doscientas mil. (1972:176)”.

Según Meliá, el peor ataque sufrido por las lenguas indígenas procede de la burguesía nacida de las independencias nacionales. Aunque parezca paradójico, mientras la castellanización de América se realizó masivamente después de la independencia (Meliá 1971: 23), en el Paraguay esto sucederá recién en esta etapa (Meliá 1992; Rubin 1974) pues, a pesar de las diferencias ideológicas manifiestas de los dos partidos tradicionales, en líneas generales el Paraguay estará embarcado, de ahora en más, en un proyecto ideológico que busca siempre tender a la “modernización”. Muestra de ello, argumenta Susnik, es por ejemplo el hecho de que:

“El decreto del 7 de Marzo de 1870 ordenaba a los jefes y políticos de la campaña compulsivamente la creación de escuelas primarias, pero, debiendo de excluirse la lengua guaraní, calificada de una ‘aberración social’ (...) Esta identificación del guaraní con el despotismo y atraso cultural significaba desconocer consciente y premeditadamente la formación nacional del pueblo y un presuntuoso ‘dirigismo’ de un pequeño núcleo de la elite de la tradicional ‘oposición’ burguesa (1992: 65).”

Según el artículo 10º de este decreto, “se prohíbe también á los maestros, que no permitan hablarse en las escuelas el idioma guaraní, sino únicamente el español [sic]” de modo que, “con esta valoración del guaraní también se estaba evaluando y enjuiciando al pueblo paraguayo por su ‘abyección de obediencia y lengua’ (Susnik y Chase Sardi 1996: 357).” En este sentido, Genes Hermosilla también señala que se dictaban edictos, publicados en el diario *La Regeneración*, “...que prohibían el uso del poncho *ñemonde* por los varones, y del cigarro *poguasú* por las mujeres (En: Meliá 1992: 170)”, costumbres típicas de las clases populares.

En esta etapa se introduce entonces la idea de los dos polos en que se divide el país y la sociedad: uno tradicional y subdesarrollado –simbolizado por la lengua guaraní– y otro moderno, del desarrollo, que representa la civilización y habla castellano. Por ello Meliá sostiene que, en esta época “que tiene no pocas características de un neocolonialismo implacable, se reedita la política contra el guaraní, vista de nuevo como problema para el desarrollo moderno del Paraguay: El castellano es la civilización contra la barbarie del guaraní, conforme a la ideología argentina de la época (1992: 169/170).”

Es en este contexto que encontramos la primera referencia a la lengua guaraní en un debate constitucional (Meliá, 1992; Rubin 1974; Susnik y Chase-Sardi 1995). En la Convención Nacional Constituyente de 1870, Pedro Recalde, convencional por

Paraguari, hizo –según Decoud– “moción para que se permitiese expresarse en guaraní a algunos de los Convencionales por la campaña, mas fue rechazada por la Asamblea con la expresa condición de no tratarse más sobre el asunto (En: Susnik y Chase Sardi 1995: 357).” La moción, –que fuera hecha en guaraní según el convencional constituyente de 1967, R. Rolón (*Diario de Sesiones*, C.N.C. 1967: 72)–, fue tomada con “hilaridad general”, según cuentan estos autores, y “la Asamblea, por mayoría de las dos terceras partes de sus miembros, votó el rechazo (Susnik y Chase Sardi 1995: 357).”

También Plá (1970) y Rubin (1974), junto con Meliá (1992) y otros, consideran que nace aquí el “antagonismo castellano-guaraní”. Y no es casual que Domingo Faustino Sarmiento haya venido al Paraguay en 1887, personaje que “a pesar de [ser] viejo tuvo una notable influencia en materia educacional, antes de su muerte en 1888 (Meliá 1992: 170).”

Según Rubin (1973), así como se imitaron el Código Civil y el sistema judicial argentinos, el sistema educativo también tomará como modelo el de ese país. Las pautas pedagógicas y los textos escolares serán utilizados en las escuelas sin una adaptación previa a la historia y la cultura paraguaya. Más aún:

“La infiltración de líderes nacionales educados en la Argentina y la influencia de muchos nuevos maestros argentinos creó una afectación en los asunceños, quienes por muchos años imitaron todo lo que proviniese de ese país (Rubin 1973: 25).”

También Meliá señala que “maestros que completaron su educación en la Argentina trajeron con las ideas modernas el desprecio por las lenguas indígenas (Meliá 1992: 170).” Esto signará la exclusión del guaraní de las aulas hasta la década del 60 (Corvalán 1981a; Rubin 1974).

En este sentido, es importante señalar que, a pesar del recelo hacia los extranjeros característico desde la época de Francia,¹⁷ con este gobierno parido ya durante la ocupación aliada de Asunción, se inicia una campaña de apertura hacia los países

¹⁷ Si bien C. A. López había traído profesionales extranjeros, Susnik (1992) analiza la “desconfianza” de la población local hacia ellos, que nunca llegaban realmente a “pertenecer” al Paraguay. Incluso, alegando “epidemia de peste en la campaña” López denegó permiso de ingreso al país a la expedición científica de Catelnau y Demersay. Por otro lado, recordemos el rechazo que produjo siempre La Madama, irlandesa que Francisco Solano López trajo como esposa de su estadía en Europa, descriptos hilarantemente en *Elisa Lynch and her friend*. (Brotsky 1976)

vecinos, y se intenta atraer inmigrantes “capaces y con capital”, considerados indispensables para la reconstrucción y modernización del país (Susnik 1992: 150).

La siguiente cita de Pastore donde transcribe y comenta un folleto publicado por Decoud en 1877, es bastante elocuente “...‘Pocas cuestiones interesan tanto al Paraguay como la colonización de sus fértiles territorios decía Decoud, y agregaba: ‘la fisonomía moral de un pueblo no es tan fácil cambiarlo. Era necesario que el elemento extranjero estuviera en mayor número para que pudiera operar el fenómeno de la transformación’ de un pueblo ‘tradicionalmente indolente por mas que se diga lo contrario’, donde los hombres de la campaña ‘son poco afectos al trabajo y prefieren en su mayor arte la vida haragana y vagabunda’ (...) *costumbres que según Decoud caracterizaban a nuestra raza desde los tiempos remotos* (Pastore 1972: 190. Enfasis nuestro)”.

La imperiosa necesidad de conseguir préstamos e inversiones extranjeros chocaba con los sentimientos anti-extranjerizantes expresados abiertamente, principalmente por el ala tradicional, con una especial aversión hacia los países de la Alianza que la guerra había acentuado aún más. Así, “circulaban en Asunción varios pasquines y ‘papeles criminales’ que satirizaban y estigmatizaban “...a la gente de otras nacionalidades que inmigraron (...) para trabajar o con capital para la industria’¹⁸ (en Susnik 1992: 150).” Pero Susnik también destaca que “el gobierno tácitamente fomentaba el espíritu de aversión contra los extranjeros, pero consideraba encubrir las formas ‘para que no den escándalo para los aliados’ (Susnik 1992: 150)” quienes, de hecho, tenían el control del país.

Estas manifestaciones públicas contra extranjeros perduraron hasta 1879 (Susnik. 1992), aunque la autora también constata que “los extranjeros abrían nuevos establecimientos de ‘artes e industria’ sin reglamentación alguna social o ‘pública’ (1992: 158).” Resulta interesante señalar esto pues, como Plá (1973: 19) destaca, “la clase media surgida a raíz de la copiosa inmigración del último tercio del XIX y en cuyo seno el castellano predomina” es un elemento fundamental para entender la situación castellano-guaraní, como veremos en el próximo capítulo.

Por otro lado, la situación de las clases bajas también quedará signada en esta época. En un estado de total desmoralización –con el campo destruido por las batallas y casi todas las familias desarticuladas por la pérdida de esposos, padres, hijos, hermanos– la población rural estará sujeta a una fuertísima presión impositiva y a tratos abusivos por

¹⁸ Periódico *El Progreso*, 20/04/1873

parte del gobierno. La gente que retornaba buscando sus “valles” hallaba en muchos casos sus casas destruidas y sus familias deshechas, junto con una miseria generalizada, contexto en el que pasaba a ser gente “sin tierras” (Susnik 1992: 158). Por su parte, las masas que invaden la capital en busca de sobrevivencia pasan a ser un “gentío conchabado”, creciendo la clase de “servicio doméstico” (Susnik 1992: 158).

Si bien desde 1870, “la legislación de este período tiende a poner al alcance de la población del país las fuentes de producción económica (Pastore 1972:209)”, la venta de tierras públicas que se inicia en la década del 80 en base a una nueva legislación agraria tendrá un profundo impacto en todos los estamentos sociales, y repercusiones en todo el siglo siguiente. Por un lado generó fisuras en la clase dirigente, pues “una nueva fuerza, el capital extranjero, al intervenir en la vida económica de Paraguay, desplazó a una parte de la clase superior de la población de los beneficios de la liquidación del patrimonio territorial del estado y de las fuentes de materia prima.(...)El sector desplazado se alineó al lado del grupo progresista de la misma capa social que se había embanderado en los principios del liberalismo político triunfante entonces en el mundo, para enfrentar unidos al núcleo que, encabezado por el presidente Bernardino Caballero, ocupaba las posiciones del gobierno y se repartía con el capital internacional las mejores praderas y los mas ricos bosques y yerbatales del país (Pastore 1972:246)” De estos dos grupos nacerán los partidos políticos tradicionales del Paraguay en 1887. Por otro lado, esta nueva legislación “...facilitó a la clase superior de la población que se encontraba en el gobierno la adquisición de las tierras de los grupos campesinos de ascendencia yanacona (...) Las poblaciones que no quedaron dentro de tierras privadas fueron también condenadas al estancamiento primero y a la decadencia después. Los poblados campesinos de ascendencia mitayo serían prontamente los mejores centros de reclutamiento de brazos para la explotación de los yerbales y los bosques (Ibídem 247)”. Por ello también, “la población rural buscaba refugio en la ciudad como consecuencia de la venta de tierras públicas y el alambramiento de los campos iniciado en 1883 (Ibídem:248)”.

A su vez, ante la imperiosa necesidad de rearmar la economía, el gobierno pondrá cada vez más presión sobre “los brazos”, considerando que la escasa producción en los yerbales y tabacales se debe a que la masa prefiere emborracharse, “andar de vagos y ociosos” antes que trabajar. (Susnik 1992: 158). La solución a este “estado de cosas” fue

una “violencia impositiva” muy contraria a los ideales de libertad y a los derechos humanos proclamados. Concretamente:

“ ...‘a toda persona de la clase proletaria se les imponía la obligación de tener una constancia o boleta de estar trabajando’ siendo en otro caso punible y apresado en calidad de ‘vago’ (en Susnik 1992: 159).”

El carácter de este “conchabo” se reglamentó en base a la premisa de que “...‘el conchabo no se impone como una exigencia despótica, sino como un contrato bilateral entre los interesados’, que por falta de subsistencia, los individuos prestan su trabajo a cambio de un salario que debía ser reglamentado (Susnik 1992: 159).” Sin embargo, por la miseria en que vivían, el sueldo pasa a ser un “adelanto de deuda”, que redundaba en “la esclavitud de los conchabados (Ibídem)” y en la condena y explotación de la clase baja.¹⁹

En suma, así como veíamos que la exaltación del guaraní era frecuente durante la guerra, observamos que en la posguerra aparece también, por primera vez, el odio sistemático al guaraní, idioma presentado como causa de todo lo nefasto y del atraso de la nación paraguaya. Y será ésta una etapa decisiva para el repliegue simbólico aunque no pragmático del guaraní. Más específicamente, es en este período de reorganización del orden social que se generará para Susnik “un paralelismo de diferentes conductas públicas” entre la clase popular y la élite de la clase política, abriéndose un abismo cada vez más grande entre clases bajas y la élite, entre “la clase alta” y “la clase de pulpería” –los trabajadores sin tierra, los artesanos, los jornaleros–, como decía Centurión, uno de los becados de López (Susnik 1992).

Esta reciente clase alta dominante tiene sus raíces en aquella clase privilegiada de la época de los López, “...sin ilustración, pero con instinto de ‘jerarquía social’ (Susnik 1992: 142).” En esta clase de poder adquisitivo alto –obtenido por medio del comercio y de cargos públicos que daban acceso a tierras fiscales y beneficios– “prevalecía cierto prejuicio socioracial, dándose aún alguna importancia a la ‘pureza de sangre (Susnik 1992: 143).” Prejuicio que se relaciona con el desprecio que aquel viajero, Manfield, ya había señalado hacia el uso del guaraní en la clase privilegiada. Susnik (1992) constata

¹⁹ En relación a esto, Susnik y Chase Sardi detectan que en la zona del Chaco donde se habían instalado hacia 1886 las grandes empresas tanineras –según Warren, la iniciativa más prospera en el área (Warren 1949)– “es conocido por todos que hasta bien pasada la mitad del siglo [XX], las empresas tanineras del Alto Paraguay pagaban el jornal en alcohol (Susnik Y Chase Sardi 1995: 252).”

que, durante la guerra, una gran mayoría de lo que constituía entonces la élite privilegiada también había integrado el ejército, sobreviviendo muy pocos.²⁰ A lo que quedó de aquella clase privilegiada se le sumará ahora los anteriores opositores de tendencia liberal, exiliados, o excluidos del poder, algunos ya durante el gobierno de Francia, y los López, que ahora conforman el poder.

Si bien éste es un proceso mucho más complejo, donde entran a jugar una infinidad de factores, siguiendo a Susnik, *a grosso modo* podemos decir que a pesar de las dos tendencias políticas opuestas antes descritas, de aquí en más los políticos tendrán una conciencia de clase en tanto élite y apelarán a la “clase de pulpería” de maneras distintas, pero siempre en tanto clase baja, pobre, rural, y excluida del estado. La pertenencia a cada una tomará la forma de adscripción a compartimentos estancos.

²⁰ Susnik dice que: "Ch Washburn también publicó las listas de 'cabezas de familia dirigentes' en Asunción -78 en total-, todos confirmando la solemne adhesión a la guerra; de estos sobrevivieron en 1870 solamente 5, otros muertos en las batallas o ejecutados como 'traidores de la patria' (1992, : 142)."

Capítulo 3

El Paraguay del siglo XX

Aunque el modelo de estado que se impusiera desde 1870 será el modelo dominante de los gobiernos sucesivos, la Guerra del Chaco y la dictadura de Stroessner marcan, sin duda, dos umbrales resaltantes en la transformación sociolingüística de la lengua guaraní durante el siglo XX. Efectuaremos de todos modos un sintético recorrido cronológico de estos últimos cien años para señalar ciertas pautas que se van generando, y la emergencia/coexistencia de discursos que ponen distintos acentos ideológicos sobre el guaraní.

1. 1870-1936. Inestabilidad política

La “nueva era” de desarrollo y expansión comercial con que el gobierno paraguayo había tratado de encarar la reconstrucción de la nación al final de la Guerra de la Triple Alianza duraría poco. Si bien el Paraguay se mantuvo dentro de esta tendencia general, sobrevendrá una etapa de inestabilidad, marcada por sucesivos golpes, cuartelazos, y proscripciones, en la que los dos partidos mayoritarios gobernarán por períodos sucesivos de manera hegemónica. En junio de 1887, líderes de la oposición al gobierno de Caballero fundaron el Centro Democrático, posteriormente denominado Partido Liberal, que con el correr de los años se ira perfilando como el partido de tendencia universalizante y oligárquica.(Warren 1949). En respuesta, el oficialismo, en el poder por ya mas de una década, fundó a los pocos meses la Asociación Nacional Republicana –Partido Colorado– que tendrá una tendencia más popular y nacionalista. Ambos partidos se caracterizarán, empero, por luchar encarnizada y violentamente entre sí, y por mantener luchas intestinas, también violentas, entre los múltiples movimientos internos que pugnan por imponerse, produciendo escisiones y el constante enfrentamiento entre facciones. De 1870 a 1932 habrá 29 presidentes (Warren 1949).²¹ Un período de hegemonía colorada se mantendrá en el poder de 1874 a 1904; le

²¹ En 1874 y por medio de un golpe, el general B. Caballero –héroe de López durante la guerra– derroca el gobierno liberal, con lo que se inicia la etapa de golpes, revueltas, cuartelazos y escaramuzas sucesivas de hegemonía colorada (Lewis 1980) hasta la revolución liberal de 1904. Se inicia así, por medio de otro golpe, un nuevo período hegemónico durante el cual el Partido Liberal consigue mantenerse en el poder

sucedirá la hegemonía liberal de 1904 a 1936, con una guerra civil en 1922, y la Guerra del Chaco en 1932 de por medio.

Lo que nos interesa destacar es que, así como el Partido Colorado mantuvo siempre un perfil más nacionalista –perfil sustentado en la figura de “caudillos” que le daban mayor poder entre la masa rural–, los liberales tendrán un perfil más cosmopolita, que miraba a Europa como modelo. Desde una historiografía que tiende a ubicar a estas posiciones en polos al menos en teoría contrapuestos, también se dirá que los colorados tendieron a valorizar positivamente el guaraní en tanto vínculo con las clases populares, mientras que los liberales la despreciaron en tanto lengua inferior.

A este respecto es interesante señalar dos cosas. Primero, si bien el país fue pasando por sucesivas administraciones de distinta duración, durante las que se alternan en el poder –casi nunca de manera democrática ni pacífica– ambos partidos políticos, el modelo de estado-nación moderno en el que esas administraciones se amparaban fue siempre el mismo. Segundo, independientemente de su filiación partidaria, según Rubin (1974), todos los presidentes del Paraguay han hablado el guaraní.

En líneas generales, entonces, como es característico de los procesos de “modernización”, el estado dio a partir de 1870 mucha importancia a la educación pública obligatoria y aumentó el número de escuelas en todo el país (Meliá 1992; Rubin 1974) –ámbito en el cual, al menos hasta 1973, la educación oficial seguirá impartándose en castellano–. Por otra parte, la Iglesia y el Ejército habrían sido las dos instituciones donde se ha mantenido siempre vigente el uso del guaraní a través de la historia en el Paraguay.²²

La actitud contra el guaraní parece estar asentada en el tipo de ideas expresadas en *La filología y las ideas abstractas en el guaraní* por Gondra –exponente, según Warren (1985: 235), “de la intelectualidad paraguaya de principios de siglo”, “jefe y mentor del Partido Liberal” (Zubizarreta 1985), además de dos veces presidente de la República–.²³ Si bien no tenemos fecha exacta de la publicación de esta obra, en 1936 apareció una versión comentada por editores de la revista *Guaranía*. Extraeremos algunas citas de

hasta 1936, en medio de una relativa democracia política (Warren 1949), aunque con una guerra civil en 1922, y la Guerra del Chaco en 1932 de por medio.

²² No hemos podido hallar una investigación sistemática al respecto, pero la historiadora M Rivarola nos ha señalado este punto en una conversación personal. También Bareiro Saguier señala algunas referencias a ello: “quiero destacar la relación lengua-poder en diferentes ámbitos: el de los discursos o los textos militares, políticos y religiosos (1990:200).”

una segunda versión ampliada por el mismo autor,²⁴ donde afirma que la finalidad del ensayo es “rectificar ahora algunos conceptos del Dr. Garay²⁵ (...) de no escasa significación (En: Von Leppel 1991: 247).”

Oponiéndose a las afirmaciones de Garay –quien había argumentado que la lengua guaraní era una lengua inferior ya que no habían en ella conceptos abstractos–, la argumentación de Gondra está centrada en demostrar científicamente –apelando a un tono erudito que hace referencias a Humboldt y Spencer entre otros–, que los guaraníes no eran tan salvajes o involucionados. Por el contrario, “no se hallaban por cierto en los lindes de la animalidad” ya que su lengua podía dar cuenta de sentimientos. Trata Gondra también de demostrar un perfecto conocimiento del guaraní, por medio de sutilezas de significado y conocimientos etimológicos, para construirse como un erudito, versado guaraní hablante, que maneja distintas gramáticas y vocabularios disponibles y “defiende” al indio guaraní.²⁶

Pero lo que nos interesa enfatizar es que, pensando a las sociedades en términos de etapas evolutivas, Gondra sostenía que esas etapas podían ser detectadas según el nivel evolutivo de la lengua.²⁷ Dentro de esa lógica, –en la que el castellano ni se nombra pues

obviamente se descuenta que es una lengua mucho más evolucionada– este autor procura demostrar que el idioma guaraní es capaz de cierto nivel de abstracción; que por tanto esta “raza” también es más evolucionada; y que en consecuencia el indio guaraní era más evolucionado que otros indios. Este parece precisamente ser el imaginario del guaraní que se va instalando en la sociedad.

A este respecto, Rubin sostiene que parece ser la actitud de la clase alta de Asunción –élites que “miraban con desprecio a aquellos que *solamente* hablaban guaraní (1974: 26.

²³ De 1910 a 1911, y 1920 a 1921.

²⁴ Que aparece en Von Leppel, (1991), publicada en “Del anuario del Instituto Paraguayo de investigaciones históricas”, Vol 4.5.-1959-1960. Impreso en la Argentina.

²⁵ Garay fue historiador, perteneció al Partido Colorado y escribió entre otras cosas *Comunismo en la Reducciones Jesuíticas*.

²⁶ Dice por ejemplo Gondra: “...Pero en la palabra *tirei*, solo después de algunas disquisiciones se puede hallar satisfactoriamente explicación de su origen, que no es otro sino la siguiente frase “*tira i*, esto es sin compañero, solo, porque la primera dicción indica la idea de compañía, de cosas que andan juntas, están o se usan juntas (de aquí que el pan, al chipá, al maíz, mandioca, etc. etc., se les diga *tira*, es decir)...” (en Von Leppel 1991: 254). Por otra parte y para mostrar su dominio de las obras centrales, Gondra nombra al padre Chomé y se refiere a los sermones y “exemplos” de Nicolas Yapunguay –“a quien cito con preferencia a otros porque su autor fue indio...” (ibídem: 251)–. Alude al primer vocabulario de la *lingua geral* del Padre Anchieta, y ataca “el instinto etimológico” (ibídem: 254) de Montoya, afirmando preferir la interpretación del padre Restivo, “el más notable de los lingüistas misioneros (ibídem: 249).”

²⁷ Por ejemplo, sostiene Gondra: “Nadie niega hoy día la importancia que tiene el estudio de las lenguas para el historiador. Mediante él se puede establecer el parentesco o afinidad de ciertas razas, reconstruir el mapa etnográfico (en Von Leppel 1991: 247).”

Nuestro énfasis)”– la que se ha impuesto al sistema escolar. Lo que concretamente detecta M. A. Morínigo –“quien llegaría a ser el mejor lingüista paraguayo moderno” según Meliá (1992: 172)– es que “en muchas familias se ensayó entonces relegar al guaraní al trato con los criados y prohibir su uso en las escuelas.” Su ejemplo autobiográfico resulta esclarecedor:

“Yo nací en Asunción y me crié en esa ciudad bilingüe y la zona bilingüe guaraní-española de la Argentina donde viví hasta los veinte años. Mis padres hablaban muy bien el guaraní, pero a los hijos en casa nunca se nos permitió hablar en guaraní y hasta los doce años fuimos a escuelas donde a los chicos no se les permitía hablar guaraní en circunstancia alguna. De modo que aunque sabíamos de la lengua a pesar de todo, realmente yo no la hablé hasta que fui a la escuela secundaria. Allí la aprendí entre clase y clase y en los viajes diarios de ida y vuelta y en los campos de deporte, simultáneamente con el francés y las declinaciones latinas. Cuando salí de la escuela secundaria para ir a la universidad yo sabía guaraní como el mejor (Morínigo 1990: 180).”

A pesar de que la idea de *progreso* y *educación* como sinónimos va quedando instalada como pauta de las clases altas y la burguesía capitalina, también va surgiendo desde principios de siglo una ideología nacionalista de revalorización del guaraní que, atravesando el centenario, será igualmente –o aun más– determinante para la construcción de la identidad nacional paraguaya. Bareiro Saguier (1990) la vinculará con la llamada generación “nacionalista indigenista”. Para Plá (1973), en cambio, los gérmenes del desarrollo de una tendencia nacionalista que cobrará mucha fuerza están también y fundamentalmente en la literatura positivista que representa la modernidad en el Paraguay –literatura nacida durante la reorganización de la nación devastada por la guerra–.

Por ejemplo, Moisés Bertoni (1857-1929), escritor y etnógrafo suizo, fue uno de los exponentes de la generación del 900 o “la primera generación cultural aparecida” (Bareiro Saguier 1990: 115) –generación que Susnik amplía considerándola la generación de *intelectuales* del 900 (Susnik y Chase Sardi 1995)–.²⁸ En los estudios de carácter científico de este autor hay referencias sobre la “raza guaraní”, que serán retomadas por la siguiente generación (Bareiro Saguier 1990). Concretamente, en la primera línea de *La Lengua Guaraní como Documento Social*, Bertoni sostiene:

²⁸ Sobre la generación del 900, se afirma que “nunca antes había conocido el país una creatividad cultural como la que desarrolló esa generación en prácticamente todos los órdenes. Todos sus componentes vivieron apasionadamente el afán de la modernidad (Pérez Maricevich, en: Moreno 1996:9)”.

“El estudio de la raza guaraní, en todas sus diferentes manifestaciones, es de la más alta importancia para la historia de América. Pues nos hallamos frente a un fenómeno grandioso: la enorme superficie que esta raza ocupa, o en un próximo pasado ha ocupado (Bertoni 1920: 1).”

No sólo tiene Bertoni una valoración positiva de “lo indígena”. Concretamente su intención es “combatir ideas preconcebidas, como las que tienen curso en el público con respecto a los Guaraníes (1920: 437).” Por ello, al describir cómo habían sido los guaraníes dirá:

“Pero un documento precioso ha llegado perfectamente hasta nosotros: la lengua. Hablando en general, holgaría recordar el hecho, por todos reconocido, de que nada hay más poderoso que la lengua para descubrir las intimidades de la vida de un pueblo, revelar su mentalidad, (...) y penetrar hasta lo más profundo de su alma, reconstruyendo a la vez una parte de su historia (1920:438).”

Así, Bertoni estudia las características del guaraní, la etimología, las fases por las que ha pasado, entre otras cosas. De este discurso “científico” –y por lo tanto avalado y “verdadero”– surgirá una “literatura culta” que tendrá mucha fuerza en la década del 30 (Plá 1974, Meliá 1992), y en la que se destacará la revista *Ocara Poty Cue-mi* fundada en 1922 (Gómez Morales 1998). Entre sus principales exponentes encontramos a intelectuales/escritores que giran en torno a esta noción de “raza guaraní” para referirse a una nación/pueblo que tiene en común la sangre/genes de ese antepasado indígena – heroico, casi mítico– y cuya lengua, el guaraní, es la expresión más cabal de ese hombre arquetípico. Esto es, hablar del idioma guaraní será hablar del Paraguay y del “ser paraguayo”. La primera generación de “jóvenes intelectuales” que surge en el siglo XX “...reivindican el guaraní como lengua de la nacionalidad, aunque sus escritos en prosa sean en castellano (Meliá 1992: 172)”, junto a otros como O’Leary e Ignacio A. Pane quienes aparecen como “poetas cultos en guaraní”. Entre los principales exponentes de esta generación están Manuel Domínguez, con *El Alma de la Raza* (1918). Narciso R. Colman –Rosicrán– (1880-1954), con obras en guaraní como *Ñande Ypykuéra* (Nuestros Antepasados)-*Poema Guaraní Etnogenésico y Mitológico*, y *Ocara Poty* (Flores Silvestres), se lo conoce como “el poeta de la raza” (Meliá 1992). Según Bareiro Saguier, Rosicrán es además “reconocido por los indigenistas paraguayos, como la más representativa obra literaria en la lengua y sobre la cultura guaraní (Susnik y Chase Sardi 1995: 285).”

En su libro de versos *Ocára Poty* de 1917, ya es explícita la relación entre el guaraní y la “paraguayidad”. Según Meliá, (1992: 207), “desde el tiempo de los jesuitas no se había publicado un libro de creación literaria en guaraní”. Rosicrán también recolectó chistes en *Pucaraiti* (Nido de Risas), refranes populares llamados *ñeenga*, así como también publicó una traducción al guaraní del Nuevo Testamento que le fuera encomendada (Meliá 1992).

Eloy Fariña Núñez (1885-1929) también contribuye a la revalorización del idioma con sus poemas y obras como *Conceptos Estéticos-Mitos Guaraníes*. Sin embargo, el que llegará a difundir más esta ideología es Natalicio González (1897-1966), quien fuera también presidente de la República en 1948 por seis meses. Así, obras de González como *Proceso y Formación de la Cultura Paraguaya e Ideología Guaraní* tuvieron una finalidad netamente política. Fue, asimismo, fundador y editor de la revista *Guarania*, una publicación con escritos políticos, históricos y culturales, muchos de ellos transcripciones que “la edición” hacía de textos de otros autores, como el ya citado de Gondra, o textos de Barret, *El retorno a la Tierra* (Guarania 1936, Año III N 33) y *El esfuerzo decadente* (Guarania 1936, Año III N 32), entre otros. Empero, lo que predominó en esta revista fue la tendencia nacionalista.

Algunas frases del muy breve capítulo VII “El Paraguay y la Lengua Guaraní” de *Ideología Guaraní* de González ilustran cabalmente este imaginario:

“...Tengo para mí que el guaraní, la lengua familiar del Paraguay, lleva en sus entrañas el mismo simbolismo de nuestra bandera. (...) vino a ser el guaraní una especie de tatuaje colectivo, la marca de la nacionalidad, la bandera hecha verbo o trasunto musical del ánimo patria. Con la plasticidad característica de las lenguas primitivas, el guaraní da maravillosamente la visión de la tierra autóctona. Sus vocablos no han perdido todavía la cualidad poemática de su origen. (...) La altiva raza que la hablaba poseyó sin duda un agudísimo sentido del ridículo; no se explica de otra modo semejante capacidad para la sátira. Hasta hoy, el paraguayo de los campos sin escuela ni alfabeto, cuando se presenta la ocasión se burla con una finura encantadora del letrado más o menos pretencioso de las ciudades (...) Dije que el guaraní es el Paraguay simbolizado en voces poéticas (González 1958: 83/84).”

Vemos en estas citas la imaginarización/construcción de la identidad paraguaya basada en la grandeza de la lengua guaraní –ergo del paraguayo, y de su idílico antepasado que lo hace único–. Y ese paraguayo del que se habla –con ecos del romanticismo alemán– es el “pueblo” definido como mestizo, campesino, sin educación, pobre. En relación a

como define concretamente al pueblo paraguayo, González dice en *Proceso y Formación de la Cultura Paraguaya* (1948) que:

“Al finalizar el Siglo XVI ya cuenta el Paraguay con algunos hijos, criollos y mestizos, que brillan por su inteligencia y que se han hecho de una discreta cultura (González 1948: 348).”

Esta construcción del guaraní como idioma proveniente de los indios guaraníes pero lengua/patrimonio de la población paraguaya mestiza transformará al guaraní en sinónimo del Paraguay, y será operativa durante gran parte del siglo. Sugestivamente, este mismo Natalicio González será uno de los ideólogos de la dictadura nacionalista de Stroessner (Bareiro Saguier 1990; Susnik y Chase Sardi 1995), por lo que no sorprende que sea durante “la larga paz stronista” (Bareiro Saguier 1990: 105) que el discurso hegemónico se asiente y apele de manera sistemática a esta concepción de cultura y lengua.²⁹

Otra referencia al guaraní que parece interesante señalar aquí es la que hiciera Rafael Barret, español que viniera al Paraguay en los primeros años del siglo.³⁰ Tanto Meliá (1992) como Plá (1974) citan un artículo periodístico que escribió sobre el guaraní en 1907. De él extraeremos algunas citas que dan una idea de su pensamiento, que resulta bastante sorprendente, tanto por su rechazo tajante a la prohibición del guaraní como a la política lingüística de ese momento.

En principio Barret diagnostica que “para algunos, el guaraní es la rémora. Se le atribuye el entorpecimiento del mecanismo intelectual y la dificultad que parece sentir la masa en adaptarse a los métodos de labor europeos.” Sin embargo, respecto de la idea de que a cada lengua le corresponde una mentalidad –lo que, según muchos, habría sido el motivo por el cual el Paraguay no habría entrado en la civilización– Barret opina que “atacando el habla se espera modificar la inteligencia. Enseñando una gramática

²⁹ Bareiro Saguier (1990) analiza con extremo detalle la obra de los exponentes más resaltantes de esta tendencia, criticando la manera “errada” en que construyeron al indio, sin tener en cuenta parámetros históricos ni teóricos, y el uso manipulatorio para fines políticos a la que esta obra sirvió en algunos casos, respondió en otros. En este capítulo, nosotros sólo queremos intentar una aproximación a distintas imaginaciones del guaraní, por lo que las construcciones sobre “el indio guaraní” se discuten en la Parte II.

³⁰ Barret fue “ciertamente un pensador” (Domínguez. En: Zubizarreta 1985: 248) que trajo al Paraguay su conocimiento sobre la literatura y el pensamiento europeos contemporáneos. Escribió sobre Maëterlink, Tolstoi y otros. De un pensamiento revolucionario de izquierda, fue cada vez más hacia el anarquismo. Participaba de los mítines y hacía proclamas, luchando al lado de las clases más bajas. Así, sus primeras conferencias a obreros fueron sobre La tierra, La huelga y El problema sexual. Barret fundó con otros la revista *Germinal*, que no duró mucho. Durante la Revolución de 1908, recorrió las calles tratando de ayudar a heridos (Zubizarreta 1985: 248-251).

europea al pueblo se espera europeizarlo (...) Todo esto es un hecho, más no un argumento”. En lo que hace al bilingüismo el autor entiende que:

“Dos lenguas emparentadas o no; una plebeya, otra sabia; una particular, otra extensa; una desordenada y libre, otra ordenada y retórica. Casi no hubo siglo ni país en que esto no se verificara (...) Se invoca la economía, la división del trabajo. Pues bien en virtud de ellas se conservará el guaraní y se adoptará el castellano, cada cual para lo que es útil.”

Termina por tanto Barret su artículo dejando en claro su censura a la persecución hacia el guaraní:

“En cuanto a dirigir ese proceso por medio del diario oficial, ilusión es de políticos que jamás se han ocupado de filología. Tan hacedero es alterar una lengua por decreto como ensanchar el ángulo facial de los habitantes (en Meliá 1992: 191-193).”

2. Guerra del Chaco 1932-1935

Durante la etapa de hegemonía liberal, el Paraguay se verá nuevamente inmerso en una guerra. El área del Chaco había quedado casi olvidada, relegada, y poco poblada. La mayoría de sus habitantes eran indígenas de distintos pueblos, mientras que la población no indígena se nucleaba principalmente en torno a las empresas tanineras –“...Puerto Casado era un pueblo de 3000 habitantes en 1928”–, y las colonias menonitas, cuyos primeros inmigrantes llegaron en 1926 (Warren 1949: 272).

Ya desde varias décadas antes los conflictos creados por la falta de consenso sobre los límites entre Paraguay y Bolivia se van intensificando, pero es ante las primeras manifestaciones bolivianas de ocupación del “territorio paraguayo”, alrededor de 1928, que los grupos nacionalistas presionarán al gobierno liberal para que declare la guerra en defensa de la patria. El gobierno intentará establecer acuerdos, manteniendo una postura pacifista frente a las provocaciones y ataques a fortines de parte de los bolivianos. Pero la presión de la oposición colorada, con su orgullo nacionalista, obligará a la renuncia del presidente J.P. Guggiari, sucediéndole Eusebio Ayala, quien

ya había sido presidente provisional de la república en 1921-1923 (Warren 1949). Tratando de mantener la postura pacifista, Ayala termina por declarar al poco tiempo la guerra a Bolivia.

En plena etapa de predominio liberal, la guerra hará que el guaraní cumpla una función de cohesión en torno al sentimiento patriótico, pasando nuevamente a ser símbolo de la patria y motivo de orgullo. Viene con ello la consecuente revalorización de la lengua. Y no solo esto, sino que también, en cierto sentido, "...el gobierno, por razones de seguridad, prohibió el uso del español en el campo de batalla (Meliá 1992: 173)." Concretamente, "el Comando en Jefe del Ejército del Chaco declaraba en su artículo 7: 'Las conversaciones y las claves secretas se harán exclusivamente en guaraní' (ibídem)." Dirá un ex-combatiente, el Gral. Raimundo Rolón, que "el Mariscal Estigarribia dio la primera orden: hablar en guaraní. Era como entregar más regimientos, más granadas de mano o más morteros a las unidades del frente (*Diario de Sesiones*. C.N.C. 1967: 72)."

Los diarios de la capital también se hacen eco del nuevo ímpetu y aparecen secciones en guaraní (Plá 1974). Vuelven a aparecer diarios de campaña, sin la importancia tal vez que tuvieron en 1870 (Plá 1970), pero redactados por los mismos combatientes en los campos de batalla. "Del pueblo" y no "para el pueblo", según la distinción que Plá hace respecto de la guerra de la Triple Alianza. Señala Gómez Morales (1998: 346) que "las obras poéticas y musicales más populares y famosas en guaraní provienen de esta época (desde los años '30)."

En los campos de batalla aparece también "un teatro guaraní inspirado en la situación" (Plá 1974: 300), como es el de Julio Correa, "caso único en esta literatura" ya que muestra por primera vez un hombre humanizado, concreto, proveniente de un pueblo que sufre y es un hombre marginado que se rebela (Plá 1974: 300)."

En esta década surgirá una generación de escritores, poetas y compositores que Meliá enrola en el campo de la "literatura popular", y que considera como los clásicos de la poesía paraguaya: "son aquellos soldados-poetas, músicos casi todos ellos, a quienes la Guerra del Chaco, entre 1932 y 1935, infundió aliento lírico y proporcionó contexto épico (Meliá 1992: 214)." Y señala también este autor que, en oposición a la lengua de la generación "cultura", estas piezas están "en su lengua [refiriéndose a Emiliano R Fernández, en la que] se da la fluctuación imprevisible del hablar coloquial en el que

castellano y guaraní se mezclan (Meliá 1992: 215).” Fue ésta la época de mayor difusión de la revista literaria *Ocara Poty Cue-mi* llegando a un tiraje de 20.000 ejemplares.³¹

Detectamos cómo van naciendo en este marco sentimientos fuertes con respecto al guaraní (Plá 1970, 1974; Meliá 1992). En opinión de Rubin, (1974) se afianza durante la Guerra del Chaco la relación del guaraní con el nacionalismo paraguayo. Adelantamos también que el argumento de que el uso del guaraní fuera ley durante esta guerra será usado por convencionales liberales en la asamblea constituyente de 1967, como defensa ante quienes les imputan haber siempre despreciado la lengua del pueblo, por ser el liberal un partido de visión cosmopolita:

“Cómo es posible que se hubiese podido hacer la Guerra del Chaco, en que el idioma del combate, el idioma del patriotismo, el idioma que nos sirvió para ganar la guerra como arma decisiva (...) hubiera sido el guaraní, si es que no se lo hablaba, si es que se lo perseguía...”³²

Recordemos en todo caso que, en la década del ‘30, la sociedad no se había transformado demasiado. Seguía más bien polarizada en dos clases sociales rígidas, con una inmensa clase popular empobrecida y con pocas posibilidades de ascenso social – sector éste que, como habíamos visto con Susnik, se mantiene en gran parte guaraní-parlante-. Paralelamente, mientras el sector capitalino entra en una etapa de desarrollo “moderno” donde –como señala Morínigo– se impone el uso del castellano, se recrea una distinción entre la población urbana y la rural y donde la idea de la lengua guaraní ligada a una cultura que proviene de la “raza guaraní” apela sin duda a las clases bajas, esas “sin escuela y alfabeto” que señalaba N. Gonzalez antes. Están así delimitados con claridad los dos polos de la relación “atrasado/tradicional” - “moderno/desarrollado” que analizaremos más adelante.

³¹ G. Rodríguez Alcalá. Entrevista (Asunción, 27/05/00)

³² Convencional Justo Pastor Benítez. Diario de Sesiones, CNC de 1967, artículo 5to.

3. La población indígena

Con respecto a la base sociológica de la nación paraguaya, la Guerra del Chaco tuvo otra consecuencia fundamental, que fue “hacer visible” para la sociedad mayorizada, la existencia de distintos núcleos de población indígena, no sólo en la Región Occidental, donde se disputaron las batallas, sino también en la Región Oriental. Siguiendo con nuestro objetivo de intentar reponer los procesos sociales que van dando lugar a la formación de la sociedad nacional, la “comunidad lingüística” y la alteridad, se torna fundamental dar cuenta de la diversidad al interior del territorio paraguayo. Por ello, retomemos a Susnik y Chase Sardi para abrir este acápite, y ver entonces, a grandes rasgos, ambos contextos.

a. Región Occidental o Chaco.

En 1924 “el general ruso blanco Ivan Tomofeevich Belaieff, contratado por el ejército paraguayo, comienza sus exploraciones en el Chaco. Su misión específica era levantar planos topográficos y ubicar fuentes de agua, en vista al avance y colonización boliviana en la zona. Su tarea fue simplificada por la inmensa ayuda que supo conseguir entre las principales etnias de la zona. Fundamentalmente, los mak’a fueron sus guías y baqueanos. Por intermedio de ellos tomó contacto con los nivaklé y los lengua. Posteriormente fue estrechando lazos de amistad con otras culturas de la familia lingüística maskoy, (...) [luego con los toba, de la familia lingüística guaycurú, por él denominada toba-lengua; trabajó con los chamacoco en el Alto Paraguay]. Fue el primero que dio un panorama confiable de la distribución geográfica de los pueblos del Chaco Boreal (Susnik Y Chase Sardi 1995: 255).” Citamos *in extenso*, pues así como señalamos antes que el Chaco había estado en buena medida ignorado por la sociedad nacional, vemos que es una compleja diversidad poblacional la que súbitamente “aparece” en el panorama.

Sin embargo, los primeros contactos sistemáticos³³ con estos núcleos datan ya desde fines del siglo pasado con la llegada de las empresas tanineras, que utilizaron mano de obra indígena, y las primeras misiones religiosas –la pionera fue la anglicana en

1886,³⁴ – con las cuales se había iniciado la “domesticación de los ‘indios salvajes’...”, en este caso, y la explotación de mano de obra indígena en aquel, junto a la paga en provisiones, y principalmente alcohol, y los intentos sistemáticos *ex profeso*, según Susnik y Chase Sardi (1995) entre otros, de destruir el tipo de organización política, económica y social de los indígenas, de manera a crear la dependencia laboral hacia la producción taninera.

Con respecto a las misiones religiosas, le siguió la salesiana, en sus primeras exploraciones ya desde 1888, estableciendo su primera misión en 1920, en Fuerte Olimpo. “Los salesianos trataron de evangelizar a los chamacoco, desde Bahía Negra hasta Fuerte Olimpo, y a los lengua, angaité, sanapaná, guaná, toba-maskoy, en los puertos y establecimientos tanineros y ganaderos (Susnik y Chase Sardi 1995: 259).” Con sus particularidades, pero siempre en las mismas coordenadas, le siguieron las misiones de los Oblatos de María Inmaculada en la región del Pilcomayo, en torno a las comunidades nivaklé, con la meta de “promover la obra civilizadora de las numerosas tribus salvajes que allí moran (En Susnik y Chase Sardi 1995: 261)”; y la *misión A las Nuevas Tribus*, “con sus sofisticados métodos, aprendidos del Instituto Lingüístico de Verano (...) [por medio de los cuales] dominan en pocos meses las lenguas indígenas elaborando gramáticas, vocabularios y traduciendo el Nuevo Testamento (En Susnik y Chase Sardi 1995: 261).”

También la historia de las colonias menonitas³⁵ se encuentra imbricada con las poblaciones indígenas aledañas a las tierras en las que aquellos se instalan, pues comentan Susnik y Chase Sardi que desde la llegada del primer contingente de pobladores del Canadá en 1926 y luego de los provenientes de Rusia, contaron éstos con la colaboración de los indios para iniciar sus colonias. Sin embargo, con el avance de su sistema de producción y de sus ideas religiosas, los menonitas inician también un

³³ Ya G. Boggiani, a fines del siglo pasado, había iniciado sus exploraciones en el Chaco, pero las mismas no llegan a tener mucha difusión en la sociedad nacional.

³⁴ “La misión comenzó por la iniciativa del cónsul inglés (...) pues como la Bolsa de Londres poseía grandes latifundios en el Chaco (...) era importante la domesticación de los ‘indios salvajes’. (...) Después de muchas exploraciones, [el primer misionero, Henriksen] se estableció en tierra de los lenguas (...) De allí se irradió a todo el Chaco Central, tomando contacto con los sanapaná, angaité, nivaklé y mak’a.” Con respecto a su función educadora, nos parece interesante señalar que “se fundaron escuelas, en las que el reverendo Grubb trató de civilizar a los indios enseñándoles inglés y los más indispensables elementos del cristianismo y la cultura occidental. (...) Desde aproximadamente la mitad de la centuria los misioneros cambiaron de actitud. En las escuelas se enseñó en castellano y guaraní desde las primeras letras (Susnik y Chase Sardi 1995: 258).

³⁵ Tras una larga historia de persecuciones y destierros “llegaron al Paraguay, uno de los pocos países que se comprometió a respetar sus principios fundamentales, entre los que se enfatiza la liberación de participar en el ejército (...) y la no obligación de jurar ante los tribunales de justicia (Susnik y Chase Sardi 1995: 262).”

proceso de exclusión hacia “lo indígena”, procurando insertarlos en su sistema económico:

“Se trataba de occidentalizar a macha y martillo, haciendo que los indios dejaran sus patrones de reciprocidad, por modelos de mercado. Había [y hay] un marcado racismo y fuerte discriminación económica (...) No obstante, hay que reconocer que, incluso en esa época [1962, cuando se produjo un levantamiento indígena], estaban relativamente libres del alcoholismo, tenían una atención médica mejor que en las otras zonas del Chaco y una alimentación más equilibrada que en las empresas tanineras (Susnik y Chase Sardi 1995: 263).”

Al iniciarse la guerra, estos distintos grupos indígenas convivían en esta extensa, casi olvidada, y muy poco poblada región con estas otras tres nucleaciones poblacionales que hemos señalado: las colonias menonitas y las empresas tanineras, ambas, desde distintas posiciones, con el énfasis puesto en la producción; y las organizaciones misionales que tenían la tarea de evangelizar a los indios. Con respecto a la guerra, específicamente, “durante las acciones bélicas, el ejército paraguayo se sirvió de algunos voluntarios indígenas que actuaban de exploradores de la vanguardia [pero en términos generales, el grueso de la población] se encontraron siempre entre dos fuegos (Susnik y Chase Sardi 1995: 256)”, pues eran atacados tanto por paraguayos como por bolivianos. Resulta interesante señalar específicamente, que en cuanto a los guaraní chaqueños que se plegaron al ejército paraguayo en avance, –“tanto chiriguano o mal llamados guarayo en el Paraguay, así como tapieté o guaraní-ñandeva (Susnik y Chase Sardi 1995: 256-7)–”, “...los soldados paraguayos hablaban un guaraní muy semejante al suyo (Susnik y Chase Sardi 1995: 261).”

b. Región Oriental

Ahora bien, con respecto a la región oriental concretamente, “durante dicha guerra, por la ausencia de los hombres que iban al frente, y luego por la expansión de la frontera agrícola, ganadera y maderera de la sociedad nacional, se impuso un contacto mucho más estrecho entre paraguayos e indígenas (Susnik y Chase Sardi 1995: 272).” Sintetizando aquello que habíamos dejado en el capítulo 1 de esta parte, Susnik (1961, 172-176) afirma que, hasta finales del siglo XVIII, había mucha confusión en la denominación que se daba a los “indios monteses”, es decir, a aquellos que no se habían sometido a la sujeción de la colonización española primero y a la de los criollos y

mestizos que organizaban el nuevo estado paraguay después. Pero cita tres denominaciones, *kaĩngua*, *taruma*, y *karima*, que corresponderían vagamente, a los actuales paĩ-tavyterä, mbyá-guaraní y ava-guaraní, respectivamente. Y entre ellos habría habido algunos enclaves aché-guayakí (Susnik y Chase Sardi 1995:267).³⁶ Estos indios guaraníes entonces, fueron también movilizados hacia la zona de conflicto, ya desde 1928 en vistas a la futura guerra, y aumentó considerablemente la presión sobre sus brazos, pues “fueron requeridos, compulsivamente, como mano de obra, en aquellos [los yerbales], y en los obrajes (Susnik Chase y Sardi 1995:268).”

En esta región también se impusieron misionalizaciones, como la de Verbo Divino, “muy respetuosa de las costumbres, las creencias y las prácticas religiosas indígenas. No obstante, en estos primeros tiempos, la alfabetización en la escuela fue deplorable, pues se empleaba el guaraní para enseñar a leer y escribir en español (Susnik y Chase Sardi 1995: 275).”

En todo este período, con respecto a las relaciones entre los grupos indígenas y las poblaciones nacionales que convivían próximas especialmente, predominaron los contactos hostiles, siendo muy numerosas las referencias a “las cacerías de indios”, tanto en el Chaco, donde Perasso (1987) recoge testimonios desgarradores, al igual que Rehnfeldt (1993) principalmente, de casos de los Ayoreos³⁷ o “moros”; y de Miraglia³⁸, y Meliá, entre otros de casos de guaraníes de la región oriental, muy cruentos específicamente, en lo que se denominó “El genocidio contra los Aché-Guayakí (Susnik y Chase Sardi 1995: 255-279).” Como afirma Vysokolan:

“Para el Estado y para la propia sociedad paraguaya, cómo se registró después,³⁹ estaban [los indígenas] más cerca de la naturaleza que de la cultura (1999:34).”

³⁶ Señalemos que, aunque esté naturalizado como “mestizaje” aquel mestizaje histórico de “india” con “colonizador”, y si bien no hay datos precisos sino sólo aproximaciones, han habido también matrimonios mixtos entre indígenas y mestizos (Susnik y Chase Sardi 1995:271) así como mestizaje entre indígenas de distintas etnias (Susnik y Chase Sardi 1995:268-269).

³⁷ Esta etnia es la que se mantuvo más alejada de la sociedad paraguaya, hasta fecha muy reciente, 1998-9, cuando “salio” del monte el último grupo –de la parcialidad totobiegosode–, a causa de un enfrentamiento armado entre éstos y peones de una estancia. Susnik y Chase Sardi también recogen testimonios de la cacería que se hizo de ellos: “Desde nuestro primer viaje a la región occidental, [Chaco] en 1946, tuvimos informes fidedignos de que el comando del territorio militar del Chaco había establecido, como premio, la baja con honores, al conscriptos del servicio militar obligatorio, [CIMEFOR], si mataba a un indio moro (ayoreo). (Susnik Y Chase Sardi 1995: 260).”

³⁸ Luigi Miraglia (1941,343), científico de extraordinaria solvencia y objetividad, cuenta que: “Para los peones paraguayos del este, matar a un guayakí no sólo no constituye un delito, sino es una acción digna de elogio, como cazar un jaguar (Susnik y Chase Sardi 1995: 275).”

³⁹ El autor hace aquí referencias a dos encuestas realizadas a fines del 60 la una, y mediados del 70 la otra, a las que nos referiremos más adelante al abordar esa etapa. Señalemos nada más que a pesar de todos estos contactos que venimos señalando, la sociedad en general no acusó recibo de ello, y siguió ignorando la existencia de “indios” en el Paraguay.

A estas cacerías se le sumaron las pestes de gripe, sarampión, rubeola y varicela que sufrieron los indios al ser sacados de la selva, enfermedades que el médico R. Arévalo París informa, son “patologías consideradas benignas para la población paraguaya, pero, mortales para los indios (En: Susnik y Chase Sardi 1995: 278).” Con respecto al caso de los aché específicamente, este médico, –quien se ofreció ir gratuitamente con un grupo de estudiantes de medicina a atender a los aché– “estima que el 75 por ciento de los que fueron sacados de la selva murieron víctimas de estas inocuas enfermedades (Susnik y Chase Sardi 1995: 278).” Rehnfeldt (1993) aporta también datos similares sobre “la salida” de los ayoreos que fueron establecidos en la misión *María Auxiliadora*. Sumándole a estos dos factores, las bajas de la guerra, vemos que a más del drástico cambio que esta “visibilidad” implica, la disminución/desaparición física de la población indígena es exponencial.

Con respecto a la esfera estatal y gubernamental, Susnik y Chase Sardi señalan que en 1936 se crea por decreto el Patronato Nacional del Indígena, concretamente “para incorporarlos a la vida civilizada.” Aclara el punto segundo que ello se debe por “el concurso eficaz y abnegado prestado por los indios del Chaco colaborando con su trabajo personal en beneficio del Ejército Nacional en tiempos de Guerra y Paz. Pero todos estos organismos conducían a las mismas prácticas excluyentes y discriminadoras, pues, en líneas generales, la tendencia desde la reorganización de 1870, fue de considerar a los indios como ‘objeto de civilización’, por lo que los proyectos tienen siempre una retórica similar, que argumentan la meta, al menos explícita, de “incorporarlos a la vida civilizada (Susnik y Chase Sardi 1995: 348).”

En este sentido, tras parafrasear el análisis de Bareiro Saguier sobre la manipulación de “lo indígena” –“lo guaraní” más concretamente, señalemos nosotros– por parte de la ideología nacionalista que nace en la generación del 900, Susnik y Chase Sardi agregan los siguientes datos, sintetizando la ideología étnico cultural predominante en gran parte del siglo, al señalar concretamente que :

“Pero lo que Bareiro Saguier olvida [en su ensayo/ponencia] es que en esta misma generación nacionalista indigenista, había una importante rama que podríamos denotar como liberal-nacionalista-indigenista. Tenemos un ejemplo de esta posición en el proyecto de ley presentado a la cámara por el diputado Justo Pastor Benítez, para Reserva de Zonas Fiscales en el Chaco, el 23 de Julio de 1930. Su artículo tercero dice: ‘las

tierras fiscales habilitadas para colonias indígenas serán utilizadas y concedidas en propiedad con arreglo a la ley (...) sobre conversión de tribus indígenas al cristianismo y a la civilización' (...) 'Organizar en forma de reducciones o colonias, planteando el problema de la catequización con el aprovechamiento del gran valor que representan los indios como elementos propios para poblar el desierto' (...) 'dada la rusticidad e ignorancia de los indios, llegan éstos a conocer ciertas costumbres y a entregarse con más libertad al incorregible vicio de la embriaguez que los corrompe' Para Benítez, no es la anomia producida por la expropiación del hábitat, la explotación inicua y el pago de los jornales en alcohol, la causa del vicio, sino la rusticidad e ignorancia de los indios. Y termina diciendo a la Honorable Cámara: 'La Constitución de la República [de 1870, vigente en ese momento] señala como uno de los deberes del Congreso es adoptar las medidas conducentes a la conversión del indio al cristianismo y a la civilización'(Benítez,1945) (Susnik y Chase Sardi 1995: 286-287)."

Con respecto a organizaciones indigenistas, y siguiendo con lo señalado por estos autores, "por los años 1940 y 1941, un grupo de intelectuales y filántropos, liderados por el doctor Andrés Barbero y el general Juan Belaieff, conforman la Asociación Indigenista del Paraguay (AIP) (Susnik Y Chase Sardi 1995: 340)."⁴⁰ Sin embargo, mostrando las tensiones y paradojas, Susnik y Chase Sardi también señalan que siendo "el espíritu de la época (...) no nos sorprendamos que un hombre de extraordinaria inteligencia, bondad y filantropía, como Andrés Barbero, mezcle la más decidida defensa a ciertos intereses indígenas con la perla etnocidiaria que encontramos en su nota al director general de Escuelas, del 22 de setiembre de 1930":

"no hay que olvidar que el indio aún no puede ni está preparado para convivir con el hombre civilizado, dada su sociabilidad tan primitiva, inferior, desde muchos puntos de vista (propios) a las agrupaciones esencialmente nómades...[sic](1995: 287)."

Al respecto de estas paradojas, Susnik y Chase Sardi también intentan articular categorías *emic* y *etic* para abstraer un "esquema" de los tipos de interrelaciones que se generaron entre la población indígena y la nacional, señalando con ello, las complejidades y los distintos niveles que operan en dichos contactos, según los distintos puntos de vista que se articulan en estas interrelaciones:⁴¹

⁴⁰ Sobre el tipo de acciones que promueve y gestiona esta asociación, estos autores también señalan que "el militar humanista ruso" traslada a los mak'a a un predio que gestiona en Chaco'i en 1941. Concretamente, "este hecho fue, en los tiempos actuales, muy criticado por los antropólogos, por considerar que era sacarlos de su hábitat tradicional y ponerlos en estrecho contacto con las facras de nuestra cultura 'civilizada' (Susnik Y Chase Sardi 1995: 340)."

⁴¹ Denominándola "Clasificación por el Contacto" explicitan cuanto sigue: "Sin abandonar la perspectiva etic, tratamos de integrarnos en las visiones del mundo de las culturas étnicas, y partir, para el análisis, de sus categorías internas (1995:318)."

“Nuestros maestros indios nos dijeron que hay tres tipos de conductas diferentes que adoptan frente a la sociedad nacional. Acercarse a ésta y convertirse en sus sirvientes, en sus esclavos; huir de ella; o agredirla (Susnik y Chase Sardi 1995: 318).”

En base a estas tres prácticas señaladas por/de los indígenas, dicen estos autores que, los primeros “buscan contacto”, los segundos, “evitan el contacto”, y los últimos están en “defensa hostil”.

La siguiente cita, de “las capturas ejecutadas por el etnógrafo y empresario Mayntzhusen, a principios de siglo, documentadas por sus propios escritos (En: Susnik y Chase Sardi 1995: 276)”, aporta otra perspectiva que también transmite la complejidad de estas articulaciones:

“Finalmente se logró capturar a varios individuos al acercarse cautelosamente y atropellar su campamento durante la noche. Habiendo yo aprendido de estos cautivos los principios básicos del idioma Guayakí, conseguí utilizarlos como guías para entrar en relaciones con las hordas que vagaban por el monte. Estas relaciones finalmente se mostraron tan buenas que podíamos utilizar a Guayakí como mano de obra, sobre todo en empresas agrícolas. Nuestro intento puramente científico de entrar en contacto con este pueblo de la edad de piedra, tenía también un resultado práctico, y como mi personal de casa y de servicio ya se componía, al cabo de algún tiempo, sólo de Guayakí, estuve en condiciones de hablar su idioma como lenguaje corriente durante varios años (1910-1914). Además de esto, pasamos a veces semanas en el monte con los Guayakí fieles a mí (1920, 3ss. Traducción de Christine Münzel y Meliá) (En: Susnik Y Chase Sardi 1995: 276).”

Y en este mismo sentido, las referencias que Metraux y Baldus (1946, 435), con respecto a las relaciones bélicas entre los *Kaingua* y los aché, –“...los Caingua y los guaraní han hecho por siglos una guerra de exterminio contra ellos [aché], considerándolos apenas humanos (En: Susnik y Chase Sardi 1995: 275)”–, indican a su vez las complejidades de las interrelaciones entre estas distintas comunidades, tanto inter-indígenas, como indígena inter-nacional. En esta misma línea, estando Susnik en trabajo de campo con un grupo ayoreo de la parcialidad *garaigosode*, en un campamento misional cerca de Cerro León, surgieron disidencias entre algunos de éstos con respecto a la convivencia de la antropóloga en su comunidad; defendiéndola el cacique, los disidentes se retiran a la selva, y tejen alianza con los *totoviegosode* “enemiga tradicional de la *garaigosode*”, y atacan el campamento:

“Los garaigosode, los misioneros y la antropóloga tuvieron que huir a la selva y, de allí se trasladaron al fortín Montanía (Susnik y Chase Sardi 1995: 260).”

Con respecto a la diversidad de pueblos indígenas que conviven en el territorio nacional, Susnik elabora un mapa en el que según sus palabras “intenta” “hacer una somera clasificación, con el criterio lingüístico, de los pueblos indígenas que ocupan el actual territorio de la nación paraguaya” aclarando que “tampoco hay que tomar las líneas demarcatorias de las fronteras inter-étnicas como precisas, pues ellas, en casi todos los casos se traslapan (En Susnik y Chase Sardi 1995: 316).”⁴² Sintetizando la clasificación propuesta por Susnik, –y utilizada por casi todos en el país–, existen en el Paraguay 5 familias lingüísticas. En el Chaco, la zamuco, con dos étnias: ayoreo y chamacoco; la maskoy con cinco etnias: lengua, guaná toba-maskoy, sanapaná, angaité; la familia matakó mataguayo, con tres etnias: chorotí, nivaklé y mak’a; la familia lingüística guaicurú con una sola en el territorio nacional: toba o kom-liik; y la tupi-guaraní, con dos etnias en esta región: tapieté o guaraní-ñandeva y los chiriguano o mbya-guaraní.⁴³ En la Región Oriental, sólo existen etnias de la familia lingüística tupí-guaraní. [Como ya citamos a esta autora antes, las cuatro son: mbya-guaraní, ava-guaraní, paï-tavyterä y aché o guayakí]. (En Susnik y Chase Sardi 1995: 315-318).

En este contexto ampliado ahora, retomemos en lo que respecta a la sociedad mayorizada, donde el guaraní parece seguir siendo la lengua de uso extenso, a juzgar por los datos relevados del censo de 1952, donde el 40,1% de las casi 2.000.000 personas censadas es monolingüe guaraní, el 53,8% se define como bilingüe, y sólo el 4,7% es monolingüe castellano (otros idiomas 1,4%)⁴⁴. Y como lo señala Meliá (1974) en base a los datos censales de 1962, es aun mayor el porcentaje cuya primera lengua es el guaraní, a juzgar por el hecho de que la población entre 3 y 4 años monolingüe guaraní es el 69 %. Aparentemente, el guaraní también funciona en cierto grado como *lingua franca* entre indígenas, y entre éstos y la población mestiza.

⁴² Al respecto, Susnik y Chase Sardi también señalan que: “Como se notará, comparando estas líneas [concretamente, la clasificación de Susnik], con las escritas en la primera parte [de este libro, Período Precolombino], por Branislava Susnik, varias familias lingüísticas y, sobre todo, etnias enteras, han desaparecido. (Susnik y Chase Sardi 1995: 318).”

⁴³ “A ésta autodenominada mbyá-guaraní, no hay que confundirla con la del mismo nombre de la región oriental (Susnik Y Chase Sardi 1995: 316).”

⁴⁴ Datos censales tomados de Gómez Morales (1998).

Parece lógico entonces pensar que también se estaba dando entre 1930 y 1960 algo que Rubin (1974) detectará en su trabajo de campo realizado en 1960-61: los ámbitos de uso del castellano y del guaraní son predominantemente el urbano y el rural respectivamente. De hecho, ella también señala que el auge del guaraní durante la Guerra del Chaco fue más fuerte en el campo de batalla que en Asunción.

A este respecto, es interesante tener en cuenta que, terminada la guerra, vendrá una etapa de gobiernos totalitarios ininterrumpidos a partir del golpe febrerista de 1936. El asumido carácter totalitario de esta etapa, en concordancia con el momento histórico, está expresado en el decreto 152 como comenta Lewis: “el 10 de Marzo de ese año, su Ministro del Interior publicó el infame decreto N° 152 que declaraba que la Revolución Paraguaya [que los había llevado al poder] era ‘del mismo tipo que las transformaciones sociales totalitarias de la Europa contemporánea’ (Lewis 1980: 24).”

Siguiendo con la sucesión de cambios de cúpula, la dictadura de Higinio Morínigo (1940-1948) iniciará una nueva etapa de purgas políticas, persecución y represión. El Partido Liberal será proscrito con el consiguiente nuevo exilio masivo de sus líderes, y los intentos golpistas para derrocarlo, pues Morínigo llamaba a elecciones habiendo un solo candidato: él mismo en 1944, y Natalicio González en 1948. La revolución del 47 significará el retorno del coloradismo al poder –siempre aliado de Morínigo– cuando éste, al ser obligado a llamar a elecciones, presente a González como único candidato. En todo caso, entre junio de 1948 y mayo de 1954 se suceden 6 presidentes –uno por menos de un mes–. La inestabilidad política es creciente: se suceden golpes y cuartelazos, hasta que asume tras un golpe, el general Stroessner, e inicia una dictadura que se prolongará hasta 1989.

Con respecto al guaraní específicamente, de este período, se podía por ejemplo leer en el diario *El País* del 3 de Marzo de 1939 que “el Paraguay tiene un gran enemigo de su progreso en el idioma guaraní (...) como idioma de la barbarie, entorpece la lengua (...) articulación salvaje, que no tiene literatura (En Meliá1992: 173).”

4. Stroessner

Tras décadas de inestabilidad política, la dictadura de Stroessner conseguirá mantenerse largo tiempo en el poder, como ocurriera en el siglo anterior con los gobiernos de Francia y de los López⁴⁵ y, apelando a mecanismos políticos que guardan similitud con ellos, será en verdad Stroessner quien detente el poder por más tiempo en la historia del país. En este sentido, este autor también señala que, por un lado, el dictador manejó las facciones y fracturas al interior de su partido, para lograr la unidad partidaria en torno al “único líder” y evitar el surgimiento de un “sucesor” y a su vez, dispersó, anuló y proscribió a la oposición liberal y a toda otra oposición o tendencia que pretendiera enfrentarle, por medios económicos y de represión social (Meilinger de Sanneman 1994). Los 34 años continuos en el poder permitieron imponer un discurso que ha marcado fuertemente al Paraguay.

Parte de lo que señalara Susnik con respecto a la sociedad de C.A. López parece repetirse, en relación a un estado estatista, con una élite que se conforma en torno a los cargos públicos, siempre bajo la voluntad política del dictador. Así, “Stroessner gobernará en nombre del Partido Colorado, pero éste no tiene más rol en la toma de decisiones que la que a él le interese que tenga (Lewis 1980:105).” Uniendo dirigismo y personalismo con la tendencia nacionalista/militarista de Francisco Solano, Stroessner también será Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas, utilizando la persecución política –tortura, cárcel, exilios– para justificar un “aislacionismo” que evitara el peligro exterior: “el comunismo”.⁴⁶ Y decimos aislacionismo entre comillas, porque hoy, con los Archivos del terror que han sido hallados, vemos la estrecha relación y los planes conjuntos que existieron con otros gobiernos dictatoriales de la región. (Meilinger de Sanneman. 1994)

Por tanto, así como Francia fue “El Supremo”, C.A. López “El Excelentísimo”, y F.S. López “El Mariscal”, Stroessner será el “Unico Líder” de un gobierno de “Paz Trabajo y Bienestar” (Lewis 1980: 106), donde se consigue imponer la idea de que el estado, el ejército y el partido eran “la” nación –toda– que sólo Stroessner podía liderar.

⁴⁵ En este sentido, en un documento del “Centro Anticomunista Paraguayo ‘General Rogelio R. Benítez’” se dirigían al dictador en los siguientes términos: “Férreos votos, reciba excelencia, porque vuestra vida y energías espirituales de Francia, los López, Caballero, sigan presentes en vuestra moral existencia (Bareiro Saguier 1990: 113).”

⁴⁶ A modo de ejemplo, “...en favor a la fervorosa e inmaculable personalidad inmaculada del inefable e irreductible, magno genio, genial líder gubernamental, héroe nacional, de la guerra, de la paz, de la contienda del ‘47, y de los incansables enfrentares a los dirigentes y tontos dirigidos de las subversiones

Vemos que supo mantener callada y subordinada a la población por medios violentos y coercitivos. En términos de construcción de hegemonía, Stroessner también generó un grupo leal en base a los privilegios económicos y sociales que selectivamente otorgaba; pero también usó la manipulación para apelar al pueblo y para construir su propia imagen y una identidad nacional supuestamente homogénea (Lewis 1980). Así, parte de la eficacia de su sistema se debió a un efectivo y cuidadoso ritual basado en la propaganda, en un ceremonial donde la transmisión por los medios de comunicación masivos de toda actividad pública a la que asistía y de la participación del líder en “masivas” concentraciones populares dirigidas y preparadas de antemano permitía apelar al juego de ser “visto”, de estar entre la gente pero manteniendo la distancia que impone la jerarquía.⁴⁷

Por otro lado, Stroessner manejará los símbolos de poder por medio –entre otras cosas– de la distribución de afiches con su fotografía oficial. Así, su imagen formará parte del paisaje cotidiano, empapelando las ciudades, pueblos, oficinas públicas, y aquellas salas privadas de “sus privilegiados”, escuelas, y también, hogares y ranchos. La polka *General Stroessner* será difundida en radios, y cantada en reuniones familiares, junto con la polka *Colorado*. De más está decir que nadie se animará a difundir o tocar la polka liberal *18 de Octubre*.

En suma, Stroessner se cuidó perfectamente de escenificar una pretendida democracia, recurriendo, por ejemplo, a agitadas y vociferantes campañas en víspera de elecciones para hacer creer que el voto era importante (Lewis 1980). Mantuvo sesionando un congreso, aunque con una oposición que en la práctica no tenía ni voz ni voto (Centurión y otros s/f). Multiplicó discursos que hacían referencia a valores universales consagrados en toda sociedad civilizada y moderna, a pesar de la existencia de presos políticos sin condena, torturados algunos y eliminados otros, como comprueban los archivos sobre el Plan Cóndor (Meilinger de Sanneman. 1994).

Además, como exploramos en el siguiente acápite, durante más de tres décadas la lengua guaraní cumplió un rol fundamental en la construcción de este discurso y de la

profesionales del comunismo” (Documento del Centro Anticomunista Paraguayo, en Bareiro Saguier, 1990: 113).

⁴⁷ Comenta a este respecto Lewis (1980:108): “...Stroessner generalmente está presente cuando se pavimenta una calle, se abre una escuela, se agrega un ala a una clínica pública o se descarga material militar recién adquirido, ya sea para cortar la cinta inaugural, descorchar una botella de champagne o dar un discurso breve”.

dictadura misma –rol relevante tanto a nivel de su uso pragmático, como de su instrumentación metapragmática–.

a. Discurso nacionalista

Habíamos citado ya la obra de Natalicio González en referencia al vínculo de ciertas nociones de lengua y cultura guaraní, ligadas con una idea nacionalista, símbolo de la identidad nacional. Si las bases ya estaban sentadas con la generación del 30 y la idea se mantenía viva, con la Guerra del Chaco el sentimiento de identidad en relación a la lengua se acentúa y se expresa también en el ámbito popular. En este contexto, parece ser Stroessner quien la fije en el sentido común y convierta esas nociones en *doxa*.

Meliá señala cómo lo expresado por muchos de los autores nacionalistas antes citados se convirtió durante la dictadura de Stroessner en “...lo emocionalmente bien aceptado por muchos paraguayos (Meliá 1975: 110).” Como lo expresa Bareiro Saguier, si Natalicio González “agrega la utilización del nacionalismo para fines de la praxis política (En: Susnik y Chase Sardi 1996: 283),” este discurso “deja secuela, y la dictadura siguió nutriéndose de su doctrina nacionalista (Bareiro Saguier 1990: 107).”

Stroessner apelará constantemente a la lengua guaraní así imaginarizada, para construir una identidad nacional y generar el sentido de pertenencia a una sociedad superior a las demás. Publicada ya durante los primeros años de la dictadura, encontramos en *Ideología Guaraní* de 1958 referencias a la revalorización de la idea de el guaraní/lo guaraní y su utilización política:

“Largo tiempo el guaraní sufrió la persecución oficial. Felizmente ha sido más fuerte que los pedantescos dómines que predicaron su destierro hasta del seno de los hogares. Su desaparición hubiera cegado una de las fuentes vivas de la nacionalidad. Y hoy, por reacción saludable contra errores del pasado, se predica su cultivo (González 1958: 84).”

González hace de esta manera explícito que el guaraní tendrá un rol fundamental durante la dictadura. La versión de la historia que impondrá Stroessner también será fundamental para construir la ecuación “paraguayo=guaraní”, pues será “la historia” la que justifique la construcción del indio –guaraní– en tanto “nuestro antepasado”,

construcción positiva que da cuenta de la grandeza de la raza mestiza del “pueblo” paraguayo, junto a la reivindicación de ciertos próceres como el mariscal López.

b. Política lingüística gubernamental.

Rubin, entre otros, sostiene que existe un “renacimiento” del guaraní desde la década del 50, “en parte patrocinado por el gobierno”, y que “no hay duda de que por el momento el guaraní es objeto de un número menor de críticas que hace 20 años (1974: 27).”⁴⁸ Meliá (1975) también señala este hecho, atribuible en parte a los esfuerzos del gobierno por identificar la lengua aborigen con el carácter y los intereses nacionales.

Si ya desde el 40 había estado combatiendo el rechazo de la clase alta al guaraní (mediante conferencias acerca del valor de la lengua), desde 1950 Decoud Larrosa fue titular de la cátedra de Lengua guaraní, siendo además uno de los que logró que se la abriera en 1944 (Rubin 1974). Desde ese momento, este personaje dicta “conferencias en escuelas, círculos del gobierno y en programas radiales”, poniendo énfasis en la relación que existe entre la lengua guaraní y “el carácter nacional” (Rubin 1974: 58). Además, prosigue Rubin, “el gobierno le encarga dictar una conferencia para el presidente y los más altos oficiales del ejército acerca de ‘La importancia del Guaraní en la Independencia del Paraguay’ (ibídem).”

Ahora bien, como “el guaraní sigue siendo objeto de desprecio considerable para algunos miembros de la clase alta (Rubin 1974: 59)”, el gobierno de Stroessner –erigiéndose en protector de esta lengua– apoya la fundación de la Asociación de Escritores Guaraníes (ADEG, fundada en 1950) y patrocina sus actividades, “cuyo objetivo principal ha sido luchar para que se instituya un uso más generalizado del guaraní otorgándole una nueva dignidad (Rubin 1974: 9).”

La ADEG –que contaba con las facilidades del Ministerio de Defensa para realizar actividades y programas culturales (Rubin 1974)– también fomentará la producción literaria. Rubin (1974: 59) señala que este apoyo del gobierno a la ADEG estimula los sentimientos de lealtad lingüística.⁴⁹ Natalicio González decía por ejemplo a este respecto:

⁴⁸ Para un análisis detallado con respecto a lo planteado por Rubin, ver la tesis doctoral de Carolina Rodríguez Alcalá. (2000)

⁴⁹ Rubin señala que la asociación también editó un semanario, realizó campañas para la aceptación del guaraní, y publicó editoriales sobre el uso del guaraní en las escuelas primarias. Así, la autora sigue dando

“Han surgido ya creadores de belleza que en la fabla nativa vacían sus emociones y dan formas a sus sueños (...) de hoy en más le está asegurada (...) una vida más intensa y duradera gracias al florecimiento de una literatura guaraní (1958: 84).”

Rubin (1974) asimismo destaca que la actitud anti-extranjeros de la ADEG hace clara la importancia que el guaraní tuvo en tanto constructor de la identidad nacional, sobre todo durante el período en que la dictadura estaba estabilizándose como poder. Pero señala también que siempre se sostuvo en forma paralela la importancia de mantenerse bilingües, y de no rechazar el español. En este sentido, Rona señala algo fundamental:

“La gente común simplemente no hablaba español en el Paraguay hasta recientemente, mientras que las familias educadas despreciaban el guaraní como una lengua de ‘indios’; la reacción vino a través de un cambio político (juntamente con la reivindicación de la memoria del Mariscal López) pero la misma no llegó hasta el punto de comprender que SOLAMENTE el guaraní es lo común a toda la nación. De aquí, la prevaleciente opinión (entre los paraguayos educados) sobre la existencia de un verdadero bilingüismo [sic](Rona, en: Corvalán y de Granda 1982: 241).”

Señalamos esto porque, como veremos más adelante, lo que constantemente queda desmarcado es el hecho de que los sectores de la población que no manejan el castellano, o cuya primera lengua es el guaraní son una amplia mayoría numérica. En este sentido, veremos como el hecho de que a pesar de que la población monolingüe castellano es una minoría, ésta es la lengua de estado, del poder, y, como lo comprueba Rubin (1974), es el medio de ascenso social y económico. Clara señal de esto es el hecho de que se reivindica la lengua guaraní como símbolo de la nación, pero que en ciertos contextos, hablar guaraní esté estigmatizado. No obstante, es fundamental tratar de rastrear la relación entre ambas lenguas, relación que muchas veces es posible detectar a partir de los implícitos sobre cómo se concibe el guaraní.

c. Educación

ejemplos de los espacios que fue ocupando el guaraní, en programas de radio, publicaciones oficiales, diarios y revistas como *Aca'ê*, aparecida entre 1951 y 1961 (Rubin 1974: 59).

No obstante las reivindicaciones apuntadas, el castellano seguía siendo la lengua para la alfabetización escolar, ámbito en el que el guaraní estaba prohibido.⁵⁰ Rubin hace referencia a un grupo de investigadores que en 1960 “estudió los problemas relacionados con la enseñanza del español a niños monolingües de habla guaraní (...) que no ha sido publicado y es poco conocido (Rubin 1974: 27)”. Debido a estos investigadores, sostiene, el Ministerio de Educación ha “dejado de aconsejar a los maestros que apliquen sanciones contra el uso del guaraní (Rubin 1974: 27)”. Antes bien, se permitía ya que los maestros usasen el guaraní en el aula para explicar los textos en español.

Y es que, como parte de la Alianza para el Progreso, ya en 1957 funcionó el proyecto del Plan Truman-Punto IV, en la Escuela Normal Rural de San Lorenzo.⁵¹ Con orientadores extranjeros y becarios nacionales, se aplicó el uso del guaraní en dichas aulas para mejorar la comunicación. Por el intercambio, docentes paraguayos también fueron becados. A Estados Unidos.

En 1965 la UNESCO lleva adelante otra experiencia de educación bilingüe.⁵² Además, para la Reforma Educativa del 73 –cuando el guaraní pasa a ser materia de enseñanza– el Ministerio contó con el trabajo de expertos en educación bilingüe de la Universidad de Albuquerque, (Nuevo Méjico), aportados por la AID, y fueron también becarios paraguayos a dicha universidad.

Estos intercambios hablan no solo de las relaciones que se mantuvieron con el exterior, sino también de cómo repercutieron dentro del sistema hegemónico. En este sentido, Rubin señala iniciativas de la Embajada Americana referentes al guaraní. El discurso de Kennedy fue traducido al guaraní y difundido por todas las radios. La embajada patrocinó programas radiales y televisivos (Rubin 1974). Rona también habla de “boletines de la Embajada Americana traducidos al guaraní. (1966: 265).”

En el *Manual de Historia Paraguaya* –texto escolar para el primer curso del ciclo básico de L.G.Benítez, que entextualiza la historia oficial reproducida por antonomasia en el sistema escolar– también se menciona que “un poderoso estímulo ha significado el Programa de la Alianza para el Progreso (...) modernísimos centros de formación docente, (...) asesoramiento de la Misión de UNESCO.” (s/f: 136) Haciendo constante

⁵⁰ Parece interesante señalar que el mismo N. González en **Proceso y formación de la cultura paraguaya** dedica un capítulo a la educación, sin nombrar una sola vez el idioma guaraní.
⁵¹ Entrevista a Margarita Prieto Yegros, quien fuera becaria de ese proyecto. Entrevista. 25/05/00.

hincapié en la “era de paz y realizaciones constructivas” en la que Stroessner había logrado embarcar al Paraguay (Benítez s/f: 133), se busca transmitir la idea de que el Paraguay era un país abierto, libre y democrático –país que conformaba parte del movimiento de las demás naciones democráticas “merced a la confianza de gobiernos e instituciones internacionales como el de Estados Unidos, el Brasil...” y otros que se citan a continuación (ibídem)–. En este manual, el Paraguay es construido como una nación moderna, desarrollada, que tenía en “la raza guaraní” y por lo tanto en la lengua guaraní, una característica que la hacía única.

Un índice de esta “grandeza” con que se imaginan el guaraní es descrita por Rona, – y que Bareiro Saguier(1990) denominará “delirio etimológico” Consiste en encontrar raíces guaraníes en palabras de otros idiomas, en todo el continente, –e inclusive, hasta de todo el orbe– como por ejemplo, el nombre de un pueblo en el estado de Nueva York, “*Ticonderoga*” que Jover Peralta (1950:188) sostiene que es un “guaranismo derivado de *tenondé* ,delante y *roga*, casa: casas de avanzada...” (También en: Rona 1966: 255); la palabra “amazonas”, como palabra guaraní, donde *ama* = “lluvia” + *sunu* =“sonido” (ibídem); o “Caribe”: término que se argumenta descende del guaraní “*karai-ve*”, que es lo que exclamaban los nativos al ver a Colón y sus acompañantes. (En: Roa Bastos s/f.). Rona dirá que “la etimologización de los nombres de lugares del guaraní o pseudo-guaraní ha sido siempre un hobby favorito, con aparentemente ningún límite a la fantasía de uno (Rona, 1966: 255).”⁵³.

Sin embargo, existe en el período una resistencia de parte de muchos profesores, funcionarios del Ministerio de Educación y Culto, y de la sociedad en su conjunto, de insertar el guaraní en las escuelas. Pero también hay en estas décadas sectores que reflexionaban sobre la educación en castellano, pues la misma valoración del guaraní como símbolo de la identidad nacional paraguaya en el discurso hegemónico generaba contradicciones y escisiones entre la formación docente “en y para el castellano”, y la

⁵² En la Escuela de Posta Gaona de Itá (Entrevista M. Prieto Yegros)

⁵³ Esta “grandeza” del guaraní parece estar anclada en este tipo de afirmaciones: “Sin pasado, sin genealogía lingüística, el guaraní es como la raza que lo engendró, hijo de la noche, brote de luz en medio del misterio cósmico, *tal vez el primer lenguaje que habló el ser humano* [...] cuando se analiza a fondo el origen de ciertos vocablos guaraníes, se tiene la sensación de que se toca el fondo mismo del misterio que envuelve el origen del lenguaje humano. (Jover Peralta 1952: XII Nuestro énfasis)”. En este sentido, por más que según este mismo autor “casi han desaparecido los indios guaraníes (Jover Peralta 1950: XVIII)” en *El guaraní en la geografía de América*, detecta el uso de palabras guaraníes en la actualidad en casi todos los países del continente.

realidad con la que se encontraban cotidianamente muchísimos maestros en aulas conformadas por alumnos monolingües guaraní.⁵⁴

Desde dentro del sistema, hubo gente que trabajó por la incorporación del guaraní en las escuelas. Como sugiere Prieto Yegros –quien participara de aquellos proyectos y estuviera a cargo de muchas de las tareas realizadas para lograr que el guaraní entre en las escuelas– aquello que expresa Eloy Fariña Núñez “en el hondón de nuestro denso espíritu/Existe un sedimento guaraní/Y una capa española (En: Prieto Yegros 1999: 113)”, parece haber sido la idea que llevó a grupos al interior del sistema, a plantearse la posibilidad y la necesidad de incorporar el guaraní a la educación formal. Pero siempre como materia de enseñanza, ligado al folklore nacional, es decir, como un medio de comunicación más eficiente para el alto porcentaje de niños que llegaban monolingües guaraní a la etapa escolar inicial. Siempre marcando la diferencia entre una lengua y otra, lo que difícilmente permite superar la relación asimétrica que ha existido entre ambas.

Respecto de este período de “introducción del guaraní en los planes educativos”, Rona (1966) señala que por falta de textos no se ha logrado mejorar la situación educativa.

d. Constitución 1967: El guaraní como lengua nacional.

D. Villagra considera que “la política lingüística de Stroessner fue, en apariencia muy popular, por la necesidad que tenía de apoyarse en la población rural y contribuyó a dar una imagen de gobernante también identificado con el pueblo”. En este sentido entonces no persiguió la lengua guaraní, pero sí la manipuló, ya que apeló a “un discurso demagógico [a] una exaltación supuesta de la lengua guaraní y la cultura, pero en los hechos, en las leyes sobre todo se va a traducir por una discriminación muy grande de la lengua.”⁵⁵

En 1967 se elabora una nueva Constitución Nacional, fundamentalmente para permitir la re-elección de Stroessner. Esta reforma necesitaba de la participación de todos los grupos para darle la necesaria legitimidad. Partidos que habían mantenido una postura

⁵⁴ Dra D. Villagra. Entrevista (Quien en aquella época también fuera docente, hoy doctora en Letras, docente universitaria, y miembro de la Comisión Nacional de Bilingüismo).

⁵⁵ D. Villagra. Entrevista.

de no diálogo, según un opositor que fuera convencional constituyente en esa ocasión, aceptan participar, creyendo que era el inicio de un “diálogo político” (Campos Cervera 1987).⁵⁶

Veinte años después, contará este mismo convencional que “los debates fueron amplios, democráticos, sin cortapisas, y las encendidas exposiciones de opositores y oficialistas podía escuchar el público estacionado afuera del ‘teatro’ de las deliberaciones gracias a potentes altoparlantes que también beneficiaban a los presos políticos alojados en los alrededores (Campos Cervera 1987).”

Vemos a través de este testimonio cómo el dictador cuidaba al detalle todo lo que aparentase ser legítimo, transparente –visible/audible– y/ergo, legal. Se pudo así expresar todo lo que se quisiera, tanto desde el partido hegemónico, como la oposición, “siendo vistos” siempre los debates por todo quien quisiese. Pero como también explica Campos Cervera, teniendo los colorados los dos tercios de los votos y una férrea disciplina que caracterizó su actuación durante este período, “la aplanadora” colorada – como él la denomina – arrollaba toda posibilidad de construir consensos y de tener en cuenta otras voces, pues votaba de manera unánime la agenda que tenía elaborada de antemano. Así, este convencional reconoce que esa participación fue “un categórico error político”, ya que “revistió de legitimidad a la Constitución sancionada”, he hizo posible la aplicación de leyes materiales o de comportamientos políticos contrarios a la letra y el espíritu de la Constitución”, esto es, cierre de periódicos y radios, declaración del estado de sitio, apresamientos y detenciones “por orden superior” (Campos Cervera 1987).

Es a este tipo de demagogia a lo que se refiere Villagra. En lo que a nosotros interesa, en esta Convención se generó un amplio debate al tratarse el artículo 5 *De los idiomas*, artículo en relación con el estatus de lengua nacional u oficial del guaraní.

Brevemente, el proyecto del gobierno se mantuvo firme en lo que había presentado al iniciar la Asamblea: la lengua guaraní debía ser reconocida como lengua nacional por su importancia fundamental en la conformación de la identidad del Paraguay, pero no como lengua oficial, tal como pedían los opositores y algunos colorados disidentes. Nos detendremos en analizar algunas argumentaciones que avalan una y otra postura en la Parte II, pues constituyen un antecedente relevante de lo que se debate durante la

⁵⁶ Señalemos que Campos Cervera fue convencional constituyente también en 1992, por lo que su opinión

reforma de 1992. El punto a destacar aquí es que, aunque pueda parecer sorprendente, fue –como allí se dijo– la primera vez que este tema entraba dentro del marco de una Constitución Nacional.

Si bien hubo un amplio debate en el que ninguna postura puso en duda el rol del guaraní en tanto lengua de orgullo y de identidad nacional, el estatus que recibió, de lengua nacional, sólo reconoce su rol en tanto constructor de la identidad nacional y su importancia como acervo de la nación. Por ello el debate vino ligado con el artículo 92 que se refiere a los bienes culturales y al patrimonio de la nación, asegurando así, –según lo argumentado en esa asamblea– que la lengua guaraní sería entonces protegida por el estado. *A grosso modo* podemos decir que esta Constitución expresa y fija algo que hasta ese entonces era la relación entre ambas lenguas, y se hace un rescate del rol que la misma había tenido, “saldando” cuentas con el castigo y la persecución que tuvo, pero manteniendo la asimetría histórica. Se reconoce el uso del guaraní pero no puede ser lengua de poder.

Queremos hacer referencia a algo que será crucial en nuestro análisis de la Constitución del 92, y es el hecho de que la relación que se establece entre estos dos artículos, donde la definición del guaraní como lengua nacional, ligada al acervo histórico está construyendo una lengua que mantiene su filiación con el pasado “glorioso” indígena, y reconoce la relación de la lengua como un legado de aquella cultura indígena, anterior al estado nacional. El guaraní es la lengua del indio, que fue adoptada por los españoles. Y el pueblo paraguayo es producto del mestizaje de la india y el conquistador, por lo que todos los paraguayos llevan en su sangre ese antepasado glorioso.

Su valor en tanto patrimonio se debe a que el lenguaje comporta en sí mismo una determinada cosmovisión del mundo y parte del valor mismo es ser portador de ese origen.

A su vez, nos interesa también remarcar que si bien este artículo permitió que instituciones oficiales pudiesen llevar adelante proyectos de inserción del guaraní en las escuelas,⁵⁷ la “oficialidad del guaraní” y su inserción en el sistema educativo era un

⁵⁷ cobró, para nuestro trabajo, un interés particular.
Prieto Yegros, M. Entrevista.

proyecto que, como mencionamos antes, venía siendo pensado desde dentro del sistema educativo, y también por otros sectores de la sociedad. Así, intentando rastrear las posturas encontradas al interior del discurso hegemónico y en los sectores dominados y/o contrahegemónico da cuenta de algo que podría parecer sorprendente, como es el debate del 67, y aun más, que los proyectos constitucionales presentados por los 4 partidos que participaron en esa asamblea⁵⁸ hubieran hecho referencia a los idiomas en alguno de sus artículos (Mendonça 1967). Es decir, el guaraní como *tema* estaba ya anclado en el horizonte social discursivo de esta etapa.

Por ello, nos interesa destacar aquí que, previo a la reforma de la Constitución en 1967, toda una corriente de estudios venía ya reflexionando sobre el tema de las lenguas en el Paraguay, insertando esta reflexión dentro de un nivel académico de investigación, y ésta será la vía que tomarán gran parte de quienes se oponen a la política lingüística de Stroessner. Señalemos nomás que hay en esta etapa un auge académico internacional de corrientes lingüísticas, estudios de comunicación, semiótica, semiología, y sociolingüística, así como que, a pesar de la dictadura, el país no estaba absolutamente aislado de las corrientes de pensamiento del exterior.

Algunos de los autores enrolados en sectores no hegemónicos que realizan trabajos pioneros en este campo son por ejemplo León Cadogan –que en 1963 escribe *En torno a la enseñanza del guaraní y su implantación como idioma oficial*;⁵⁹ Garvin y Mathiot que ya en 1956 están introduciendo los términos “folk “ y “urbano” de Redfield para describir los ámbitos de uso de cada lengua en su trabajo *La urbanización del idioma guaraní: problema de lengua y cultura*. Otro de los aportes claves fue el de Ferguson, un autor ya clásico en este campo, que define en base a los datos aportados por Rona (1966) la situación lingüística paraguaya como bilingüismo con diglosia, para explicar la relación entre guaraní y castellano en el caso del Paraguay.

El trabajo de Rubin que venimos citando fue también fundamental para plantear dudas, preguntas y críticas que fueron luego profundizadas y repensadas por muchísimos otros pensadores.⁶⁰ Además, ofrecía un *racconto* histórico del guaraní en el Paraguay, y aportaba datos sobre lo que estaba sucediendo con el guaraní durante este período.

⁵⁸ Partido Colorado (ANR), Partido Liberal Radical (PLR), Partido Liberal Radical Auténtico (PLRA), y Partido Febrerista.

⁵⁹ Señalamos éste en particular pues hace referencia a la oficialidad, pero indiquemos que su producción sobre el tema es muy vasta (ver la bibliografía que aporta Corvalán en Corvalán G. y G. de Granda 1982).

⁶⁰ Corvalán, quien veremos más adelante, considera que hay “un antes y un después” de Rubin, en la reflexión y/o producción teórica sobre el bilingüismo en el Paraguay (Corvalán 1981a).

Aplicando conceptos teóricos de otros contextos como herramientas conceptuales para interpretar los datos que obtuvo en el Paraguay durante la década del 60, Rubin incorpora la noción de *lealtad lingüística* de Weinreich; explora las actitudes de los paraguayos hacia las lenguas; analiza la relación entre la lengua dominante y lengua dominada o la relación rural/urbano que antes señaláramos. La primera edición de su tesis doctoral *Bilingüismo Nacional en el Paraguay* fue publicada en inglés en 1968 y en español en 1974.

En *El Status Social y Cultural del Guaraní en el Paraguay* de 1966, Rona nombra varios autores extranjeros que también habían estudiado aspectos del caso paraguayo, señalando la escasez de trabajos científicos realizados por paraguayos. Algunos de sus aportes son la encuesta que hace para ver qué siente la gente hacia el guaraní. Rona describe también las funciones que cada lengua cumple, señalando la función formal exclusiva del castellano, y las funciones gregaria y doméstica de comunicación que tiene el guaraní principalmente. Este análisis en particular introduce otro de los temas que luego será largamente estudiado y refinado por otros autores.

e. Desnaturalizando imaginarios.

Todos estos trabajos que comienzan a difundirse en los años 60 aparejaron una nueva aproximación al tema lingüístico, creando también un lenguaje distinto que –más allá de lo dicho explícitamente– no sólo metacomunicaba diferencias entre las lenguas habladas en Paraguay, sino que también sobre el lugar de los mismos enunciadores, pues esta postura será prevalente entre gran parte de aquellos intelectuales que no se sientan identificados con la política y la retórica de Stroessner. Con un discurso científico y “serio”, avalado por la comunidad internacional, intentan criticar y desautorizar el discurso nacionalista “emotivo” y “afectivo” que era predominante.

Surgirán con los años cada vez más trabajos, de quienes en muchos casos se convertirán en especialistas sobre el tema en el Paraguay. La aproximación desde la sociolingüística y otras disciplinas les permitirá relacionar las lenguas con lo social, multiplicándose las referencias a la relación asimétrica entre lenguas, los sentimientos contradictorios hacia el guaraní, sean de orgullo exagerado, o de inseguridad, inferioridad, exclusión que, según los autores señalan, existen en el Paraguay. Según Roa Bastos:

“...pero es sólo a partir de los trabajos teóricos y de campo de algunos lingüistas, etnógrafos y antropólogos (...) cuando puede decirse que existe en Paraguay una investigación teórica y de campo verdaderamente moderna y científica sobre el particular [el bilingüismo] (En Quimera s/f:43).”

Sin estar en condiciones de dar cuenta de todos los autores que vienen trabajando desde hace ya varias décadas –y menos de hacer referencia a la inmensa cantidad de estudios, ensayos, y artículos que se han producido hasta la fecha– nos limitaremos a señalar ciertas tendencias generales, y algunos de los tópicos que han sido abordados.⁶¹

De fines de los 60, encontramos trabajos sobre el guaraní, generalmente publicados en el exterior –trabajos que comienzan a dar a conocer la situación sociolingüística del país desde una perspectiva que queda por fuera de la revalorización selectiva que primaba en el discurso oficial stronista–. Así, *Las Lenguas del Paraguay* de Livieres B. y J.S. Dávalos se publicó en París en 1969. En ese mismo año, *Algunas observaciones sobre el bilingüismo del Paraguay* de Manrique Castañeda fue publicado en Montevideo. *Aspectos del Bilingüismo Paraguayo* de Bernard Pottier aparece publicado en el Suplemento Antropológico en 1969.

Aunque la dictadura parecía apoyar la producción literaria, muchos escritores enfrentaban la persecución y el exilio, junto con políticos e intelectuales que fueron abriendo corrientes de “ida y vuelta” de producción y difusión, al irse insertando en los nuevos contextos que los acogían. Es el caso de Bareiro Saguier, quien hace estudios e investigaciones con académicos en Francia⁶² y empieza a dedicarse cada vez más al estudio del guaraní, poniendo énfasis en el tema de la literatura y en la relación entre la literatura nacionalista, el guaraní y la dictadura.

El escritor Roa Bastos, también exiliado, va cobrando notoriedad pública, difundiendo a través de distintas publicaciones sus reflexiones sobre la situación en el Paraguay, la lengua guaraní y la literatura paraguaya. En tanto catedrático de la Universidad de Toulouse funda un curso de Lengua, cultura y civilización guaraní y un seminario de Literatura latinoamericana (Roa Bastos en: Bareiro Saguier 1989:95), desde donde

⁶¹ En Corvalán y de Granda 1982 aparece una “Bibliografía sobre estudios lingüísticos y sociolingüísticos en el Paraguay”, donde están registrado gran parte de los materiales hasta esa fecha. Meliá también aporta una extensa bibliografía en *Una nación dos culturas*, 1990.

⁶² Entrevista realizada en Asunción, el 25/12/98. Escritor, poeta e investigador. Actualmente, embajador paraguayo en Francia. Fue miembro del CNRS y profesor universitario en París, donde trabajó (entre otros) con Bernard Pottier, quien fuera también otro de los autores que ha trabajado en el Paraguay en este tema específicamente, y escrito trabajos pioneros como el ya señalado.

genera un ámbito de difusión de trabajos sobre el tema, y entra en contacto con corrientes del pensamiento europeo. Señalando su “vieja obsesión como escritor nacido y formado en una cultura bilingüe” (Ibídem: 96), el uso del guaraní en parte de su literatura también será importante para la reflexión posterior.

Dentro del Paraguay, J. Plá trabaja también sobre la literatura, aportando reflexiones sobre el rol del guaraní en la literatura –y la cultura– paraguaya. Siempre “hablando de la literatura”, Plá da cursos y seminarios en los que difunde su perspectiva sobre el idioma guaraní.

En todos ellos, la relación entre el guaraní y la literatura paraguaya será un punto nodal.

Bartomeu Meliá es uno de los que trabajará de manera continua y sistemática sobre el tema, enfocando diversos tópicos. Como religioso jesuita, su inmenso conocimiento sobre la labor que hiciera la congregación en relación al guaraní será fundamental. El trabajo antropológico que realiza en el campo con comunidades indígenas hará de él uno de los más respetados especialistas sobre el guaraní y los guaraníes en el Paraguay. Como se advierte a través de los pasajes de sus textos que venimos citando desde los primeros capítulos de esta parte, uno de los puntos en los que Meliá más ha aportado es en el campo de la historia, y en la manipulación del “pasado” por parte del *establishment*, junto con aportes sobre la situación lingüística del Paraguay, en las que sus posturas han ido cambiando durante las décadas. Tres de sus artículos publicados en el *Suplemento Antropológico de la Universidad Católica* han sido claves y dan una idea de su postura en esa década: *Diglosia en el Paraguay o la comunicación desequilibrada* (1973), *El guaraní dominante y dominado*(1971) y *Hacia una tercera lengua en el Paraguay* (1974)

A grandes rasgos, describe la situación lingüística paraguaya como diglósica, y considera que no existe el bilingüismo, sino más bien que el Paraguay debe ser pensado como una nación monolingüe guaraní. En el último de los artículos citados hace un análisis de los datos arrojados por los censos para desautorizar lecturas rápidas de los porcentajes, y muchas nociones del sentido común que han quedado fijadas en la sociedad paraguaya. El padre Meliá es expulsado del país en 1976, regresa a fines de los 80.⁶³ En estos últimos años, la educación en guaraní también ha sido otra de sus preocupaciones, y su aporte en este ámbito es continuo, a través de cartillas para el

⁶³ Entrevista. Realizada en Asunción, el 20/05/00.

aprendizaje de guaraní, y desde el proyecto educativo “Fe y Alegría” de la orden jesuita, a más de conformar ahora parte de la Comisión Nacional de Bilingüismo.

Otro conjunto de especialistas trabajará haciendo foco en la gramática principalmente, habida cuenta de que ya en los debates de la reforma constitucional de 67 se tendió a justificar el estatus de lengua nacional y no oficial del guaraní argumentando problemas referidos a la gramática, el vocabulario, y la grafía⁶⁴. Se percibe así el hecho –Cadogan también se refirió a ello en su trabajo de 1963– de que no había una gramática unificada que estabilizara el guaraní en tanto lengua estandarizada y normalizada. Este es uno de los esfuerzos a los que se aboca también el gobierno, desde sus instituciones. Surgen propuestas y se generan disputas, entre otros tópicos, sobre cuál sería la grafía correcta del guaraní,⁶⁵ si la “científica” o la “académica”. A este respecto, los aportes de Meliá sobre gramáticas jesuíticas y la representación gráfica de la lengua en textos de la época colonial y republicana han sido de gran peso. Surgirá aquí todo otro campo de debate, dentro del cual cobran forma diversas tendencias acerca del guaraní “correcto”, el “puro”, el yopará, etc. El término “yopará” (o “*jopara*”) mismo abre el campo a otros estudios sobre los “dialectos”, “variedades” y las “lenguas”, ligado con la diglosia, y el desarrollo futuro de la lengua. De manera pionera, aquel texto de Meliá sobre una “tercera lengua” esta enfocando el tema de cómo es el guaraní que efectivamente habla la comunidad guarani-hablante del Paraguay.

El *Glosario del Yopará* de R. Domínguez (1978) es otro ejemplo que recoge el uso actual del guaraní. Algunos, como De Granda, también estudiaran las influencias del guaraní en el castellano, –pensando en el término “castellano paraguayo”–. Esto estará, obviamente, muy ligado con el campo de la educación.

Desde otro lugar, el aporte de trabajos antropológicos y de estudios sobre la situación concreta de los indígenas hoy –analizando la propia palabra de los indios, así como el proceso histórico de formación de grupos y colonización en base a datos de archivo– ha ayudado a enfrentar el discurso hegemónico que se asienta en la ecuación paraguayo = raza guaraní, así como todo el imaginario que de allí se difunde. Al respecto, Vysokolán

⁶⁴ Para una revisión histórica sobre el tópico, ver Krivoshein de Canese 1986.

⁶⁵ En 1944 el Ministerio de Educación y Culto y la Universidad Nacional de Asunción, adoptaron el alfabeto fonético (Genes, Ida 1995:135-136). Según O. Ferreiro en el Congreso Tupí-Guaraní, en el que participó, en Montevideo en la década del 50, se unifica la grafía (fonética) que es la que se considera, de aquí en más, la correcta para esta lengua. Entrevista realizada el 23/05/00 en S. Lorenzo-(PY).

(1999) señala que “desde los orígenes de su formación, la sociedad paraguaya se desarrolló no negando sus raíces indígenas, pero en el convencimiento de que el componente cultural indígena de la sociedad paraguaya constituía cuanto más un remanente cultural, una anécdota, un dato etnohistórico de los primeros años de la Conquista (1999: 34)”. Y es por ello que autores como Cadogan y Meliá que ya mencionáramos, han hecho aportes fundamentales y destacados desde esta perspectiva, junto con Branislava Susnik –con su temprana e inagotable producción–, Miguel Chase Sardi y J.A Perasso, entre otros.

Esto nos da pie también para señalar los hechos más resaltantes de la interrelación entre el estado nacional, la sociedad nacional y las sociedades indígenas durante este período. Si bien habíamos señalado que con la Guerra del Chaco “reaparecen” las poblaciones indígenas que convivían en el territorio nacional, hasta fines del 70 “la cuestión indígena en el Paraguay estaba recluida para la gran mayoría de la población paraguaya en una historia relativamente lejana del Paraguay (Vysokolán 1999:35).”

Recién en la década del 60 con la creciente expansión económica empiezan a surgir conflictos por las tierras, ya que al no poseerlas jurídicamente, los indios vivían en tierras que o bien estaban en manos privadas o eran tierras fiscales, y se inician entonces las expulsiones y persecuciones.

A su vez, en 1971 Chase Sardi presenta en el Simposio de Barbados su ponencia “La situación actual de los Indios en el Paraguay”, denunciando la violencia de la que eran objeto, y la sistemática violación de sus derechos. Esto tiene una serie de implicancias en el Paraguay.⁶⁶ Por un lado, la comunidad internacional comienza a presionar al gobierno paraguayo; la sociedad nacional se percata de la existencia de 17 etnias en el Paraguay; y nace a iniciativa y gestión de Chase Sardi el Proyecto Marandú, con la colaboración del IWGIA conjuntamente con el Centro de Estudios Antropológicos de la Universidad Católica de Asunción con el objetivo de promover la autogestión de los pueblos indígenas y concientizar a la población nacional sobre este sector de la población.

Señalemos en primer lugar que esta concientización nace de la encuesta realizada para el Simposio de Barbados, *Encuesta para detectar la actitud de la sociedad ante el indígena* (Chase Sardi Y Martínez Almada 1973). Algunos de los resultados obtenidos

⁶⁶ La Declaración de Barbados genera reacciones en los distintos gobiernos puesto que “responsabiliza a los estados de la defensa de los Derechos Humanos de los indígenas y exige la liquidación de las relaciones coloniales internas y externas (Susnik y Chase Sardi 1995:325).”

según los datos relevados,⁶⁷ indicaban que “sólo el 5% de la población pudo nombrar 5 [de las 17] etnias que viven en el país. El 22% ni siquiera atinó a pronunciar el nombre guaraní, de los cuales con tanto orgullo, los paraguayos nos sentimos descendientes. [...] A la pregunta que inquiría sobre las diferencias que se notaban entre los indígenas y los paraguayos, el 77% los consideró ‘animales porque no están bautizados’(Susnik y Chase Sardi 1995: 288).”⁶⁸ Analizando estos datos, estos autores consideran que “el paraguayo, inmerso en un profundo complejo de inferioridad, desprecia al indio, su ascendiente, y reafirma su condición de no indio, de paraguayo, de ‘blanco’, por más cobriza que tenga la piel. (1995:288-9).”

Es este racismo en la sociedad nacional lo que el proyecto Marandú quiere combatir, e inicia campañas de concientización. Sin embargo en una segunda encuesta realizada por el sociólogo Schwartzman en 1975⁶⁹ con apoyo internacional y sobre una muestra mayor, detecta que el 58% de la población mantiene prejuicios encubiertos, –que este autor denomina como “prejuicio bien educado”⁷⁰ que consiste en considerar que la situación en la que se encuentran los indios es a causa de “su cultura”–, y un 24% expresa un racismo abierto, por lo que el 82% de la población seguía manteniendo prejuicios racistas (En Susnik y Chase Sardi 1995: 289). A su vez, según Susnik y Chase Sardi, “una conclusión lógica que Schwartzman sacó, y a la que no le dimos debida importancia. Nuestro sociólogo nos advirtió que a mayor publicidad había que esperar mayor actitud defensiva de parte de la población nacional (1995: 329)”, y efectivamente, la dictadura reacciona violentamente, apresando y torturando a varios de sus miembros y las oficinas en la Universidad Católica fueron allanadas y clausuradas. Sin embargo Marandú se mantuvo activo en la clandestinidad.

Con respecto al segundo objetivo, Marandú tiene un rol preponderante en la conformación de la primera organización propiamente indígena. Debido al pedido de los líderes indígenas que “exigieron consultar con sus pares de países de más experiencia en las nuevas modalidades de alianza (Susnik y Chase Sardi 1995: 327)”, Marandú

⁶⁷ Encuesta realizada en Asunción y tres ciudades cabeza de Departamento (Provincia) con amplio contacto con poblaciones indígenas, a hombres y mujeres mayores de 18 años de distintos estratos socioeconómicos, sobre una muestra de 500 personas (En Chase Sardi Y Martínez Almada 1973; Susnik y Chase Sardi 1995: 288).

⁶⁸ Según estos autores también, solo 3 de los 500 entrevistados respondieron que “entre nosotros y los indios sólo existen diferencias culturales. (En: Susnik Y Chase Sardi 1995:288).”

⁶⁹ En base a los datos obtenidos, Schwartzman desarrolla y analiza este tema en dos artículos: *El “indio” y la Sociedad; los prejuicios étnicos en el Paraguay y Ser indio. Notas para una filosofía del hombre.*

⁷⁰ Según la interpretación de Schwartzman, “un elemento muy importante que ayuda a mantener ‘el prejuicio bien educado’ es el mito de la pertenencia paraguaya a una supuesta ‘raza’ guaraní (Schvartzman, en: Susnik y Chase Sardi 1995:289).”

gestiona, –con la colaboración de organizaciones internacionales que funcionan a la vez como veedores para evitar la represión estatal– la reunión del Parlamento Indio Americano del Cono Sur en Octubre de 1974 . Se funda luego de dicha reunión el Consejo Indígena Paraguayo (CIP). De las conclusiones del Parlamento Indio Americano nos parece pertinente señalar que expresamente “reivindican el derecho de aprender la alfabetización en lengua materna (En Susnik y Chase Sardi 1995:328)”, tópico que veremos entra a jugar en los artículos que abordaremos más adelante de la actual Constitución. La clausura de Marandú también impacta directamente a indígenas que son expulsados de sus trabajos, y algunos también llevados presos. Sin embargo, por la presión de organismos internacionales y de derechos humanos, pronunciada aun más con la publicación del libro *Genocide in Paraguay* sobre el etnocidio de los aché guaraní documentados por el antropólogo quien fuera expulsado del Paraguay unos años antes M Munzel,⁷¹ el gobierno se ve en la obligación de lavar su imagen ante “el peligro de que los organismos financieros se volvieran remisos a causa de estas presiones (Susnik y Chase Sardi 1995:350).” En 1976 permite a la CIP reunirse, y le reconoce personería jurídica, pero debe cambiar su nombre: de Consejo Indígena Paraguayo a Asociación de Parcialidades Indígenas API. (Recordemos que en 1941 se había conformado la AIP Asociación Indigenista del Paraguay). A iniciativa “forzada” del INDI, (Instituto Paraguayo del Indígena, dependiente del Ministerio de Defensa y formado unos pocos años antes) en 1981 se aprueba por el Congreso el Estatuto de las Comunidades Indígenas,⁷² sobre el cual Vysokolán considera que si bien son leyes sin rango constitucional, este estatuto constituye un “hito legislativo”(1999). Ya desde 1971 tras el Simposio de Barbados se había iniciado la lucha por los derechos jurídicos y la obtención y titulación de tierras para las distintas comunidades indígenas, haciendo que lentamente el aspecto legal vaya tomando más fuerza. Sin embargo, adelantemos que recién en 1992 los Derechos de los Pueblos Indígenas tendrán rango constitucional. En lo que respecta al campo de la educación, según Vysokolán “casi no existen escuelas indígenas sostenidas por el Ministerio de Educación y, mucho menos, rubros para sustentar el trabajo de maestros indígenas (1999:52).” Finalmente, según las estimaciones de Susnik y Chase Sardi, (1995:322) en base a dos censos de la población indígena realizados, los datos indican una población total en el

⁷¹ Apoyado por La Conferencia Episcopal Paraguaya, cuyo secretario era Meliá, inician conjuntamente una campaña de denuncias documentadas.

Paraguay de entre 70.000 y 100.000 personas.⁷³ Los datos que aporta Vysokolán indican que en la región oriental hay entre 40.000 y 50.000 guaraníes.

Retomando nuevamente la situación de la sociedad nacional, con respecto al campo de la educación, en 1973 la materia guaraní entrará en los programas de la educación formal. El Instituto de Lingüística del Paraguay se había constituido ya en 1962 (Meliá 1992). Desde 1972, el Instituto Superior de Lenguas de la Universidad de Asunción comienza a otorgar la Licenciatura en Guaraní (Corvalán 1983). Subyace la idea de que se debe formar primeramente maestros en el idioma, para que puedan llevar a cabo el nuevo programa. Con respecto a la alfabetización, “recién en 1983, se incorpora en el nivel primario la primera experiencia de Educación Bilingüe del Modelo de Transición (Corvalán 1995:41).”

Por otro lado, también se realizan, desde 1971, “experiencias de educación alternativa en ‘escuelitas campesinas’, que pronto contaron con una cartilla de alfabetización en guaraní como *Ko’añ* y *Amanecer* (1973). Cuenta Meliá (1992:174) que, junto a los buenos resultados pedagógicos de estas experiencias, pronto arreció sobre ellas “una implacable persecución política.”

En efecto, mientras el gobierno se mantiene incólume en su política nacionalista hacia el guaraní, relata Meliá (1992) como hecho anecdótico que, en 1979, entran en circulación billetes que tienen las denominaciones también en guaraní. El *establishment* hará esfuerzos por difundir su discurso ilustrado, también en el extranjero, como por ejemplo, la Conferencia del Embajador paraguayo en Santiago de Chile, Rivas Araujo, quien señalemos, también fuera convencional en el 67 (En: Cuadernos Republicanos, Mayo 1986). Con respecto a la producción literaria, Peralta Arrellano es uno de los continuadores de aquel discurso nacionalista, pero agregando ahora a la zaga histórica la imagen endiosada de Stroessner y de la nueva “Nación hidalga, la Patria guaraní” (En: Bareiro Saguier 1990:108), que pasan a ser *tema*⁷⁴ de su obra, paralelamente a su obra de propaganda stronissta, como señala Bareiro Saguier (1990). En medio de esta puja, la

⁷² El Anteproyecto fue elaborado por los abogados Helio Vera de la API y E. Prieto de la AIP, pero luego, el estatuto que saliera del Congreso estaba totalmente transformado.

⁷³ 70.000 es la estimación del Equipo de la Conferencia Episcopal Paraguaya, censo en el que se respetó a los que no quisieran censarse; 100.000 es la estimación de la API (En: Susnik y Chase Sardi: 322).

⁷⁴ Publica dos libros de poesía: *Estampas de Asunción* en 1968, y *La epopeya de la selva* en 1975, en las que, a modo de ejemplo de la ya previsible retórica, encontramos versos del tipo: “Estamos orgullosos cuando recordamos/Los áureos eslabones de nuestro intenso ayer/En que los españoles y el indio, cual hermanos/ Tomados de los brazos pusieron de pie”; sobre la nueva nación: “Es aquí donde se gestan actividades prodigiosas/Que transforman nuestra patria en Edénico jardín”; se dirige a Stroessner,

educación será entonces un tema que generará producción académica. Corvalán releva mucho de lo que se había escrito y realizado en el área⁷⁵, criticando gran parte de estas obras por ser realizadas “sin que exista un conocimiento real del núcleo del problema (Corvalán y de Granda 1982: 195).” Desde uno de sus primeros trabajos en 1976, *Bilingüismo en el Paraguay*, Corvalán trabaja sobre el bilingüismo en la educación formal paraguaya y sobre el rol del guaraní urbano. Apela a conceptos como “high culture” y “cultura folk” para construir esquemas, lo cual también la lleva a reflexionar sobre la enseñanza de una segunda lengua, la pedagogía, etc. –tema sobre el que sigue reflexionando y aportando hasta hoy–. Corvalán ha publicado trabajos en colaboración, no sólo con De Granda sino también con Krivoshein de Canese.

La compilación que hiciera junto con De Granda en 1982, *Sociedad y Lengua: Bilingüismo en el Paraguay*, reúne gran parte de los trabajos producidos hasta ese entonces. En la presentación, los autores plantean diferencias entre el enfoque teórico/especializado de las contribuciones reunidas en estos dos volúmenes, y otras aproximaciones “en obras o artículos de índole general y no especializada” que también existen (1982:13). Esto puede tomarse como indicador de que se podía hablar desde otros lugares, y de que la producción académica ya conformaba un corpus interesante.

No obstante, este discurso especializado se mantenía dentro de ámbitos cerrados, propios de académicos y especialistas, debido principalmente a la especificidad del lenguaje o metalenguaje utilizado. Teniendo la limitación de no ser accesible para la mayoría de la sociedad, esta retórica emergente no llegaba a enfrentar las ideas inscriptas por el discurso hegemónico en el sentido común prevaleciente.

El Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos (CPES) que edita esta compilación se convierte entonces en uno de los ámbitos donde la intelectualidad opositora encuentra la posibilidad de producir conocimiento y de compartir reflexiones.⁷⁶ La *Revista Paraguaya de Sociología* por ellos publicada, junto con el *Suplemento Antropológico* de la Universidad Católica de Asunción, recoge mucho de lo que se venía pensando en contraposición al discurso hegemónico, permitiendo a su vez establecer contactos con la producción del exterior y abrir una vía para hacer escuchar los “otros discursos” que en Paraguay se producían.

diciéndole(nos) ”: “Tu presente causa orgullo” ... “Tu prosapia es española, tu presencia guaraníca (En: Bareiro Saguier 1990: 108-111).”

⁷⁵ Ver especialmente, Corvalán 1983 donde describe el derrotero de la implementación del guaraní en la educación.

⁷⁶ G. Corvalán. Entrevista realizada en Asunción, el 13/10/98.

Pero se necesitaba difusión más amplia. Y en este sentido, el CPES también publica otro trabajo de Corvalán, *¿Que es el Bilingüismo en el Paraguay?*, cuya primera edición es de 1983. En este libro se explica en un lenguaje cotidiano y con tono pedagógico, muchos de los términos teóricos y las ideas elaboradas dentro del ámbito académico en relación al bilingüismo. En la presentación de aquella edición, el director del CPES se refiere a la compilación de 1982 antes señalada, ponderando que la misma fue “un punto culminante de este tipo de iniciativa” de divulgación de la producción teórica (Corvalán 1998a: 9), pero sostiene también que:

“este exitoso esfuerzo académico no podría alcanzar su plena consolidación si no se hiciera un esfuerzo similar para difundir y dar los elementos esenciales para la comprensión del fenómeno bilingüe paraguayo por sectores más amplios del país. Esto es, haciendo que no sólo se mantuviera la exaltación meramente emotiva y de pura intuición sobre este excepcional rasgo de la sociedad paraguaya, sino también una cabal conciencia de lo que es y significa el mismo, para el presente cultural de la nación paraguaya. En otras palabras, que en cada sector y estrato de nuestra población se conozca el fenómeno de bilingüismo como un acervo histórico que mantener y también como un fenómeno vivo, positivo y de creación de la cultura paraguaya (Corvalán 1998a: 8-9).”

El bilingüismo al que hace referencia el título de este libro en verdad es uno de los grandes ejes de debate entre los distintos autores, dado que existen varias opiniones sobre si el Paraguay es o no una “nación bilingüe”. En los esfuerzos por describir la situación lingüística en el Paraguay, éste es uno de los aspectos que ningún investigador puede dejar de definir, ya que de ello depende en gran parte la construcción y el tipo de aproximación al problema a ser investigado. Veremos también el peso que ello tiene en el debate constitucional de 1992, y el imaginario que allí prevalecerá.

Finalmente, también es propia del período la producción de quienes defienden y recrean un discurso nacionalista y emotivo sobre el guaraní estrechamente ligado con la “cultura popular”, aunque sin compartir la ideología de la dictadura. Estos intelectuales, muchas veces nominados o autonominados “guaraniólogos”, más bien consideran que el pueblo está siendo oprimido, y que la reivindicación del guaraní –en tanto “su” lengua– es una

manera de luchar por lo propio, contra la represión de la dictadura. A este respecto, Meliá (1992) da cuenta de la producción literaria de este período, así como de la profusión que se da en las últimas décadas, junto con las canciones populares, y la publicación de poesías, versos, *ñeenga*, etc. desde distintos sectores de la población.

Hasta aquí, más que pretender realizar un recorrido exhaustivo, hemos fundamentalmente apuntado a mostrar cómo, a partir de 1967, se abre el campo discursivo y político sobre la cuestión lingüística en el Paraguay. Señalamos las características principales de toda una nueva corriente que va teniendo cada vez más peso –corriente poblada por distintas voces que se unifican bajo la misma tendencia o actitud de oposición a la dictadura–. No obstante, hemos señalado también que el gobierno sigue siendo una “usina productora de sentido” desde instituciones oficiales cada vez más inmersas en el campo de la educación. Ambas líneas de producción de discursos, prácticas y conocimiento son parte del contexto inmediato de producción de la Reforma Constitucional de 1992, contexto signado por una esperada “recuperación de la democracia” cuyas características más generales se enuncian en el acápite siguiente, y se convierten en el foco de análisis de la Parte II.

5. Transición Democrática

El golpe militar del general A. Rodríguez en 1989 signa la caída de Stroessner, e inicia una etapa de transición a la democracia. Rodríguez es electo ese mismo año presidente de la república, en elecciones que él mismo califica de “libres, pero no limpias (Centurión y otros s/f).” Existen por tanto en ese momento muchas dudas sobre si el Paraguay se hallaba frente al inicio de una etapa duradera de democracia, o más bien frente a una coyuntura que llevaría a que otro militar volviera a perpetuarse en el poder. Stroessner había hecho una modificación constitucional en 1973, que hacía ilimitado el número de re-elecciones. En este sentido, la Reforma constitucional de 1992 tendrá un peso fundamental para el Paraguay, siendo la expectativa que se limitara la presidencia a un solo período, tal como efectivamente se logró. Inclusive durante la convención corrían rumores de que, ante esta eventualidad, Rodríguez anularía la misma.⁷⁷ Sin embargo, había también en el país un clima de euforia y de esperanza que se trasladó a

la Asamblea Constituyente. En este marco se establece la co-oficialidad, esto es, se da el estatus de lenguas oficiales de la república tanto al guaraní como al castellano.

A partir de ello, cobra más fuerza el Programa de Educación Bilingüe de la Reforma Educativa, y se crea por decreto presidencial en 1994 la Comisión Nacional de Bilingüismo, “ente responsable del asesoramiento especializado (...) tanto en materia de educación bilingüe como de política lingüística en general (López, 1997: 17)” y que “está integrada por reconocidos especialistas, tanto en el ámbito de la docencia como sociolingüístico. El objetivo principal y el mayor desafío de esta Comisión es diseñar políticas lingüísticas orientadas al sistema educativo para el nuevo Paraguay, inmerso en un acelerado proceso de integración regional (Corvalán 1995 : 44).”

En consecuencia, durante la última década el guaraní se ha reinscripto como tema del sentido común. La actual Reforma Educativa y el Programa Nacional de Educación Bilingüe que implica dar alcance nacional a la educación formal bilingüe han contribuido sin duda a ello. Parte del esfuerzo de los autores citados, –algunos, miembros de la Comisión Nacional– y de muchos otros, está hoy enfocado en analizar problemas y necesidades que surgen de la implementación del Programa de Educación Bilingüe, no solo en el ámbito del aprendizaje, sino también en otros aspectos que ahora se hacen visibles y empiezan a cobrar fuerza, como la preferencia de los padres por que sus hijos aprendan en una u otra lengua, a veces en contradicción con lo que es la lengua materna del niño.

Por decirlo de algún modo, el idioma guaraní se ha convertido en una cuestión de interés público; las discusiones sobre la marcha de los proyectos educativos, es un asunto cotidiano. Así, ya no es extraño que Meliá hable sobre ello en un programa de radio de difusión masiva; que se publiquen artículos sobre el tema en suplementos culturales de los periódicos locales con bastante asiduidad; o que en numerosos medios de comunicación se anuncien charlas, seminarios, debates y mesas redondas en shoppings, centros culturales, fundaciones. Las veces que hemos asistido a encuentros de este tipo, hemos constatado una concurrencia numéricamente interesante y sociológicamente variada, que demuestra su interés a través de preguntas a los panelistas. Como diría Voloshinov, el discurso metapragmático explícito sobre el

⁷⁷ Entrevista. Senador R. Campos Cervera. 05/07/00. Miembro de la comisión redactora, en esta oportunidad.

guaraní ha entrado en el horizonte social de producción de sentido, como *tema* de repercusión cotidiana.

De este recorrido surgen entonces algunas preguntas centrales, que trataremos de desarrollar en lo que resta de la tesis. En términos de construcción de la “nación paraguaya”, ¿qué significa que el país se asuma ahora como pluricultural y bilingüe? En términos de construcción del estado, ¿qué cambio apareja reconocer al guaraní como “lengua oficial” y no sólo como “lengua nacional”? ¿Por qué recién en 1992 se reconoce lo que algunos describen como “realidad obvia” del Paraguay? ¿Quiénes son incluidos y quiénes quedan excluidos de la idea de “pueblo mestizo” que lleva a los constituyentes a decretar la co-oficialidad? ¿Cuáles son las ideologías lingüísticas que animaron proyectos encontrados acerca de la escolarización en lengua materna? De acuerdo a las formas en que se predica la relación entre ambos idiomas, ¿cuál es la relación que se espera vincule a hablantes bilingües y a hablantes monolingües en uno u otro idioma?

Para responder estas preguntas, el primer capítulo de la Parte II se centra en identificar las luchas metadiscursivas que se dan en los debates constituyentes de 1992 al momento de fijar las coordenadas de autoidentificación nacional y lingüística. Tomando en cuenta lo que en esos debates se explicita y lo que se silencia, los capítulos 2 y 3 buscan insertar esas luchas dentro ámbitos más amplios de discusión donde reverberan voces pasadas y presentes –voces de quienes han pensado y están pensando aspectos de estos mismos problemas/temas a partir de trayectorias sociales y posturas políticas diferenciadas–. Intentamos así reconstruir en los capítulos 4 y 5 cómo la nueva hegemonía cultural que opera en Paraguay actualiza el potencial incorporativo de los comentarios que formula, y cuál es el horizonte de significación dentro del cual se disputan imágenes confrontadas de *alteridad, pueblo, lengua/s, estado y nación*.

Parte II

P- ¿Hubo mucho debate con el tema de conseguir la oficialidad del guaraní?

R- Creo que ya era una cosa madura...

P- ¿Para quién estaba maduro? ¿Por qué?

R- Para los redactores (...) Además es una cosa antipática. Es como aprobar un texto contra las madres, ¿quién se tira contra las madres?

P- Y... ¿cómo se pudo hacer eso antes, entonces?

R- Pero nunca. Siempre estuvo en el nicho, la madre, la virgencita... las velas prendidas... *

* Entrevista a Vicente Sarubbi, ex ministro de Educación, 06/03/00, Asunción.

Capítulo 1.
Debate constitucional 1992.
(Una descripción etnográfica)

Tras 34 años de dictadura, la Convención Nacional Constituyente de 1992 significa la posibilidad de construir/pensar el Paraguay como país democrático y pluralista, inserto en procesos de integración supranacional como el Mercosur. Pero para ello, se considera necesaria una redefinición del estado que exprese esta voluntad de ruptura con el período anterior. Este fue el espíritu con que se elaboró la Constitución de 1992, y el acuerdo tácito entre quienes recayó dicha responsabilidad:

“Creo que todos los que estamos acá somos conscientes de que estamos redactando una Constitución para un Estado de Derecho. Por lo tanto, para un Estado democrático, y eso supone una reformulación, una nueva asignación de roles al Estado, a la sociedad civil y a la sociedad política.”⁷⁸

Las luchas discursivas y metadiscursivas que atraviesan las intervenciones de los convencionales disputan acentos que se quieren fijar en la Constitución, con lo que se está intentando también determinar el círculo de *temas* que quedarán expuestos a la atención de la sociedad y formarán parte del horizonte social del discurso legitimado (Voloshinov 1992).

Ahora bien, aun habiendo consenso de que se pretende construir un estado nación democrático, hay por un lado convencionales que habían tenido una participación política activa formando parte del gobierno anterior, así como opositores a la dictadura. Por el otro, emergen también nuevos actores que, en este nuevo contexto, pueden ahora ser parte de la construcción de la nación paraguaya. No podemos sin embargo perder de vista que si bien algunos de estos fueron opositores y/o perseguidos políticos, están ahora insertos en el espacio hegemónico y que, en tanto convencionales constituyentes, sus discursos se significan desde ese lugar de poder.

Si, como dice Williams (1980), toda hegemonía cultural margina e incorpora, la construcción de hegemonía cultural requiere correr constantemente los límites de lo que se margina para crear consensos, aunque sopesando permanentemente hasta dónde tales

⁷⁸ Convencional E. Acevedo. *Diario de Sesiones*. C.N.C. 1992. Sesión Ordinaria # 16: 29.

inclusiones deben/pueden ser ampliadas para no comprometer el perfil y poder de quienes se plantean como líderes morales e intelectuales del nuevo bloque histórico.

Pensamos entonces el debate constitucional como lugar donde se escenifica la construcción del marco constitucional necesario para este nuevo estado, escenificación en la que se fijan las coordenadas identitarias por medio de las cuales se construye la sociedad y el ciudadano que dicho estado busca representar y controlar. Habiendo sido el guaraní, históricamente, uno de los diacríticos fundamentales en la construcción hegemónica de la identidad nacional, la co-oficialidad castellano-guaraní consagrada por esta Constitución se transforma en un evento fundamental para ver cómo se procura re-fundar desde lo lingüístico una nueva identidad nacional. Para ello, partiremos del análisis de los debates que han quedado fijados como textos en el *Diario de Sesiones* de la Convención Nacional, para ver el vínculo entre los artículos que hacen referencia a la oficialidad del guaraní e internarnos en otros campos discursivos que se ponen en juego, superponiendo y encadenándose, para tejer nuevas tramas y texturas que definen a la lengua y su rol en la construcción de la identidad nacional. En este marco, parece clara la voluntad de incorporar al nuevo estado democrático un amplio sector monolingüe guaraní hasta el momento ubicado en los márgenes simbólicos de la nación. Nos proponemos ver, entonces, en qué términos se proyecta incluirlo.

1. Artículos sobre las lenguas

El lugar de las lenguas en este nuevo imaginario de nación está anclado en dos artículos. El artículo 140 *De los Idiomas* –que fuera tratado en la asamblea como artículo 134– se refiere específicamente a las lenguas, y otorga el estatus de lenguas oficiales de la república al castellano y al guaraní. Previo a la aprobación de este artículo, se debatió el artículo 77 *–De la Enseñanza en Lenguas Maternas–* que hace referencia a la responsabilidad del estado con respecto a las lenguas de enseñanza en la educación pública. Ambos están estrechamente ligados, por lo que en los respectivos debates encontramos referencias a la relación de dependencia entre uno y otro. Por ejemplo, durante el debate del artículo 77 se hace alusión al artículo *De los idiomas* y de hecho, se afirma que este artículo 77 se basa en que “...efectivamente nosotros creemos

firmemente en que el artículo pertinente a la oficialización de lenguas en el Paraguay va a incluir a los dos códigos de difusión general en nuestra sociedad.”⁷⁹

Es decir que el vínculo que se establece entre la oficialidad del guaraní y la educación parecen formar parte de una misma estrategia argumentativa que va construyendo la “oficialidad” del guaraní en distintos niveles. Pero cada artículo tiene sus objetivos específicos y cumple funciones distintas. Por un lado, el 140 es de carácter más bien programático, y enfatiza en las lenguas y en el imaginario de la nación *per se*. Por el otro, el artículo 77 enfoca principalmente a los hablantes, y tiene un carácter operativo, estableciendo roles específicos para las lenguas oficiales en tanto lenguas de enseñanza (Paulston 1997).

Debido a la importancia histórica que supone la oficialización de una lengua por tanto tiempo relegada, la principal puja con respecto al rol del guaraní en el nuevo estado no se produce durante el debate del artículo que sanciona su nuevo estatus de lengua oficial. Más bien, parecería que la aprobación del artículo 140 es ya un hecho ineludible. Sólo aparecen en esta instancia insinuaciones sobre posibles disensos, que se expresan tíbiamente en forma de “consultas”, o se señalan dudas y temores con respecto a la oficialidad del guaraní y al imaginario del Paraguay en tanto nación bilingüe.

A su vez, en las posiciones que se inscriben durante el debate del artículo 77, tampoco aparecen posturas que enfrenten explícitamente la oficialización de dos lenguas. En una primera instancia, como la discusión gira en torno al sistema educativo y al rol del estado con respecto a la alfabetización, y las argumentaciones se basan en el concepto de “lenguas maternas”, aparentemente la oficialidad del guaraní es tangencial al nudo del debate. Sin embargo, es aquí donde se está anclando la oficialidad del guaraní. Podemos por otro lado detectar paralelamente señales de posiciones enfrentadas, no sólo con respecto al rol del estado en la educación y a la educación en guaraní, sino a las implicancias –que veremos– esto trae aparejado. El estatus del guaraní como lengua oficial y lengua de escolarización asocia así tensiones que repercuten en otros niveles, haciendo que los acentos en disputa abran el campo de discusión a nudos problemáticos ligados, sobre todo, a la construcción hegemónica de la nueva identidad nacional, y al imaginario de la nación paraguaya.

⁷⁹ Convencional R. Bareiro Saguier. *Diario de Sesiones*. C.N.C. 1992. Sesión Ordinaria # 16:35.

Por ello entonces, adentrémonos primero en el debate de este artículo para detectar algunas de las cuestiones que subyacen a la discusión.

2. Artículo 77. De la Enseñanza en Lengua Materna

Propuesta N° 1. Proyecto Base.

Título: De la Enseñanza en Lengua Materna.

Texto: “La enseñanza en los comienzos del proceso escolar se realizará en la lengua oficial que sea la materna del educando. Se instruirá asimismo en el conocimiento y en el empleo de ambas lenguas oficiales de la República. Las minorías étnicas, cuya lengua materna no sea el guaraní, podrán elegir uno de los dos idiomas oficiales.”

Propuesta N° 2. De los Convencionales Tadeo Zarratea, María Eligia Centurión y otros.

Título: De la Enseñanza en Lengua Materna.

Texto: “La enseñanza en los comienzos del proceso escolar se realizará en la lengua materna del educando. Se instituirá⁸⁰ [sic: instruirá] asimismo en el conocimiento y el empleo de ambas lenguas oficiales de la República.”

En una primera instancia, podemos decir que la propuesta de base –de mínima– subordina las lenguas maternas de enseñanza a aquellas que también sean lenguas oficiales. Se hace a su vez referencia en segunda instancia a la existencia de sectores que tienen otras lenguas maternas, cuya situación en relación a la escolarización es contemplada de manera diferencial.

La propuesta de máxima tiene en cambio un carácter más pluralista, ya que aboga por la enseñanza en todas las lenguas maternas sin hacer distinciones, por lo que la lengua de enseñanza en los primeros años de escolarización no queda sujeta a la oficialidad. No obstante esta diferencia, vemos que ya en ambas propuestas, y a pesar de que la oficialidad del guaraní aun no había sido aprobada, se da por supuesto que el Paraguay tendrá dos lenguas oficiales. Así como parece natural que sea lengua de enseñanza pública, se va con ello generando también la sensación de que la oficialización del guaraní es un paso político natural y obvio.

⁸⁰ T. Zarratea aclara que “el proyecto contiene un error, no debe ser: se ‘instituirá’ sino se instruirá, igual que el proyecto original. Es un error mecanográfico.” *Diario de Sesiones* CNC 1992, Sesión Ordinaria # 16: 34.

Sin embargo, si bien se señala la importancia de la oficialización del guaraní en relación a las transformaciones sociales necesarias para poder pensar el nuevo estado paraguayo, quedan en el debate sentadas dudas sobre si se obtendrá el estatuto de co-oficialidad:

“Es decir, el Proyecto de la Comisión Redactora [Propuesta N°1] trae, ciudadano Presidente, Honorable Convención, una modificación sustancial en el sistema educativo, en el sentido de hacer que al niño, monolingüe guaraní, ya sea campesino o ciudadano, se le instruya en su lengua materna en el primer grado, cuando aprende a leer y escribir; aproximadamente en el segundo o tercer grado se le enseñaría, la otra lengua, es decir *la lengua oficial*, en este caso el castellano”. [nuestro énfasis].⁸¹

“...y que inmediatamente comience [el niño] su alfabetización en las lenguas oficiales o en *la lengua oficial de la República*”.⁸² [nuestro énfasis]

Vemos entonces que, a pesar de tanta obviedad, la oficialidad del guaraní no estaba aún asegurada, ya que se habla concretamente de “la lengua oficial”, es decir el castellano. Por otro lado, –y estrechamente ligado a la posibilidad de no obtener la oficialización del guaraní– vemos también que si la inserción del guaraní en el sistema educativo dependiera del estatus de lengua oficial, –como resulta ser en la propuesta de base–, de no obtenerse la co-oficialidad, el guaraní volvería a quedar excluido de la educación. Entonces, aunque en la propuesta alternativa la oficialidad del guaraní tampoco está desatendida, –pues se habla de “*ambas lenguas oficiales*”–, con la aprobación de esta propuesta que ancla la argumentación del guaraní como lengua de función escolar focalizando en el hecho de ser lengua *materna* antes que en tanto lengua *oficial*, se lograría asegurar de todas maneras la inserción del guaraní en la educación. Desde esta perspectiva entonces, la inserción del guaraní en el sistema educativo –y la transformación que ello significa– estaría ya anclada, por lo que con la misma se lograría insertar el guaraní, aunque no fuera oficial, en la esfera pública, por medio de “educación en lenguas maternas”.

En las intervenciones del debate también hay señales de que lo que se declama como “obvio”, y se pretende como natural con respecto al guaraní, no necesariamente es lo

⁸¹ Convencional T Zarratea. *Diario de Sesiones* Sesión #16: 34.

⁸² Convencional T Zarratea. *Diario de Sesiones* Sesión #16: 34.

que “la realidad” unívocamente muestra, incluso entre quienes parecen llevar adelante estos proyectos:

“...nuestro bilingüismo debe ser un orgullo para nosotros y no una deshonra...”⁸³

Expresando asertóricamente lo que se pretende pero inscribiendo en bajorrelieve lo que implícitamente ocurre, esta intervención nos muestra que, a pesar del discurso explícito sobre lo que *obviamente* debe ser, siguen operando en el imaginario social otros sentimientos de inferioridad y de desprecio hacia la lengua, sentimientos que, precisamente, pondrían en riesgo la oficialidad del guaraní.

Este tipo de afirmaciones y dudas dan cuenta del diálogo que se establece en esta Asamblea Constituyente con aquella del 67⁸⁴ donde, a pesar del “renacimiento” del guaraní, el mismo sólo queda como “lengua nacional” que, en todo caso forma parte del patrimonio. En este sentido, en el debate constitucional de 1992 –debate estrechamente ligado a la voluntad de establecer un nuevo estado– aparecen intervenciones de constituyentes que hacen referencia a dos ejes que construyen un “antes” y un “ahora” en los que también se establece, dentro de la misma lógica dicotómica que subyace a dicha construcción, el lugar del guaraní en cada momento. Así, a través del guaraní se expresa cómo se piensa el sistema stronista y dónde está ubicado el guaraní en cada polo, pretendiendo con ello despegar el actual proyecto de nación del anterior sistema. Por un lado entonces, se afirma que “esta Constitución dará una respuesta a la gente campesina que recibía una tortura mental prácticamente en la escuela.”⁸⁵ Este anclar la escolarización exclusivamente en castellano en un pasado de sufrimiento para los sectores populares implícitamente liga la exclusión del guaraní del sistema educativo a la represión de la dictadura stronista. Por otro lado, al afirmarse que “el principio de educación en lengua materna” que propone el nuevo estado “...es un condimento esencial de un país democrático, de un país de una sociedad pluralista y de un Estado descentralizado”⁸⁶ se construye un presente donde el guaraní opera como símbolo del

⁸³ Convencional M. Morel Pintos. *Diario de Sesiones*, CNC 1992, Sesión Ordinaria #16: 35. Ver Parte I capítulo 3.

⁸⁴ Ver Parte I capítulo 3

⁸⁵ Convencional M. Morel Pintos. *Diario de Sesiones*, CNC 1992, Sesión Ordinaria#16:34.

⁸⁶ Convencional T.Zarratea. *Diario de Sesiones*, CNC 1992, Sesión Ordinaria # 16: 34.

nuevo estado democrático en el que se va a “dejar de torcer la mente del niño sometiéndolo al conocimiento y empleo de una lengua desconocida por él.”⁸⁷

Es mediante este tipo de argumentaciones que el guaraní “no oficial” pasa a simbolizar la dictadura, mientras que la oficialización emerge como símbolo de la nueva actitud democrática, estableciéndose así un piso en la discusión que de alguna manera clausura la posibilidad de que emerjan explícitamente en 1992 posiciones cercanas a las que fueron hegemónicas durante el debate constitucional anterior. Cabe no obstante señalar que casi la mitad de los anteproyectos presentados para la última reforma mantenían el espíritu de la Constitución del 67, ya que proponían otorgar la oficialidad solamente al castellano.⁸⁸ Aun así, en esta instancia de debate –la plenaria– llamativamente no hay posiciones que den voz a las posturas que restringen los ámbitos de uso del guaraní. En relación a esto, veremos cómo una de las cuestiones que requiere ser consensuada pasa por determinar, primeramente, cuál es el piso del debate.

a. Piso del debate – Inclusión.

En concordancia con el acuerdo tácito acerca del tipo de estado que se pretende construir, las distintas intervenciones en relación a este artículo van inscribiendo la idea de que, siendo la enseñanza en “lengua materna” un derecho universal, el discurso/práctica anterior de exclusión del guaraní del sistema educativo ya no es viable en un estado que se pretende moderno, democrático y pluralista:

“...la Comisión Interamericana del Niño ha aprobado, –y el Paraguay también, por lo tanto– como uno de los Derechos Fundamentales del Niño es de recibir instrucción en su lengua materna, o sea una de las cosas fundamentales que se debe *corregir* en el Paraguay [nuestro énfasis].”⁸⁹

Pero como otra muestra de que el discurso sobre el rol del guaraní no es unívoco, hay quienes más allá de lo que ambas propuestas hacen explícito acerca de la enseñanza en las dos lenguas maternas oficiales dejan implícito que la educación será sólo en una de

⁸⁷ Convencional T.Zarratea. *Diario de Sesiones*, CNC 1992, Sesión Ordinaria # 16: 34.

⁸⁸ Convención Nacional Constituyente. Anteproyectos de Constitución presentados... Tomo I. De los doce anteproyectos presentados, cuatro mantienen casi idéntica la redacción de la Constitución del 67, donde el guaraní es lengua nacional. Otros tres hablan de dos lenguas oficiales, pero el castellano se utilizará en “actos ordinarios/oficiales de gobierno, y relaciones internacionales”. En cuatro hay dos lenguas oficiales, en términos similares a como quedó en la actual Constitución. Por último, sólo uno hace referencia al castellano y guaraní como lenguas nacionales.

⁸⁹ Convencional E.Fernández Arévalo. *Diario de Sesiones*, CNC 1992, Sesión Ordinaria # 16: 34.

ellas, dependiendo de cuál sea la lengua materna del niño. Expresando apoyo a la propuesta de base y apuntando a la vez a no contradecir el “Derecho Universal del Niño” –debido a “la profundidad de los argumentos esgrimidos por el preopinante [que se refiere a los Derechos Universales del Niño]”⁹⁰ -, un convencional sugiere que:

“Lo que en todo caso podrá hacerse, digo, es enseñar en alguna lengua oficial, que sea la materna del educando, es decir *en castellano o en guaraní* [nuestro énfasis].”⁹¹

Quien así argumenta no niega el derecho a la enseñanza en lengua materna al amplio sector de la población monolingüe guaraní –alrededor del 40% según los datos censales de 1992–.⁹² Propone sin embargo un esquema que difiere de ambas propuestas, al mantener vigente la separación castellano-guaraní mediante la educación en una sola de las lenguas. En este sentido, tanto el sector monolingüe guaraní como el monolingüe castellano recibirían educación en su respectiva lengua materna, pero manteniéndose cada uno monolingüe.

Esta intervención genera una respuesta que vuelve recalcar que el piso del debate es la educación bilingüe, y que la enseñanza debe ser en ambas lenguas oficiales. Emerge así una segunda posición que se apoya en la anterior para argumentar que, de primar la anterior propuesta, la población de lengua materna guaraní seguiría quedando en desventaja frente al castellano hablante y, aún más, marginada del desarrollo requerido por los procesos de integración regional:

“...pero no eludir –en eso categóricamente– no eludir la instrucción del castellano, a niños [de las áreas rurales] que justamente más necesitan por ignorarlo y en la puerta del Mercosur, donde más acuciante va a ser la necesidad de manejar nuestro bilingüismo para sobrevivir.”⁹³

Por un lado, con esta afirmación se deja ver que suscribir a la educación solamente en guaraní operaría la exclusión del amplio sector monolingüe guaraní de los procesos de integración regional. Por el otro, también vemos cómo, en última instancia, la idea de “exclusión” que prima se vincula con la eventualidad de no recibir educación en

⁹⁰ Convencional E Fernández Arévalo. *Diario de Sesiones*, CNC 1992, Sesión Ordinaria # 16: 34.

⁹¹ Convencional E Fernández Arévalo. *Diario de Sesiones*, CNC 1992, Sesión Ordinaria # 16: 35.

⁹² El dato estadístico de la población total mayor de cinco años según Censo 1992 asciende a 39.3% (Corvalán 1998: 103). Sin embargo, el porcentaje de niños monolingüe guaraní de 7 años –al inicio de la alfabetización– sería mayor, de acuerdo con lo señalado por Meliá respecto a los datos del Censo 1962. Así, la población total monolingüe guaraní en 1962 era 49.4%, pero entre niños de 3 y 4 años era de 69.5% (En Meliá 1974).

castellano. En este sentido, la disputa que se ancla en torno al derecho universal de brindar enseñanza en la “lengua materna” está abriendo el campo de discusión a la inserción de la “educación bilingüe” como responsabilidad del estado para solucionar la exclusión. Ligado entonces al carácter “ineludible” de la enseñanza en/del castellano para remediar la exclusión, este mismo convencional, no obstante, afirma que “el Estado debe asegurar a los habitantes de la República el derecho a comprender, hablar, leer y escribir en las lenguas nacionales y oficiales: guaraní y castellano”.⁹⁴ A pesar de ello, no evita señalar que la alfabetización en lengua materna topará con serias dificultades en cuanto a su implementación:

“En un grado (...) donde hay treinta y un nacionalidades distintas, y son hijos de paraguayos, y donde van a ir a un grado (...) veinte que hablan portugués, diez que hablan castellano y diez que sólo hablan guaraní, qué lengua materna utilizaríamos para enseñar a estos niños.”⁹⁵

Esto es, eventuales aulas multilingües donde no todos los niños tendrían la misma lengua materna harían imposible determinar cuál debiera ser “la” lengua materna de instrucción durante los primeros grados. Así, el recurso a casos específicos da pie para insistir en que, a pesar de lo deseable, “debemos ser un poco más realistas”⁹⁶, pues en la práctica no sería posible contemplar los derechos de *todos* los niños de recibir la instrucción inicial exclusivamente en *una* de las lenguas maternas oficiales, ni siquiera en los términos de la propuesta de mínima. A diferencia entonces de la posición anterior que proponía mantener monolingüe al sector guaraní hablante, desde esta otra posición que pone en primer plano la inserción de tal sector en el estado moderno se acaba sugiriendo que el estado debería más bien promover prioritariamente la adquisición del español a niños para quienes el guaraní es su lengua materna. De manera implícita entonces, si bien se aboga por la educación bilingüe, parecería ser que la enseñanza en español resultaría ser un medio más viable y factible para lograr dicha incorporación, dejándose paralelamente entrever que castellano y guaraní no se ubicarían en un mismo plano.

Confrontando esta posición, quienes abogan por la propuesta de base proponen iniciar la escolarización en castellano o en guaraní según cual fuere la lengua materna del

⁹³ Convencional M. Morel Pintos. *Diario de Sesiones*. CNC 1992, Sesión Ordinaria #16: 35.

⁹⁴ Convencional M. Morel Pintos. *Diario de Sesiones*. CNC 1992, Sesión Ordinaria #16: 35.

⁹⁵ Convencional M. Morel Pintos. *Diario de Sesiones*. CNC 1992, Sesión Ordinaria #16: 35.

educando, para luego instruir en la otra lengua oficial, haciendo que, en teoría, todos los escolarizados –cuya lengua materna sea una de las oficiales– lleguen a ser bilingües. A pesar de las dificultades concretas que han sido señaladas se explica que:

“Justamente a lo que tiende este artículo es a aclarar las bases de la educación bilingüe, que no va a ser solamente en la lengua materna, ni en guaraní ni en castellano, según sea la lengua materna del educando, sino que a partir de su lengua materna se va a implementar la enseñanza. De la alfabetización en esa lengua suya que es la de todos los días, se va a pasar a la otra lengua.”⁹⁷

De esta lucha de acentos en torno a las modalidades de enseñanza parece desprenderse que el problema no pasa solamente por “dejar de torturar” a los niños guaraní hablantes que sufren porque desconocen el idioma que hasta entonces fuera de instrucción. Desde esta tercera posición en particular, se vincula más bien con dos cosas. Primero, con lograr que el sistema educativo haga posible la adquisición de ambas lenguas. Así, al partir de su lengua materna, se lograría que el sector monolingüe guaraní antes excluido adquiriese también el español. Segundo, el énfasis puesto en la educación en las *dos* lenguas *oficiales* apunta también a que el estado indefectiblemente “incorpore” el guaraní –“sea bilingüe”–.

A este respecto, esta tercera posición va haciendo notorio que, si bien el debate se refiere a “las lenguas de enseñanza”, la disputa gira en torno a la incorporación de ciertos sectores de la población en lo que se considera el *mainstream* de la sociedad nacional, a la par de vincularse tal vez más silenciosamente con la necesidad de confrontar imaginarios sobre el castellano y el guaraní. Así entonces, esta posición intermedia que aboga por la educación bilingüe en ambas lenguas oficiales se propone lograr no sólo la inclusión de la población monolingüe guaraní en igualdad de condiciones con el sector monolingüe castellano –ya que ambos pasarían a ser bilingües por medio de la educación formal– sino que también está intentando hacer prevalecer – y anclar– la idea de que ambas lenguas son igual de importantes, tienen las mismas funciones, y están en igualdad de condiciones: ergo, *ambas* son/deben ser/serán oficiales.

⁹⁶ Convencional M. Morel Pintos. *Diario de Sesiones*. CNC 1992, Sesión Ordinaria #16: 35.

⁹⁷ Convencional R. Bareiro Saguier. *Diario de Sesiones*. CNC 1992, Sesión Ordinaria #16: 36.

Sobre esta posición que resultará hegemónica, sucesivas intervenciones introducen algunas cualificaciones que son ricas también en lo que hace a poner en evidencia imaginarios lingüísticos. Una convencional expresa así sus temores con respecto al riesgo que involucra “excederse” en otorgar educación en lengua materna a los niños guaraní-hablantes específicamente. El reparo de Sotomayor está ligado a que ello dificultaría y/o impediría a este sector la posibilidad de llegar a dominar la segunda lengua. Aclarando que ya se ha implementado el guaraní en la enseñanza, la convencional enfatiza que los alumnos han tendido a ser promocionados sin un verdadero conocimiento del castellano, lo que los frenaría en los años más avanzados. Concretamente sostiene que:

“...pienso que la enseñanza en guaraní y español tiene que ser durante toda la primaria para que realmente tengan los vocabularios suficientes todos los educandos y así puedan aprender en su idioma y al mismo tiempo aprendan el idioma oficial, ambos son oficiales, pero si habla guaraní poder aprender el español en perfectas condiciones.”⁹⁸

Para esta cuarta posición, la preocupación por “la educación bilingüe” también parece tender más bien a enfatizar la adquisición del castellano de parte del sector monolingüe guaraní, principalmente. En este sentido, si bien se concede que ambos idiomas “son oficiales”, está naturalizada la idea de que el castellano es “el idioma oficial” por excelencia. Y a su vez, que la responsabilidad del estado y la meta de la educación bilingüe es asegurar que todos los escolarizados puedan indefectiblemente manejar el castellano. Es decir, lo que Sotomayor quiere dejar marcado es cuál debería ser el objetivo último de la alfabetización en lengua materna, según su parecer.

A pesar de las diferencias entre las cuatro posiciones, todas ellas constantemente hacen girar el debate sobre la educación de la población en torno a la problemática del sector monolingüe guaraní. Este sector es representado como conformado en su mayoría por sectores rurales, y/o clases bajas hasta el momento excluidas del desarrollo y del sistema hegemónico. En este sentido, no es sorprendente que sea uno de los defensores de la

⁹⁸ Convencional A. Sotomayor. *Diario de Sesiones*. CNC 1992, Sesión Ordinaria #16: 36.

propuesta N° 2 quien incorpore un señalamiento que busca llamar la atención sobre dicha vinculación:

“la lengua materna es la lengua que habla el individuo desde su nacimiento (...) quiero dejar muy claramente fijada esta idea en la mente de los Convencionales, porque algunos creen que la lengua materna, aquí en el Paraguay es el guaraní. No es así. (...) puede ser en Paraguay cualquiera de las catorce lenguas e inclusive cualquiera de los veintinueve dialectos que hablan las comunidades en el Paraguay.”⁹⁹

Dos cuestiones que serán retomadas luego merecen ser señaladas aquí. Es interesante que convencionales que aparentemente consideran que el artículo sobre “Enseñanza en lenguas maternas” versa casi exclusivamente sobre el sector de lengua materna guaraní, sólo hablen castellano durante el debate. Por otro lado, pareciera que la idea del paraguayo como guaraní hablante está tan naturalizada que se hace necesario para algunos opinantes insertar en el horizonte discursivo –al menos, señalarlo a algunos de los convencionales– la diversidad cultural existente en el país. Y esto es lo que pone en juego la propuesta de máxima: abogando por la educación en *todas* las lenguas maternas, introduce en el debate otros sectores de la población nacional que no estarían siendo contemplados –al menos en igualdad de condiciones– por la propuesta de base.

En este sentido, las intervenciones que avalan la propuesta N° 2 –la más ambiciosa y abarcativa– construyen la argumentación en base a los Derechos Humanos Universales y los convenios internacionales ya firmados por el Paraguay, para sostener como responsabilidad del estado el brindar educación no sólo en las lenguas maternas oficiales, sino también en las de las minorías existentes en el país. Desde esta posición se propone que los educandos deben:

“Recibir instrucción en su lengua materna y no importa cuál sea esa lengua materna, lo cierto es que inmediatamente se le instruirá también en las lenguas oficiales de la República.”¹⁰⁰

⁹⁹ Convencional T. Zarratea. *Diario de Sesiones*. CNC 1992, Sesión Ordinaria #16: 34

¹⁰⁰ Convencional T. Zarratea. *Diario de Sesiones*. CNC 1992, Sesión Ordinaria #16: 34

Sin desatender la puja en torno a la oficialidad de castellano y guaraní, esta posición propone una mirada más amplia, lo que veremos genera otras tensiones. Pero con respecto a la educación concretamente, señalemos que si bien en base a los datos censales más del 90% de la población¹⁰¹ recibiría “educación bilingüe”, queda desde esta perspectiva abierta la posibilidad de que algunos sectores reciban entonces educación en tres lenguas.

En todo caso, nos ha interesado mostrar hasta aquí cómo –aunque de distintas maneras– las diferentes posiciones y propuestas colocan el piso del debate en la inclusión del monolingüe guaraní en el modelo hegemónico de nación por medio de la educación bilingüe. Subsisten empero desacuerdos, con una serie de implicancias que vamos ahora a señalar.

b. Lo ideal y lo realizable

La necesidad de anclar el guaraní en la esfera pública a través de la educación formal – en tanto lengua materna de un sector amplio de la población– lleva la discusión a delimitar, en primer lugar, el campo de aquello que se considera realizable y aquello que se considera fuera del alcance. En este sentido, en principio parece difícil sostener una argumentación en contra de la propuesta de máxima que se fundamenta en “los niños” y los Derechos Humanos Universales. No obstante ello, un sector argumenta que no es conveniente perder de vista hasta dónde puede la nación paraguaya hacerse cargo de transformaciones radicales:

“No tenemos nosotros, lo repito, ni infraestructura técnica ni recursos humanos, ni ninguna posibilidad de dar satisfacción a todos los educandos que tengan como lengua materna alguna que no sea el castellano o el guaraní.”¹⁰²

Es decir que se considera inviable implementar la propuesta alternativa de educación en todas las lenguas maternas.

¹⁰¹ Según el Censo de 1992, el 94.7% de la población total, entre los cuales 39.3% es monolingüe guaraní; 49% es bilingüe; y 6% es monolingüe castellano. (En Corvalán 1998: 103).

¹⁰² Convencional E. Fernández Arévalo. *Diario de Sesiones*. CNC 1992, Sesión #16: 35.

Por otro lado, también se explicita que suscribir a la propuesta de máxima para mostrarse pluralista y democrático podría llevar a que las acciones concretas y el empoderamiento al interior del país que varios proponen quedasen diluidos. Esto es lo que concretamente afirma otro convencional:

“ por más que entiendo muy bien la propuesta [con respecto a la] segunda propuesta del Convencional Tadeo Zarratea, pero al principio, según sus fundamentaciones estoy totalmente de su lado, pero algún preopinante también dijo que imposibilitaría la enseñanza [en guaraní] ... y por eso estoy de acuerdo con el Artículo 77 del Proyecto Base”.¹⁰³

Argumentos de este tipo recuerdan los comentarios cautos de Paulston, en tanto experta que analiza las políticas y los derechos lingüísticos:

“...mi preocupación es que estos reclamos universales meramente debilitan potenciales derechos ya que muchos derechos reclamados obviamente no pueden ser llevados a la práctica en algunas situaciones (1997: 85)”.

En todo caso, pareciera que, en parte, la puja que nos ocupa se vincula con dirimir un doble dilema. Primero, dónde conviene fijar las coordenadas de autoidentificación para definir, hacia adentro, a quiénes se incluye y excluye, y mostrar hacia afuera, hasta dónde el Paraguay es parte legítima de la comunidad internacional. Segundo, pensar esas coordenadas de forma que resulte viable la determinación de dónde se va a ubicar el estado paraguayo. En este sentido, se reconoce que el horizonte de pertenencia a la comunidad internacional –que requiere ser consecuente con los tratados ya firmados– es sumamente importante, pero paralelamente se esgrime que no debe hacer perder de vista la situación y las prioridades al interior de la nación, que en definitiva parecen pesar más. Con esto queda definido el límite de pluralidad con respecto a lo que el estado puede abarcar en relación a las lenguas maternas de enseñanza: educación pública bilingüe. Pero también lo que se considera prioritario: la inclusión del sector monolingüe guaraní en la sociedad mayorizada.

Entonces, aunque queda clara la voluntad de incluir al monolingüe guaraní dentro del modelo hegemónico de nación, lo relevante es la forma en que se disputa cómo hacerlo, habida cuenta de que la participación del Paraguay en la comunidad internacional, y la inclusión del sector monolingüe guaraní en el estado se ven interrelacionados. Por ello,

¹⁰³ Convencional E. Martínez. *Diario de Sesiones*. CNC 1992, Sesión Ordinaria # 16: 36.

vemos también que el lugar otorgado al sector monolingüe guaraní no debe llegar al extremo de pretender enfocar sólo en la revalorización del guaraní, olvidándose del contexto mundial y eludiendo el castellano:

“... y nosotros no podemos tener una mirada muy doméstica y limitar el conocimiento de nuestras criaturas.”¹⁰⁴

Es decir que la inclusión no puede basarse sólo en la revalorización del guaraní, sino que es fundamental que también se enseñe en/el castellano. Desde esta perspectiva, debido a que la mayoría de la población es monolingüe guaraní –como indican los datos de los censos– aparecen indicios de que su inclusión podría llevar a la guaranización del estado, poniendo en riesgo la inserción de la nación misma en la Modernidad. En este sentido, esta “mirada muy doméstica” volvería a excluir al Paraguay de la comunidad internacional y del desarrollo

Resumiendo lo hasta aquí expuesto, hemos visto cómo las argumentaciones tienden a fundarse en que una nación moderna y democrática no puede seguir marginando y excluyendo a cerca del 40% de la población. También veíamos entonces cómo, a través de esta idea de “lengua materna”, la inserción del guaraní como lengua de enseñanza – lo que parece ser la meta del artículo 77– abrió el campo a otro debate que se refiere a la puja por establecer el límite de la pluralidad de la nación y marcar/delimitar con ello a quiénes se incorpora. Es decir, teniendo en cuenta la inserción del Paraguay en la comunidad internacional, cómo construirlo para adentro incorporando al estado a los paraguayos monolingües guaraní de manera de responder a la realidad nacional, esto es, a lo que se presume que se es hoy y lo que se quiere ser desde el imaginario de nación que se busca hacer prevalecer. En buena medida entonces, parece primar la idea de que la oficialización del guaraní es un paso político necesario en el actual marco democrático, pero paralelamente, tampoco se puede desatender que la adquisición del castellano es fundamental, más aun teniendo en cuenta el actual contexto internacional. En semejante marco, la propuesta de base de limitar la obligación del estado de brindar educación en las lenguas maternas oficiales parece más realista. Veamos entonces las implicancias que esto tiene sobre la construcción de otras formas de alteridad en este estado, enfocando principalmente en el lugar otorgado a lo indígena.

¹⁰⁴ Convencional M. Morel Pintos. *Diario de Sesiones*. CNC 1992, Sesión Ordinaria #16: 35.

c. Los “otros” internos - Exclusión

Debido a las implicancias que subyacen a ambas propuestas, si en la puja antes señalada se abría el margen de inclusión al *mainstream* de la sociedad paraguaya a un sector antes excluido, nos interesa ahora ver cómo las mismas argumentaciones operan respecto de la diversidad cultural al interior de la comunidad nacional, diversidad cuyo reconocimiento viene de la mano de la propuesta de educación en la “lengua materna” del educando.

Brevemente, si argumentar sobre la enseñanza en guaraní, por el hecho de ser lengua materna –ergo, Derecho Universal– permitió insertar la oficialidad del guaraní como algo “natural y obvio”, también se hacen entonces visibles las demás lenguas maternas de grupos o sectores que paradójicamente, y a pesar de lo esgrimido, no recibirán educación en “su” lengua, –ergo, quedan excluidas de este derecho–. Es decir que paralelamente a la definición sociolingüística, entra a jugar también la definición de la base sociológica de la nación paraguaya.

Concretamente, encontramos en el debate tres posiciones acerca de a qué se refiere el término “minorías”,¹⁰⁵ y cuál es su derecho a la enseñanza en lengua materna. A saber: (a) la postura más pluralista que aboga por la inclusión de las lenguas de todas las minorías existentes en el país en el sistema educativo formal; (b) una intermedia que considera responsabilidad del estado la enseñanza en lenguas maternas incluyendo las de los grupos indígenas –nominándolos Pueblos– pero no así las de los inmigrantes; y (c) la tercera postura que se refiere especialmente a las lenguas maternas oficiales dentro de la enseñanza pública, colocando a “las minorías” en otra condición/esfera.

En primer lugar, parece pertinente señalar que si bien en el artículo 66 del Capítulo V ya aprobado se habla de la preexistencia de los “Pueblos Indígenas”, veremos cómo en los debates los indígenas aparecen referidos en tanto “minorías”, pudiendo quedar insertos en el mismo nivel y con los mismos derechos que los grupos inmigrantes –tal el caso de los coreanos, brasileños, menonitas, etc.– lo que indica una contradicción y un retroceso con respecto del reconocimiento que ya había sido otorgado. Y en este sentido, la propuesta de mínima incorpora al estado nacional la población cuya lengua materna sea

¹⁰⁵ En *Derechos Lingüísticos*, Paulston sugiere prestar especial atención al uso del término “minorías étnicas” ya que “minoría” solo implica diferencias cuantitativas, pero como han señalado varios autores

una de las dos lenguas oficiales, haciendo referencia a que las “minorías étnicas” que tuvieran otras lenguas maternas distintas al guaraní elegirían *una* de las oficiales. Veamos entonces.

En las argumentaciones de estas tres posiciones por momentos se hacen borrosos los límites entre “minorías extranjeras” y “minorías étnicas” porque entre quienes impulsan la propuesta de máxima, no parece haber consenso sobre a qué sectores o “minorías” se hace referencia con “la enseñanza en lenguas maternas a secas”.¹⁰⁶ Resulta entonces necesario especificar durante el debate qué se considera como “minorías” y a cuales “minorías” se quiere abarcar como responsabilidad del estado en cuanto a educación.

Por un lado, un sector que promueve la segunda propuesta, considera que la misma hace referencia a:

“...minorías culturales que existen en el país y que son muchas, y que están divididas en tres bloques -reitero- en bloque americano, en bloque asiático, y en bloque europeo.”¹⁰⁷

Se sugiere entonces que, desde esta postura, la propuesta N° 2 abogarí por todas las lenguas maternas tanto las de extranjeros como las de familias lingüísticas indígenas, por lo que todas ellas se ubicarían jerárquicamente en el mismo nivel. Pero si bien en el “bloque americano” podrían estar incluidas las etnias indígenas existentes en el Paraguay, a renglón seguido se hace referencia a otro grupo como “minorías autóctonas o indígenas”, afirmando que su derecho a la escolarización en lengua materna estaría ya contemplado por convenios internacionales:

“En cuanto a las minorías autóctonas o indígenas la cuestión [sobre el derecho de enseñanza en lenguas maternas] sería menos grave [que el caso de las minorías inmigrantes] por cuanto el Convenio N° 107 de la O.I.T., aprobado en el Paraguay por Ley N° 68, establece que las comunidades indígenas tienen derecho a ser educadas en su lengua materna.”¹⁰⁸

Por un lado, entonces, desde esta posición, los derechos de la población indígena ya estarían contemplados/resguardados por otras legislaciones, pero en base a ello, se señala que:

(Giordan 1992, Paulston 1994, Vilfan 1993) la diferencia que sobresale es la relación entre estatus supraordinado/subordinado (Paulston 1997: 77).

¹⁰⁶ Convencional T. Zarratea. *Diario de Sesiones*. CNC 1992, Sesión Ordinaria #16: 34.

¹⁰⁷ Convencional T. Zarratea. *Diario de Sesiones*. CNC 1992, Sesión Ordinaria #16: 34.

“... sobre ésto versa precisamente la alternativa [propuesta N°2] que presentamos a esta Honorable Convención ...[pues]...no se beneficiarían según el proyecto de la Comisión Redactora los miembros de las minorías culturales; ni americanas; ni asiáticas; ni europeas.”¹⁰⁹

Es decir que desde esta argumentación, si bien se aboga por todas las lenguas maternas de todas las minorías –las indígenas incluidas– el sector que se halla totalmente excluido en la propuesta de base es el de las “minorías extranjeras”, que también estarían contempladas entonces, con la propuesta alternativa. Sin embargo, esta interpretación/circunscripción de lo que se considera como “minorías” en la propuesta alternativa no es unívoca, pues existen interpretaciones distintas sobre las lenguas maternas no oficiales que se quiere incluir como responsabilidad del estado. Para quienes “minorías” está referido solamente a “minorías indígenas”, el grado de inclusión es menor, como lo expresa un preopinante:

“Me preocupaba un poco al principio, tal vez algunas expresiones no adecuadamente dichas por algunos preopinantes, en el sentido de que la propuesta N° 2, entre cuyos auspiciantes me encuentro, lo que se quiere en esa propuesta, no es precisamente que la educación sea en arameo o jidish, en griego o en latín (...) Lo que se quiere es precautelar el derecho de los pueblos indígenas autóctonos.”¹¹⁰

Observamos entonces que a las argumentaciones de quienes impulsan la segunda moción subyacen acentos que construyen grupos distintos y que jerarquizan de maneras diferentes. Para este auspiciante la propuesta N°2 –y “minorías”– se refiere exclusivamente al caso de los pueblos indígenas pre-existentes en el Paraguay. Entonces, también se marcan diferencias entre “indígenas” y “extranjeros”, pero jerarquizando positivamente a la población pre-existente, ya que el sistema escolar estatal debería contemplar solamente el caso de este sector, mientras que la situación de los extranjeros no sería responsabilidad del estado. A su vez, esta argumentación también señala que la propuesta de mínima no contempla en igualdad de condiciones al sector indígena puesto que, a pesar de los otros artículos ya aprobados en esta Asamblea Constituyente, con la propuesta de base del artículo 77 no está asegurada – “precautelada”– la educación en lengua materna de los grupos indígenas. Específicamente, genera desacuerdo el hecho de que en dicha propuesta se indique que

¹⁰⁸ Convencional T. Zarratea. *Diario de Sesiones*. CNC 1992, Sesión Ordinaria #16: 34.

¹⁰⁹ Convencional T. Zarratea. *Diario de Sesiones*. CNC 1992, Sesión Ordinaria #16: 34.

¹¹⁰ Convencional E. Villalba. *Diario de Sesiones*. CNC 1992, Sesión Ordinaria #16: 36.

el sector indígena debe elegir una de las lenguas oficiales, por lo que se teme que los mismos no recibirán educación en su lengua materna, y en las mismas condiciones. En síntesis entonces, lo que esta posición disputa es ubicar a la población indígena en igualdad de condiciones que “los paraguayos”, en vez de contemplar a ambos sectores en base a disposiciones y/o leyes distintas.

Debido a esta abierta “inquietud” manifestada, y la indeterminación sobre las implicancias de cada una de las propuestas con respecto a las “minorías étnicas”, quienes promueven el proyecto de base de enseñanza en lenguas maternas *oficiales* –la posición de mínima– argumentan que con la aprobación de esta propuesta del artículo 77 no se discriminaría a los grupos indígenas ni se los ubicaría en el mismo nivel de derechos que los grupos inmigrantes, ya que sus derechos en cuanto a educación están contemplados –y quedan circunscriptos– en el artículo 66 de la Constitución que es donde se especifican los derechos de los pueblos indígenas. Recordando aquel artículo, dice un constituyente:

“...‘El Estado respetará las peculiaridades culturales de los Pueblos Indígenas, especialmente en lo relativo a la educación formal’ [lo que] quiere decir que está contemplado perfectamente un respeto absoluto [a las etnias indígenas].”¹¹¹

De aquí vemos que hay coincidencia entre esta propuesta de mínima y la posición de máxima en lo concerniente a la alfabetización en/a las comunidades indígenas, pues en ambos casos los derechos “*a la escolarización en lengua materna*” de la población indígena ya estarían resguardados por –y corresponden a– otras legislaciones y/o convenios internacionales.

Sintetizando, desde ambas argumentaciones se considera que está contemplado el caso de los castellano y guaraní hablantes, así como –desde otros artículo u otras legislaciones– el caso de la población indígena –en el debate tratadas como “minorías étnicas”–.

Pero, debido a que como las minorías extranjeras “no tiene el mismo, digamos la misma ventaja de las minorías culturales no indígenas”, veíamos que la posición de máxima también disputa por los derechos de este sector. Se sostiene concretamente que:

¹¹¹Convencional R, Bareiro Saguier. *Diario de Sesiones*. CNC 1992, Sesión Ordinaria #16: 36.

“Y también, quiero abogar, ciudadano Presidente, aún cuando yo soy guaranílogo, por los niños alemanes, menonitas, ucranianos, polacos, rusos y brasileños, quiero abogar también a favor de los niños coreanos y de los niños japoneses del Paraguay.”¹¹²

Por toda la argumentación de este convencional, creemos ver en esta “preocupación” una distinción que traza levemente una jerarquización de “lo extranjero” sobre “lo indígena”, habida cuenta de que antes se había remarcado que, a más de los tres bloques, existía un aparente “cuarto bloque” –dejando vago si era otro bloque o parte del bloque americano, pero marcando de esa manera que son “distintos”– y a su vez, afirmando que los derechos de este sector también son distintos pues se contemplan separadamente.

Por otro lado, ya vimos que el ideal al que esta propuesta tiende no se considera realizable.

En todo caso, en relación concretamente a aquello en lo que al menos aparentemente dicen coincidir las tres posiciones –pues el derecho de los pueblos indígenas a recibir enseñanza en su lengua materna ya está fijado y aprobado en otros artículos y en convenios internacionales– podemos dejar planteada una pregunta que será retomada en capítulos sucesivos. ¿Por qué este artículo no llevó como título “De la enseñanza en lenguas maternas aborígenes/indígenas y oficiales”? Esto habría cerrado la polisemia de aquello a lo que se incluye como responsabilidad del estado en materia educativa y no hubiera sido contradictorio con artículos antes aprobados, que conforman la educación en idioma aborígen como un derecho ya otorgado a los pueblos indígenas.

Para resumir lo hasta aquí expuesto enfatizaríamos que, si bien en teoría los indígenas tendrían el mismo derecho, se establecen por un lado diferencias entre los derechos de los pueblos originarios y los derechos de lo que se considera la población paraguaya, trasluciéndose en esto aquello que se considera responsabilidad prioritaria del estado. Más allá de las explicitaciones y la implícita ambigüedad en el término “minoría”, la subordinación de la lengua de enseñanza a lenguas oficiales está dejando en claro no sólo lo que sí es responsabilidad del estado –la población mestiza guaraní y/o castellano hablante– sino que lo referente al derecho de la población indígena pertenece a un campo de discusión que aparentemente nada tendría que ver con lo que se considera el núcleo de la nación. En concordancia a ello, se establecen los “otros internos” en tanto minorías: colectividades de inmigrantes y pueblos indígenas.

¹¹² Convencional T. Zarratea. *Diario de Sesiones*. CNC 1992, Sesión Ordinaria #16: 34

d. Guaraní como lengua mestiza

En este acápite nos interesa argumentar que “el idioma guaraní” que construye la oficialidad presupone y crea un nuevo límite jerárquico entre la lengua guaraní y las demás lenguas aborígenes, introduciéndose así una distinción entre el ser mestizo monolingüe guaraní y el ser indio. No pretendemos negar con ello que el castellano y el guaraní son las lenguas de difusión general. Apuntamos más bien a llamar la atención a cómo dicha construcción se relaciona con una consecuente redefinición de la base sociológica de la nación.

Brevemente, al ser acentuado el carácter mestizo de la lengua guaraní y desmarcada la relación con lo indígena para fijar el límite de inclusión al interior del estado, se advierte que, mientras la inclusión de otras “minorías” es dispensable, lo que resulta en verdad necesario es incorporar al mestizo monolingüe guaraní en el modelo hegemónico de la nación paraguaya democrática y moderna. Por lo tanto la lengua guaraní es construida como la lengua del mestizo que se incorpora.

En este marco, podemos entender mejor que afirmaciones como “nuestro pueblo, mestizo y bilingüe”¹¹³ acaben dejando poco lugar a la pluriculturalidad. Y, paradójicamente, que quien esto afirma sea también quien hace la propuesta de máxima. O la afirmación de que “el Paraguay es un país pluricultural, *pero* bilingüe.”¹¹⁴ En otras palabras, pueden haber habitantes de pueblos indígenas y de otras nacionalidades pero, para este estado, el *mainstream* sólo está conformado por los habitantes mestizos y bilingües.

Esta es una estrategia argumentativa que define qué es el Paraguay, mediante lo que Silverstein (1997) denomina operaciones metapragmáticas que inscriben un movimiento a la facticidad. Esto es, operaciones discursivas donde lo que se hace es generar la sensación de que “la realidad es así”, sin que ello se pueda poner en duda. En el fondo, lo que se está haciendo es “creando” y acentuando la realidad. Lo prioritario es hablar del Paraguay como país bilingüe, y para hacer realidad y naturalizar este imaginario es fundamental que el guaraní sea oficial. Para ello se deben entonces separar las aguas

¹¹³ Convencionl T. Zarratea. *Diario de Sesiones*. CNC 1992, Sesión Ordinaria #16: 34

¹¹⁴ Convencionl R. Bareiro Saguier. *Diario de Sesiones*. CNC 1992, Sesión Ordinaria #16: 36

entre lo que es el idioma guaraní de otras lenguas indígenas, y con ello separar también lo que es la población mestiza de la indígena. En este sentido, en la redacción de la propuesta de base, la diferencia está indexicalizada cuando se necesitaba recalcar en un segundo momento que hay en el país “minorías étnicas” cuya lengua materna es el guaraní. Pero ellas, a pesar de que su lengua sea en teoría oficial, siguen siendo “minorías” en tanto población indígena. En base a estos indicadores, sugerimos que, a pesar de la diversidad étnica y de la pluriculturalidad que se pretende, este estado bilingüe está construyendo un imaginario de inclusión y pertenencia solamente de lo mestizo.

Veámos que, de todas maneras, el alcance de esta incorporación también es un campo de disputa, en la medida en que tanto entre quienes defienden la necesidad de definir al Paraguay como país “pluricultural *pero* bilingüe” como entre quienes buscan acotar la educación a las lenguas maternas oficiales, hay al menos dos énfasis preponderantes. Por un lado, están los que quieren garantizar que el estado hable ambas lenguas de manera simultánea y permanente. Por el otro, están quienes proponen no excederse, destacando la peligrosidad de guaranizar tanto el Paraguay, que el país quede al margen de la comunidad internacional y el desarrollo.

A este respecto, decíamos que el artículo 140¹¹⁵ que consagra expresamente la co-oficialidad castellano/guaraní no generó un debate tan amplio. No obstante, las pocas intervenciones que suscita hacen referencia a los tópicos que venimos señalando. Veamos entonces ahora el segundo debate.

3. Artículo 134. De los Idiomas.

Se presentan dos propuestas casi iguales, excepto por el párrafo de apertura de la segunda.

Propuesta N°1. Proyecto Base Título: De los Idiomas.
Texto: Son idiomas oficiales el castellano y el guaraní.
La ley establecerá las modalidades de uso de uno y otro.

¹¹⁵ Recordamos al lector que este artículo fue debatido en el *Diario de Sesiones* como artículo 134.

Las lenguas indígenas y las de otras minorías forman parte del patrimonio cultural de la nación.

Propuesta N°2. De los Convencionales Carlos Avalos, Victor Hugo Sanchez, Carmelo Benitez y otros.¹¹⁶

Título: De los Idiomas.

Texto: El Paraguay es un país pluricultural y bilingüe
Son idiomas oficiales el castellano y el guaraní.

La ley establecerá las modalidades de uso de uno y otro.

Las lenguas indígenas y las de otras minorías forman parte del patrimonio cultural de la nación.¹¹⁷

En primer lugar, en ambas la lengua guaraní no es más parte del patrimonio cultural, sino que se ubica –junto al castellano– en el eje del estado y, por tanto, de lo moderno. Solamente las lenguas de los grupos indígenas –junto a las de las demás minorías– conforman ahora el “patrimonio cultural”.

En la asamblea, se insiste en que entre las dos propuestas no hay contradicciones, por lo que se sugiere aprobar la segunda sin debate, pues ésta “incluso aclara más”. Pero surge entre los convencionales una consulta casi ingenua, “...para las personas que entiendan, aquí, antropología, cuestiones de idiomas, Ciudadano Presidente...”¹¹⁸ sobre qué significa en este caso el término “bilingüe”:

“...¿bilingüe implica que todo el país hable dos lenguas?, porque si no, (...) están las lenguas indígenas y tienen el mismo valor que el guaraní.”¹¹⁹

Al explicitar que el artículo introduce una jerarquización, que para algunos no es pertinente, entre el guaraní y las demás lenguas indígenas se deja ver que el vínculo sostenido durante tanto tiempo entre el guaraní y su origen indígena sigue siendo parte

¹¹⁶ Si bien aparecen aquí los nombres de estos convencionales como promotores de la propuesta alternativa, veremos más adelante que los únicos dos convencionales que a través de sus intervenciones argumentan y llevan adelante la puja por esta moción son R. Bareiro Saguier y T. Zarratea. Por otro lado, esta es la misma redacción del artículo *Sobre los Idiomas* del anteproyecto presentado por el P.L.R.A., –partido político al que pertenece Bareiro Saguier– y es el único anteproyecto que propone una definición de este tipo, –de “la nación”–. Aparentemente, la puja aquí podría nacer en Comisión Redactora, pues la propuesta de base no incluye la definición de la nación en términos de “Pluricultural y Bilingüe”, pudiendo esto entonces ser índice de un disenso entre los promotores del guaraní. Al respecto, según varios de nuestros entrevistados, como G. Rodríguez Alcalá, V. Sarubbi, el mismo Bareiro Saguier y quien fuera secretario de la bancada del P.L.R.A., R. Scavone, quien señaló que “este tema de la co-oficialidad del guaraní lo empujaron sobre todo dos convencionales, a mi modo de ver, en mi modesta opinión, de la bancada liberal, que eran Carlos Villagra Marsal y Rubén Bareiro Saguier ... Ellos encontraron allí un nicho en el podían trabajar libremente porque no estaban allí los grandes intereses [los de ‘los militares, los partidos o las empresas’] metidos en este tema”. Villagra Marsal fue miembro de la Comisión Redactora, por lo que aparentemente las dos mociones responden a que tal vez no hubo acuerdo entre estos dos convencionales con respecto a este tema específicamente. También según Scavone, quienes aquí aparecen como promotores de la moción alternativa eran “representantes del interior del país”.

¹¹⁷ *Diario de Sesiones* CNC 1992, Sesión Ordinaria #25: 34.

¹¹⁸ Convencional E. Camacho. *Diario de Sesiones*. CNC 1992, Sesión Ordinaria #25: 44.

¹¹⁹ Convencional E. Camacho. *Diario de Sesiones*, CNC 1992, Sesión Ordinaria # 25: 44.

del imaginario social. Por ello, esta consulta inscribe pistas de que la imaginización del guaraní oficial está operando cambios en lo hace al imaginario naturalizado del guaraní, al menos para quienes se presentan como “no expertos” sobre este tema específicamente. Y ello hace referencia a la voluntad que detectamos de mestización de la lengua y la consecuente exclusión de “lo indígena” –voluntad que también queda inscripta en el hecho de que se considera que *las* lenguas indígenas –todas– conforman el acervo de la nación, dejando implícito entonces que los idiomas oficiales –castellano y el guaraní– no son lenguas indígenas. Es decir, la idea del guaraní como lengua mestiza que la oficialidad veladamente construye –brevemente, lengua separada de las demás lenguas indígenas, ergo escindida de la “cosmovisión” indígena– aun no está incorporada en el sentido común.

A su vez, la pregunta también marca que tampoco es tan obvio para todos que el Paraguay *sea* una nación bilingüe –ya vimos como se insinuaba que la educación podía ser solamente en una de las dos lenguas oficiales–, y/o cuáles son realmente las implicancias que ello tiene. Es decir que a pesar de lo que se declama, la “nación bilingüe” de esta Constitución es un proyecto a futuro.

Con este artículo *Sobre los idiomas* se está haciendo referencia a la nación que se procura construir. Concretamente, según un convencional la afirmación de que “el Paraguay es una nación pluricultural y bilingüe” es el “sujeto” del artículo:

“...de no aceptarse la propuesta N° 2 tendríamos que, de todas maneras, admitir en el Proyecto N° 1 algo más, ‘porque [por qué] son idiomas oficiales de la República’ habría que decir en todo caso, porque prácticamente viene sin sujeto.”¹²⁰

Entonces al definir que el Paraguay *es* un país bilingüe el predicado que de ello se desprende lógicamente es que ambas lenguas, castellano y guaraní, deben ser oficiales. Pero por la consulta, parece no haber consenso en la definición sociolingüística y sociológica del país.

¹²⁰ Convencional T. Zarratea. *Diario de Sesiones*, CNC 1992. Sesión Ordinaria # 25: 45.

Veamos entonces cómo la aclaración del carácter “pluricultural y bilingüe” está inscribiendo como verdad inobjetable la realidad que se ansía construir. Por un lado, se dice que:

“cuando se dice que ‘el Paraguay es un país pluricultural y bilingüe’ se está afirmando una característica esencial de nuestro pueblo. Es decir la pluriculturalidad que implica el carácter multiétnico”¹²¹

Al referirse a *ambas* características como “la esencia” del pueblo paraguayo, se convierten en certeza antes en que en materia opinable. Pero con la siguiente aclaración –“es decir”–, lo esencial/irrefutable parece referirse solamente al carácter pluricultural. Por ello, paralelamente a la diversidad cultural que hace al carácter “pluricultural” de la nación –afirmación constatable de los debates mismos, que casi peca de obviedad– y que vemos es de carácter declamatorio, se le adosa la definición de la nación en tanto “bilingüe”, definición que al estar vinculada a la educación formal, tiene un carácter operatorio. Así, se encubre la nueva jerarquización al interior de la población nacional. En esta dirección, también podemos ver que los pueblos indígenas están ubicados en el mismo nivel que las demás minorías que le dan el carácter de nación pluricultural. Definidas todas las minorías como alteridad, el señalamiento de “lo étnico” es una *implicancia* de la existencia de las demás minorías –asiáticas, europeas y americanas antes citadas–. A su vez, con respecto a esta diferenciación entre “pluricultural y bilingüe”, se afirma que:

“ es cierto que hay una serie de códigos lingüísticos, y nosotros citamos diez y siete expresiones dialectales que es lo que corresponde técnicamente como denominación científica de las comunidades indígenas. Inclusive, es otra parte que se reconoce también aquí como propuesta de lenguas de otras minorías.”¹²²

Los dialectos son variaciones de una lengua y no lenguas *per se*, por lo que se considera que las lenguas de las cinco familias lingüísticas que existen en el Paraguay según Susnik, no tienen el rango de tales en esta Constitución. En este sentido, “la lengua” parece conformar un todo completo, mientras que “lo dialectal” es sólo un fragmento de la entidad total, mayor. Tal vez por ello también se explica que esta nación sea solo bilingüe y no también pluri/multilíngüe. Y esto parece estar avalado científicamente.

¹²¹ Convencional R. Bareiro Saguier. *Diario de Sesiones*, CNC 1992. Sesión Ordinaria # 25: 44.

En base a esta diferencia jerárquica se está intentando naturalizar la idea de que el guaraní es en verdad distinto y jerárquicamente superior a las lenguas indígenas/”expresiones dialectales”. Por desplazamiento, además, que el estado moderno es bilingüe porque en el país hay solamente dos “lenguas”, intentando encadenarse a esto la idea de que castellano y guaraní son iguales y tienen igual rango. También vemos que las “expresiones dialectales” son “una parte” de aquellas lenguas maternas a las que hacía referencia la propuesta N°2. Con lo que se recalca que tanto extranjeros como indígenas se agrupan en la misma categoría –alteridad– y no en el corazón de “la paraguayidad”. Con respecto a la población indígena, esta distinción también queda fijada en el artículo 77 que fuera aprobado, (propuesta de base) cuando se dice que las minorías étnicas tendrán derecho a elegir sólo una de las dos lenguas oficiales, porque con la lengua elegida, a más de la hipotética instrucción inicial en su propia lengua materna, ellos manejaran uno solo de los idiomas oficiales. Tampoco por medio de la educación, por tanto, estos sujetos llegarían a ser bilingües castellano-guaraní,¹²³ que es lo que este estado considera apropiado para los ciudadanos plenos de la nación.¹²⁴

En suma, la jerarquización entre las lenguas oficiales y las demás lenguas traza el límite entre lo paraguayo y lo “otro” que también existe en el país, remarcando con ello que “lo paraguayo” es lo “mestizo y bilingüe”. Ahora bien, se reconoce también que dentro del “Paraguay”, no todos son bilingües. Por eso se aclara que, si la nación *es* bilingüe es porque el castellano y el guaraní son las dos lenguas que se hablan en todo el territorio nacional.¹²⁵

¹²² Convencional R. Bareiro Saguier. *Diario de Sesiones*, CNC 1992. Sesión Ordinaria # 25: 44.

¹²³ Veremos más adelante cómo operan las imaginaciones del guaraní paraguayo y el *avañe'é*, e implicancias que ello tiene. Señalemos por ahora que esto muestra también que si bien los guaraníes siguen siendo una “minoría étnica”, existe una cercanía ideológica entre indios guaraní y criollos mestizos que no se da con otros indios, marcando entonces diferencias jerárquicas entre guaraníes e indígenas de las demás familias lingüísticas.

¹²⁴ En este sentido, la propuesta de máxima del artículo 77 disputaba en última instancia por la defensa de la co-oficialidad –y un grado de inclusión mayor– al establecer que aquellos cuya instrucción inicial sea en una lengua materna no oficial, aprenderán también las dos lenguas oficiales.

¹²⁵ Según Paulston (1997), en naciones bilingües o multilingües, las legislaciones lingüísticas suscriben al principio de territorialidad o de personalidad. Señala esta autora que según Mc Rae “El principio de territorialidad significa que las reglas sobre los idiomas a ser aplicados en una situación dada dependen exclusivamente del territorio en cuestión. (...) El principio de personalidad significa que las reglamentaciones sobre los idiomas dependerán del estatus lingüístico de la persona o personas en cuestión (En Paulston 1997: 78)”. Siendo el Paraguay “el sujeto” de este artículo, parece claro que esta propuesta está enfatizando el principio de territorialidad.

“... desde el punto de vista etnolingüístico hay dos códigos generales de la población total del país, que abarca todo el país...”¹²⁶

Esto es lo que Stanley Liberson (En: Briones 1998) denomina “metonimias identificadoras”, aquéllas en las que una parte de la población representa aquello que se considera como “la población total” –parte que opera como el “nosotros” que se construye como centro simbólico de la nación–. Con esto se establece y desmarca la norma, mientras los otros internos quedan marcados como no formando parte del núcleo nacional, del *mainstream*. Brevemente, si el Paraguay es bilingüe, ergo el paraguayo tipo o bien es hablante de castellano, o bien de guaraní, o de ambos a la vez. Ahora, al afirmarse que en *todo* el territorio se hablan ambas lenguas, tiende a reforzarse como efecto de sentido la idea de que *todos* “los paraguayos” hablan/deben hablar las dos lenguas.

Por toda la argumentación de este constituyente, entonces, pareciera que mientras la “pluriculturalidad” define a los habitantes del estado –habitantes que, perteneciendo a distintos grupos, conforman una realidad multiétnica– lo “bilingüe” más bien circunscribe al “nosotros”, siendo “nuestro pueblo mestizo” epítome de paraguayidad. A grandes rasgos, si con la pluriculturalidad se marca la diversidad de los “pueblos” que habitan en el territorio paraguayo, con la definición de “bilingüe” se delimita al “pueblo paraguayo” en tanto *ciudadanos y nacionales*. Y en este esquema la nueva imagen del guaraní –lengua imaginizada como mestiza– ya no forma parte de la tradición sino que se acopla al eje del desarrollo: es lengua de estado. Por otro lado, esta metonimia homogeneizadora que construye al Paraguay como nación bilingüe sigue velando el hecho de que sólo algunos pocos hablan únicamente castellano, mientras que son comparativamente muchos los que hablan sólo guaraní.

4. Lo que no se dice

a. Sobre el castellano

Vemos cómo, a pesar de tanta “obviedad”, el estatus de co-oficialidad del guaraní y la educación bilingüe son, en parte, un esfuerzo de algunos sectores por asumir cosas que

¹²⁶ Convencional R. Bareiro Saguier. *Diario de Sesiones*, CNC 1992. Sesión Ordinaria # 25: 44.

se dan por obvias pero que no parecen ser tan obvias para todos los constituyentes. Las huellas de que esta obviedad no es algo por todos compartido han quedado fijadas en el *Diario de Sesiones*.

Y en este sentido, el debate va girando en torno a varios tópicos que se superponen. El amplio sector monolingüe guaraní hasta ahora marginado debe ser incluido en el modelo hegemónico de nación, por lo que se piensa al Paraguay como una nación bilingüe. Pero la disputa por definir cómo se construye esta nación bilingüe de manera que ambos idiomas sean lenguas de estado, busca restaurar una simetría lingüística aparente, esto es, hacer lugar a sectores desplazados, sin que la incorporación del sector monolingüe guaraní ubicado en los márgenes geográficos de la nación implique guaranizar tanto el estado que el Paraguay quede nuevamente fuera de la Modernidad y del Mercosur. Esto nos lleva a ver cómo en el debate constituyente ciertos temas quedan constantemente naturalizados y primordializados: el hecho de que el castellano, en tanto lengua occidental y europea es, y seguirá siendo la lengua de poder, también en esta “nueva nación bilingüe”. Así, por más co-oficialidad de la que se hable, la asimetría castellano-guaraní está presente en todo el debate en afirmaciones como:

“...en este caso [enseñanza en una sola lengua oficial a niños rurales que se presumen guaraní-hablantes] habría *distinción* con los niños urbanos. Por lo tanto, el Estado debe asegurar a los habitantes de la República el derecho a aprender, hablar, leer y escribir en las lenguas nacionales y oficiales: guaraní y castellano.[nuestro énfasis]”¹²⁷

La “distinción” a la que se hace referencia nos permite ver que en las mismas argumentaciones sobre la necesidad de corregir la asimetría castellano-guaraní, la misma aún persiste, ya que sólo se considera “problemático” uno de los polos –el guaraní-hablante–. Y en este sentido, gran parte de los debates giran en torno exclusivamente a la incorporación de este sector en el estado. Paralelamente, el lugar central del castellano y del monolingüe castellano nunca se ponen en duda. Queda claro que el que está en desventaja es el monolingüe guaraní, mientras que el monolingüe castellano no. En este sentido, para el niño rural, “...el niño que tuvo la suerte o mala suerte de nacer en el interior del país, en aquel *valleí* perdido en el mapa, quien tiene el mismo derecho de aprender en igualdad de oportunidades y en las mismas condiciones”¹²⁸ es una necesidad que aprenda el castellano; pero para el niño urbano,

¹²⁷ Convencional Mario Morel Pintos. *Diario de Sesiones*. CNC 1992, Sesión Ordinaria #16: 35.

¹²⁸ Convencional Mario Morel Pintos. *Diario de Sesiones*. CNC 1992, Sesión Ordinaria #16: 35.

desconocer el guaraní no es un problema equivalente. Se expresa que ambas lenguas son iguales pero en la argumentación se sustenta la asimetría, porque lo que en ningún momento se pone en duda es que el porcentaje monolingüe castellano es realmente ínfimo y, sin embargo, no parece ser un obstáculo para ellos desconocer la lengua de una amplia mayoría de la población, como sí ocurre con la mayoría que desconoce el castellano, y sólo habla guaraní.

b. Vínculo oficialidad-educación

Respecto a la asimetría que parece persistir, se pretende con el artículo 77 transformar el sistema educativo de manera de superar la injusticia pasada, argumentando que hasta el momento, el sistema educativo paraguayo que había impuesto la enseñanza en castellano sobre el sector monolingüe guaraní no tenía en cuenta los derechos de ese sector de la población. Pero a su vez, se reconoce que otorgando educación en lengua materna solamente el sector monolingüe guaraní se mantendría igualmente excluido de la comunidad internacional. Por ello, se impone la idea de educación pública bilingüe. Sin embargo, lo que en ningún momento se explicita en ese debate es por qué debería el guaraní ser lengua oficial. Partiendo entonces de los derechos de los hablantes –los niños específicamente–, se le superpone la oficialidad a la educación en guaraní como lengua materna –derecho inobjetable–. Se elude con ello la disputa acerca de si este “Derecho Universal” implica necesariamente que el estado deba también “hablar” guaraní.

Ahora bien, como la disputa sobre las lenguas de enseñanza no se refiere solamente a la educación pública *per se* sino también al imaginario del estado-nación que se desea construir, una de las implicancias del vínculo con la educación es la necesidad de insertar el guaraní en el aparato estatal, para definir/determinar con ello el rol de las lenguas oficiales. No nos olvidemos que en la Constitución anterior la “revalorización” del guaraní como lengua nacional no modificó el rol de esta lengua, y se mantuvo la relación asimétrica entre el castellano y el guaraní. Queda por ello explicitado en el debate sobre el artículo 134 que es a través de la educación que se conseguirá anclar el guaraní dentro del estado, a fin de que la oficialidad implique consecuencias reales y concretas en el plano político:

“... Esta [la oficialidad del guaraní] no es una simple declaración, es una cuestión también vinculante, porque es lo que permitirá, como fundamento, la implementación de un artículo ya aprobado anteriormente [Nº 77], es decir la alfabetización en lengua materna y la educación bilingüe en el sistema educativo formal.”¹²⁹

Se apela nuevamente al hecho que este artículo es vinculante con aquél, pues siendo el sistema educativo estatal bilingüe, la oficialidad del guaraní ya no puede quedar como una simple declaración. En síntesis, el guaraní parece ser la caja negra de estos debates. Si en el artículo 77 el estatus oficial del guaraní implica que sea lengua de enseñanza, a su vez en el debate del artículo 140 la alfabetización bilingüe es parte de la argumentación de la oficialidad de la lengua, argumentación fundada en que se debe cumplir lo que ya ha sido aprobado. Paralelamente, es entonces por medio del sistema educativo bilingüe que se ira construyendo las futuras generaciones de paraguayos bilingües en concordancia con el nuevo imaginario de “nación bilingüe”. Así, con el hecho de que la educación sea en “lenguas maternas *oficiales*” y no en lenguas maternas “a secas” no sólo se pretende resguardar los derechos del sector monolingüe guaraní, sino también asegurar que este sector conforme ahora la mayoría social y sea parte constitutiva del proyecto de la nación paraguaya democrática, –lo moderno– y el presente.

A su vez, si el estatus de oficialidad del guaraní expresa entonces la voluntad de incluir a la población monolingüe guaraní como parte del actual estado paraguayo, señalamos ya que parece igualmente necesario imaginarizar el guaraní como lengua mestiza y no como lengua indígena. Esta es la “condición lingüística” para que sociológicamente este sector “entre” en el *mainstream* de “la sociedad paraguaya”. En otras palabras, a la transformación en el modelo de estado-nación parece corresponderle paralelamente una transformación de la lengua guaraní, pues buscando que su estatus de co-oficialidad no quede solamente como una reivindicación retórica, quienes impulsan la oficialidad del guaraní apuntan, con el carácter operatorio de la función escolar, a que el mismo también abra paso a una serie de modificaciones para poder construirla como lengua de estado moderno y desarrollado. Por ello, si bien se considera que “ la lengua guaraní es

¹²⁹ Convencional R. Bareiro Saguier. *Diario de Sesiones*. CNC 1992, Sesión Ordinaria #25: 44

realmente un tesoro nacional y constituye un patrimonio cultural”¹³⁰, también se reconoce que se debe operar un cambio fundamental:

“...debemos oficializar su estudio y su uso [del guaraní], pero se necesita de una política lingüística que rescate a nuestro guaraní, planificar su instrucción en todos los niveles educacionales, inclusive la universitaria.”¹³¹

Atendiendo al dato de que más del 90% de la población nacional habla guaraní, no parece ocioso preguntarse de qué debe ser esta lengua “*rescatada*”.

A nivel de construcción del estado nacional, el principal problema que implica la oficialización del guaraní es que, para que pueda ser lengua oficial, es necesario transformarla. Pareciera a este respecto que la manera en que la heredada definición de esta lengua como lengua indígena que forma parte del patrimonio nacional evoca imágenes dicotómicas. Significando/representando lo estanco, estático, ligado con la tradición, este idioma se asocia a un eje semántico que está en abierta oposición a lo que se considera el eje moderno y dinámico en que se ubica el estado y el progreso. Entonces es necesario que el guaraní, en tanto lengua de los mestizos que se desea incorporar al estado-nación moderno, no sea exclusivamente imaginada como lengua ligada al acervo cultural: en tanto lengua “tradicional”, no podría ser parte y herramienta de un estado plenamente “moderno”.

Se debe entonces “rescatar” al guaraní de esas imágenes que lo ubicaban en el polo de la tradición, para que entre en el proyecto de modernización del estado. Así, la lengua guaraní que la oficialidad construye ya no es una lengua meramente vernácula. En un movimiento circular de ida y vuelta, si el guaraní ya no es construido como lengua vernácula ligada al pasado se la puede performativamente modificar para que pueda ser lengua de escolarización. Si se la puede modificar y cambiar, entonces es una lengua moderna y no ya un pasivo legado histórico. Ergo, puede ser lengua oficial de un estado moderno.

¹³⁰ Convencional M. Morel Pintos. *Diario de Sesiones*. CNC 1992, Sesión Ordinaria #16: 35.

Este es otro punto fundamental del vínculo del guaraní con la educación. Y en este sentido, creemos que el título del artículo 77 *De la Enseñanza en Lenguas Maternas* es en realidad una fachada, ya que según lo que se aprueba el estado no es responsable de brindar educación en todas las lenguas maternas de la población nacional. En realidad, las lenguas de enseñanza pública son las lenguas oficiales, por lo que en primer lugar este artículo es parte de la estrategia argumentativa tendiente a lograr la oficialización del guaraní. Pero en segundo lugar, también es una manera de poder operar los cambios que se consideran necesarios para construir el “guaraní oficial” que el estado hablará. Es decir, poder *rescatar* el guaraní del lugar en el que hasta este entonces estaba anclado.

c. Sobre el guaraní

Llegado a este punto, resulta llamativo que casi no hayan habido en los debates referencias a la lengua guaraní *per se*. No obstante, y si bien muy escuetamente, por los implícitos parece prevalecer la idea de que, paradójicamente, el guaraní es una lengua indígena. En primer lugar, vemos cómo en la propuesta de base del artículo 77 está implícito que se considera que el guaraní que habla el sector mestizo de la población es la misma lengua que hablan los indios guaraníes –*mbya, ava*, etc–. Al señalarse allí que existen otras minorías étnicas cuya lengua materna *no* es el guaraní, opera por implicatura la idea de que ciertas minorías (al igual que los mestizos) hablan también guaraní y serán escolarizadas en ambas lenguas oficiales, a diferencia de las otras minorías que serán escolarizadas sólo en una de las lenguas oficiales.

Por otro lado, en la argumentación de Zarratea, cuando el convencional se refiere a las lenguas de las “minorías autóctonas” cuyo derecho a la educación en lenguas maternas estaría contemplado en el capítulo de la Constitución que se refiere a los pueblos indígenas, Zarratea se refiere específicamente a comunidades indígenas cuyas lenguas no son de la familia lingüística guaraní:

“quiero fundamentalmente abogar en este caso, no por los que hablan guaraní, ni por los que hablan castellano, sino por los que hablan otras lenguas americanas, como el Ayoreo, el Chamacoco, el Nivaklé, el Maká, el Sanapaná, el Angaité, el Lengua, el Tóva [sic], el Maskoy.”¹³²

¹³¹ Convencional M. Morel Pintos. *Diario de Sesiones*. CNC 1992, Sesión Ordinaria #16: 35.

¹³² Convencional T. Zarratea. *Diario de Sesiones*. CNC 1992, Sesión Ordinaria #16: 34.

Entre los que “hablan guaraní” se encuentran entonces mestizos e indígenas. Es decir que a pesar de lo señalado con respecto a la entextualización del artículo 140 con respecto a "las lenguas indígenas", en la doxa prevalece claramente la idea de que el guaraní paraguayo que habla un amplio porcentaje de la sociedad paraguaya mantiene al menos una estrechísima filiación con la lengua de los grupos indígenas que hablan el *avañe'é*. Esto parece indicar que la imaginarización del guaraní como lengua indígena sigue operando como creencia naturalizada.

Nos interesa por último señalar que, si bien es clara la voluntad de incorporar al *mainstream* sectores anteriormente excluidos, también se filtran otras discusiones y se construyen representaciones que, de ser contextualizadas en marcos de análisis más amplios sobre las ideologías que subyacen a estas construcciones, permiten arrojar nueva luz sobre el rol de la lengua guaraní en el proceso de construcción de la nación en este momento histórico particular. A este respecto, entendemos que en las argumentaciones que se hacen jugar en los debates constituyentes de 1992 aparecen imbricados y operan alternativamente tres niveles de discusión.

Por un lado, parte de las disputas se refieren a la oposición que en este momento concreto se establece con la etapa anterior. Es decir, una parte no menor de las actuales argumentaciones hegemónicas se significan en relación –y responden– al discurso hegemónico anterior.

Aparecen, también, problemáticas e intereses estrictamente actuales, como es el caso de los movimientos de integración regional que insertan cuestionamientos e imponen transformaciones en el modelo de estado-nación, influyendo por ende sobre la actual construcción hegemónica de la nación y de la identidad nacional. También aparecen en los discursos referencias paralelas a discursos contemporáneos legitimados y legitimadores, discursos que si bien pueden no ser recientes, han pasado a formar ya parte del actual horizonte social de sentido, como es el caso de las referencias a los Derechos Humanos Universales y la retórica de la diversidad. Con respecto a esto, “los especialistas” en estos temas parecieron ser “autoridad”:

“Ciudadano Presidente: creo que después de la aclaración, dada por una persona que conoce lo referente a antropología y lingüística, creo que

ha sido aceptada por la Comisión Redactora. Acá lo que tiene que hacerse es simplemente votar este artículo y punto.”¹³³
Finalmente, en las intervenciones también hemos detectado supuestos y afirmaciones que responden a imaginarios que, a nivel de la doxa, parecen estar naturalizados y ya anclados en el sentido común. Entre ellos, indiscutiblemente el lugar del español como lengua moderna y de poder; también la imaginarización del guaraní como lengua indígena. Entonces, a pesar de los esfuerzos por reivindicar el guaraní, subsisten entre los convencionales imaginarizaciones que construyen de manera diferencial el español y el guaraní, por lo que se filtra y mantiene en las argumentaciones la relación asimétrica. En última instancia, la cara educadora del estado y su rol en tanto disciplinante del ciudadano tampoco requieren ser consensuados.

Tal vez por todo ello, así concluye el segundo debate y la puja en torno a la oficialidad del guaraní:

“CIUDADANO PRESIDENTE: La presidencia va a llevar a votación el texto del Artículo 134 (...) Quienes estén de acuerdo, se servirán levantar la mano: Mayoría. Unanimidad prácticamente. Queda aprobado.

APROBADO.

¿Si quieren la lectura?

Si tienen un poco de paciencia, le ruego a los Ciudadanos

Convencionales que, por favor, *no se asusten* [énfasis nuestro].

Se va a dar lectura cómo queda redactado el artículo.

CIUDADANO SECRETARIO: El Paraguay es un país pluricultural y bilingüe.....[sigue lectura del texto]”¹³⁴

Resulta más que sugerente que, a pesar de la unanimidad lograda, quien preside la sesión se sienta movido a pedir a los convencionales que “no se asusten” de lo que han

¹³³ Ciudadano Convencional J. N. Morínigo. *Diario de Sesiones*, CNC 1992: 45.

¹³⁴ *Diario de Sesiones*, CNC 1992: 45.

votado. En los capítulos siguientes, procuraremos entender de qué y por qué podrían estarlo.

Analizaremos para ello las tensiones en torno a la identidad nacional y lingüística que estos tres niveles generaron en las luchas discursivas y metadiscursivas en torno a la oficialidad del guaraní. Nos abocaremos primeramente a señalar huellas que a través del tiempo han quedado grabadas en las nociones e imaginarios que se pusieron en juego. Reponiendo estas otras voces, apuntamos a insertar este debate en un flujo discursivo más amplio, para abordar el campo de los procesos de formación de estado-nación, donde entran a jugar de manera interrelacionada ideologías lingüísticas, ideologías nacionales e ideologías étnico-culturales que subyacen a este debate.

Capítulo 2.

Re-contextualización. Ideologías lingüísticas.

Al analizar el debate constituyente, hemos visto cómo a un nuevo imaginario de “nación paraguaya” le corresponde también un nuevo estatus del idioma “guaraní” en tanto lengua oficial, ambos contruidos a través de voces distintas –a veces enfrentadas, a veces superpuestas–, que se ponen en juego en este contexto constitucional. Sin embargo, creemos fundamental tener en cuenta que las posiciones/nociones que fueron disputadas en la asamblea provienen de discusiones más amplias que tienen historicidad propia y por ende, han afectado esa producción particular. Insertaremos entonces las cuestiones debatidas en 1992 en un campo más amplio de discusión, re-contextualizando algunas de las huellas que de estos debates surgen. Esto es, apuntamos a reponer un marco interpretativo que contribuya a entender mejor las en principio “nuevas” formas y direcciones que en 1992 toman las luchas metadiscursivas para fijar coordenadas de autodefinición y definición de otros internos, así como para acentuar signos ideológicos clave.

Poniendo sobre todo en foco antecedentes recientes y reponiendo distintas voces que han sido parte vital de este proceso –voces no necesariamente afines ni coincidentes–, nos proponemos en este capítulo mapear distintas imaginarizaciones que han prevalecido en las últimas tres décadas.

A este respecto, habíamos dicho en la primera parte de la tesis que el discurso explícito sobre las lenguas entró por primera vez en la esfera constitucional en la Asamblea Constituyente de 1967, donde el guaraní quedaba inserto en la Constitución en tanto “lengua nacional”. Partiendo entonces del debate que inscribe el discurso hegemónico que queda anclado en esa Constitución –debate con el cual, según vimos, se establece un nivel de diálogo explícito en el debate del 92– iremos reponiendo ese imaginario del “guaraní nacional” y las respuestas que dicha imaginarización generó en distintos sectores, prestando especial atención a las de aquellos cuyos trabajos fueron citados como fuentes de consulta y/o bibliografía de la Convención Nacional Constituyente de 1992.¹³⁵ Paralelamente al entramado de voces, el objetivo central de este capítulo es

articular estos imaginarios con distintas ideologías lingüísticas que operan en la construcción de estos imaginarios y las consecuentes implicancias que las mismas tienen –y tensiones que generan– en la construcción del guaraní como diacrítico de la identidad nacional.

Imaginarios del guaraní paraguayo.

En primer lugar, resulta llamativo del debate del 92 que, siendo la reivindicación del guaraní un largo y multívoco proceso, la oficialidad de la lengua en sí misma prácticamente no haya sido discutida y fuese aprobada casi por unanimidad. No obstante ello, uno de los primeros nudos que queremos abordar del debate constitucional del 92 se refiere al proceso de construcción del “guaraní oficial”, pues sabemos que a pesar de las escasas referencias a este tópico, históricamente la puja por lograr dicha oficialización ha generado tensiones e intensas controversias.

Por otro lado, si bien en el debate priman los silencios e implícitos con respecto a la lengua guaraní específicamente, veíamos también que las pocas referencias que han quedado registradas indican que el imaginario del guaraní como lengua indígena está fuertemente naturalizado, por lo que consideramos este hecho como índice de que esta particular imaginarización operaría entonces como un supuesto compartido que no requiere mayor aclaración/explicitación. Por ello, tomamos este dato como hilo conductor que nos permite abordar el proceso histórico de construcción y naturalización de imágenes del guaraní, a fin de poner aquí en juego la carga histórica y las implicancias de esas imágenes en el nuevo imaginario del guaraní oficial.

1. Guaraní como lengua indígena.

En la reconstrucción del proceso histórico que se llevó a cabo en la Parte I, veíamos cómo los dos guaraní hibridizados que nacen en los inicios de la colonia –el “criollo” y “el jesuítico”– se piensan en relación al *avañe’é*, de maneras a menudo contradictorias.

¹³⁵ De las fuentes y bibliografía señaladas (Anteproyectos de Constitución presentados... 1992) que repondremos en este trabajo: para “Idiomas Oficiales”: Corvalán G.(1981a); Meliá, B. (1990); Rubin, J. (1974); y Zarratea, T. (Artículos y Editoriales en Revista Nemy, N° 18 y 19). Para “Idioma de Enseñanza”: Corvalán, G. (1981a); Meliá, B. (1990); Rubin, J. (1974).

Por un lado, se sostiene que el “guaraní jesuítico” habría mantenido las estructuras de aquel guaraní original de los pueblos guaraníes, mientras que el “guaraní criollo” o “paraguayo” habría ya perdido en gran parte la cosmovisión indígena originaria y, consecuentemente, parte de su “pureza” y de su “valor”. Por otro lado y a pesar de ello, también se sostiene que el guaraní paraguayo actual mantendría parte de esa “riqueza” y que tal cosmovisión habría podido subsistir hasta nuestros días, en buena medida debido a que el “guaraní jesuítico” –que fue desapareciendo tras la expulsión de los jesuitas– fijó un registro escrito.¹³⁶

A pesar de la imposición del castellano como lengua oficial de la nación paraguaya desde el nacimiento de la República, veíamos también cómo el “guaraní criollo” siguió siendo la lengua de la mayoría de la población del país, aparentemente casi sin distinción de clases sociales. Paralelamente, junto a procesos históricos, políticos, económicos particulares, se fue formando “la sociedad paraguaya” en estrecha relación con el mestizaje, proceso que se acentuó con la desaparición de los “pueblo de indios” cuya población pasó a conformar las clases populares: el campesinado, la “peonada” y el “mensu” –mensualero–. No obstante ello, se va anclando cada vez más firmemente la idea de que el paraguayo –el mestizo– habla una lengua nativa (la de los indios guaraníes). Así, con el brote virulento del nacionalismo durante la Guerra de la Triple Alianza, el idioma de estos sectores populares se carga con los pretendidos valores del

“ser paraguayo”, en cuya sangre corre la de aquel antepasado indio, “guerrero” y “valiente”.¹³⁷

Posteriormente, con el modelo de estado nación imperante desde el proceso de Reorganización Nacional en 1870 –y a pesar del fuerte énfasis en la castellanización impuesta desde el estado–, junto al proceso de naturalización del imaginario del guaraní como lengua indígena tiene lugar desde distintas posturas un proceso paralelo de *reificación*, ya sea para alabar o para desterrar el idioma. Esto es, la lengua guaraní va

¹³⁶ Señalemos que autores como De Granda (1981) por ejemplo, niegan esta hipótesis categóricamente. Con respecto a esto, nuestro interés en este trabajo está en reponer principalmente las tendencias y nociones que han prevalecido/parecen prevalecer, más que posiciones particulares específicas.

¹³⁷ Como señala Lustig (1996), autores como Romero (1992) registran este “dudoso prestigio del guaraní sin ningún espíritu crítico”, cuando dicen por ejemplo: “En las épocas de peligro para la independencia y la soberanía territorial de la República, el idioma nativo adquirió gran importancia como factor de la defensa nacional. Fue durante las dos guerras internacionales que conoció el Paraguay” (Romero, en: Lustig 1996:16)

adquiriendo progresivamente el carácter de cosa/objeto en el sentido del vocablo latino *res*, razón por la cual se piensa casi como entidad factual concreta.

En muchos casos, es también esencializado como aquello único, particular que le da al Paraguay/paraguayo su identidad –el genio o espíritu del pueblo–, anclándose en el sentido común el imaginario del guaraní como algo primordial,¹³⁸ como el “origen mismo” del Paraguay. Se vuelve así un lugar común la afirmación de que, a pesar de los embates e intentos por “dominarla” y “desprestigiarla”, en la lengua guaraní se mantiene viva la cosmovisión de aquel indio guaraní originario, un indio utópico que en esta lógica se remite más a un pasado idealizado que a los indígenas guaraníes concretos, que viven hoy y que hablan –o hablarían– *ava ñe’ é*.¹³⁹

Entonces, a pesar del proceso de construcción de “la nación como estado” que pretende/necesita construir una sociedad homogénea en base a un modelo *universal* –“como las demás naciones civilizadas”–, se va haciendo cada vez más difícil desde el discurso hegemónico renunciar a este imaginario del guaraní –*lo particular*– como parte constitutiva y sustancial de la identidad nacional.

2. Ideología nacional del lenguaje

Esta estrecha relación entre una nación con una lengua –a su vez concebida como portadora de una cultura particular– proviene de Herder y continua con la corriente del romanticismo alemán,¹⁴⁰ correspondiendo a lo que Woolard y Schieffelin (1994) denominan ideología nacional del lenguaje. En el caso del Paraguay específicamente, podemos ver que la ecuación lengua/nación/cultura¹⁴¹ ha operado en la naturalización de

¹³⁸ En casos extremos, en la “manía etimológica” que varios autores señalan subyace la idea de que la lengua guaraní no es sólo lo primordial del Paraguay, sino de toda América, y hasta en algunos casos, de la humanidad (Jover Peralta 1950).

¹³⁹ Y en general, –sobre todo para el sentido común, pero no exclusivamente– cuando se habla de la “cultura” del indio actual, se piensa en términos de que éste es el que “verdaderamente” aún mantiene algo del indio “originario”, lo que se mostraría en sus mitos, y prácticas rituales “ancestrales”, por ejemplo.

¹⁴⁰ Wilson sintetiza los supuestos de Herder diciendo que “cada nación es por naturaleza y por su historia una unidad orgánica diferente, con su propia cultura; para que una nación sobreviva como nación, así como contribuya al desarrollo de la humanidad como un todo, debe cultivar la cultura nacional, desarrollándola de acuerdo a los lineamientos trazados por experiencias pasadas...” (Wilson 1973: 832) Como ninguna nación comparte el mismo espacio físico, la misma historia y la misma lengua, cada una sería particular, tendría un espíritu propio: “espíritu” o genio de la nación. En este sentido Herder decía que “cada lengua tiene su propio carácter nacional (...) que es el más apropiado a nuestro carácter [o espíritu], y que es conmensurable con nuestra manera de pensar” (Wilson 1973: 827).

¹⁴¹ Señalemos que la misma lógica de esta ecuación aparece también, según el contexto/caso específicos, formulada de la siguiente manera: lengua=pueblo/grupo=cultura.

la siguiente amalgama: lengua guaraní=símbolo de la nación paraguaya=cultura/cosmovisión de los antepasados indígenas.

Si bien la característica fundamental de esta ideología lingüística consiste precisamente en la manera en que opera la imbricada superposición e interpenetración/fusión de los tres polos de manera a construir y funcionar *como ecuación*, intentaremos hacer una distinción analítica en lo que respecta a dos de los signos ideológicos clave de la ecuación –“lengua” y “pueblo”– para enfocar específicamente en este capítulo las imaginarizaciones de *lengua* guaraní que se ponen en juego en este caso determinado. En el capítulo siguiente, nos centraremos en el otro componente de esta particular amalgama, para analizar de manera más específica cómo se concibe/imaginariza el *pueblo/nación*. Habiendo expresado nuestra pretendida/deseada intención, es necesario señalar que, por momentos, se vuelve difícil abordar separadamente ambos niveles, puesto que en muchos casos los mismos se significan relacionalmente, como se hace patente en las citas que iremos reponiendo.

Decíamos entonces que a nivel metacultural se ha naturalizado el imaginario del guaraní construido como lengua indígena, y que esta imaginarización –reificada, esencializada y primordializada– se convierte para el sentido común en símbolo “indiscutido” de la nación paraguaya. Según los diversos trabajos sobre ideologías lingüísticas que han recopilado Woolard Y Schieffelin (1994), en la noción de “lengua” de este tipo de construcciones prevalece *a grosso modo* la tendencia a imaginarizar las lenguas como entes aislados, circunscriptos a sí mismos, autónomos, y homogéneos, que no están en contacto con otras lenguas. Las autoras señalan que, de manera similar, se tiende también a pensar los otros dos términos de la ecuación: *nación* y *cultura*.

Desde esta noción de lengua como un todo homogéneo, casi concreto, también se imaginariza a la lengua como una sola, con límites fijos y finitos, velando con ello la dinámica histórica, las variaciones a través del tiempo, sobre todo los contactos con otras lenguas, las incorporaciones y, a su vez, los neologismos, los distintos dialectos, las variedades, etc. En consecuencia, se opacan así las interrelaciones, y las relaciones de poder que generan distinciones y jerarquías al interior de la comunidad de habla –las clases sociales, por ejemplo– que operan en y sobre las lenguas y los hablantes.

En este sentido, la relación entre el castellano y el guaraní también ha sido, y es recurrentemente imaginariada en términos dicotómicos: cada lengua es un polo discreto, finito, que responde a una determinada cultura y manera de “ser”; es decir, castellano y guaraní emergen como compartimentos estancos que son irreductibles. Por otro lado, y paralelamente, cada “lengua” es concebida como algo dado, que viene de la tradición y de la historia, patrimonio en el que está inscripto el modo de ser de un pueblo/cultura. Veamos concretamente como esto aparece en casos específicos.

Imaginarios nacionalistas hegemónicos y contrahegemónicos

Con respecto al imaginario del guaraní que prima en la Asamblea Constituyente del 67, hubo un absoluto consenso de que el guaraní era el símbolo del Paraguay y que “es un idioma en que habla el espíritu de este país.”¹⁴² Se afirmaba en el debate que: “[se debía]...defender el idioma *nativo* del pueblo (...) debemos actuar con absoluta responsabilidad y defender, además, la *cultura* de nuestro pueblo (...) el idioma guaraní, que es la expresión del *espíritu paraguayo*.”¹⁴³ Apelando explícitamente al mestizaje biológico como explicación/comprobación del hecho de que el “paraguayo” lleve en su sangre y exprese en/con su lengua la “cosmovisión” del antepasado indígena –“la raza guaraní”–, este idioma también fue definido y defendido en tanto “acervo”, patrimonio –herencia, digamos– que el estado moderno protege y vela.

Ya hemos visto que esta imaginariación de la lengua guaraní venía de una larga tradición nacionalista que nace con la Generación del 900¹⁴⁴. Gestada en base a la perspectiva científica de Bertoni y otros, la lengua “nativa” se va convirtiendo en un elemento esencial del pueblo paraguayo anclándose cada vez más a la “raza guaraní” y el “pueblo paraguayo” hasta convertirse, éstos dos en sinónimos. Ya con un carácter político explícito, las citas de N. González son más que elocuentes. Recordemos solamente que en *Ideología guaraní* este autor está hablando de la nación paraguaya.

¹⁴² Convencional R. Rolón. *Diario de Sesiones*. CNC, 1967: 75.

¹⁴³ *Diario de Sesiones*. CNC 1967: 50 y 51 (nuestros énfasis).

¹⁴⁴ Parte I, cap. 3.

Debido a que “ambas lenguas han entrado a formar parte del proceso de integración de nuestra nacionalidad”,¹⁴⁵ tanto guaraní como castellano se definen como idiomas “nacionales”. Y aunque en las distintas intervenciones de esta asamblea primaron las exclamaciones laudatorias sobre el guaraní, también se decidió que sólo el castellano podía ser de “uso oficial”.¹⁴⁶ Entonces, este llamado “renacimiento del guaraní” en verdad ancló y “consagró” la relación asimétrica entre ambas lenguas, y un imaginario dicotomizado que concibe castellano y guaraní como mundos separados que tienen ámbitos de uso, funciones y calificaciones distintas.

Ahora bien, este discurso oficial que logra prevalecer no fue avalado por todos los sectores del nacionalismo. Por un lado, podemos aludir a la posición de Helio Vera,¹⁴⁷ quien desde la perspectiva de una élite moral/intelectual visualiza despectivamente el imaginario hegemónico oficial en tanto discurso “patriotero y nacionalista de Stroessner”. Empero la relación lengua guaraní/pueblo paraguayo/cosmovisión indígena parece prevalecer también en sus comentarios críticos respecto de la oficialidad del guaraní, como queda esbozado cuando se refiere a la “mentalidad”/“cosmovisión” del paraguayo en la actualidad afirmando qué:

“Acá por ejemplo creen que la ley hace el ... el mito guaraní del valor mágico de la palabra...porque decía carpincho -la voz ‘carpincho’- y aparecía un carpincho (...) acá se cree que se pone la ley, mágicamente el guaraní va a resurgir de entre sus ...[cenizas...inaudible] y se va a encarnar en la misma raíz de la nacionalidad, en el alma del pueblo (...) no sé si es parte de la cosmovisión o de la ignorancia”¹⁴⁸

Con esta prolongación/superposición mito-ley, vemos que para Vera conviven en el paraguayo actual elementos del pasado indígena. En otras palabras, la forma de ser y las acciones del paraguayo hoy se significan en base a un pensamiento ligado a lo mítico que emana de la cosmovisión ancestral/tradicional del guaraní originario que impone –y a la vez ciñe a– una manera de ser y pensar “mágicos” e irracionales. Por implicatura, esta misma afirmación está actualizando el supuesto de que el castellano –en tanto lengua occidental y moderna– operaría más bien en base a la “intelectualización”, por medio de mecanismos explicativos racionales y lógicos que permiten entender el

¹⁴⁵ Convencional R.E. Velázquez. *Diario de Sesiones*. CNC 1967: 68.

¹⁴⁶ Por ahora señalemos que, si bien de manera un tanto opaca, se adujo en términos generales que “por razones de orden práctico” ello era “más razonable”, y que el uso oficial del español se había constituido ya en una “tradicición”.

¹⁴⁷ Abogado y escritor.

fenómeno desde otro nivel. Queda, a su vez, metapragmáticamente indexicalizado que el enunciador no está limitado –al menos exclusivamente– a la cosmovisión del guaraní y al tipo de acciones y pensamientos que parecen prevalecer en el Paraguay, acciones y pensamientos que –sugerentemente, también– se pone en duda si son producto de la “sabiduría del pueblo” o más bien de la ignorancia.

Por otro lado, el discurso hegemónico no sólo provocó reacciones entre los intelectuales sino también generó réplicas en sectores populares del nacionalismo, quienes manifestaron disensos en torno a la asimetría y desigualdad entre las lenguas. Por ello, desde una perspectiva relativista se sostiene que ambas lenguas –y ambas culturas– distintas y aisladas una de otra, tienen igual valor, por lo que deben ser consideradas y respetadas en las mismas condiciones.

En esta tendencia parecen enmarcarse las afirmaciones de Felix de Guaranía,¹⁴⁹ quien sostiene que:

“ en el Paraguay hay dos lenguas y prácticamente dos culturas (...) ambas igual de importantes.”

No obstante ello, la primordialización del guaraní como lo más profundo de la “paraguayidad”, hace que en última instancia prevalezca “lo guaraní” sobre todo lo demás:

“ El guaraní, me parece que es todo ... para el Paraguay. Este es un país en donde la cultura guaraní, lo folklórico que proviene del guaraní, se ha infiltrado en todos los poros, apenas le das una rascadita... y aparece.”

Es decir, más allá de lo aparente, a todo “lo paraguay” subyace la “cultura=lengua” guaraní,¹⁵⁰ como “cosmovisión” que, en tanto totalidad, es entonces la esencia de “la paraguayidad”. A su vez esta lengua es, y mantiene vivo, el legado de los antepasados indígenas:

“[la pasión por el guaraní me] viene de una vieja tía abuela [que] me enseñaba importantes rasgos de la cultura guaraní, porque ella descendía directamente de los indios...”

¹⁴⁸ Entrevista realizada, en Asunción el 26/05/00.

¹⁴⁹ Escritor y guaraniólogo. Todas las citas de Felix de Guaranía son de la entrevista que realizáramos en Asunción el 26/05/00.

¹⁵⁰ Durante la entrevista también señaló: “en su costumbre, en su manera de hablar, incluso la enorme mayoría de nuestra población que habla en castellano, que prefiere hablar en castellano, habla castellano traduciendo ... su pensar es en guaraní.”

Así como vemos que se piensa el guaraní como cualitativamente distinto del castellano, observamos a la vez que esto aparece apuntalado por el hecho de que esta lengua es pensada como aquello que constituye el legado de los originarios pobladores de esta tierra, transmitido de generación en generación hasta la actualidad. Desde este marco, por tanto, los guaraní-hablantes del presente se constituyen en los depositarios de esa cultura y, hasta cierto punto, en sus legítimos representantes.

3. Subjetivismo lingüístico

En estrecha relación con la valoración del guaraní como lo originario y primordial, las referencias a este idioma a menudo están entextualizadas según una retórica que aporta una fuerte carga emotiva. Según Rubin, la exaltación de las cualidades expresivas responde al hecho de que la construcción del vínculo entre esta lengua y los valores del “origen de la patria” hizo que el orgullo hacia el guaraní haya desarrollado una fuerte “lealtad lingüística” (Rubin 1974 :80-83).¹⁵¹ Junto al señalamiento y la exaltación de las cualidades expresivas con que se carga simbólicamente al guaraní, lo que este tipo de referencias indica es que en la imaginarización de esta lengua opera asimétricamente la ideología subjetivista del lenguaje.¹⁵²

A este respecto, notemos que tanto Herder como los movimientos románticos posteriores se han caracterizado por tender a una visión subjetivista que enfatiza explícitamente como valores lingüísticos la expresión y emotividad antes que a la racionalidad. De la mano de esta imaginarización, la “lengua nacional” emerge como “la expresión” de la esencia del pueblo –su “genio”–, quedando dotada de significaciones viscerales y emocionales.

Por ello, señala Voloshinov (1992: 118) que si bien el representante más grande y quien iniciara esta corriente fue Wilhelm Humbolt, “los románticos fueron los primeros filólogos de la lengua vernácula que intentaron reestructurar el pensamiento lingüístico en base a la vivencia de la lengua materna en cuanto mediación para el proceso

¹⁵¹ En conexión a la “lealtad lingüística” hacia el guaraní, Rubin también detecta ataques a esta lengua, entre quienes la postulan como causa del atraso y subdesarrollo del país. El castellano, por su parte, no es exaltado ni atacado. Es decir, uno se carga con valores que generan pasiones, mientras que el otro no.

generativo de la conciencia y el pensamiento.” Es decir, la lengua se construye como lo sustantivo y constitutivo del ser. Ligado a este componente emotivo, apelaciones a la noción de lengua materna como las que se dan en el debate del 67 –y como vimos, reaparecen en el debate del 92– ponen simultáneamente en juego aquello que sería constitutivo del individuo desde su nacimiento,¹⁵³ actualizándose así, de manera paralela, el discurso histórico hegemónico sobre el “origen” de la nación.¹⁵⁴

Con respecto a las propiedades/valores de la lengua concretamente, se afirma por ejemplo que el guaraní:

“Es uno de los idiomas más sabios y hermosos, más poéticos y filosóficos, y, a la vez, uno de los más antiguos del mundo, el más antiguo que se conoce (Jover Peralta en: Rona 1966: 236).”

Esta exaltación del guaraní proviene principalmente de la tendencia nacionalista y del discurso hegemónico dominante. En la Asamblea Constituyente del 67, las referencias al guaraní en estos términos fueron innumerables. Nuevamente a modo de ejemplo,

“Como hemos de desconocer, Ciudadano Presidente, toda la dulzura de nuestra lengua nativa, toda esa honda expresión de los vocablos en guaraní, esa lengua que (...) nos hace sentirnos hermanos como paraguayos, porque cuando el paraguayo habla en guaraní con el paraguayo, olvida todas sus malquerencias, sus diferencias, y sólo se siente paraguayo.”¹⁵⁵

Sugestivamente, en las argumentaciones de distintos sectores que enfrentan(ban) el discurso hegemónico también es recurrente la imaginarización del guaraní en los términos de la ideología subjetivista del lenguaje. Definido entonces como “expresivo”, “dulce”, “musical”, de carácter poético por su misma estructura lingüística –v.g., por el carácter aglutinante y onomatopéyico de sus palabras, por los “morfemas sin contenido

¹⁵² Esta denominación corresponde a Voloshinov, quien ubica en esta tendencia diversas corrientes lingüísticas (Voloshinov 1992 : 73 a 139).

¹⁵³ Recordemos cómo de Guaranía señalaba “su pasión” por el guaraní, con lo que también significaba con ello el carácter sustantivo que para él, particularmente, tiene esta lengua.

¹⁵⁴ En el caso del Paraguay está fuertemente arraigado en el imaginario colectivo que el origen del pueblo paraguayo es el mestizaje entre *la india* y *el conquistador* –y que el guaraní se mantuvo vivo gracias a ella, la madre, que lo criaba. La imagen de que el guaraní está sellado con la herencia materna surge claramente de la intervención de una convencional del 67: “Importantes señores/autoridades, Señor Presidente, sentados ahí, varios entre ustedes muy inteligentes/estudiosos (...) la mujer paraguaya aunque sea sumisa forma/enseña muy bien a sus hijos, y acá hay muchos señores que han salido sabios gracias a ella y que recibieron la luz, [fuego/vela] que incansablemente, aunque tenue, alumbró a nuestra patria/nación (Convencional D. Miño. Diario de Sesiones, CNC 1967: 56).” Vemos en este ejemplo cómo argumentar en términos de “alfabetización en esa lengua suya” asocia un *plus* emocional que actualiza simultáneamente “la madre” concreta y “la madre patria”.

¹⁵⁵ Convencional H.G, Lebrón. *Diario de Sesiones*, CNC 1967: 60.

conceptual” como dice Morínigo (1990:115)–, esta lengua es concebida como más capaz de expresar y producir emoción. Con respecto a ello, Morínigo por ejemplo señala que:

“Conviene tener en cuenta que español y guaraní, como expresiones de mundos culturales básicamente diferentes, tienen también procedimientos irreductiblemente desemejantes para la interacción individual. Antes recordemos que el español, como lengua indoeuropea y producto del mundo cultural de ese signo, practica la intercomunicación social y la atracción de la voluntad del que escucha apelando al razonamiento y hablando al entendimiento. (...) Es una lengua que habla a la razón, que trata de inducir al interlocutor a la acción convenciéndolo. El guaraní es la lengua que apela a la solidaridad del interlocutor por la simpatía, lo lleva a la acción influyendo sobre los sentimientos afectivos (Morínigo 1990: 115).”

Vemos entonces que, paralelamente al señalamiento de las cualidades intrínsecas del guaraní, aparecen en base a esta ideología lingüística –y en estrecha relación con el vínculo que se establece entre la lengua y “pueblo”/“grupo”– imaginarizaciones que distancian a cada una de estas lenguas, haciendo que lleguen a parecer irreductibles entre sí, y hasta inconmensurables. En este sentido, muchos autores también afirman que ciertas expresiones y significados del guaraní son intraducibles. Con respecto a ello, podemos ver cómo queda inscripto, tanto a nivel semántico como pragmático:

“La inserción en esa cultura –ya que no hay otro término más apropiado, si no es el guaraní *ñande reko*¹⁵⁶– es lo más importante que se aprende del guaraní (Meliá 1995: 61).”

Es decir, que hay “algo” en la lengua guaraní,–estrechamente ligado con una cultura/cosmovisión– que sólo es accesible para el guaraní-parlante.

¹⁵⁶ Lo nuestro, nuestra forma de ser.

4. Lo autentico y lo espúreo

Siguiendo con la construcción de imaginarios del guaraní, abordemos ahora las imaginarizaciones de una de las posturas más cuestionadoras del discurso hegemónico, en donde veremos cómo entra a operar fuertemente la carga de “autenticidad” que se otorga a esta lengua. En primer lugar, encontramos en esta cita específicamente una síntesis de buena parte de las voces que hasta aquí hemos repuesto:

“La lengua guaraní expresa un mundo propio, una historia, una cultura, una manera de aprehender y sistematizar experiencias. No hay que tener miedo en decir que el guaraní tiene su propia figura, sustenta una cultura determinada y se ha desarrollado para expresar un mundo que no es igual al que se dice en castellano. El guaraní corresponde todavía a una forma de vida que yo caracterizaría como una vida indígena vivida por una sociedad nacional: la paraguaya (Meliá 1995: 61).”¹⁵⁷

Como veíamos en citas anteriores, el énfasis puesto aquí en lo tradicional de la sociedad paraguaya remite a “una forma de vida” que, manteniendo su filiación con el pasado, consigue “todavía” persistir en el presente. Con respecto al guaraní, desde esta posición se sostiene también que como el guaraní paraguayo “guardó las categorías más profundas del guaraní (el original indígena) [sic] (Meliá 2000 :28)”, el guaraní hablante tiene una cultura y una identidad más valiosa y autentica. Concretamente:

“el guaraní nos sigue diciendo que el *pajagua máskáda*¹⁵⁸ es mejor y más nutritivo que la insulsa hamburguesa de McDonald’s (Meliá 2000:29).”¹⁵⁹

En este sentido, en la esencialización y reificación del guaraní a través de estas comparaciones se sustenta la noción de culturas como entes aislados unos de otros y distintos, con sus propios valores y creencias, básicamente incompatibles. Pero principalmente, se instauran en base a ello dos mundos en oposición que entablan una relación jerárquica entre las lenguas/culturas donde, desde esta perspectiva, el guaraní en tanto lo *primordial*, es cualitativamente superior.¹⁶⁰ Por ello la lengua metacomunica

¹⁵⁷ En ocasiones, “pueblo paraguayo” y “pueblo guaraní” aparecen como sinónimos (v.g., en Meliá 1999).

¹⁵⁸ Comida típica paraguaya hecha con carne molida.

¹⁵⁹ Con respecto a este mismo ejemplo:

P: ¿Y usted que piensa, por ejemplo cuando ve una publicidad de *Mc Donald’s* que dice *Mba-e’ichapa* ? (En una campaña publicitaria se escribió la palabra en guaraní –que es el saludo, “como estas”– con la M del logotipo de la empresa.)

R. Felix de Guaranía: ¿Quiere que le diga cual es mi? Lo digo siempre, y lo digo para reírme y para hacerle reír a los que están conmigo. Cuando yo veo uno de esos signos digo ¡*Mbore!*” / (“¡Las pelotas!”)

¹⁶⁰ Desde este marco se significa el título del libro de Meliá, *Una nación dos culturas* (1990), que, como señaláramos, fuera material de consulta en la constituyente –texto que se asienta en el supuesto de que a

esos valores, creencias, actitudes sobre otras dimensiones y relaciones sociales. Por ejemplo en este caso, vemos como entran a jugar categorizaciones y juicios de valor de manera explícita no solo sobre las lenguas sino también sobre las culturas y los grupos en sí mismos.

Sustentada en buena medida en la primordialización del guaraní, recurrentemente aparece la imaginarización del guaraní/lo guaraní ligado a los valores “auténticos” de la cultura que subyace a este idioma, por medio de lo cual se mantiene la tradición de el pueblo originario. Paralela y aparentemente, el castellano/lo hispánico pierde su esencia, incorporando “valores culturales foráneos”, como el “Mc Donald” –“se globaliza”, digamos también–. Es decir que la tradición en tanto “lo autentico”/ “verdadero” es pensado en el sentido de “lo dado” que se transmite y se mantiene de generación en generación.¹⁶¹

Desde esta perspectiva, entonces, cuando se dice que la cultura no es algo acabado ni que esté ya realizado de una vez y para siempre –menos aún “un depósito en el que se guardan los bienes y resultados culturales”, sino más bien una “energía creadora” (Meliá 1990:70)–, se concibe el cambio a través del tiempo como un proceso dinámico, pero “interno” a cada cultura, y circunscripto a lo que le es “propio”. En otras palabras, una reorganización fundamental y exclusivamente interna de los elementos que, por no haberse “contaminado” de elementos de otras culturas, son entonces imaginarizados como auténticos.

Así, en base a esta particularidad/especificidad del guaraní en tanto lo “genuino”, se construyen imágenes de lenguas/culturas –castellano-guaraní– según valoraciones distintas que, en base a los parámetros de “lo autentico” y “lo espúreo”, se vinculan también de distintas maneras con lo que se denomina la ideología del “purismo lingüístico”.

cada lengua le corresponde una manera propia, distinta, de “ser y estar en el mundo” y que disputan entre sí a “la nación.”

¹⁶¹“La cultura es un modo de ser propio por miembros de una comunidad histórica. Este modo de ser, que es fundamentalmente modo de hacer y modo de pensar, se explicita en formas de expresión que son formas de entender y de entenderse en el mundo e instrumentos para trabajar este mundo” (Meliá 1990:70).”

5. Purismo lingüístico

El fuerte lazo que se ha construido entre la lengua guaraní y la cultura que ella porta refleja también una articulación con el “purismo lingüístico” en base a estándares dobles que, estableciendo diferencias con el castellano, tornan sumamente paradójicas las relaciones entre ambos idiomas. Veamos.

Por un lado, el purismo lingüístico opera sobre el guaraní en relación a la carga simbólica que implica “la autenticidad” que se le supone, reforzando la imaginarización del guaraní como símbolo de la nación *porque* es “lo originario” y “verdadero” de la paraguayidad; siendo el “símbolo de *autenticidad* paraguaya (Gynan 1995: 2)”, la lengua se vuelve irrenunciable como diacrítico constructor de la identidad nacional, pues es el elemento que hace “única” a esta nación.¹⁶² Como corolario, se torna indispensable mantener –velar por– “la pureza” del guaraní. Es decir, por el hecho de ser la lengua “verdadera”, original/originaria, se dice que la misma no puede “contaminarse” ni cambiar, pues de lo contrario perdería su “esencia” y, con ello, se perdería también la “esencia del ser paraguayo”, el “genio y alma nacional”.¹⁶³

Por otro lado, al no ser símbolo de la nación, el castellano sí puede modificarse, incorporar palabras de otros idiomas, etc. Si el castellano “dice” *Mc Donald’s*, no pierde su “esencia” que, de todas formas, ya es espúrea. En otras palabras, mientras el castellano puede cambiar pues sólo es un “medio de comunicación”, hay un “*plus*” en el guaraní que conlleva que, si adopta términos de “otra cultura”, este idioma se “desestructure”, se “deslengue”, y puede desaparecer/morir.

A su vez, se afirma paradójicamente que si el guaraní incorpora hispanismos “se empobrece”:

“es un hecho que el léxico del guaraní [por la situación de dominación] no se ha desarrollado, más aún, se ha empobrecido. Ha seguido el camino fácil del préstamo directo, del hispanismo injustificado (Meliá 1990: 48).”

¹⁶² Se dice que el Paraguay es el único país, al menos en América Latina, en el que una lengua indígena es de uso extenso para la amplia mayoría de la población (Ver Corvalán 1981a, 1981b, Meliá 1992, Bareiro Saguier 1990, Meliá 1992, entre otros).

¹⁶³ Notemos que Alonso (1994) señala la contradicción que subyace a la idea de que algo transmitido “por la sangre” pueda, sin embargo, “perderse” a causa de determinados usos y/o prácticas sociales.

Paralelamente, se da por supuesto que cuando el castellano incorpora palabras de otros idiomas –fax, disquette, formatear, por señalar términos de un universo lingüístico acotado– el mismo en todo caso “se moderniza/actualiza/instrumentaliza.”

Entonces, cuando se afirma que el guaraní es una lengua que se ha empobrecido, cuando se valora el impacto del castellano en el guaraní como una pérdida del bagaje cultural “original y verdadero” de la segunda lengua, se pone de manifiesto un estándar de “purismo lingüístico” que opera de forma fuertemente asimétrica. Nos referimos a que el guaraní se valora desde parámetros distintos a los que paralelamente se usan en/sobre el castellano.¹⁶⁴ Por ello en este último caso los préstamos no parecen percibirse como “contaminación”,¹⁶⁵ ni constituirse en problema el hecho que el “castellano paraguayo” haya adoptado “guaranismos” que lo distanciaron de la versión hispana “original”.¹⁶⁶

En este sentido, se argumenta también que:

“...la ruralidad y domesticidad del guaraní no es tanto un concepto espacial cuanto un concepto semántico: es el discurso de lo rural y lo domestico el que se hace en guaraní (...) mientras que los campos semánticos que se da en llamar técnicos, académicos, administrativos (...) tienen su realización ‘obligada’ en castellano. [y por ello es una “situación diglósica”,¹⁶⁷ pero a su vez] ...es impensable la transferencia de este “techo” lexical [del campo semántico del castellano] más o menos actualizado al guaraní paraguayo, que acabaría desintegrándolo por la invasión de neologismos que ello forzosamente implicaría” (Roa Bastos s/f : 44).

En esta cita vemos cómo, por un lado, ambas lenguas se circunscriben simultáneamente por coordenadas espaciales que las ubican diferencialmente de acuerdo con sus supuestos ámbitos de uso, como también por campos semánticos distintivos que están en concordancia con sus respectivos universos lexicales. Así, mientras el castellano es

¹⁶⁴ Con respecto a esto, la postura de Meliá, aunque oscilante, parece ser distinta. Concretamente, considera que “el castellano hablante en Paraguay tiene una lengua más empobrecida que los guaraní hablantes”, pues el castellano “es la lengua que históricamente ha presentado mayor reduccionismo.” (Meliá 2000) Veremos en el capítulo siguiente que lo que aquí entra en juego es la concepción de “nación” que, en Meliá, es radicalmente distinta del común. Para Meliá, el guaraní se ha empobrecido a causa de la dominación que el estado ejerce sobre el pueblo, aun cuando el estado castellano-hablante no llega por esta vía a conformar una “nación”. Por ello, si el guaraní es para Meliá una lengua “mejor”, es “porque guardó las categorías más profundas del guaraní”, del original indígena (Meliá 2000: 28). Ergo es más pura, está más cerca de su versión original/verdadera ligada a la nación guaraní indígena. En todo caso, lo que nos interesa remarcar aquí es que, por más que explícitamente este autor sostiene que “no propugnamos un purismo teórico (...) ya que las lenguas puras sólo son creaciones de malos literatos, que han olvidado que la lengua es ante todo un hecho social (Meliá 1990:48)”, tanto la imaginización del guaraní como la del castellano –así como la concepción de *cultura*, principalmente- que trasunta Meliá operan en base a un purismo lingüístico que espera que la dinámica de cambio de cada idioma responda, en este marco específico, a la energía propia de cada cultura exclusivamente.

¹⁶⁵ Por ejemplo: “...alguna que otra expresión guaraní, engarzada en el lenguaje ‘culto’, viene a colorear el castellano paraguayo, como un naranjo en flor surge en una calle céntrica asfaltada; tiene su gracia (Meliá 1990:48).”

¹⁶⁶ En *Calcos sintácticos del guaraní en el español del Paraguay*, De Granda (1979) analiza específicamente este hecho, y ofrece innumerables ejemplos del impacto del guaraní en el castellano paraguayo.

índice del mundo urbano –donde se ubican determinadas instituciones que organizan/controlan la nación, por lo que consecuentemente representa la esfera pública– el guaraní se delimita dicotómicamente, a partir de “lo rural y doméstico”, siendo definido por oposición como periférico.¹⁶⁷ Vemos también cómo este purismo lingüístico que asimétricamente pesa sobre la ponderación de los cambios en el guaraní se traslapa a su vez con un paradigma cultural relativista donde la lengua queda tan estrechamente ligada a la cultura que ambas son congeladas y visualizadas como patéticamente circunscriptas solamente a su “código” propio.

En palabras de J. Lucy (1997), como premisa teórica que sugiere que la lengua influencia la manera de pensar determinando una manera única y propia de interpretar y construir el mundo, el *relativismo lingüístico* puede operar como hipótesis guía, como punto de partida fértil para investigaciones concretas. Pero la naturalización del concepto al nivel de representaciones sociales cierra el debate y el espacio de reflexión que dicha hipótesis abre/posibilita, en la medida en que desde el sentido común ambos dominios (lengua y cultura) tienden a operar de manera dogmatizada como rótulos intercambiables que, entre otras cosas, silencian los distintos clivajes (clase, religión, escolarización, género etc.) que van re-posicionando diferencialmente a los distintos actores sociales. En tanto doxa, entonces, el relativismo lingüístico y el relativismo cultural conciben al lenguaje y a la cultura como entes puros, incontaminados, que se mantienen/transmiten a través del tiempo de manera aislada –sistemas cerrados en sí mismos, sin mayor relación con los procesos históricos, sociales, etc–

Otro haz de sentido que también suele asociarse a premisas regidas por estándares de purismo lingüístico se enmarca en lo que Voloshinov (1992:79) identifica como tendencias propias del subjetivismo lingüístico, en lo que hace a concebir el lenguaje como “una *energeia* creadora”, siendo “el motor principal de la creatividad lingüística (...) el *gusto lingüístico*, que es una especie de gusto artístico”. Con respecto a esto recordemos que ya en Montoya encontrábamos referencias sobre el guaraní como una

¹⁶⁷ Nos detendremos en “la diglosia” en el capítulo siguiente.

¹⁶⁸ En esta cita también resuena otro de los esquemas dicotomizados y dicotomizadores en base a los cuales se ha imaginizado la relación castellano-guaraní: “rural-urbano”. Partiendo de los conceptos *folk* y *urbano* del paradigma relativista propuesto por Redfield, fueron Garvin y Mathiot (1956) los primeros en pensar en base a estos términos el caso del bilingüismo en el Paraguay. También Rubin en su trabajo apela a ellos y señala la dicotomía guaraní=ámbito rural/ castellano=ámbito urbano, para referirse a los ámbitos de uso predominantes de cada una de las lenguas. Veremos en el siguiente capítulo específicamente la entextualización de estos dos términos en el esquema propuesto por Corvalán (1981b), y las implicancias que ello tiene en la imaginización del Paraguay como “nación bilingüe”.

lengua de “belleza” sorprendente, de una capacidad expresiva “extraordinaria”, y de cualidades intrínsecas que la hacen distinta de las demás. Y parece ser que las expectativas con respecto a los particulares valores “estéticos” y “expresivos” del guaraní siguen operando sobre las imágenes de esta lengua en la actualidad. Haciendo referencia a la importancia de la política lingüística para el guaraní, se afirma por ejemplo que:

“No basta saber escuchar y hablar para entender y ser entendido, sino que [es necesario que] esta comunicación se dé con buen gusto. (...) porque hablarla bien supone prestigio y produce placer en el oyente (Meliá 1999:25).”

En ponderaciones como la precedente, el valor de una lengua queda además relacionado con la capacidad de “buena” expresión por parte de los hablantes, donde el valor de lo dicho depende no sólo del contenido, sino de la forma en que se lo dice. El énfasis puesto en la competencia lingüística como determinante de la comunicación (competencia basada en el adecuado manejo de las “reglas” de la lengua) se articula sobre todo con posturas centradas en una ideología de objetivismo lingüístico a la que haremos referencia más adelante. Lo que nos interesa en todo caso señalar aquí es que, sea explícito o encubierto, el ideario purista puede resultar en políticas que –buscando operar sobre cada lengua en sí misma– procuran la promoción de una determinada versión frente a otras, esto es, frente a las distintas variedades y/o dialectos que se generan a través del tiempo y que coexisten entre los hablantes de la misma comunidad lingüística. En base a esta versión “correcta” (a menudo considerada como ícono de “la” lengua), se determina lo que se considera buen o mal gusto lingüístico. Este “(buen) gusto lingüístico” –determinado “arbitrariamente” según distintas motivaciones– tiene en todo caso implicancias valorativas que alcanzan a los hablantes, pues se considera que:

“...toda lengua es un gran tesoro de potencialidades que sólo se actualiza a medida que la persona las ejercita (...) Ahora bien, ese uso siempre debe ser ejercido con mayor perfección. El uso puede ser incipiente, rutinario, incorrecto, sin gracia, sin gusto, sin ton ni son, pobre, ridículo o desagradable; y por el contrario, excelente, creativo, adecuado, agradable dulce apropiado, rico, digno o atrayente (Meliá 1995: 59-60).”

En suma, la lengua guaraní puede ser una lengua muy expresiva y maravillosa, pero lo que hablan los hablantes no necesariamente es considerado como algo valioso que se

debe velar y proteger. Y en este sentido, el grado de “competencia lingüística” no solo se refiere al conocimiento o desconocimiento de las normas que regulan el uso de la lengua, sino que también metacomunica valoraciones sobre los hablantes. Diríamos a este respecto que, así como los referentes sociológicos ideales que subyacen a “la” versión canonizada por el purismo lingüístico presuponen y crean un hablante igualmente “puro”, “culto”, con “buen gusto”, las versiones devaluadas del idioma tienden a asociar por implicatura una imagen de hablante igualmente contaminado y espúreo.

6. Estándares dobles: implicancias de la asimetría castellano – guaraní.

Retomando la dinámica del doble estándar, tanto Rubin (1974) como Rona (1966) señalaron ya desde la década del 60 que las actitudes de los hablantes con respecto al guaraní y al castellano recibían valoraciones distintas, “exclusivas” y “distintivas”. Así como veíamos que el guaraní podía ser considerado la lengua de “orgullo”, al castellano le corresponden tropos de “prestigio” y “ascenso social y económico”.¹⁶⁹ Vemos entonces cómo, en un sentido, ambos imaginarios se complementan, por lo que dependiendo de cuál sea la lengua que se establece como el punto de perspectiva, se puede argumentar en los mismos términos la reivindicación o la descalificación del guaraní.

¹⁶⁹ Señalemos también que, partiendo del análisis de Rubin (1974), De Granda (1981) sostiene que de acuerdo con sus investigaciones de campo realizadas más de una década después –1977/79– se comprueba que los paraguayos bilingües también expresan lealtad y se enorgullecen del “castellano paraguayo”; como así también que el guaraní es asimismo lengua de prestigio, en el sentido que en ciertos contextos se valora hablar guaraní; y por último que, en los ‘80s no hay ya ataques hacia el guaraní. Son interesantes los resultados presentados por De Granda, así como es encomiable su intención de hilar más fino en las tendencias generales que señala Rubin. No obstante, no encontramos en toda la bibliografía consultada ninguna otra referencia a que el castellano “paraguayo” tenga una carga emotiva y afectiva homologable a la del guaraní. En segundo término, mantenemos el concepto de Rubin de “prestigio” en términos de ascenso social y económico que creemos está estrechamente ligado al poder político que supone el estatus de lengua “oficial”. Desde esta acepción del término, De Granda por cierto también concuerda con lo señalado por Rubin. Con respecto a la inexistencia de ataques al guaraní como tercer punto señalado por De Granda, nos parece que el debate constitucional del 92 muestra que no todos piensan como este autor y que, en ciertos contextos, hablar guaraní sigue siendo un estigma. Finalmente, creemos importante señalar que de acuerdo con el material bibliográfico en que nos hemos basado, los términos con que se expresa lealtad y orgullo hacia el guaraní han ido efectivamente cambiando. Primeramente, durante el auge nacionalista de la dictadura, los términos son más grandilocuentes y pomposos, ligados a la historia oficial, a la grandeza de la nación, y a la “raza guaraní”. Luego, y tal vez por la influencia de trabajos académicos lingüísticos y sociolingüísticos, el discurso parece tender a adjetivaciones más discretas y austeras, como la “flexibilidad”, “riqueza expresiva”, “creatividad” y el “carácter poético” que distingue esta lengua del castellano. Convertido el idioma guaraní en *tema* del horizonte discursivo tras el reconocimiento constitucional de la co-oficialidad, se pueden concurrentemente escuchar valoraciones más propias de otras épocas, como por ejemplo que el guaraní “es la lengua más bella del mundo” (Meliá: en Radio Nanduti. 17-01-99). En todo caso, este capítulo procura detectar y reponer imaginaciones del guaraní que se han naturalizado. A este respecto, los

A modo de ejemplo, retomemos el debate de 1967. Resulta sugestivo que, a pesar de que hubiese absoluto consenso sobre la importancia y el valor del guaraní, tanto posiciones pro y contra la oficialización indistintamente coincidieran en que este idioma –en tanto lengua nativa, autóctona, originaria– no tenía las mismas características y capacidades que el castellano, debido fundamentalmente a la inexistencia de ciertos términos indispensables para dar cuenta del mundo moderno. Hubieron sin embargo numerosas intervenciones en guaraní, desde las distintas posiciones.¹⁷⁰ E inclusive hubo quien, desafiante, fundamentó en guaraní su voto, “para que vean ustedes cómo un concepto constitucional se puede expresar correctamente en nuestro idioma vernáculo.”¹⁷¹ Lo hizo paradójicamente para votar en contra de la oficialización, tal vez conciliándose así con su bancada. Señalando entonces que “no tenemos porqué incurrir en una transición brusca”, también afirmó que “nuestro idioma aún no tiene una gramática o escritura uniforme.”¹⁷² En este sentido, por la falta de consenso con respecto al registro escrito y sobre las reglas gramaticales, se dijo allí que en el guaraní aún persistía la “anarquía”.

Entonces, si el guaraní es una lengua delimitada por el universo tradicional y rural/indígena, incapaz por tanto de dar cuenta del mundo moderno, se torna “indiscutible” –incluso para quien fuera el principal propulsor de la oficialidad del guaraní en aquella instancia– el hecho de que el guaraní no puede cumplir las mismas funciones que el castellano:

“Vayamos al problema de la comunicacion internacional y aceptemos las limitaciones que tiene este idioma [el guaraní], que por ser precisamente genuino nuestro, no tiene la universalidad como para conocer culturas, expresiones de arte y otras manifestaciones del pensamiento.”¹⁷³

Así, las estrategias argumentativas puestas en juego por distintas intervenciones se construyeron en base a una asimetría fundante que hizo innecesario siquiera rebatir o enfrentar los imaginarios del guaraní y del castellano que prevalecieron en dicha

aportes de De Granda no parecen reflejar las nociones sobre el guaraní que predominan en el sentido común en el Paraguay.

¹⁷⁰ Desde el oficialismo, tanto del sector dominante como quienes se permitieron “ser disidentes” y defender la oficialización; desde la oposición, ya sea para desafiar a los nacionalistas, para mostrar fisuras y desacuerdos al interior del propio bloque, o también para alinearse con el discurso oficial.

¹⁷¹ Convencional Manuel Frutos Pane. *Diario de Sesiones*, C.N.C. 1967: 53.

¹⁷² Convencional Manuel Frutos Pane. *Diario de Sesiones*, C.N.C. 1967: 53.

¹⁷³ Convencional F. Levi Ruffinelli. *Diario de Sesiones*, CNC 1967: 46.

disputa. Simultáneamente, el sector dominante construyó a partir de ello “la realidad”, velando y/o justificando así la relación asimétrica.¹⁷⁴

Entonces, concebir las lenguas en base a cualidades y capacidades distintas, ya sea por el “tipo” de lengua, por las características “intrínsecas”/“formales” de las mismas, o por la situación de dominación tiene múltiples consecuencias prácticas e implicancias ideológicas que parecieran “fomentar” el “problema” del guaraní en el Paraguay. Porque así como se piensa que el castellano es una lengua “más capaz” y “más racional”, en ningún momento se afirma por ejemplo que el castellano “necesita” incorporar expresiones de la lengua vernácula *porque* es “menos capaz” para expresar las sutilezas y la riqueza del guaraní. De manera bastante compleja y paradójica, en la afirmación de que ciertas expresiones del guaraní son intraducibles, podría quedar paralelamente implícito que el castellano sería “menos capaz” en ese aspecto. No obstante, lo que queremos señalar es que no es esto lo que parece operar al momento de señalar/describir las funciones y capacidades del castellano. En términos del discurso explícito, se suele señalar aquello que el guaraní no tiene/toma del castellano, pero se deja siempre desmarcada la ecuación inversa, a pesar de que –como señalan varios autores¹⁷⁵– el (buen) castellano que se habla en el Paraguay (el “castellano paraguayo”) se ha distanciado considerablemente de la variedad normativa hispana, adoptando expresiones e inclusive estructuras sintácticas del guaraní.¹⁷⁶ Llamativamente, lo que sí aducen muchos es que el castellano que hablan los *guaraní hablantes bilingües “incipientes”* es un mal castellano simplemente porque *ellos* no manejan “bien” este idioma.

Paralelamente, como para seguir siendo “más expresivo” el guaraní debe limitarse exclusivamente a la visión del mundo tradicional/ancestral, el guaraní no puede *ni podrá* dar cuenta del mundo moderno, habida cuenta de que cualquier incorporación conlleva “contaminación” y con ello la “pérdida” de lo que le es propio. Esto es, como aquello que le es propio está circunscripto y encerrado en una determinada cosmovisión, no parece en definitiva posible que deje de ser “menos capaz” sin perder en el intento las cualidades (pureza/autenticidad) que lo enaltecen.

¹⁷⁴ Curiosamente, quienes promovían la oficialidad del guaraní argumentaron la necesidad de otorgarle dicho estatus para incentivarlo/mejorarlo, de modo que tuviera las mismas funciones, capacidades y ámbitos de uso que el castellano.

¹⁷⁵ De Granda (1979), Tovar (1964).

¹⁷⁶ Y aquí, vuelve a ser interesante la cita a pie de Meliá sobre el empobrecimiento del castellano, porque en este sentido, es una voz solitaria.

Anclando estándares dobles, las ideologías lingüísticas que subyacen a las imaginarizaciones del castellano y el guaraní afectan tanto la manera en que las lenguas son interpretadas por los sujetos, como la forma en que son interpretados y se interpretan a sí mismos los hablantes de cada lengua. Al alentar la formulación de ecuaciones del tipo *idioma guaraní=raza guaraní* o *guaraní=rural / castellano=urbano*, las ideologías lingüísticas reinscriben interpretaciones sobre las relaciones sociales, interpretaciones entrelazadas con ideologías socio-políticas y/o étnico culturales (Woolard y Schieffelin 1994: 61). Así, en contextos multilíngües donde entran en contacto dos o más lenguas imaginarizadas desde estándares dobles, su definición relacional se carga de acentos ideológicos que simultáneamente hacen referencia a –y jerarquizan– las “cualidades/valores/propiedades” comparativas de sectores, grupos o pueblos entre sí.

Hasta aquí, hemos señalado cómo las dos lenguas de uso extendido en el Paraguay son clasificadas en base a parámetros que sirven para fijar de manera asimétrica su carácter *genuino-espúreo* (estrechamente ligado al relativismo y al purismo lingüístico); su pertenencia *rural-urbana* (según los léxicos y ámbitos de uso); o su capacidad *racional-emocional* (en base a criterios de una ideología subjetivista del lenguaje que dirime el valor de una lengua por su capacidad expresiva de las emociones). Señalemos también que las clasificaciones que se basan en las capacidades/cualidades que se supone corresponden a la norma desmarcada jerarquizan por oposición, según lo que *no* se detecta en las demás lenguas o variedades. Por todo ello, según Woolard y Schieffelin (1994) este tipo de construcciones ideológicas¹⁷⁷ responden más bien a estrategias de dominación social que a características "intrínsecas" de una determinada lengua. Y en este sentido, muchas veces “las reivindicaciones” del guaraní paradójicamente han enfatizado y ahondado la relación asimétrica, llevando con ello a mantener la discriminación. Como lo dice Plá con su acostumbrada ironía:

“La emocionalidad busca la vía vernácula; el intelecto la hispánica. Esto lo han señalado repetidamente cuantos hacen la apología del guaraní, sin darse cuenta quizá que con ello señalan el ámbito de cada idioma, sus limitaciones y a la vez y sobre todo, sus perspectivas (Plá 1970: 12).”

¹⁷⁷ El otro criterio de clasificación que resulta fundamental en este caso es “atrasado”/“moderno” que veremos específicamente en el capítulo siguiente.

7. Imaginario de 1992

Recordemos la retórica de los dos artículos constitucionales que hemos tratado en el capítulo anterior –artículos en los que se procura dar por supuesto que guaraní y castellano son *obviamente* “lenguas oficiales”, ergo, en principio iguales en estatus y valor–. En apariencia entonces –y por lo que parece ser el discurso explícito preponderante– muchos de los imaginarios lingüísticos sobre el guaraní y el castellano que hemos repuesto en este capítulo no debieran operar ya en esta etapa. Sin embargo, al rastrear escritos y publicaciones de algunos de los constituyentes que fueron participantes clave en este debate encontramos entextualizaciones basadas en supuestos que abonan las construcciones y estándares que hemos explorado en este capítulo – entextualizaciones que sugieren que, entre quienes se constituyeron en promotores de la oficialidad del guaraní en 1992, también persistían (y persisten) imágenes lingüísticas dicotómicas, asentadas en buena medida, en las ideologías lingüísticas que venimos señalando–.

Convencidos de que el ejercicio de reconstruir el horizonte discursivo coetáneo a la última reforma ayuda a entender mejor no sólo las motivaciones e implicancias que llevaron a definir el Paraguay como un país bilingüe sino también las tensiones generadas en los debates de 1992 por la inscripción de nuevas perspectivas (“la oficialidad” pretendida) sobre una *doxa* fuertemente anclada, este acápite introduce y analiza testimonios extraconstitucionales de convencionales e intelectuales que operaron de referentes y portavoces de las modificaciones introducidas.

Decía poco tiempo antes a la reforma del 92 un convencional:

“No tenemos por qué renunciar a ninguna de nuestras lenguas nacionales. La alfabetización en lengua materna nos ha de permitir afirmar la confianza en nuestra cultura raigal –la desfavorecida– a fin de realizarnos integralmente en nuestra condición de ciudadanos de un país bilingüe, cuya identidad abreva en ambas fuentes nutricias (Bareiro Saguier 1990: 205).”¹⁷⁸

Como defensor de la oficialidad del guaraní y de la enseñanza en ambas lenguas oficiales, nos interesa ver cómo Bareiro Saguier naturaliza la idea recurrente de que a cada lengua le corresponde una cultura. También opera fuertemente en esta entextualización la primordialización del guaraní. Si bien ambas lenguas/culturas

¹⁷⁸ Ya varias décadas antes, este autor peleaba por la lengua guaraní desde la argumentación de que la educación en lenguas maternas es uno los Derechos Humanos Universales del Hombre. (En Bareiro Saguier 1990)

conforman la identidad del paraguayo, hay una diferencia jerárquica que hace que, paradójicamente, “la desfavorecida” opere como punto de partida, como raíz de la identidad del paraguayo, en todo caso *porque* la lengua guaraní está históricamente –ya desde antes de la conquista– más profundamente *arraigada* en la *tierra* paraguaya.

En este sentido, si bien el autor aclara que “cuando digo **‘lengua guaraní’** o **‘cultura indígena’** me refiero a los elementos que de ellas quedaron en el habla y la cultura mestizas (Bareiro Saguier 1990: 90)”, no por ello deja también de afirmarse que algo de aquello “originario” sigue presente hasta hoy en “nuestra cultura raigal”. A este respecto, el mismo autor argumenta que en la obra literaria de numerosos autores latinoamericanos de la modernidad que escriben en castellano subyace la matriz cultural y la cosmovisión indígena de sus antepasados, señalando en el caso de Roa Bastos particularmente, que este escritor:

“...no puede escapar al universo cultural del guaraní, que es como la materia placentaria en que está inmerso el paraguayo (Bareiro Saguier 1990: 68).”

Encontramos entonces también en Bareiro Saguier una esencialización de la lengua guaraní como portadora de una cosmovisión que conforma un “pueblo” y su identidad nacional. Junto a ello va su primordialización como “raíz” de la paraguayidad, raíz hundida en un origen “placentario” que, como metáfora biológica, reifica la matriz lingüístico-cultural, a la par de convertirla en una “cosa” natural.¹⁷⁹

8. Función literaria

Partiendo de la referencia al escritor Roa Bastos, veamos cómo el parámetro de la función literaria también ha operado de manera recurrente en la construcción de la relación asimétrica entre el castellano y el guaraní. Abordando desde este nivel la tensión entre los dos idiomas, se hace particularmente visible que dicha asimetría se asienta en la intersección e interjuego de dos concepciones de cultura distintas. Por un lado, la noción occidental jerarquizante de “cultura” en tanto desarrollo evolutivo, rango

¹⁷⁹ Corresponde empero señalar que, en referencia al proceso histórico, también destaca Bareiro Saguier que “esa **expresión dialectal** [el guaraní] ha tenido un comportamiento sociolingüístico de mucho dinamismo y gran ductilidad, lo que aseguró su supervivencia como lengua viva (1990: 197).” (Énfasis nuestro)

superior, donde la producción literaria se concibe como obra artística. Por el otro y simultáneamente, la noción de “cultura” que proviene de Herder, quien propone pensar en términos de *culturas* antes que de *Cultura*, en el sentido de *productos culturales* como expresiones de un pueblo o grupo particular.

Primeramente, sostiene Meliá que “de hecho, una visión panorámica sobre la producción en prosa en guaraní moderno parece reducirse a unos pocos títulos y magro volumen (1992: 237).” Y en este sentido, el padre Guasch también había expresado ya que:

“Abundan por doquier las revistas repletas de versos. En cambio la prosa ya es harina de otro costal. En guaraní moderno poca prosa se ha escrito. Razón para agradecer más y más la colaboración de los noveles autores que rompen brecha. (...) Marcan un resurgimiento [estos pocos autores] y nueva floración del *avañe’é*, lengua antigua, enraizada en lo más profundo del alma paraguaya (En Meliá 1992: 238).”

Partiendo del supuesto de que los géneros literarios, y muy particularmente la novela, distinguen y jerarquizan a las lenguas, la escasa producción de novelas en guaraní es una preocupación que debe ser subsanada. Concretamente, ello sería índice de un rango/capacidad menor que contradice las cualidades declamadamente superiores del guaraní. A lo sumo, entonces, se ha llegado en este caso a escribir poesía, letras de canciones, o a transcribir los *ñeenga* o dichos, géneros de expresión de la cultura popular que, estando en su mayoría en *jopará*, son sin duda menos “prestigiosos” que los versos de los noveles escritores cultos que Guasch señalara en la cita anterior, es decir, esos artistas cultores de “prosas diáfanas, puras, castizas [que no tienen] ni una palabra de jerigonza o *jopará* (Guasch, en: Meliá 1992:238).”

Con respecto a esto, digamos que los supuestos de la literatura occidental se asientan por un lado en Herder –quien afirmaba que la verdadera esencia del espíritu alemán estaba en la literatura/poesía folklórica (Wilson 1973)– y por otro en la importancia que, como indica B. Anderson, tuvieron las “novelas nacionalistas” y el *texto escrito*¹⁸⁰ en las naciones emergentes en el siglo XIX y en la formación del nacionalismo mismo.

¹⁸⁰ Lo que veremos será muy importante en relación con la literatura escrita en guaraní, teniendo en cuenta el hecho de que desde diversas posiciones se sostiene que el guaraní es/se ha mantenido como lengua eminentemente oral.

En todo caso, en Paraguay la clasificación jerárquica de las lenguas en base al parámetro de la función literaria ha sido operativa para desprestigiar al guaraní. El hecho de que no haya novelas en esta lengua ha dado lugar a que la misma sea juzgada como una lengua menor. A la vez, la necesidad misma de que una lengua sea literaria es ya de por sí índice de la ideología lingüística que a esa concepción subyace, como así también “motivo/razón” por el cual se puede construir y legitimar la asimetría. Precisamente por ello, *la función literaria*, como se la denomina desde la sociolingüística principalmente, ha sido un tópico fundamental para quienes luchan por reivindicar el guaraní. En breve, movimientos de reivindicación de la lengua discriminada enfrentaron ese discurso descalificador en base a los mismos supuestos y concepciones de lengua que instauraron la discriminación. En este sentido, la disputa sobre el papel del guaraní en la literatura paraguaya ha sido larga y bizantina, haciendo convergir en torno parámetros coincidentes tanto a quienes buscan en la función literaria un argumento para demostrar el rango “menor” del guaraní y justificar la asimetría, como entre quienes reivindican esta lengua.¹⁸¹

Centrándonos en casos concretos, ilustraremos sólo algunas posturas que parecen dar cuenta de opiniones encontradas. Autores como Bareiro Saguier, por ejemplo, expresan su preocupación sobre la situación de la literatura en el país y la falta de, o escasa, literatura en guaraní que existe en el Paraguay. No obstante, enfrenta a aquéllos que consideran que esto se debe a las limitaciones intrínsecas del guaraní:

"La narrativa paraguaya tiene una particularidad con respecto al resto del continente. Esta característica distintiva es la resultante de la situación de bilingüismo, tanto más que se trata de un proceso de relativa diglosia, como bien lo demuestra Bartolomeu Meliá (Bareiro Saguier 1990: 149)."

Así, resaltando que el guaraní hace al Paraguay distinto y *único*, este autor considera que el letargo, o lento desarrollo de la literatura paraguaya no es producto de las características propias de la lengua guaraní, sino del “proceso condicionador colonial [por el cual] se nos ha inculcado que la Obra de Arte sólo puede darse en una lengua ‘superior’, la del dominador (1990: 150).”

¹⁸¹ Plá, 1970 y 1975; Bareiro Saguier 1980 y 1990; Roa Bastos (s/f); H. Rodríguez Alcalá 1990; Meliá 1992; entre muchos otros

Con respecto al carácter predominantemente oral del guaraní como limitación, otros autores en cambio señalan que:

“...el hablante guaraní paraguayo sólo con denodado esfuerzo consigue ser escritor de literatura narrativa, como si la oralidad estuviera tan adherida a su contextura interna que impidiere fijarle otra expresión por separado, un vestido que no le va (Meliá 1992: 237).”

Es decir que, el tipo de lengua mismo tiene implicancias sobre las (in)capacidades de los hablantes, por lo que en torno a la literatura en guaraní y/o la literatura paraguaya, también se dirimen las capacidades de los hablantes, –y sus limitaciones, parafraseando la aguda afirmación de Plá antes citada–. En otras palabras, para estas perspectivas la producción literaria sería un disfraz para el paraguayo, pues la escritura no correspondería a “su naturaleza”, a su “modo de ser” circunscripto por su cultura=lengua.

Pero más allá de si la literatura paraguaya es producto de la situación de dominación del guaraní, o de la limitación “intrínseca” del idioma, lo que nos interesa remarcar aquí es que el solo hecho de pensar en términos de la literatura en guaraní y fomentar la producción literaria en esta lengua implica ya que la *literatura* es un parámetro por todos avalado en esta confrontación, parámetro que otorga y reconoce estatus en base a una clasificación y categorización cuya “norma” ha sido establecida desde y por las lenguas occidentales “modernas”. No obstante ello, se sigue “buscando” el/lo guaraní en autores de trayectoria,¹⁸² y se sigue intentando alentar y difundir la producción de novelas en guaraní.¹⁸³

Este parámetro de clasificación del guaraní con respecto a la existencia o no de un corpus de textos especialmente literario ha sido operativo ya desde mucho antes. En este

¹⁸² Según Livieres y Davalos (1969), en el escritor Gabriel Casaccia sí se transmitiría aquello que subyace a la cultura paraguaya/guaraní. Curiosamente, dicen al respecto: “Pero donde se revela propiamente el mundo introvertido y parco del paraguayo medio –introversión debida a la *pobreza idiomática*– es en la novelística desmitologizante de Gabriel Cassacia; sus personajes, de intensas representaciones mentales, despliegan una casi muda elocuencia, en contraste con una bullidora emotividad. En definitiva, la situación de ambas lenguas muestra al Paraguay como un país escindido en dos mundos lingüísticos, en un conflicto que no llega a plena conciencia (1969:60; nuestro énfasis).”

¹⁸³ A modo de ejemplo: “Tadeo Zarratea acepta el reto de escribir la primera novela en guaraní paraguayo, *Kalaño Pombero* (1981), donde la voluntad de mostrar las posibilidades estilísticas en esa lengua son manifiestas; y este rescate de la lengua significa a su vez la liberación de un pueblo socialmente –y lingüísticamente– oprimido (Meliá 1992: 238).”

sentido, una de las tensiones fundantes con respecto al estatus devaluado del guaraní se vincula al carácter oral que según muchos ha prevalecido, a pesar de la difusión de la escritura realizada por los franciscanos y jesuitas a partir del 1600.

Recordemos a este respecto que, según el esquema propio de aquella época, la necesidad de “evangelizar” a la población indígena llevó a elaborar una escrituración del guaraní iniciada aparentemente por fray Bolanos, escrituración que respondió al esfuerzo por demostrar que el guaraní era una lengua tan maravillosa que podría ser “como” una lengua europea, con diccionarios y gramáticas –ergo estandarizada–. Recordemos también las referencias al “guaraní jesuítico” o “clásico” concebido como lengua culta por tener un registro escrito, gramáticas, diccionarios, y hasta por cumplir también una función literaria. Paralelamente a esta valoración del guaraní jesuítico, siempre han discurrido imágenes del guaraní criollo como código que *solamente* cumplía la función de lengua coloquial y de comunicación en una sociedad que, viviendo un rápido proceso de mestizaje, quedaba simbólicamente connotada por tropos de “mezcla”, “mezcolanza”, pérdida de lo autóctono, etc..

En líneas generales, la categorización en base a la función literaria responde al supuesto de que las lenguas europeas y modernas son “mejores” y más “desarrolladas”, “cultas”, mientras que las vernáculos, en general, orales, son “incultas”, menores, etc.. Por ello Meliá no vacila en afirmar que “las reducciones le dieron al guaraní jerarquía, un corpus, escritos (Meliá 2000: 28).” En paralelo a las imaginarizaciones del “guaraní jesuítico” como “culto”, –“esa fue realmente una lengua literaria” sostiene Meliá (2000: 28)– el autor concluye entonces que “los criollos enseñaron a los indios a hablar mal el guaraní (2000: 28).” Partiendo entonces de que los jesuitas enseñaron a los indios a hablar “bien” el guaraní, las imaginarizaciones de los dos guaraníes que nacen en el periodo colonial están correlacionadas con la manera en que los autores conciben y acentúan las sociedades en las que nació cada variante. En tanto telón de fondo escriturado en base a los supuestos de las lenguas europeas –para algunos autores, según gramáticas griegas y latinas que llevaban a “ver” otras variedades como “incorrectas”, “impuras” e “inferiores”–, el guaraní jesuítico ha operado como parámetro desde donde categorizar al guaraní criollo como una lengua “menos pura”, “jerigonza”, llena de “barbarismos”, y “solecismos” etc.

En verdad, las referencias al guaraní criollo como “*jopara*” –referencia que, según veremos, sigue siendo uno de los nudos conflictivos con respecto al guaraní hasta el día de hoy–, aparecieron hacia el 1700, desde la mirada de quienes manejaban la variedad “pura”. Concretamente, Tovar señala que “sabemos que ya en los mediados del siglo XVIII se daba una lengua mixta, cuya ‘hibridez’ era, como nos dice León Cadogan, ‘objeto de mofa’... de parte de los cronistas de la Compañía de Jesús, quienes afirmaban que únicamente en las Misiones se hablaba guaraní castizo (1964:481).” Tempranamente entonces, la ideología del purismo lingüístico tomada como parámetro de jerarquización instauró la norma desde donde determinar, “naturalmente”, los usos correctos e incorrectos del guaraní y su correspondiente jerarquización/desjerarquización.

Es sumamente interesante señalar también que, paradójicamente en este caso, el purismo lingüístico que se adjudica/ba al guaraní jesuítico se sustenta/ba tanto en la *autenticidad* que le otorgaba el haber supuestamente guardado con mayor fidelidad las categorías del guaraní originario, el *avañe’é*, como en el prestigio emanado de una estandarización acorde con los parámetros “clásicos” reivindicados por las lenguas modernas y europeas. Recalquemos entonces que hablamos de “autenticidad” no sólo en el sentido de mantenerse “exactamente fiel al original”, sino también en el de organizarse en base a los parámetros de *lengua* que se concibe como “mejor”. Desde este estándar de autenticidad/pureza –anclado también en la ideología del objetivismo abstracto que discutimos a continuación– los cambios legítimos tenderán por tanto a ser pensados como una mera reacomodación de los elementos internos en base a su propia lógica y estructura gramatical.¹⁸⁴

9. Objetivismo lingüístico

Vimos hasta aquí que, en ciertos aspectos, castellano y guaraní se juzgan desde valores opuestos. La racionalidad propia del primero se contrapone por ejemplo al valor

¹⁸⁴ Siguiendo en esta línea que pone en relación el ideario de autenticidad/pureza con el prestigio asociado a la función literaria, quienes se erigen en defensores de la producción de literatura en guaraní también consideran muy importante la recolección de “mitos fundadores” y de leyendas de boca de “verdaderos indios”, como la realizada por Cadogan entre los Mbya-Guaraní; por Kurt Nimuendaju Unkel entre los Apapokuva-Guaraní; por Pierre Clastres entre los Aché y Ava Katú; y por otros entre los Pai-Tavyterá. Estos textos concretamente demostrarían cómo y cuánto permanecen aún vivos en ellos los valores originarios y primordiales, lo “verdadero” y “valioso” de la cultura de quienes hablan el verdadero

expresivo del segundo. Pero vimos también que, en otros aspectos, existen sorprendentes confluencias tanto entre quienes reivindican los valores “únicos” y “nobles” del guaraní para promocionar este idioma, como entre quienes sostienen que esta lengua estaría menos dotada que el castellano para afrontar los desafíos de la modernidad. Puede por caso predominar en ambas posiciones una perspectiva relativista que, basándose en la ecuación *una lengua=un pueblo/nación=una cultura*, ve esta amalgama como matriz que hace que cada conjunto “vea” y “esté” en el mundo de una manera particular. Independientemente entonces de los “méritos” que se endilguen a cada conjunto o la forma en que se los jerarquice, posturas contrapuestas parecieran ancladas en una perspectiva semejante, perspectiva de la cual podría desprenderse como corolario general que, cuanto más esencializadas y reificadas estén lengua y cultura y cuanto más se primordialicen sus relaciones, más y más inconmensurables se tornan esas “maneras particulares de ver y estar en el mundo” entre sí.

En similar dirección, señalamos ya que distintas imágenes construidas tanto del guaraní como del castellano tienden a asociar ciertas variantes de cada una de estas lenguas como más “correctas”/“auténticas”/“mejores” que otras, desde una ideología de purismo lingüístico donde la competencia e incluso “el buen gusto” en el decir/escribir se juzga de acuerdo con la adecuación a ciertas “reglas”. Esta idea de que los idiomas se estructuran en base a reglas es otro de los puntos en el que parecen coincidir muchas de las citas contrapuestas que venimos reponiendo, idea que opera como base conceptual de lo que, siguiendo a Voloshinov (1992), llamamos ideología objetivista del lenguaje.¹⁸⁵

La ideología objetivista del lenguaje abrevia en la teoría lingüística formalista.¹⁸⁶ Esta teoría hace foco en el estudio del sistema abstracto –código– de las lenguas, en tanto estructura que las pauta y conforma.¹⁸⁷

avañe'é. Por ello en *Literatura Guaraní del Paraguay*, Bareiro Saguier (1980) ha procurado compilar gran parte de este material.

¹⁸⁵ Según Voloshinov (1992:89), la ideología del objetivismo abstracto del lenguaje tiene raíces cartesianas que deben buscarse en el racionalismo del S XVII y XVIII, aunque su mayor exponente es Ferdinand de Saussure, “quien confirió a las ideas de esta corriente una nitidez y una precisión extraordinarias.”

¹⁸⁶ Señalemos de paso que Woolard y Schieffelin (1994) afirman que la teoría lingüística formalista moderna también ha estado enmarcada y circunscripta por el supuesto de una lengua=un pueblo.

¹⁸⁷ Muy brevemente, Voloshinov afirma que la aproximación al lenguaje de la lingüística formalista se basa en la separación entre el código lingüístico y el uso del mismo por parte de los hablantes –lengua y habla en sentido saussuriano–. Desde esta perspectiva, la realidad del lenguaje y aquello que se puede estudiar es solamente la estructura abstracta, “la lengua”, que es independiente de la puesta en práctica del sistema, el “habla”. Así, lo esencial y lo social del lenguaje es la *lengua* “no en su calidad de proceso, sino como sistema estable de normas lingüísticas (Voloshinov 1992:93).” El *habla* por su parte es lo individual –heteróclito y caótico– y accidental.

Esta idea de la lengua/lenguaje como sistema de normas o estructura abstracta reaparece en las distintas posiciones que ponen en relación el guaraní y el castellano, siendo fundamental a la estigmatización del *jopará* como variante mezclada que no responde ni íntegra ni correctamente a las “reglas” de uno y otro idioma. Pero veamos cómo se pone de manifiesto dicha ideología en nuestro caso.

La noción/concepción de “la lengua” como estructura subyacente que ordena el mundo y de manera inevitable la manera de pensar, se pone por ejemplo de manifiesto cuando se afirma que:

“La moderna lingüística estructural admite generalmente que nosotros no hablamos una lengua, sino que *somos hablados por la lengua* (Meliá 1990: 39).”

Llevando este concepto a un caso concreto, el mismo autor señala:

“Hoy por hoy –y el hecho se puede documentar con exámenes escritos de universitarios– un indio tribal guaraní piensa 'mejor' que muchos alumnos del Mater Dei; es decir el indio maneja todavía un sistema que es totalidad y principio de clasificación (...) mientras que el universitario solamente yuxtapone nomenclaturas¹⁸⁸ (Meliá 1990: 40).”

El paradigma de la lingüística formalista también parece ser el lugar desde donde otras voces especializadas piensan la diferencia entre “idioma” y “lengua”, definiéndolos en los siguientes términos:

“el idioma es una representación escrita, gráfica o muda [sic] de comunicación entre los seres humanos (...) [mientras que la lengua] es una actividad simbólica compleja, compuesta de sonidos con significados, en la cual existen elementos ... [que] son combinados en un **sistema** para organizar y comunicar el significado. [A su vez] cada persona (...) habla de un modo particular que es un poco distinto de los demás (Corvalán 1998:37).”

Lo que nos interesa destacar es que, desde esta ideología objetivista, la lengua en tanto estructura/sistema sincrónico pasa a ser la norma desde donde se califican desempeños del habla según un criterio “correcto-incorrecto”, estrechamente ligado con el purismo lingüístico. Así, “se entiende por *corrección lingüística* tan sólo la *correspondencia de una forma dada con el sistema normativo de la lengua* (Voloshinov 1992: 83).” Escindir “la lengua” de aquello producido por los hablantes –el habla– hace posible valorar la

¹⁸⁸ La cita a pie es del autor, no nuestra: “Para el examen de estos problemas hemos aplicado las teorías de SAUSSURE Ferdinand, de **Cours de linguistique générale**, Paris, 1967, p. 25, 112-113.”

primera y desvalorizar simultáneamente la segunda y los mismos hablantes, como así también promover una política lingüística donde la meta de lograr la “corrección lingüística” radica en hacer que el habla –los hablantes– se circunscriba a lo que fija la norma.

Por un lado, esta ideología nos hace recordar las citas de tantos eruditos que destacan la belleza y grandeza de la lengua nativa que encontraron al llegar a América. En estos casos se habla siempre de la majestad de la lengua guaraní, pero se pone en duda si una estructura con tanta “precisión” y “majestad” podría ser producto de sus hablantes, o más bien confirmaría que las lenguas son un producto divino. Por otro lado, dicha ideología reaparece en quienes hoy también aceptan que la lengua guaraní es “maravillosa”, pero entienden que lo que la gente habla no condice con tanta “belleza”:

“Es cierto que nunca como ahora se había hablado más y mejor *del* guaraní, pero también nunca como ahora proporcionalmente, la sociedad había hablado menos y peor *el* guaraní [sic] (Meliá 1999:27).”

Es en citas como la antedicha donde se advierte hasta qué punto objetivismo y purismo lingüístico (como demanda de fidelidad a la “estructura” de la lengua) operan simultánea y entretendidamente, haciendo posible alabar una lengua a pesar de descalificar a los hablantes y su habla. Similar combinación valorativa reaparece en Morínigo, cuando señala sobre el guaraní “paraguayo” que:

“la oración guaraní actualmente (...) ya no es guaraní sino, por decirlo de modo gráfico aunque grotesco, es español hablado en guaraní, puesto que su estructura lingüística fundamental se encuentra totalmente bastardeada (en Meliá 1974: 157).”

Paradójicamente, la respuesta que esta afirmación genera también se enmarca en la misma concepción de lengua, cuando se disiente de esta descripción del guaraní argumentando que:

“La adopción en ella [la lengua guaraní, pero más específicamente, el guaraní actual] de algunos barbarismos e hispanismos –fenómeno que afecta a todas las lenguas en contacto– no afecta esencialmente a la lengua como *norma* (Meliá 1992: 183-4. Nuestro énfasis).”

Desde este marco, “el uso” –la incorporación de barbarismos e hispanismos– no ha modificado lo esencial y sustantivo del guaraní –la norma–, por lo que a la misma subsiste la estructura del guaraní original/originario de los hablantes antes de la

conquista. En ambos casos, sin embargo, nos parece apropiado el comentario de Voloshinov cuando afirma que, desde una ideología objetivista del lenguaje, “la ruptura entre la historia y el sistema de la lengua, tomada en su corte ahistórico, sincrónico en un momento dado (1992: 84)” deriva en que “*el presente de una lengua y la historia de la misma no se comprenden y no son capaces de comprenderse uno a otra* (Voloshinov 1992:86).” Creemos que gran parte del debate sobre el guaraní esta enmarcado en esta sentencia de Voloshinov, en las disputas entre el guaraní criollo, el jesuítico, el paraguayo, el formal-escolar, el moderno, etc. y sobre todo, el *jopará*, como veremos en capítulos sucesivos.

Resumiendo entonces la ambivalencia/brecha inscrita por los debates del 67 y parcialmente reinscrita por el horizonte discursivo en que se enmarcaron los debates del 92, vemos que las ideologías lingüísticas identificadas conducen a ver al pueblo paraguayo como único, porque el guaraní como idioma/lengua es único e intraducible en su forma de expresar dulzura, ironía, amor. A esta intraductibilidad lingüística subyace una idea de “cultura” también primordializada, esencializada y reificada. Y por esto mismo, incluso los intentos de revalorizar el guaraní basados en detectar aquello por lo cual este idioma es único y valioso terminaron avalando la idea de que la distancia entre el monolingüe guaraní y el mundo desarrollado tenía una raigambre primero de orden simbólico y, casi como efecto, de índole material. Así, los mismos intentos de particularizar a la nación paraguaya en base a un bilingüismo tan exaltado que pensó la lengua guaraní como algo único, primordial e intraducible acabaron haciendo posible que se siguiera discriminando/excluyendo a un 40% de la población monolingüe guaraní.

Como dicen Woolard y Schieffelin, parece paradójico que “muchas veces las revalorizaciones simbólicas hagan públicamente aceptable la discriminación en el plano lingüístico, aun cuando las correspondientes discriminaciones raciales o étnicas [o sociales en nuestro caso] no lo sean (1994: 62).” A explorar los correlatos sociológicos de esa paradoja nos abocaremos en el capítulo siguiente.

Capítulo 3. Recontextualización. Ideologías nacionales

Complementando el marco interpretativo que apuntamos a reponer para entender las pujas que emergen del debate analizado, nos interesa mapear en este acápite la manera en que se establece la relación entre la lengua guaraní y el/un “pueblo”, fijando así el imaginario en que se asienta “la comunidad” del estado-nación paraguayo. Centraremos por ello la atención en lo que implican los estatus de lengua nacional y lengua oficial en las correspondientes Constituciones, respecto de cómo se conciben el “*pueblo*”, la “*nación*” y el “*estado*” paraguayos, en uno y otro caso.

1. Lengua-grupo/pueblo-nación.

Estrechamente ligado con la ideología nacional del lenguaje asentada en la ecuación lengua=nación=cultura, veíamos fuertemente arraigado y naturalizado el imaginario de que las lenguas significan y representan “grupos”. Esto es, predominan tropos que inscriben la idea de que a cada idioma le corresponde un grupo concreto de gente. Veamos entonces cómo operó concretamente la amalgama “lengua-grupo/pueblo” de esta ecuación, en el discurso que se ancla en la Constitución de 1967.

Debate Constitucional 1967.

En concordancia con la reificación y esencialización del guaraní, en estos debates está fijada ya la idea de que la pérdida de la lengua significaría la pérdida de la identidad del paraguayo como tal:

“...no le quitemos a nuestra Patria lo que, si se le busca una esencia, una esencia que constituya la fuerza de permanencia del paraguayo, es el idioma guaraní.”¹⁸⁹

¹⁸⁹ Convencional F. Levi Ruffinelli. *Diario de Sesiones*. CNC 1967: 46.

Así, mediante aseveraciones del tipo “Todo en la República habla en guaraní”,¹⁹⁰ el discurso nacionalista hegemónico transformó la lengua guaraní en *patrimonio* de un *pueblo homogéneo*, con una historia en común ligada a un pasado construido como glorioso. Detrás de esa lengua, existiría una misma cultura/cosmovisión que supuestamente sería la de la nación toda. A su vez, se afirmó que todo esto constituye un “hecho histórico”, en el sentido de que es “la historia”, en tanto sucesión lineal de eventos objetivamente comprobables, lo que sustenta y fundamenta la/esta “realidad”. Y es a esta “realidad” entonces a la que respondería la iniciativa de reconocerle al guaraní el estatus de lengua nacional.

Pero en dicha Asamblea Constituyente, este ver “grupo” y “lengua” como entes discretos, homogéneos y autónomos que, sin embargo, son intercambiables re-inscribe una tensión fundante, ya que tanto permite y apunta a identificar los elementos que le dan cohesión y distintividad a la “nación” como, paradójicamente, a significar y disimular límites sociales en su interior. Veamos.

Dice por ejemplo uno de los convencionales:

“...voy a pedir disculpas por abogar en castellano por el guaraní, quizás sea el tributo del español a la india que vino a formar esta raza maravillosa nuestra...”¹⁹¹

Como nos señalara Briones, en esta intervención, “castellano” y “guaraní” presuponen y crean dos entidades separadas –españoles e indígenas– que en un pasado remoto confluyeron para “formar esta maravillosa raza nuestra”. Hay sin embargo varias pistas que revelan las complejidades de identificación que resultaron de una alquimia aparentemente simple pero necesitada de disculpas y tributos.

Por un lado, la equivalencia lengua/grupo y los tropos elegidos para representarla van inscribiendo, paralela y simultáneamente, cualidades de género tanto en los colectivos como en sus idiomas “exclusivos”. Como signo, “el español” masculiniza a los conquistadores y al castellano que hablaban, tanto como “la india” feminiza a las poblaciones nativas y al guaraní que les era propio.

¹⁹⁰ Convencional F. Levi Ruffinelli. *Diario de Sesiones*. CNC 1967: 45.

¹⁹¹ Convencional F. Levi Ruffinelli. *Diario de Sesiones*. CNC 1967: 45.

Por otro lado, esa equivalencia se proyecta en la actualidad mostrando fisuras en “esta maravillosa raza nuestra”. A este respecto, lo interesante no es tanto que se haga alusión a un pasado sin saldar lo que requiere ser saldado, sino la forma en que se construyen quién/es debe/n pedir perdón y quién/es debe/n ser compensado/s. Es sugestivo que la defensa de un idioma usando otro opere performativamente como “tributo” o reconocimiento tardío y que aún así su uso demande pedir disculpas. En esta dirección, no es sólo por hablar castellano sino por pedir disculpas que el enunciador –de alguna manera voz del estado en tanto constituyente– se emplaza curiosamente en el lugar del conquistador. Los destinatarios de ese pedido de disculpas, por su parte, serían aquéllos que, aún formando parte de “esta maravillosa raza nuestra”, están más cerca de “la india” *que vino a formarla* que del español. Por implicatura, esos destinatarios (integrantes natos de “el pueblo paraguayo”) quedan teñidos en el presente por la alteridad y femeneidad que en el pasado contraponía a poblaciones nativas y conquistadores. En otras palabras, el castellano funciona como índice de la “cultura europea”, masculinizada y por tanto de la esfera pública, mientras que el guaraní opera como indicador de “la raíz indígena”, femenizada y asociada a la esfera doméstica, a la cual se vincula la idea del “pueblo paraguayo” en tanto fruto de un “mestizaje” que da origen a “esta maravillosa raza nuestra”.

En verdad, en este tipo de construcción se asienta la tradición nacionalista paraguaya que hace del guaraní el símbolo de la nación.¹⁹² El énfasis históricamente puesto por el discurso hegemónico sobre el guaraní y la re-apropiación política de este imaginario por el proyecto stronista hacían necesario y conveniente dar un lugar a esta lengua en la Constitución Nacional. En efecto, si el “renacimiento” del guaraní de las décadas del 40 y 50 contribuye a que se vaya generalizando y naturalizando la idea de que el guaraní es el símbolo de la nación, en el debate del 67 hay un consenso absoluto¹⁹³ en la imaginización del guaraní, en tanto lengua de “el pueblo paraguayo” anclada en la “lengua nativa” ligada a la raza guaraní –lengua que no sólo hace único a este colectivo,

¹⁹² Recordemos que el discurso nacionalista que atravesara el siglo XX en el Paraguay apeló a la idea del “pueblo paraguayo” en tanto pueblo mestizo que mantiene en su sangre el legado indígena, idealizado y cosificado, para construir una identidad nacional que distinguiría a esta población de las demás naciones vecinas. Así, también hay referencias al Paraguay como la “Nación Guaraní”

¹⁹³ Señalemos también que en este amplio debate surgieron una gran cantidad de disensos de distinto alcance al interior del discurso hegemónico, y en los discursos de la oposición. Nos eximimos de analizar en detalle cada una de estas posturas, pues lo que básicamente queremos explicitar es el imaginario que quedó anclado y naturalizado en este periodo.

sino que también le da “cohesión nacional” a pesar de no ser el idioma en que hablan todos los constituyentes–.

Debate Constitucional 1992

La idea del “pueblo de la nación” también está presente en el debate constitucional de 1992, pero lo que resulta sugerente es que ahora el núcleo de la nacionalidad paraguaya queda vinculado a la idea de “pueblo mestizo y bilingüe”. Es decir, lo relevante aquí es que el estatus del guaraní –no simplemente “lengua nacional” sino “lengua oficial”– se apoya en la noción de bilingüismo. Por un lado, es claro que esta formulación procura incorporar al sector mestizo mayoritariamente guaraní hablante en el proyecto de la nación toda, la diferencia es que tal reconocimiento conlleva transformar un estado castellano-hablante en un espacio igualmente bilingüe.

Aunque sin coincidir exactamente con lo debatido durante la Asamblea Constituyente del 92, esta idea de bilingüismo está desarrollada en otro de los textos que fuera considerado material de consulta de los constituyentes.¹⁹⁴ Tanto en éste como en otros escritos, Graziella Corvalán (1981a) sostiene que el Paraguay es una nación bilingüe,¹⁹⁵ conformada por una población mestiza, en la que coexisten sin conflicto y en contacto dos lenguas de uso extenso. Esta autora (1981a: 99 y 100) considera específicamente que uno de los “tres aspectos bien definidos” del “complejo fenómeno lingüístico en el Paraguay” es: “la existencia de dos lenguas de orígenes distintos en una sociedad cultural y étnicamente homogénea”. Partiendo del concepto de “comunidad lingüística”, Corvalán detecta las distintas lenguas que en esa población se hablan: las lenguas indígenas, lenguas extranjeras de las comunidades/colonias inmigrantes mayoritarias – menonitas, japoneses, alemanes–, y las dos lenguas de uso extendido en todo el territorio de la nación, que son el guaraní y el español (1981a:19-24).

Vemos entonces que, con la idea de “pueblo”, esta autora se refiere a los habitantes de una nación. En esta idea sustenta Corvalán su argumentación de que la nación paraguaya es una nación homogénea debido al mestizaje, enfoque que difiere de aquellos que conciben el “pueblo” generalmente como el sector rural y/o las clases bajas

¹⁹⁴ *Paraguay: nación bilingüe*. Corvalán 1981a.

¹⁹⁵ Esta autora define el bilingüismo como la capacidad de comunicarse en dos lenguas sin tomar en consideración al grado de destreza lingüística (Corvalán 1981a: 67).

solamente, clases que se mantendrían aisladas e incontaminadas de la modernización y serían portadoras de la “esencia” de los valores de los antepasados, detentando así la “verdadera” identidad. Esta última es la acepción de “pueblo” a la que se hace por ejemplo referencia en el debate del 67, cuando se dice que “todo” en la nación habla guaraní.

Por otro lado, si bien en la Asamblea del 92 se parte de la idea del Paraguay como una “nación bilingüe”, el debate estará centrado básicamente en el sector monolingüe guaraní que se quiere/necesita incorporar. Pero a su vez, con la idea de “nación bilingüe”, y apelando a las “lenguas maternas” como justificación de la oficialidad del guaraní y de su función escolar –y el estatus que ello da–, entran a jugar las “minorías”/“grupos” a los que le corresponderían lenguas maternas no oficiales, lo que lleva a que otros imaginarios de “pueblo” y de “nación” entren a disputar qué sujetos y cuáles grupos integrarían “el pueblo paraguayo” –el “nosotros” de la “paraguayidad”–.

Siguiendo con Corvalán, su argumentación del Paraguay como una nación homogénea – a pesar de los distintos orígenes de cada lengua– se sustenta en que para ella la dicotomía castellano/guaraní que se da no corresponde a las categorías “blancos”, “mestizos” o “indios”, sino que estaría en relación a los ámbitos de uso de cada idioma. Construye entonces, en base a los conceptos de Redfield, dos sectores de la población en términos de “cultura folk” = ámbito rural = lengua guaraní, y “high culture” = ámbito urbano = castellano (Corvalán 1981b).¹⁹⁶ Como sea que se distribuyan las tres categorías señaladas y a pesar de la idea de continuum que señala esta autora, vemos que subsiste en este esquema el imaginario de que a una lengua le corresponde una cultura, y aparece la circunscripción de cada una a espacios diferenciados que se construyen como grupos dicotómicos. Pero también vemos cómo, en tanto guaraní hablantes, las “minorías étnicas” cuya lengua es el guaraní quedarían englobadas en la “cultura folk”, mientras que las etnias indígenas que hablan otras lenguas dejan –al igual que los grupos inmigrantes– de conformar lo que se considera la sociedad nacional. Es decir que “la comunidad lingüística” no abarca simplemente a una “sociedad paraguaya” cultural y étnicamente homogénea.

En este sentido, Corvalán apela por un lado a Morínigo, y su idea de que “el guaraní del Paraguay actual no tiene nada que ver con otros ‘guaraníes’ (Corvalán 1981a: 97)”,

marcando con ello la “otredad”. En otras palabras, lo “folk” no incluye lo indígena. Aparecen no obstante opacidades con respecto al idioma guaraní ya que –al igual que en las posiciones repuestas en el capítulo anterior– esta autora también se refiere al guaraní como “lengua nativa” (1995: 45), “nuestra lengua aborígen” (1981a: 84), “la lengua autóctona” (1981a:100), clasificándola en la familia lingüística tupi-guaraní,¹⁹⁷ junto con los otros dialectos de los grupos indígenas, como el mby’á, chiripa, tapiete, axe, etc., señalando al respecto de este guaraní específicamente (el “paraguayo”) que es “la lengua de la mayoría de los paraguayos (1981a:20).” Desde aquí, la cultura folk, guaraní hablante, según su clasificación, hablaría una lengua indígena.

Volviendo entonces a la dicotomía folk-urbano, para Corvalán el bilingüismo es lo que permite a un sujeto hacer el pasaje de un sector/cultura al otro, fusionando ambas. En este marco, las nociones de “lengua” y de “pueblo” difieren del cuadro esencializado y fragmentador que predominaba en el debate de 1967. Vemos también que lo que está presente en la lógica de la argumentación que lleva a consagrar al guaraní como lengua oficial de una “nación bilingüe” es la idea del bilingüismo como elemento que, al intersectar grupos dicotómicos, permite construir un “pueblo nacional homogéneo”. Aun cuando esta idea de bilingüismo rompe con la fórmula de que a un pueblo le corresponde una sola lengua, el hecho de que a través del bilingüismo se recomponga de todos modos la nación como un todo homogéneo sugiere que tanto en Corvalán como en el imaginario de los constituyentes –si bien desde perspectivas no en todo coincidentes– persiste la lógica de que las lenguas conforman grupos y culturas distintos –en este caso, en el sentido de una *cultura nacional*-. Más aún, en la imaginización de la Constitución de 1992, sería precisamente esto –el bilingüismo– lo que diferenciaría al pueblo paraguayo de sujetos de otras nacionalidades, y no ya solamente el guaraní.

Vimos también cómo, en la Constitución del 92 quedan excluidos de lo que se considera el núcleo de la nación todos aquellos “grupos” que hablan otras lenguas o dialectos. Y es que, en el fondo, detrás de la homogeneización que sugiere “la nación bilingüe”, aún persisten “grupos” –en términos de sectores– a los que corresponden sus propias lenguas y sus propias culturas. En todo caso, lo que ahora se hace visible es la idea de que el “bilingüismo” pasa a ser el elemento de cohesión de sectores que, sin embargo,

¹⁹⁶ No considera estos dos polos como aislados y estancos sino que se da un *continuum* con distintos grados de bilingüismo debido a la penetración entre ambos (Corvalán 19801a, 1981b).

se perciben dicotómicamente. Más adelante, veremos en que términos se incorpora en esta “nación bilingüe” a cada sector de lo que se considera el “nosotros”, esto es, a los dos polos monolingües mayoritarios y a los efectivamente bilingües.

En síntesis, el pueblo mestizo y bilingüe que se declama en 1992 parece estar pensado en términos bastante cercanos a lo que Corvalán denomina la “sociedad cultural y étnicamente homogénea”, mientras la pluriculturalidad hace referencia a otros “grupos” que no conforman la sociedad mayorizada; es decir, la tensión entre la nación y sus otros internos. No obstante ello, y a diferencia de Corvalán, también aparecen en el debate señales de que en la concepción de “nuestro pueblo mestizo” –el sector guaraní hablante– aún predomina una concepción de “pueblo” en tanto sectores populares donde se mantiene viva “la esencia” de la tradición, cargada con las connotaciones de cultura particular y única. Recordemos la siguiente explicación allá sustentada:

“cuando se dice que ‘el Paraguay es un país pluricultural y bilingüe’ se está afirmando una característica esencial de nuestro pueblo.”¹⁹⁸

Ahora bien, es importante señalar que, paralelamente a la propuesta de Corvalán, existían otras voces especializadas que ponían por un lado en cuestión la perspectiva homogeneizadora que subyace a la noción de Paraguay como “nación bilingüe”, pero ofrecían por el otro un enfoque asentado en la sinonimia entre “pueblo” y sectores populares bastante afín al manejado por algunos convencionales. En este sentido, nos interesa reponer aquí la opinión de Meliá, pues su obra también ha sido fuente de consulta para los constituyentes.¹⁹⁹ No obstante, veremos que este autor va mucho más allá de lo que los constituyentes están dispuestos a reconocer.

A grandes rasgos, para el padre Meliá el Paraguay es una nación monolingüe, pues el guaraní es la lengua de la mayoría de la población. Y en este sentido,

“la lengua guaraní ha sido el testimonio de la fidelidad del pueblo paraguay[o] hacia su tierra y su cultura específica (Meliá 1999: 25).”

¹⁹⁷ La ubica como una de las diez y seis lengua nativas de las cinco familias lingüísticas que aún se hablan en el Paraguay, según el esquema propuesto por Susnik (1965).

¹⁹⁸ Convencional R. Bareiro Sagüer. *Diario de Sesiones*. CNC 1992, sesión 25: 9.

¹⁹⁹ *Una nación, dos culturas*, Meliá 1990

Reactualizando la ecuación “lengua=pueblo=cultura”, para este autor el “pueblo paraguayo” es solamente el sector monolingüe guaraní, por lo que desde esta perspectiva la noción de “pueblo” está referida exclusivamente al sector guaraní hablante, sector éste predominantemente conformado por la población rural, y las clases bajas –en muchos casos marginadas–.

En base a esto, uno de los ejes principales de su reflexión –tanto en el libro que fuera fuente de consulta como en otros– es la necesidad/preocupación por determinar “cual es la lengua del Paraguay (1990:39).” Por ello, en base a la idea de que el “pueblo paraguayo” es el sector monolingüe guaraní y que a la lengua le corresponde una cultura específica, afirma que :

“el problema [sobre cuál es la lengua del Paraguay] es grave: es el ser y la justificación de la cultura paraguaya lo que está en juego (Meliá 1990: 39).”

Desde estos supuestos se sugiere que la idea del Paraguay como nación bilingüe es una estrategia de dominación,²⁰⁰ pues si a cada pueblo le corresponde una lengua y una cultura, entonces el “pueblo paraguayo”/”pueblo guaraní”, no es ni puede ser el pueblo de un estado cuya formación y existencia se asientan en los parámetros occidentales de la Modernidad, y al que subyace el idioma castellano.

En este sentido, la manera de aprehender el mundo del castellano no permite realmente comprender/acceder a la cultura del “pueblo paraguayo”.²⁰¹ Y debido a que el estado dominante estaría haciendo que el pueblo dominado pierda “su lengua”, se pregunta si el Paraguay no estaría tendiendo hacia lo que define como un “alingüismo”, pues:

“un pueblo que se des-lengua, es un pueblo que se des-piensa, se des-dice y, finalmente se des-hace (...) dominados lingüísticamente, los pueblos entran en una fase de despalabramiento, que es desistematización y desestructuración (Meliá 1990: 39).”

En este marco, adoptar el castellano para volverse bilingüe es llevar al “pueblo paraguayo” a su desaparición como tal. Es por ello que su defensa del guaraní es la defensa del “pueblo paraguayo”, de la “identidad del paraguayo”, y en última instancia,

²⁰⁰ La fuerte crítica a lo que Meliá denomina “Bilingüismo Nacionalista” del discurso hegemónico durante la dictadura, puede verse en Meliá 1974: 140. Para su opinión sobre la postura de Corvalán en *Paraguay nación bilingüe*, y la perspectiva que plantea esta autora, ver Meliá 1992: 189.

²⁰¹ “El paraguayo que no aprende en guaraní la cultura paraguaya es fácilmente un extranjero en su tierra (Meliá 1995: 63).”

de lo que concibe como la nación misma. Volviendo entonces a la homogeneización que pretende el imaginario del Paraguay como país bilingüe, Meliá concretamente señala:

“Que el Paraguay tienda a un mestizaje de homogeneización racial –fenómeno sociohistórico todavía no bien estudiado–, no quiere decir que se encamine de un modo determinista al bilingüismo (Meliá 1992 :189).”

Para este autor, el bilingüismo es una construcción ideológica que tiende a velar la diglosia –la relación asimétrica entre ambas lenguas–, por lo que pregunta: “la postulación misma de un necesario bilingüismo, ¿no es el reconocimiento implícito de que el guaraní está en situación de lengua insuficiente? (Meliá 1992: 193).”

A grosso modo, la noción de lengua=pueblo de esta argumentación guarda similitudes con las argumentaciones puestas en juego en el debate del 67, y en el del 92.²⁰² Pero donde la noción de “el guaraní” de Meliá –e implícita o explícitamente de “el castellano”– sí instala una considerable disputa con esos debates es en la relación estado-pueblo que defiende este autor. Desde su visión, este vínculo expresa la relación subordinada dominante/dominado que describe con el término de “diglosia”,²⁰³ pues el estado se impone destruyendo la cultura del pueblo que es puesto bajo su órbita. Argumentando que el Paraguay está construido desde parámetros occidentales y que por ello el poder habla en castellano, Meliá afirma que el Paraguay es una nación con dos culturas distintas que se mantienen paralelas: la del “pueblo” que habla el guaraní y la del estado que habla castellano (Meliá 1990). Y debido a esta relación:

“Para el pueblo guaraní, [en este caso = pueblo paraguayo] la lengua guaraní ha sido el lugar de su libertad frente al Estado, y muy especial frente al tipo de estado liberal vigente a lo largo del siglo [XX] (Meliá, 1999 : 26).”

Entonces, la disputa en última instancia es con respecto al “estado” en sí mismo, ya que a la noción de “nación” de este autor, subyace el imaginario de “nación” de los pueblos indígenas, pensadas como sociedades en las que no existe el concepto de estado – puesto que el “estado” es producto de la sociedad occidental–. Lo paradójico es que el supuesto 1 lengua=1 pueblo=1 cultura opera en ambos. En el caso de Meliá, para desautorizar el discurso hegemónico y pararse, parafraseando a Clastres, “contra el

²⁰² En el 67 el guaraní es la lengua del “pueblo” de la nación paraguaya. En el 92, el mismo supuesto de guaraní como la lengua de un “pueblo” está presente en la fórmula “nuestro pueblo mestizo”, sólo que, como también es “bilingüe”, ya no parece ser un sector minorizado.

estado”; desde el discurso hegemónico, para justificar la relación diglósica. Creeríamos por tanto que, antes que a ideologías lingüísticas distintas, en este caso concretamente las diferencias se establecen en base a las ideologías nacionales distintas.

La referencia a las relaciones de poder que señala Meliá nos lleva entonces a rastrear las nociones de estado que están siendo puestas en juego y que operan simultáneamente con las nociones de “lengua” y de “pueblo” en las distintas posiciones.

2. Lengua–nación/pueblo–estado

Recordemos que en 1967, dar el estatus de lengua nacional al guaraní respondió a la necesidad del discurso hegemónico de actualizar uno de los pilares en que la clase dominante sustentaba su poder, es decir, un imaginario de nacionalismo basado en la “lealtad” al/del “pueblo” de la nación. Pero semejante actualización en el marco constitucional también hizo necesario distinguir el “estado” del “pueblo”.

La asimetría quedó expresada en afirmaciones que sostenían que el estatus del guaraní “es un problema que interesa a toda la nación, [pero] es un problema donde la sensibilidad popular está indudablemente en juego.”²⁰⁴ Es decir que el estatus de lengua nacional era, específicamente, una manera de generar sentimientos de solidaridad hacia el estado en el sector de la población que es construido como “pueblo”, “corrigiendo” el anterior menosprecio y “la persecución” de la que había sido objeto la “lengua del pueblo”. Con esto se pretende diferenciar a esta clase gobernante y a su régimen político particular de otros anteriores, en el sentido de que éste sería un gobierno verdaderamente nacionalista y legítimo, que defiende, valora y respeta al “pueblo”.²⁰⁵ Y en este sentido, se aseguró que “elevar” el estatus de la lengua guaraní respondió a que quienes detentaban el poder eran representantes y escuchaban al “pueblo”.²⁰⁶ Pero los que detentan el poder no son el “pueblo”, ya que:

²⁰³ Según la noción de diglosia aplicada al caso Catalán por Vallverdú (Meliá 1974: 107).

²⁰⁴ Convencional G. Alsina, en *Diario de Sesiones*. CNC 1967: 50.

²⁰⁵ “Estamos, Ciudadano Presidente, unánimemente dispuestos a consagrar hoy [la lengua del pueblo] contrariamente a épocas pasadas y ya superadas, en el que hablar en idioma nativo era falta de respeto al superior (J.B. Gorostiaga, en *Diario de Sesiones* 1967: 58)”

²⁰⁶ Y que también hablaban guaraní, como se deduce del debate constitucional del 67 por el número de intervenciones en guaraní, y porque a las intervenciones en guaraní correspondieron respuestas en castellano y vice versa –usándose ambas lenguas incluso en una misma argumentación–. Es decir, el cambio de código permite inferir que al menos la gran mayoría de los convencionales manejaba ambas lenguas. Nos resulta interesante señalar que, en esa Asamblea, el “saber hablar guaraní” indexicalizó, por momentos, pertenencia al poder hegemónico, distinguiéndose así de los opositores que “abogaban en castellano por el guaraní”. En otras ocasiones, operó como índice de que en tanto detentadores del poder

“Se ha contemplado justamente el derecho y el deber que tiene el pueblo paraguayo de hablar el idioma guaraní, pero se han previsto, como dije, situaciones especiales que se refieren ya no a lo que está hablando el pueblo, no ya a lo que toca el alma popular o a la sensibilidad de nuestra Patria, sino sencillamente a hechos en los cuales existen otros problemas que, como repito, son las relaciones internacionales, los documentos oficiales y los instrumentos públicos.”²⁰⁷

En 1967 se reconoce que la nación toda habla guaraní, pero el/lo “guaraní” no es todo el Paraguay. Y queda claro que el “pueblo” no es todo pues el Paraguay es un estado moderno, donde no se habla sólo de lo que habla el pueblo ni como éste, ya que el Paraguay es también parte de la comunidad internacional. Aquí no cuentan la “musicalidad” del guaraní, la “esencia” del pueblo, ni el “pueblo” en última instancia. Y en este sentido, si bien todos los paraguayos hablarían guaraní, quienes detentan el poder serán necesaria y exclusivamente castellano hablantes, ya que el estado no puede hablar guaraní. Con ello, también se discriminó al guaraní hablante excluyéndolo de la sociedad mayorizada y del proceso de modernización que el estado lidera. Es decir que, en este caso, la ecuación lengua-pueblo-cultura es operativa para justificar la relación asimétrica en la base social de la nación. Ello no obsta empero que el estado moderno que se desarrolla sea “fiel” a su cultura y a su pasado, protegiendo “la lengua guaraní” en tanto patrimonio de la nación.

Con respecto a la fundamentación del español como lengua de “uso oficial”, la misma se basó en el hecho que ello también es ya una tradición histórica, que “viene del pasado y que tiene que ser una corriente de continuidad hacia el futuro.”²⁰⁸ La lengua del estado no es negociable, pues al estado moderno le corresponde una lengua moderna que es la única vía posible de acceso al desarrollo, hecho que se puede constatar “objetivamente” en la “historia”. En este sentido, y de manera contundente y definitiva, la defensa del “estado” paraguayo está por encima de todo lo demás –“pueblo” incluido–, como podemos aprender del relato de un convencional durante dicha Asamblea quien, a modo casi de “parábola”, narra la siguiente anécdota con su esclarecedor corolario final:

eran democráticos y pluralistas: “No podemos prohibir que hable al que no habla guaraní, que hable entonces en español, pero será un formidable argumento en favor de la oficialización del guaraní que en esta Honorable Convención Nacional Constituyente se abogue en guaraní por el mismo (R.E. Velázquez. *Diario de Sesiones* CNC 1967: 44).”

²⁰⁷ Convencional González Alsina, en *Diario de Sesiones*, C. N. C., 1967: 50.

²⁰⁸ Convencional González Alsina, en *Diario de Sesiones*, C. N. C., 1967: 83.

“...hubo un traidor llamado Ruíz, que fue capturado después de la entrevista de Yataity-Corá [Guerra de la Triple Alianza]; y a ese Ruíz lo interrogaron en guaraní. ¿Porqué? Porque él se había valido de la lengua guaraní para recorrer nuestra retaguardia al servicio del enemigo, pero lo condenaron a muerte en español, y esa sentencia se cumplió con balas paraguayas, que no sé que idioma hablaban, pero que hicieron justicia.”²⁰⁹

En síntesis, el estado está sobre el pueblo, y por ello, la asimetría básica que la fórmula de esta Constitución expresa²¹⁰ es que el guaraní es la “lengua del pueblo”, pero el uso oficial del castellano hace que sólo ésta sea la lengua del poder, señalando la diferencia jerárquica en términos de clase dominante/clase dominada. La asimetría que veíamos en el capítulo anterior a nivel lingüístico, reaparece aquí en tanto discriminación en la base social.

A su vez, en la Constitución de 1967 la dicotomía asimétrica que vincula al guaraní como lengua nacional con el castellano como lengua nacional y oficial se relaciona con la construcción de dos sectores sociales ubicados en ejes claramente diferenciados. Quedan así trazados los dos ejes: “lo moderno” que se incorpora al progreso; “lo tradicional” y estanco que frena el desarrollo. El eje moderno es la élite que gobierna, toma las decisiones y determina los lineamientos sobre qué es el Paraguay y a quienes construye/gobierna. En monopolio del estado, este sector no es el “pueblo”, sino que “representa” al pueblo hablando en castellano. En cambio, el “pueblo” que habla guaraní queda emplazado en el polo de lo tradicional y estanco, construido como un todo homogéneo dentro del cual no habrían distinciones. Así como el estado se piensa/concibe como “hispano”, y portador de los rasgos/valores de la modernidad, el “pueblo” es el sector “mestizo”, en tanto “raza” portadora de la sangre indígena que representa lo que no es moderno ni desarrollado.²¹¹

Y es precisamente al hecho de que a cada lengua le correspondan ámbitos de uso distintos a lo que Meliá se refiere como una situación diglósica y una comunicación desequilibrada, pues el guaraní es relegado a la conversación coloquial, y excluido de la esfera pública y administrativa, mientras que en los ámbitos formales, administrativos y

²⁰⁹ Convencional R. E. Velázquez, en *Diario de Sesiones*, C. N. C., 1967: 68-69.

²¹⁰ Y esto está explícitamente aceptado por el sector hegemónico que, “simulando” presentar una segunda moción mas consensuada con la posición de la oposición, la misma es sorpresivamente retirada antes de la votación, afirmándose que con ella se “buscaba atenuar más todavía para que la distinción [entre el castellano y el guaraní en la redacción del artículo, ergo estado-pueblo] no apareciera tan evidente (González Alsina. *Diario de Sesiones*, C.N.C. 1967).”

²¹¹ Recordemos la distancia que se establece en la cita sobre la india y el español, donde también quedaba claro que quien aboga en castellano por el guaraní no se consideraba a sí mismo como parte del “pueblo” mestizo sino como “hispano” y perteneciente al estado moderno y desarrollado, como “las demás naciones civilizadas”, marcando dialécticamente al otro polo –“la india” y “el mestizo” después– en tanto *alteridad*.

oficiales, etc. solo se utiliza el castellano, lo cual claramente la convierte en lengua dominante.

Para Meliá, esta “estructura de dominación” –como la denomina–, es producto de la sociedad colonial criolla que hizo del “paraguayo un ser “colonizado”/ “dominado”, pues “aunque mestizo y hablando una lengua indígena (...) tiene tendencia a considerarse a sí mismo culturalmente español (1990:41).” Señalando la discriminación social, como también lo hicieran particularmente las voces contrahegemónicas populares, se afirma que con ello en realidad se estaría ahogando “al pueblo” y a “su cultura”, por lo que la misma podría “des-hacerse.” Y en este sentido Meliá afirma que “se podría caracterizar el fenómeno lingüístico del Paraguay como un fenómeno, no propiamente de bilingüismo, sino de di-lingüismo (1990: 48)”, poniendo el énfasis en el conflicto y no en la homogeneidad y la estabilidad.

Ampliando aquello que señalamos en el capítulo anterior, desde el marco de este autor “la pauperización o hibridación del guaraní paraguayo (1990:41)” es en buena medida el resultado de esta relación de dominación.²¹² Vimos ya las implicancias del hecho de que a cada lengua correspondan campos semánticos y/o capacidades distintas y desiguales, según las distintas posturas, pues en base a ello es posible elaborar las correspondientes imaginarizaciones que distancian culturalmente a los sectores que conviven en la “nación paraguaya”. Pero articulando con las ideologías lingüísticas, en la Constitución del 67 se categorizan en base a los estereotipos con que se piensan las lenguas²¹³ también a sus hablantes, y se esencializa y naturaliza tal categorización, en afirmaciones del tipo “[el pueblo paraguayo] ama, odia, pelea y muere, solamente en guaraní.”²¹⁴ Como se desprende de la siguiente afirmación de Meliá, es claro entonces que las concepciones culturales de lengua se vinculan con estructuras sociales, políticas, históricas, etc. y metacomunican tanto, o más de lo que comunican:

“Por mi parte, sigo pesando que la situación lingüística del Paraguay, *como hecho social y político*, es diglósica (1992:193. Énfasis nuestro).”

Stutzman (1981) sostiene que los estereotipos de “blanco”/”hispano”, “indio” y “mestizo” se asocian con características morales, emocionales, intelectuales y

²¹² Afirma Meliá que “una estructura de dominación cultural que establece dicotomías entre las distintas áreas semánticas: una lengua viene a ser dominada cuando se la relega al coloquio íntimo y se le niega vigencia en lo que se ha dado en llamar el mundo de la cultura (1990:41).”

²¹³ Concretamente, la concepción esencializante de las lenguas que ha naturalizado el castellano, en tanto lengua moderna, del pensamiento y de la razón, mientras que el guaraní emerge como lengua ligada a las emociones y sentimientos.

espirituales, y que tales características se piensan como transmitidas por décadas, de generación en generación, presuponiendo que en cada una de ellas subsisten intactos los valores de los antepasados hasta el presente. En términos ideológicos, esta construcción de “lo indígena”, “lo hispano”, o “lo mestizo” como portadores, cada cual, de los valores primordiales de su cultura, no hace sino velar los procesos históricos particulares por los que atraviesan sujetos y comunidades, así como el carácter dinámico de los vínculos e interrelaciones que se establecen.

En este sentido, construir un “grupo”/“pueblo” en base a la lengua lleva a clausurar y excluir de un determinado pueblo, grupo o sector a todos quienes no hablan “su” lengua. Desde esta lógica, se puede entonces argumentar que el “pueblo” en tanto guaraní parlante definitivamente no accede a un estado que habla castellano y es moderno. Como sucediera en la Constitución del 67, la naturalización de semejante equivalencia justifica la exclusión.

Ahora bien, el mismo supuesto de lengua-pueblo como compartimentos estancos y perfectamente superpuestos puede guiar también a quienes buscan, como Meliá, enfrentar la hegemonía cultural basada en el anterior discurso. Partiendo de la idea de que el “pueblo” es en su mayoría monolingüe guaraní y el estado moderno occidental habla castellano, este autor asume que “pueblo” y “estado” no comparten la lengua ni tienen la misma cultura para argumentar entonces que dicho estado y ese poder no tienen legitimidad sobre el “pueblo”. En este sentido, si la legitimidad o no del estado paraguayo y su representatividad o no del “pueblo paraguayo” parecen responder a similares construcciones de “pueblo”, vemos que la explicación de lo que lleva a unos y a otros a buscar fijar distintos acentos en esta confrontación debe buscarse en las ideologías nacionales en que ambas posturas se basan.

La dicotomía moderno/atrasado que se establece entre castellano y guaraní en la Constitución del 67 proviene de la lógica característica del modelo de estado nación del siglo XIX. Y aunque el concepto de nación esté hoy naturalizado, autores como Anderson (1993) y Hobsbawm (1992) muestran que las naciones modernas son el producto de un proceso de construcción por medio del cual una diversidad de identidades locales delimitada por un “espacio nacional homogéneo” y con un estado

²¹⁴ C.A Levi Ruffienelli. *Diario de Sesiones*. CNC 1967: 65.

que lo administra, se conforma como “nación”, apelando a la construcción de una *comunidad imaginada* (Anderson 1993).

En términos de lograr dicha “sincronización” o alineamiento, la estandarización de una lengua oficial y la articulación de una historia/zaga nacional son piezas fundamentales para conformar una comunidad imaginada a pesar –y a partir– de la heterogeneidad existente entre los habitantes, de manera tal a generar sentimientos de lealtad hacia la nación y legitimar el estado que la gobierna. En otras palabras, para autores que proponen una perspectiva de análisis constructivista, la lengua y la historia nacionales pasan a ser marcas clave de “identidad nacional” en lo que hace también a generar sentimientos de lealtad hacia el estado.

Aunque la identificación de un cierto idioma con un pueblo como portador de ciertos valores y virtudes viene de Herder y el Romanticismo alemán de fines del siglo XVIII, será con los movimientos liberales de formación de estado nación modernos que esta noción de lengua se naturalizará. En lo que se refiere específicamente a las lenguas, los estados nacionales operan sobre ellas, haciendo que la identificación nacional en base al componente lingüístico sea un nuevo “principio de nacionalidad”. Esto es a lo que Hobsbawn denomina “nacionalismo filológico”.

Lo que aquí nos interesa señalar con respecto a las lenguas es que el vínculo entre lengua nacional y educación pública fue fundamental en la conformación de las identidades nacionales: “...en la época anterior a la enseñanza primaria no había, no podía haber ninguna lengua nacional hablada exceptuando los idiomas literarios y administrativos (Hobsbawn 1992: 61).” Esto es, existía una identificación lingüística proto nacionalista, pero no aún como diacrítico central en la conformación de la identidad nacional moderna. Por lo tanto, la lengua en sí misma no es todavía un signo de identidad nacional, sino que llegará a serlo tras un proceso –ideológico– de construcción desde el estado, donde la educación pública cumple un papel fundamental. En otras palabras, el sentido moderno de la lengua con potencial político –como símbolo de la identidad nacional y de un estado– nace con este proceso explícito de construir una lengua como “lengua de la nación”.

En el Siglo XIX los estados nacionales hispanoamericanos nacen imitando el modelo hegemónico que había llegado a América con el colonialismo. Recordemos que la naciente República del Paraguay se inscribe en este esquema y adopta el castellano –

lengua moderna– como lengua de estado, intentando así incorporarse al movimiento del “mundo” occidental, para superar un pasado concebido como lo estanco y atrasado. Si, por un lado, la naturalización del castellano como idioma del estado moderno desconoce y oculta la situación sociolingüística del Paraguay, por el otro conlleva la exclusión del guaraní del modelo de nación-como-estado que da sustento al proceso de construcción de hegemonía estatal.

El periodo de reorganización nacional que se inicia en el Paraguay en 1870 también es un intento de re-construir la nación moderna en los mismos términos, en la medida en que el modelo de estado-nación pensado como occidental/hispano no cuestiona la adopción del castellano como lengua de estado. Así, al modelado de esta nación particular como “las demás naciones civilizadas” le corresponde la imposición del castellano como lengua de escolarización, dando por supuesto que la incorporación/ construcción del “pueblo” de la nación moderna “hispana” sólo se lograría a través de la castellanización del sector monolingüe guaraní.

Sin entrar a analizar los diversos factores que entraron en juego, el uso del guaraní siguió vigente en todo el territorio nacional. A pesar del fuerte énfasis puesto en la escolarización en castellano, el porcentaje de monolingües guaraní se mantuvo en alrededor de la mitad de la población. Ello marca la sistemática exclusión de este sector del proceso de modernización.

La tensión que se fue generando debido a esta exclusión –enfaticada por la apropiación del discurso hegemónico nacionalista– condujo a que la Constitución de 1967 procurase hacer una “inclusión simbólica” del guaraní, aunque manteniendo la “castellanización” del estado. En el marco constitucional y en el modelo de estado que prima en 1967, la única posibilidad de desarrollo del pueblo que podía entreverse demandaba que los sectores populares –“el pueblo”- también hablasen castellano. Desde esta perspectiva, oficializar el guaraní y enseñar en guaraní equivalía a mantener al pueblo en el atraso y el aislamiento del mundo moderno. Predominaba la imaginarización del guaraní como lengua indígena, por lo que quedaba implícito que era causa del subdesarrollo. En este sentido, se argumentaba que los “problemas” en el sistema educativo del Paraguay se debían al hecho de que el guaraní dificultaba al “pueblo” la posibilidad de adquirir el castellano –ergo, de “desarrollarse” y acoplarse a la dinámica del estado–.

Uno de los niveles de la disputa en torno al estatus de la lengua guaraní apunta entonces principalmente a definir el modelo político de la nación y el estado paraguayos. En este sentido, la posición de Meliá es clara:

“Toda nación tiene una cultura, pero no toda cultura es nacional (...) las naciones primitivas suelen presentar un alto grado de identificación entre cultura y nación; las culturas de esas naciones son culturas nacionales. Las naciones modernas, paradójicamente, tienen dificultad en crear una cultura nacional (1990: 71).”

A la luz de esta afirmación, señalemos que este modelo de estado-nación emergente a fines del S. XVIII había naturalizado la ecuación una nación = una lengua –ergo una cultura. Y si bien veíamos que la ecuación de lengua-nación-cultura es un constructo histórico e ideológico –convencionalmente datado a Herder y el romanticismo alemán– esta ecuación es luego retomada por el modelo de estado nacional liberal, insertándola en la ecuación “un estado = una nación= una lengua”, naturalizando así como “verdad incuestionable” que a todo estado le corresponde una nación/pueblo y una lengua, ergo también una cultura.²¹⁵ En este sentido, la afirmación de Meliá procura desnaturalizar esta ecuación que ha anclado la simbiosis estado=nación. Pero antes de ser cuestionada, la noción de lengua de la ideología nacionalista del lenguaje en términos herderianos es un supuesto compartido.²¹⁶

²¹⁵ Si bien por la manera en que han operado sobre la historia y las lenguas vernáculas estas dos corrientes nacionalistas tienen puntos en común, para Wilson (1973) generaron movimientos diferentes. Debido a lo pertinente que resulta la distinción que este autor hace entre ellas para pensar en relación al imaginario que prevaleció en la Constitución del 67 y en el del 92, sintetizamos aquí una parte de su argumentación. A la corriente que nace con Herder en Alemania la denomina “Nacionalismo Romántico”, donde la idea del “pueblo” de la nación es pensada como conformado por la gente “común” que es la verdadera depositaria de los valores locales tradicionales, del folklore, etc. y que responde a una cultura única. El paisaje/la naturaleza y el pasado compartido, junto a la lengua en tanto portadora de la tradición, le daban a cada cultura/nación un carácter particular. Esta tendencia se caracteriza por darle un énfasis emotivo a la nación y a la “nacionalidad”. Estas ideas, siempre según Wilson, “encontraron sus manifestaciones más poderosas en la Revolución Francesa (1789) y Americana (1776) (1973: 820), dando inicio a una nueva “filosofía nacionalista” que denomina “Nacionalismo Liberal”. El “pueblo” para esta tendencia, es más bien un pueblo que *nace* con la adopción de los valores de la “nueva nación”. Basándose en la realidad del presente, este nacionalismo se sustenta en “la racionalidad” y en “lo nuevo”/“lo moderno”, que se significa como una superación del pasado/atraso.

²¹⁶ Con respecto a esto, por décadas el discurso hegemónico había basculado entre una tendencia más liberal, explícitamente castellanizante, que desvalorizaba el guaraní en tanto “lengua indígena”, “atrasada”, que no permite el desarrollo, por un lado, y una tendencia nacionalista que construyó el guaraní como símbolo de la patria/nación, pero excluyó al guaraní hablante del estado, por el otro. Pero como la idea de que el guaraní es “la esencia” del paraguayo –lo que lo “hace ser paraguayo”– está tan arraigada, el guaraní no puede ser eludido. En este sentido, señalemos que inclusive en Gondra (Parte I cap 3) vimos cómo la tendencia más dura pro castellanización de la nación también reivindicaba las capacidades y cualidades del idioma guaraní, y con ello ubica al indio guaraní –antepasado del “paraguayo”– como jerárquicamente superior a indios de otras etnias. Es decir que la lengua guaraní es concebida en base a la misma noción de lengua de la ideología nacionalista del lenguaje, pero es acentuada de maneras distintas según cómo se entretujan los demás niveles ideológicos. Pero el guaraní hablante, el sujeto concretamente, estaba socialmente estigmatizado en ambos casos; tanto en la tendencia “nacionalista” como en la más “universalista”.

Recapitulando lo hasta aquí expuesto, desde la perspectiva del estado en 1967, el guaraní como lengua nacional busca entonces generar la necesaria cohesión y sentimientos de lealtad de la nación hacia el estado. No obstante, como el guaraní en tanto lengua indígena pertenece al eje de lo tradicional, los monolingües guaraní – imaginados siempre como lo pobre, atrasado, campesino– quedan excluidos del proyecto de la “nación moderna”. Es por ello que, dentro de esta construcción/imaginarización de lengua y a pesar del “renacimiento” del guaraní que ese sector llevaba adelante, no resulta viable ni negociable otorgar a esta lengua el estatus de lengua oficial. Paralelamente, tampoco es cuestionable/negociable el estatus del castellano como lengua de estado. La puja por la oficialización del guaraní en ese momento parecía provenir principalmente de sectores opositores/excluidos del poder hegemónico. Curiosamente, viendo en el guaraní la posibilidad de explicitar/sentar posiciones enfrentadas con respecto al régimen, estos sectores disidentes se basaron en la misma retórica sobre las lenguas del discurso hegemónico, aunque para argumentar/demostrar por medio de la exclusión del guaraní del ámbito oficial, que ese poder marginaba/oprimía al sector popular.²¹⁷ Debe tomarse sin embargo en cuenta que apareció en ambas posiciones la noción de una élite que conforma el estado hegemónico y que representa al “pueblo” que es excluido de la esfera de toma de decisiones.

Así como hasta entonces, para el poder hegemónico nacionalista la revalorización del guaraní no implicaba –de ninguna manera– la “guaranización” de la esfera oficial, desde posiciones contrahegemónicas prevaleció la necesidad de incorporar al estado “la otra parte”²¹⁸ de la identidad nacional, que hasta ahora quedaba relegada. Muchas de las tendencias contrahegemónicas entonces acentúan el guaraní de manera bastante similar a la imaginarización de Meliá pero, en cuanto a la concepción de la nación paraguaya, comparten con el discurso hegemónico el hecho de dar por supuesto que el Paraguay es una “nación como estado.” Y veremos de aquí en más las tensiones que específicamente ello trae aparejado.

²¹⁷ Con respecto a la imaginarización del guaraní según sus capacidades, no hubo en esa instancia grandes disensos, ya que hasta cierto punto, en este nivel, la disputa se asentó básicamente en dos posiciones: quienes se oponían a la oficialización de la lengua del guaraní *porque* la misma no reunía las condiciones necesarias para ser idioma de uso oficial, y quienes consideraban que la motivación para oficializar el guaraní era justamente, el hecho que ello *haría posible* poder perfeccionarla, de manera tal a que en el futuro, fuese igual que el castellano.

²¹⁸ “Primeras propuestas tendientes a instaurar la educación bilingüe en el Paraguay” (s/f, ver Parte II cap. 4)

Recordemos a su vez que el guaraní como lengua nacional había quedado vinculado con el patrimonio histórico en 1967, y con ello, relegado al pasado y a las zonas marginales/periféricas alejadas del “centro” del poder, simbolizando también la subordinación de los monolingües guaraní en la jerarquía social. Así, el vínculo entre la oficialidad del guaraní y la responsabilidad del estado de brindar educación en ambas lenguas emergerá como una de las maneras de reafirmar que el guaraní - hablante es ahora parte del estado. Y es por tanto en base a la distinción entre “pueblo” y “estado”, anclada en los distintos estatus de cada lengua, que la exclusión del guaraní del ámbito oficial y educativo pasará a simbolizar para algunos sectores el sistema opresivo de la dictadura. En este marco, la asimetría que el nuevo estado democrático se propone y necesita modificar para otorgar igualdad de condiciones a todos los paraguayos es pensada también como un reclamo justo y obvio. Desde esta perspectiva, la vía apropiada para construir la nación moderna es la co-oficialidad y la construcción de la nación bilingüe.

En síntesis, por mucho tiempo había predominado en el Paraguay la idea de que el “pueblo” tenía que hablar la lengua del estado para ser parte del proyecto de desarrollo de la nación y de la correspondiente modernización. En este sentido, el estatuto de co-oficialidad del guaraní en la Constitución de 1992 significa un planteo novedoso y aparentemente un giro drástico. Al cambiar la relación pueblo-estado imperante hasta ese entonces, el estado parece aceptar finalmente hablar en guaraní como la nación. Reafirmando el imaginario del guaraní como diacrítico fundamental en la construcción de la identidad nacional, la oficialidad también estaría reformulando la relación pueblo –estado, en lo que respecta a la esfera pública oficial y administrativa, significando “la igualdad de acceso al poder” a todo el pueblo paraguayo—. Vimos ya que a esta reformulación de la relación le corresponde una noción de “pueblo” distinta, puesto que el imaginario del Paraguay como nación bilingüe se asienta en una noción de “pueblo” en el sentido de base sociológica, y no en referencia a sectores o clases sociales. Sólo así es posible construir el estado como “estado bilingüe”.

Parecería ser que las élites morales ven en el guaraní la posibilidad de reformular el estado-nación a partir de un diacrítico que otorgue el grado de cohesión suficiente para establecer la necesaria legitimidad y lealtad de parte del “pueblo” hacia quienes gobiernan –y hacia la “comunidad imaginada” más amplia–, suponiendo que ello re-

establecerá la alineación entre pueblo y estado, donde la oficialización del guaraní y el vínculo con la educación serán fundamentales.

En líneas generales, desde esta perspectiva queremos abordar algunos de los supuestos en torno a la oficialidad del guaraní en el capítulo siguiente. Mencionamos, a su vez, que entre quienes luchan por reivindicar el guaraní hay acentos en disputa, porque sus imaginarios de nación en los distintos discursos puestos en juego en 1992 no son los mismos. Este tema será retomado en el capítulo 5.

Capítulo 4. El guaraní oficial

Tras la re-contextualización de distintos imaginarios que prevalecieron desde el anterior debate constitucional y la articulación con distintas ideologías que operan en la construcción de los mismos, queremos ahora abordar específicamente los imaginarios puestos en juego en la Asamblea de 1992, para re-centrar desde este marco lo que en esta instancia queda anclado. Recordemos el espíritu de ruptura con que se elaboró esta Constitución, asumiendo los convencionales como propia la tarea señalada como fundamental e indispensable de redefinir el estado, la nación y la sociedad paraguayos, con el objetivo de corregir las injusticias y los errores de épocas anteriores. En este sentido, se procura ahora elaborar el nuevo marco constitucional, democrático y pluralista, que enfrente la praxis socio política que caracterizó al sistema dictatorial anterior, afirmando que durante éste se había “mantenido el estado de injusticia, de desigualdad de oportunidades resultantes de la colonización interna, a fin de que un grupo minoritario continúe dominando a la mayoría de la población (Bareiro Saguier: 1990: 195).”

En lo que respecta a los artículos que hemos abordado, la oficialidad del guaraní significa y simboliza una ruptura fundamental que se vincula con dos hechos clave que nos proponemos abordar de aquí en más.

Por un lado, la redefinición del *ciudadano* de la nación paraguaya, acorde a esta nueva etapa “de una sociedad que ya ha decidido ingresar y mantenerse en la modernidad (Corvalán 1995:45).” Relacionalmente, el estatus del guaraní como lengua oficial –v.g., lengua de estado– expresa la voluntad de incorporar al sector guaraní hablante antes discriminado como parte del mainstream de la sociedad nacional.

Por otro lado, y de manera simultánea, si el foco de la disputa en torno al guaraní se debió a que hasta ahora se había negado totalmente el “principio del biculturalismo, con respeto equitativo de los dos componentes que forman y conforman la realidad socio-cultural del Paraguay (Bareiro Saguier 1990: 195)”, emerge la redefinición de la nación paraguaya no ya como “nación guaraní” sino como “pluricultural y bilingüe”. Ahora el “bilingüismo” emerge como el símbolo de esta nueva sociedad –hecho que según ciertos autores, se corresponde con que “la democracia a la que aspiramos no concibe la

posición ideológica que atribuye a una o a la propia lengua supremacía y calidad superior– (Corvalán 1995: 45).”

Así, vemos que aparecen rupturas sustantivas con respecto a imaginarios anteriores, pero también re-elaboraciones de cuestiones que se anclan en discusiones pasadas, y que se ponen en juego en el nuevo imaginario de estado y de nación-como-estado entextualizados en esta Constitución. Queremos entonces ver, en este capítulo, cómo se articulan en este nuevo imaginario de nación paraguaya problemas de arrastre de la etapa anterior y demandas nuevas, epocales, que son parte del actual horizonte discursivo. Para ello, partiremos del estrecho vínculo que en los debates se establece entre la oficialidad del guaraní y la educación, vínculo que nos da pie para abordar algunos aspectos específicamente ligados a los determinantes y supuestos que llevan a consagrar el guaraní como lengua oficial y lengua de alfabetización, como así también las implicancias que ello tiene sobre la lengua guaraní.

1. Problemas de arrastre

Retomando los dos artículos analizados, habíamos visto que la oficialización del guaraní y la educación se encontraban íntimamente imbricados en una misma estrategia argumentativa que llevaba a dar como natural y obvio que se debía otorgar dicho estatus a esta lengua. Y en este sentido, según uno de los convencionales, ambos artículos se basan concretamente en las propuestas de un informe del Ministerio de Educación:

“Creo que esta propuesta [educación en lenguas maternas oficiales] hecha por la Comisión de Redacción, es la que ha sido pensada en base, justamente, y redactada perdón, en base a la serie de propuestas, y especialmente la que vino del Consejo Asesor de la Reforma Educativa.”²¹⁹

Si recordamos lo expresado tanto en el artículo 77 como en el debate que el mismo generó –y más aún advirtiendo el rol preponderante jugado por este informe– se hace evidente que existe cierto consenso entre los convencionales sobre el papel del sistema educativo como mecanismo de consolidación de un estado educador/disciplinante del ciudadano y constructor de identidad nacional. En otras palabras, parece naturalizado, en este aspecto, la imagen del estado. De alguna manera, diríamos que, así como la

argumentación de la oficialidad del guaraní y la de educación en guaraní parecían depender una de otra de manera circular, el vínculo oficialidad del guaraní/educación también está íntimamente ligado con la faceta formadora del estado.

Veamos entonces con un poco de detalle de qué manera en dicho informe (*Primeras propuestas tendientes a instaurar la educación bilingüe en el Paraguay* s/f)²²⁰ y en otros materiales que hacen referencia al bilingüismo y la educación en el Paraguay,²²¹ oficialidad y educación aparecen interdependientes e inseparables, para ver luego cómo ello opera en la construcción del nuevo imaginario del guaraní como lengua oficial.²²²

En primer lugar, en este informe, el otorgamiento al guaraní del estatus de lengua oficial es considerado un paso previo indispensable para llevar adelante transformaciones necesarias en el área educativa:

“[Que] El reconocimiento de la condición de idiomas oficiales, tanto del español como del guaraní, en el texto de la Carta Magna, pueda contribuir poderosamente al reequilibrio de las relaciones entre los códigos, pues obligará a la búsqueda de la utilización de la lengua materna como instrumento del inicio de la alfabetización y al uso de ambos idiomas en el sistema escolar y extraescolar en la comunicación social, a fin de hacer realidad la condición de comunidad bilingüe, de asumir plenamente nuestra identidad de sociedad mestiza, nutrida de dos fuentes lingüístico culturales (Primeras propuestas s/f: 4).”

Es decir, además de enfatizarse el rol de la educación como mecanismo preponderante y eficaz para “asumir plenamente” la condición de comunidad “bilingüe” y “mestiza” y hacer realidad la incorporación del sector antes desplazado, se hace depender dicha transformación a que se otorgue la co-oficialidad castellano-guaraní. Encontramos ya operando el argumento circular que plantea la necesidad de pensar un programa de

²¹⁹ Convencional R. Bareiro Saguier. *Diario de Sesiones*, C.N.C. Sesión N° 16: 35.

²²⁰ Debido a la importancia de dicho informe para la oficialización del guaraní, parece pertinente señalar que en el mismo, se aclara que: “el Consejo Asesor de la Reforma Educativa designó una sub-comisión a los efectos de elaborar propuestas sobre la educación bilingüe en el marco de la reforma. Integran dicha sub-comisión: Ramiro Domínguez, Olga de Cardozo, Tadeo Zarratea, Carlos Villagra Marsal, Rubén Bareiro Saguier (coordinador) (Primeras propuestas: 1. s/f).”

²²¹ Teniendo en cuenta que en este trabajo no vamos a analizar los programas de educación bilingüe que se aplican actualmente en el Paraguay, nos basaremos principalmente en el material bibliográfico sobre bilingüismo y en los informes en que se basó la Comisión Redactora, para detectar supuestos en torno a cómo se pensaban al momento del debate los nexos entre educación y co-oficialidad.

²²² El examen de las implicancias que esto tiene en la imaginización del Paraguay como país “pluricultural y bilingüe” se trata en el siguiente capítulo.

educación que contemple el uso de ambas lenguas maternas para re-establecer una situación de igualdad entre los ciudadanos de cada comunidad lingüística; necesidad que a su vez se ancla en que el guaraní primero debe estar en igualdad de condiciones con el español. La oficialidad del guaraní emerge entonces como condicionante que determinaría/impondría la obligación de poner en práctica un programa de educación distinto del anterior. En otras palabras, estableciendo una relación simétrica entre los dos sectores/culturas=lenguas que se considera conforman el “nosotros” de la identidad nacional –de “nuestra identidad de sociedad mestiza”–, la co-oficialidad permitiría vehiculizar la conformación de una sociedad más igualitaria a través de la educación. Sugestivamente, esta predicación indirecta sobre una igualdad social que permita asumir una única y compartida “identidad de sociedad mestiza” se funda en “el reequilibrio de las relaciones entre los códigos” concebidos como índices de sectores dicotómicos.

a. Pobreza-educación

Según el diagnóstico del informe de la sub-comisión, a causa de los errores y falencias pasados del sistema educativo, existe en el país “un alto porcentaje de ausentismo [en las escuelas], de deserción escolar y, hecho grave, de analfabetismo, calculado en un 65% de la población, entre analfabetos absolutos (...) y analfabetos funcionales (Primeras propuestas s/f: 2).” A su vez, esto ha llevado a que el Paraguay se encuentre inmerso en la pobreza y el subdesarrollo:

“La sociedad paraguaya es un universo carenciado, un ejemplo de ‘la cultura de la pobreza’, en el cual los problemas de salud, de higiene, de desnutrición, de irregularidad familiar constituyen otros tantos factores que se ligan, se entrecruzan con los lingüísticos –que hacen el papel de reveladores– para explicar las falencias de la comunidad nacional (Primeras propuestas s/f: 2-3).”

Concretamente, se responsabiliza al anterior sistema del actual estado de cosas descrito, ya que en buena medida el sistema escolar que impuso el castellano como lengua de escolarización ha llevado a que un gran sector de la población –el monolingüe guaraní– no haya podido adquirir los medios necesarios –la cultura necesaria– para salir del subdesarrollo, concebido como “cultura de la pobreza”. Y si bien pobreza y subdesarrollo no son causados por el factor lingüístico, el idioma guaraní cumple un papel “revelador” en tanto “indicador privilegiado de ese desajuste (Primeras propuestas

s/f: 2-3)”, pues la pobreza está “localizada” en el sector guaraní hablante. Es decir, partiendo de que el “punto flojo/problemático” de la nación es el sector guaraní hablante, se concluye que a través de la educación formal el estado podrá revertir esta situación.

Por otro lado, así como parece haber consenso con respecto a que el guaraní puede y debe ser lengua de función escolar, gran parte de la producción teórica de Corvalán sobre el bilingüismo en Paraguay giraba en torno a esta problemática, insistiendo ya hace más de dos décadas en que las deficiencias del sistema educativo paraguayo se debían tanto al hecho de que éste no se basaba en un “conocimiento científico” de la “realidad sociolingüística” del país, como al tipo de metodología/pedagogía aplicada en el proceso de alfabetización. El problema no estaba en la lengua guaraní en sí misma – como tantas veces se había afirmado– sino en el hecho de que la escolarización se impartía en castellano a niños que sencillamente desconocían la lengua.

Vemos entonces que en el actual contexto la educación en guaraní es un mecanismo de doble entrada. Por una parte, se necesita resolver problemas de arrastre, como es el preocupante índice de analfabetismo que mantiene a un amplio sector de la población en la “cultura de la pobreza”, excluidos del desarrollo del estado moderno y dificultando con ello el desarrollo del país mismo. Por la otra, ese analfabetismo queda ligado al desconocimiento de la lengua de escolarización por parte de muchos educandos. Por ello, parece indispensable que el guaraní sea lengua de función escolar para promocionar un sector de la sociedad antes excluido. En este marco, instaurar un programa de educación en lengua materna –derecho inalienable, además– emerge como pieza clave para revertir todos los problemas heredados. Por ende, la oficialización del guaraní no sólo es un reconocimiento a un sector antes excluido, sino que también responde a demandas actuales que repercuten en los objetivos trazados a futuro:

“en vistas a los cambios de la vida moderna y democrática, la incorporación y asunción de la lengua guaraní en la comunicación (...) y en el sistema educativo, no sólo es un acto de justicia hacia la mayoría del pueblo paraguayo, sino el recurso más apropiado para la eficacia del proceso de educación en sus dimensiones integrales (Primeras propuestas s/f: 6).”

En lo que respecta al “problema de la educación” en el Paraguay, la cuestión es de larga data. Hemos señalado ya que el guaraní estuvo excluido de las escuelas, por lo que hasta

1973 no hubo ningún tipo de educación formal en este idioma. Y si bien luego de esa fecha ya se había incorporado el guaraní en la educación, castellano y guaraní eran contemplados de maneras distintas: “en consecuencia, la educación escolar ha marginado el guaraní –causa-efecto?–, [sic] no aceptándolo en la fase de alfabetización, salvo algunas tentativas de carácter 'experimental', y en la del aprendizaje posterior, siendo casi siempre utilizado –cuando ello ocurre– con el criterio de sustitución (Primeras propuestas s/f: 2).”

Por ello, aparece ahora la alfabetización en lenguas maternas como mecanismo capaz de revertir los graves problemas educativos. A su vez, así como el nuevo estado decide entrar de lleno en la Modernidad y el desarrollo, se señala en el informe que la educación también debe *aggiornarse* –como venía sugiriendo Corvalán– e incorporar nuevos esquemas y didácticas acordes a los nuevos tiempos, “rompiendo así los esquemas tradicionales de la educación paraguaya y dándole un nuevo enfoque (Primeras propuestas s/f: 6).”

Si, de acuerdo a lo sostenido por Corvalán, la escuela es “el punto de partida del proceso bilingüe paraguayo (1981b: 189)”, un programa de educación bilingüe parece ser la vía más pertinente para los objetivos propuestos. Pero para ello, es necesario primero revertir el imaginario de guaraní –otro de los problemas de arrastre– para que el mismo pueda ser imaginario como lengua de función escolar. Entonces, del informe podemos sintetizar que para llevar adelante los cambios en la educación que se supone harán posible transformar la sociedad, la oficialidad del guaraní resulta ser el paso previo indispensable, pues persiste en el imaginario la idea de que el guaraní es una lengua menor, que ha sido la causa del subdesarrollo del país, lo que ha llevado a que esté en condiciones desiguales con respecto al castellano. Se pretende entonces reestablecer la simetría entre los dos códigos lingüísticos otorgando a ambas lenguas el mismo estatus.

b. Imagen heredada del guaraní

A pesar de que se ha hablado mucho sobre el guaraní como símbolo de la identidad nacional,²²³ otro problema de arrastre que condiciona a la oficialización es la paralela

²²³ Incluyéndose en esta valoración también el informe examinado: “los rasgos etnolingüísticos de la sociedad paraguaya son particulares y la distinguen de las de los demás países del continente (Primeras propuestas: 2).”

estigmatización que pesa sobre el uso del guaraní, discriminación que la exclusión del guaraní de la esfera educativa ha colaborado también a reforzar. Esto se refleja en el diagnóstico del informe, donde se describe la situación lingüística del país afirmando que, a pesar de los datos estadísticos que “revelan una neta mayoría de guaraní-hablantes, el ‘guaraní paraguayo’ se encuentra en condiciones de desventaja, es un idioma *minorizado* (Primeras propuestas s/f: 2; nuestro énfasis).” Debido a que la lengua guaraní estaba minorizada, el sector que ahora se quiere promocionar también quedaba emplazado en el lugar de lo estanco y excluido de los procesos de modernización.

En este sentido, ya Rubin señalaba en la década del 70 que la desvalorización hacia el guaraní se detectaba en la “inseguridad lingüística” que expresan muchos guaraní hablantes, en un marco proclive a generar sentimientos contradictorios: si bien la lengua guaraní era motivo de orgullo nacional, hablar guaraní en ciertos contextos también era índice de clase social baja o rural y de exclusión de ciertas esferas. En los términos del informe, empero:

“...pese a esa marginación, el guaraní es percibido como código preferencial de identificación entre connacionales, como instrumento esencial para una comunicación que en la sociedad paraguaya no puede ser suplantada sin riesgo de perder su identidad, como código privilegiado para el acceso a la cultura paraguaya (Primeras propuestas s/f: 3).”

Aún así, existían contextos donde sólo se debía hablar castellano –las esferas formal, administrativa, educativa, por ejemplo– y donde hablar guaraní “no era pertinente”, por lo que el monolingüe guaraní era directamente excluido y estigmatizado.²²⁴

Se podría decir a modo de síntesis que, hasta este momento, el guaraní ha venido cumpliendo un doble rol.²²⁵ En tanto diacrítico de la identidad nacional, ha funcionado como un elemento de cohesión y distintividad respecto de otras nacionalidades, pues en esta lengua subyace la verdadera y esencial cultura paraguaya, lo “propio” que distingue

²²⁴ Señalemos que por ello, una maestra de lengua materna guaraní, por ejemplo, si bien hablaba guaraní en los demás contextos, utilizaba solamente el español en el aula/ámbito escolar.

al paraguayo de las demás nacionalidades. En lo que se refiere a las interacciones/relaciones entre paraguayos, el guaraní como lengua minorizada ha servido para marcar y reinscribir diferencias culturales y de clase, así como prácticas de subordinación. Por ello, el hecho de que ahora el estado/poder empiece a “hablar” guaraní es considerado como factor que operará sobre la estigmatización/valoración negativa del idioma ya que, en teoría, el uso del guaraní será una elección del hablante en cualquier/todos los ámbitos. A su vez, la oficialidad permitiría re-trazar sentimientos de pertenencia. Este no ser más “no oficial” reforzaría aún más los aspectos del guaraní que sí funcionan como elemento cohesionador entre pueblo-estado, en tanto lengua de orgullo nacional.

En concordancia con la “minorización”, parte de la inseguridad lingüística se debía también, según Rubin, al hecho de que para muchos de los guaraní hablantes su idioma era tan sólo un dialecto y no una lengua. Así, la propuesta de que el guaraní sea ahora lengua/idioma oficial dejaría en claro no sólo que **es** una lengua/idioma, sino también que es igual que el castellano, la lengua que se asocia con el prestigio, y el ascenso social y económico. Es decir, se confía entonces en que, como “al nivel de la consideración social, es el castellano el instrumento privilegiado del éxito socioeconómico y de realización en el ámbito de la comunicación formal (Primeras propuestas s/f: 2)”, la oficialización del guaraní también modificará esta apreciación del castellano, a la par de reponer sobre el guaraní idéntica significación.

A su vez, si en ciertos contextos ser guaraní hablante significaba ser “guarango”, por ejemplo,²²⁶ –por lo que la idea de “aprender guaraní” en la escuela resultaba algo repudiado–, el hecho de que el estado mismo “hable guaraní” transformará esas imágenes y actitudes. Concretamente, ser guaraní-hablante ya no metacomunicará ser “excluido”, “marginado” e “iletrado”, pues el estatus de lengua oficial operará sobre la imaginarización tanto del guaraní como del guaraní hablante.

Por las expresiones señaladas, un estado guaraní-hablante también dará necesaria cabida a la promoción del guaraní como lengua de enseñanza. Así, habiendo dos lenguas oficiales y por tanto de escolarización, en el nuevo imaginario del Paraguay como país

²²⁵ “La particularidad del bilingüismo paraguayo es la dualidad del rol de la lengua guaraní tanto en la cultura folk como en la urbana: uno tiene que ver con el proceso de socialización y comunicación y el otro con la **identidad lingüística** (Corvalán 1981b :191).”

²²⁶ Entrevista con Sr. V. Sarubbi. “Guarango era una ofensa, hablar guaraní era una ofensa, era sinónimo de ignorancia. Cualquier comportamiento fuera de lugar era considerado guarango.”

bilingüe, la lengua guaraní oficial expresaría que la sociedad nacional se compone de guaraní y castellano hablantes, “dejando” de funcionar como diacrítico de exclusión por el cual el guaraní hablante se (auto)concibe como “excluido” “iletrado”/no escolarizado, o “ava”. Pero fundamentalmente, el re-establecimiento de la simetría entre los dos idiomas hará posible llevar adelante un programa de educación bilingüe que lleve a promocionar a algunos, y a poner en pie de igualdad a castellano y guaraní hablantes.

2. Rupturas.

Uno de los propósitos de las reformas introducidas por la Constitución del 92 apunta a dar lugar a sectores guaraní hablantes antes desplazados, modificando la relación entre las dos lenguas de uso extendido en el país. En este momento, entre los constituyentes no sólo parece ya obvia la idea de que el guaraní debería ser lengua oficial –ergo, “igual” que el castellano en términos de sus capacidades, funciones y ámbitos de uso– sino que es igualmente obvio que la misma puede tener la función de lengua de uso oficial y escolar. No obstante, esta imagen del guaraní como lengua oficial tiene repercusiones complejas pues, de acuerdo con las imágenes de “estado” que también se ponen en juego, para que una lengua sea lengua de estado tiene que tener determinadas características que estén en concordancia con los imaginarios de “nación moderna” que corresponde a ese estado. Recordemos a este respecto que, por ello, en la anterior Constitución el guaraní sólo quedaba como parte del patrimonio de la nación –i.e., ligada a lo tradicional y estanco– en tanto lengua que no se condecía con la imagen de un estado moderno en permanente desarrollo y transformación.

Por lo que se declama en 1992, parece haber un cambio drástico en las suposiciones/imaginarizaciones de los constituyentes respecto tanto de la valoración de las lenguas en base a estándares dobles, como de las supuestas limitaciones/incapacidades del guaraní. Paralelamente, hemos ido también señalando que, en el sentido común, sigue todavía arraigada la imagen naturalizada del guaraní como lengua indígena, persistiendo además ciertas imaginarizaciones dicotómicas que, tendiendo a naturalizar y mantener la asimetría, socavaron hasta entonces la misma reivindicación. En otras palabras, más allá del halo de “obviedad” en que está envuelta la oficialidad del guaraní en 1992, imaginarios naturalizados de este idioma como

lengua indígena basados además en la ecuación lengua=pueblo=cultura no sólo quedan incriptos en y por el debate, sino que generan tensiones en lo finalmente sancionado como “texto fijo”. Brevemente, la tensión que genera este imaginario fuertemente naturalizado y anclado en el sentido común del guaraní como lengua indígena –y minorizada–, con respecto al imaginario, también naturalizado, de estado moderno y de una “lengua oficial” es precisamente uno de los aspectos que no está desatendido por quienes pujan por obtener la co-oficialidad, ya que en el mismo debate se señala que el guaraní debe ser “rescatado”. Por ello, más que la defensa y reivindicación de la lengua, esta idea de “rescate” implica inevitables transformaciones:

“Si sólo arrinconamos a la lengua y a la cultura guaraní en el espacio ambiguo del folklore; si no la *dinamizamos como recurso de expresión y comunicación* humana, todas las estrategias conservacionistas no impedirán su *decadencia y desintegración*, en el ya dilatado osario de las lenguas muertas (Domínguez 1995: 14, énfasis nuestros).”

Veámos en el capítulo 1 que las transformaciones en pos del rescate del guaraní se encuentran extremadamente imbricadas, por lo que desde distintos niveles se va “fabricando” un nuevo imaginario ajustado y moldeado en concordancia a este determinado momento histórico.

Por un lado, habíamos visto que, ligado a la necesidad de rescatar el guaraní del eje de lo “tradicional y estanco”, el mismo aparece imaginarizado como “lengua mestiza”, movimiento que lo distancia de las lenguas indígenas. Así, esta imaginarización permite desplazar al guaraní del ámbito del “patrimonio”, y pensarlo como lengua moderna –condición *sine qua non* para que sea lengua oficial–. En tanto lengua moderna, la misma puede/debe ser transformada –“dinamizada”– en concordancia con lo que se supone tiene que ser una lengua de estado. Por eso la imagen del guaraní como lengua mestiza es fundamental para justificar su incorporación al eje moderno, porque como lengua indígena el guaraní no podría ser lengua oficial del estado moderno paraguayo. Paralelamente, como la oficialidad del guaraní también está sujeta a la educación, el guaraní debe tener un determinado grado de “estandarización” y “normalización” –por ejemplo, una grafía unificada, principalmente para la elaboración de textos escolares– para que pueda ser lengua de enseñanza.²²⁷

²²⁷ Recordemos que, según algunos, la exclusión de la educación formal conducía a mantener el guaraní como lengua predominantemente oral.

Con respecto a ello, Pratt (1987) sostiene que lo que se denomina “normalización” y “estandarización” de las lenguas es la construcción de una determinada versión estabilizada y homogeneizada por medio de la elaboración de un diccionario y una gramática que fijan las normas. Debido a que el principio de clasificación de los atributos y funciones de las “lenguas oficiales” se ajusta a los parámetros que, se supone, establecen “la norma” en las lenguas “modernas”,²²⁸ el proceso de “estandarización y normalización lingüística” del guaraní se basa en el castellano – lengua moderna– pasando la gramática y la ortografía a ser atributos indispensables para que el guaraní pueda ser concebido como idioma moderno/oficial.²²⁹

Concretamente, como “constituye una necesidad básica la estandarización del guaraní (Primeras propuestas s/f: 9)”, el informe señala las siguientes “Estrategias respecto al guaraní (ídem: 13)”:

²²⁸ Por un lado, ya hemos visto este tópico en relación específicamente a la función literaria. Por el otro, aduciendo el “renacimiento del guaraní” en la década del 50, Garvin y Mathiot (1956), se explayan con precisión al respecto, circunscribiendo las lenguas según los términos propuestos por Redfield, en tanto “folk” y/o “urbanas” en base a las propiedades, funciones y actitudes que el grado de estandarización otorga a las lenguas (conceptos teóricos provenientes de la sociolingüística, la Escuela de Praga, Weinreich, y otros, según especifican los autores) y el alcance que ello tiene en cuanto a la posible oficialización o no del guaraní –definida como lengua *folk* explícitamente en base a las propiedades, funciones etc. que *no* tiene a causa de su baja estandarización–. Recordemos también que la oficialización del guaraní era ya *tema* en el horizonte discursivo en aquella década.

²²⁹ Si bien hay disputas entre especialistas hasta hoy, la *gramática* no ha entrado en juego en los debates constitucionales, por lo que no abordaremos específicamente este tema. No obstante, señalaremos algunos tópicos que resultan interesantes. En tanto parámetro de clasificación, la categorización en base a este parámetro responde a estándares occidentales naturalizados que dan por supuesto y hacen que parezca “algo natural” que toda lengua deba tener una gramática, desactivando también así la carga ideológica que tienen las gramáticas mismas. Entonces, que una lengua tenga o no gramática ha sido un parámetro descalificador, especialmente, de las lenguas orales. Por otro lado, si bien la gramática es desde cierto punto de vista, *sólo* un conjunto de leyes que regulan el uso de un idioma, desde la perspectiva de las lenguas como productos de la interacción social (Voloshinov 1993), vemos que las gramáticas instauran el patrón de uso “correcto” descalificando como “incorrecto” a todo lo demás, y tienden a “conservarla” evitando el cambio lingüístico. En relación a ello, Woolard y Schieffelin (1994) también señalan que, vistas a un corte diacrónico, las gramáticas tienen una fuerte carga ideológica estrechamente ligada a proyectos políticos de fijismo. Entonces, más que una pretendida neutralidad valorativa y la supuesta “objetividad científica”, las gramáticas también son productos ideológicos. Recordemos a su vez que los franciscanos y jesuitas habían logrado *reducir* la lengua guaraní oral a lengua escrita, transformándola en concordancia a la política de “reducción espiritual”.

El otro sostén de la *normalización lingüística* es la *ortografía*. Tampoco en este caso la normalización meramente conlleva determinar el registro escrito de una lengua oral –como en el caso de la política lingüística misional durante la colonia– o fijar y estabilizar un registro ya existente. Así como las palabras –*diccionarios*– son construcciones históricas y tienen carga ideológica, también la representación gráfica de las palabras se transforma en símbolos que se cargan de significados, símbolos en los que los lectores reconocen o no *su* lengua / *se* reconocen o no en esa imagen. (A modo de ejemplo, “Para la buena ortografía kastellana fázil y zierta, ke todos desean saber, son menester veinte i zinko letras xustamente, para ke eskrivamos como se pronunzia, y pronunziemmos como se eskriba, kon deskanso y fazilidad...” extraído de *Ortografía kastellana nueva y perfecta*. G. Korreas 1630). En este sentido, Woolard y Schieffelin (1994) señalan que las ortografías etimológicas están más próximas a las tendencias conservacionistas que pretenden revalorizar el origen de la lengua, mientras que las fonéticas –las que aproximan el registro escrito de la lengua determinada con la escrituración ya internalizada/reconocible de “otra lengua” que sea de uso extendido en el contexto “mayor”– suelen ser más operativas cuando se intenta difundir y generalizar el uso de la lengua “menor”. Así, tanto gramática como ortografía aparecen en las discusiones del 67 como parámetro de (des)clasificación, considerando en base a su inexistencia al guaraní como idioma “anárquico”/caótico, por oposición al castellano en tanto orden/mundo/ley. Si bien *casi* no hay referencias a estos tópicos en el debate constitucional del 92, sí hay controversias sobre las normas ortográficas en el horizonte contemporáneo de trabajos de guaraniólogos, especialistas, funcionarios del Ministerio de Educación, miembros de la Comisión Nacional de Bilingüismo y otras instituciones promotoras de la lengua guaraní.

- 4.1 Determinación de la grafía [fundamental para la docencia y publicaciones en general]
- 4.2 Normalización lexical, con la selección de términos que ya hayan sido incorporados[...] así como otros que deberían integrarse asimismo.
- 4.3 Normalización lexicosintáctica.
- 4.4 Producción de materiales cuyos contenidos refuercen la normalización ortográfica, léxica y sintáctica.

Vemos que, por un lado, esta nueva imaginarización basada en el potencial dinámico del guaraní –pasible por tanto de ser normalizado y estandarizado para fijar un determinado registro escrito– es fundamental para que este idioma pueda ser lengua de enseñanza. La posibilidad de cambio también connota la de poder/tener que "modernizarla", revirtiéndose así la idea hegemónica de que hay conceptos modernos que no pueden ser expresados en una lengua que se correspondería con una cosmovisión basada en un mundo tradicional, fijo, ligado a la naturaleza. Entonces, si el guaraní es una lengua “moderna”, es también “modernizable” y debe ser modernizada para poder ocupar los mismos espacios que hasta ahora sólo había ocupado el castellano. Primeramente como lengua de enseñanza en la escuela pública.

A este respecto, el reclamo de una política lingüística también apunta a que, como “lengua oficial”, funcione como lengua de enseñanza inclusive a nivel universitario y en la administración pública, lo cual requiere ampliar el léxico con conceptos de las matemáticas, ciencias físicas y sociales, del derecho, de la economía, etc. En otras palabras, el guaraní ya tiene nuevo estatus, pero se debe fijar aún la nueva versión del guaraní que será la avalada por el estado y difundida a través de la educación.

Por otro lado y paralelamente, la necesidad de establecer una versión “estándar” para que pueda ser lengua oficial también se vincula con que una lengua de estado debe ser una lengua que otorgue prestigio. Por ello, así como en términos generales se afirma que una lengua normalizada y estandarizada tiene más capacidades y atributos –siendo por tanto acorde con el imaginario de estado-nación moderno–, otro de los parámetros que se presupone propio de una lengua oficial es que la misma cumpla también la función literaria. Si hasta entonces, el uso del guaraní había sido predominantemente oral, –predominando su uso para géneros menores como canciones populares y algunos versos en guaraní– emergerá el consiguiente énfasis en la producción literaria²³⁰ de modo

²³⁰ Parece pertinente señalar que, entre los promotores de la oficialización del guaraní, ya dijimos que Bareiro Sagüier, es poeta y escritor; R. Domínguez es representante de “la generación culta del ‘40”, junto a Roa Bastos, Elviro Romero y otros. Concretamente “En 1967, Ramiro Domínguez se servía de un

a poder imaginarizarla como “lengua literaria”, “cultura”, e indicador de prestigio.²³¹

En suma, por más que en el debate la voluntad de establecer una relación simétrica entre ambas lenguas convierte en “obviedad” la idea de que castellano y guaraní son iguales, la construcción de un guaraní “oficial” –acorde con la imagen del estado moderno– comporta que la versión/imagen avalada por el estado no sea/pueda ser la misma que la que hablan los sectores populares “incultos”. Concretamente, no es la misma versión que se habla cotidianamente en el Paraguay. En este sentido, aun cuando la puesta en práctica del Programa de Educación Bilingüe excede los límites y propósitos de este trabajo, la siguiente cita resulta sumamente esclarecedora, pues en ella se trasluce la tensión a la que nos referimos:

“...para el aprendizaje de la lecto escritura se utiliza el **guaraní paraguayo formal**. Esto no significa que oralmente no pueda ser utilizado eventualmente el guaraní-paraguayo popular. Debe cuidarse, sin embargo, que ni maestros ni alumnos lleguen a registros inferiores: muy vulgar o bajo (Martínez de Campos y otros. 1995: 108).”

Muchos materiales publicados recientemente testimonian las dificultades que han ido de la mano de la difusión de “la nueva versión” del guaraní.²³² Lo que nos interesa señalar aquí es que, como la versión oficial avalada desde el estado es la que se instaura como

buen trabajado guaraní para dar forma al pensamiento popular creador de mitos (Meliá 1992:227)”, como es *Mboi-jagua* (La serpiente perro), publicada en 1973. Con respecto a Tadeo Zarratea: “La literatura narrativa [en guaraní] se desarrolla sobre todo en la cuantística de la cual son exponentes significativos [C. M.] Gamba y Tadeo Zarratea ...[quien]... “acepta el reto de escribir la primera novela en guaraní paraguayo, *Kalaito Pombero* (1981), donde la voluntad de mostrar las posibilidades estilísticas en esa lengua son manifiestas (Meliá 1992: 238)”.

²³¹ Por ejemplo, Félix de Guaranía señaló que unos años después de la co-oficialidad se han incorporado textos en guaraní para discernir los premios Nacional y Municipal de Literatura, (siendo llamativo para de Guaranía el hecho de muchos de los jurados no leer guaraní). También desde el Ministerio se intenta incentivar por medio de otros concursos la producción literaria en guaraní.

²³² El propio Ministro de Educación que dinamizó la implementación del nuevo programa bilingüe consideró problemática “la normalización del guaraní y los posibles excesos por implantar un guaraní ‘demasiado puro’ con el que la población no se reconoce (V. Sarubi en: López 1997: 18).” El *Estudio sobre el bilingüismo* del MEC realizado en 1998 detecta en las expresiones de padres que dicen no entender el guaraní que sus hijos aprenden en las escuelas indicios de que la versión oficial estaría generando una aparente/posible diglosia interna entre guaraní escolar/guaraní “popular”. Meliá (1999 y 2000) por su parte sostiene que “se ha hecho de ella [la lengua guaraní] una lengua escolar, encarcelada en las propias paredes de la escuela (1999: 26)” y que nada tiene que ver con “el guaraní”. Gynan (1995), quien también fuera consultor para la Comisión Nacional de Bilingüismo, observa que, para muchos, esta forma estándar representa una desguaranización. D. Villagra y otros (2000) han elaborado un informe en el que plantean sugerencias sobre necesarias y urgentes modificaciones en la versión escolar-oficial, en base a una investigación de campo realizada entre guaraní-hablantes.

Por otro lado, otra tensión que se ha generado en torno al “rescate” del guaraní se vincula con los distintos imaginarios que están en juego. Para quienes se debe rescatar este idioma del pasado y de lo tradicional para que sea eficiente en el mundo moderno, “rescatar” implica “inventar” en base a hispanismos términos –neologismos– para decir, por ejemplo, “estado gaseoso”, “estado líquido”, y “estado sólido”. Para quienes –como de Guaranía– consideran que el guaraní es capaz de dar cuenta de todo, el “rescate” debe hacerse en base a investigaciones históricas, de manera a re-encontrar palabras que se fueron perdiendo, o bien, apelar a los mecanismos propios del guaraní para construir nuevas palabras que no se conviertan en una desguaranización. Todo esto, según como pacientemente nos explicara de Guaranía durante la entrevista donde también nos diera ejemplos de como formar/construir palabras que no existen

norma y parámetro desde donde determinar usos correctos e incorrectos de este idioma, el panorama que estos testimonios nos presentan se aproxima, de manera paradójica, al principio de la discusión, cuando se argumentaba que la educación en una lengua desconocida para el niño era la causa de su marginación. Parece por tanto haberse generado un nuevo conflicto –“inesperado e imprevisto” en términos anticipados por Paulston (1997)–, en el sentido de que se pretendía por medio del “rescate” del guaraní reivindicar el sector mestizo guaraní hablante, pero éste no se reconoce en la versión del guaraní que habla el estado. Es decir, emerge otro nudo problemático que queremos insertar aquí, nudo que nos remiten al plano de la realidad concreta de las lenguas.

A pesar del silenciamiento que subyace a la misma expresión “el guaraní”, el hecho es que en la sociedad paraguaya co-existen –como es de esperarse– varias versiones del guaraní, pero que están en conflicto:

“el **estándar** ya existe y de hecho goza de una larga historia, habiendo gramáticas y diccionarios de la lengua que datan desde principios del siglo XVII, pero relativamente pocas personas conocen el “**guaraní de escritorio**”. El **guaraní paraguayo** tiene muchos préstamos del castellano y hasta existe lo que algunos han llamado una tercera lengua, el *jopara*, y por lo tanto muchos dicen que el “**guaraní científico**” difiere demasiado del **guaraní hablado**, que es artificioso y rebuscado, y que la forma estándar representa una desguaranización del guaraní (Gynan 1995: 22; énfasis nuestros).”

Sabemos que las referencias al *jopara*²³³ –o “tercera lengua”, como también la denominaron algunos– vienen de larga data, tal como lo indicara Meliá en **La lengua guaraní del Paraguay**. Pero hasta hoy, el *jopara* parece ser la variedad que más dificultades engendra al momento de ser definida, clasificada, circunscripta, por lo que termina con frecuencia siendo relegada y excluida. No obstante ello –o, tal vez, justamente por ello– queremos abordarlo en el siguiente acápite, pues algunos afirman que es en la “difícil definición de esa tercera lengua [el *jopara*, en la que] se define, sin embargo, la peculiar situación lingüística del Paraguay (Meliá 1974: 165).” Por nuestra

en guaraní, respetando la lógica del guaraní. También durante la entrevista realizada a Meliá, éste señaló que: “el equipo del Ministerio encaraba la lengua [guaraní] –yo no tengo miedo de decir– con dos grandes errores, grandes errores sociolingüísticos y lingüísticos. Estos eran, en gran parte, confundir la lengua con una nomenclatura y pensar que la revalorización del guaraní se daba con la renovación y supuesta modernización del vocabulario.” También señaló que al crear nomenclaturas nuevas se apeló a una etimología griega y latina, y que “la lengua” se convirtió en “la preocupación” principal. En este mismo sentido, durante la entrevista que le realizáramos el 13/10/98, también Corvalán señaló sobre el enriquecimiento del guaraní que “más que nada tiene que ser fruto, también de la investigación sociolingüística (...) Entonces hay que ir a estos, estas fuentes primarias, vamos a decir, y ver qué es lo que en algún momento del tiempo se usó para tal o cual palabra, necesidad, etc.”

²³³ En castellano, yopará. En algunos autores también aparece escrito jopará.

parte, creemos también que es en este “problema” donde se condensa una buena parte de las tensiones que hasta aquí hemos señalado. A su vez, esto nos abrirá el campo al tópico del último capítulo, pues articular la lengua con los hablantes concretos nos permite trasladar las implicancias de la oficialidad del guaraní al nivel sociológico.

3. Jopara

Para adentrarnos en el *jopara*, señalemos que el vocablo en sí mismo –el nombre *jopara*– es una palabra en “guaraní”²³⁴ que significa mezcla, mezclanza. Es también un caldo o sopa en la que se mezclan porotos con arroz o locro. Con respecto al *jopara* al que hacemos referencia en este trabajo, nos encontramos con una primera descripción general que señala que el mismo “consiste en iniciar una frase en un registro lingüístico y alternar con otro, sin ningún orden (Meliá 2000: 30)”, mezclando así el castellano y guaraní.

Ahora bien, como podría esperarse de las distintas posiciones y perspectivas que hemos venido reponiendo desde capítulos anteriores, la definición/imagen y valoración del *jopara* tampoco es unívoca entre los diversos autores que han abordado este tópico. No obstante, a modo de hilado de cuestiones vistas a lo largo de todo este trabajo, la siguiente cita que pone en perspectiva histórica el guaraní paraguayo y el *jopara* resulta sumamente operativa para abordar este tema. Por un lado, sobre el guaraní paraguayo Meliá sintetiza que:

“Aunque no sea el guaraní de los libros, como vulgarmente se dice, existen en el Paraguay grupos sociales que son capaces de entender y hablar una lengua plenamente funcional, coherente como sistema, y de gran riqueza cultural como norma (...) La lengua guaraní existe todavía en el Paraguay. La sociedad rural, hay que reconocerlo, es la principal depositaria de esta lengua. Sus exponentes principales –oradores (especialmente algunos curas católicos), poetas y narradores— suelen ser personas venidas del campo que se han impuesto la tarea de un trabajo lingüístico reflexivo en busca de una expresión artística (...) La literatura en guaraní se forma con ellos (Meliá 1992: 183-4).”

A renglón seguido, Meliá señala también que:

²³⁴ Pedimos disculpas. Desconocemos si este término es del guaraní o del *jopara*.

“Al lado del guaraní paraguayo ha ido surgiendo hasta tomar proporciones preocupantes lo que se ha dado en llamar jopará. Sería aquella ‘tercera lengua’ de que hablaba el padre Dobrizhoffer, cuyas tendencias de amalgama y confusión de sistemas ya se manifestaban en el siglo XVIII y que con los tiempos modernos se ha acentuado. A esta variedad lingüística –¿pero es solo una variedad?– se la ha llamado ... [siguen denominaciones según diversos autores] (Meliá 1992: 183-4).”

Un primer punto a señalar es que si bien el *jopara* consiste en alternar castellano y guaraní, el *jopara* es pensado, ya desde el término con que se lo denomina, como “guaraní” que se mezcla con el español, y no como un castellano que incorpora/se contamina de guaraní. En este sentido, se afirma que “el jopará es el guaraní históricamente hispanizado (Meliá 1974: 159)” ya que, “si bien con palabras castellanas, la sistematización morfológica está anclada en el guaraní (Meliá 1992: 184).” Por esta razón, no es mero “guarañol”.²³⁵ Y en esto parecen coincidir, como veremos, prácticamente todas las posturas.

Si pensamos ahora en los referentes sociológicos que subyacen a esta imaginarización del *jopara* como “guaraní degradado por la mezcla con el español”, podemos pensar también que lo que queda implícito es que son los guaraní hablante/clases populares los que carecen de “buen gusto” y son incultos, y no que el castellano hablante sea inculto e ignorante y que por ello, “pierda su lengua” al mezclarla con el guaraní.

Siguiendo entonces en este mismo marco, para Meliá, el *jopara* es un guaraní “horrible”,²³⁶ –y no un castellano “horrible”– porque “el jopará es todavía guaraní”. Pero como se ha alejado ya tanto “del guaraní”, Meliá se pregunta, “¿es solo una variedad?”, o más bien el *jopara* es hoy concretamente una tercera lengua.

Con respecto a esta “tercera lengua”, Meliá señala también que el *jopara* aparece como una “mezcla impura” que, si bien no ha sido bien estudiada, “...ha sido emocionalmente repudiada (1974: 146).” En este sentido, “la falta de normatividad [en esta lengua] es tan marcada que desafía cualquier categorización. Es un habla tan circunstancial y tan sujeta a la competencia –o incompetencia– de cada individuo, que desconcierta a quienes pretenden trazarle el perfil (Meliá 1992: 184).”

²³⁵ “En una ocasión ya habíamos llamado *guarañol* a este tipo de habla, por irónica alusión al *français* o al *spanGLISH* (Meliá 1992: 184)”, (...) “para significar el impacto colonial (Meliá 1974: 152).”

²³⁶ Programa radial antes citado. Ver Parte II cap. 2. Cita a pie de página #35.

Vemos entonces que si el *jopara* está sujeto a la incompetencia de sus hablantes, básicamente significa que no hay “buen gusto” en el *jopara*, ya que su uso no se atiene a las normas correctas que se deben poner en juego en la conversación, y que otorgan prestigio al habla y sus hablantes. A su vez, según este autor, “el grado de mescolanza es tan exagerado que suscita sentimientos de franca inseguridad y de frustración colectiva (Meliá 1992: 185).”

En cuanto al futuro de esta tercera lengua, siendo el *jopara* algo “horrible”, se debe superarla, pues la misma indicaría una tendencia a desplazar al guaraní verdadero (Meliá 1974 y 1992). El *jopara* cumpliría así “la función de un lenguaje de transición que prepara la sustitución del guaraní por el castellano paraguayo (1992: 185).” Por ello, concretamente, se hace cada vez más necesaria una política y planificación lingüísticas (1992:185).²³⁷

A partir de estas referencias, notamos claramente que la noción de lenguaje en base a la cual este autor piensa el *jopara* se asienta en el objetivismo abstracto, que escinde la lengua en tanto estructura como lo esencial del lenguaje, y que circunscribe el habla a la puesta en funcionamiento de esa estructura por los sujetos. La falta de “normatividad” del *jopara* resulta “preocupante”, por el hecho de que se vuelve difícil –desde tal noción ideológica de lengua– determinar en este caso los usos correctos e incorrectos, en base a la norma. Como veremos, esta parece ser la clave en que también interpretan el *jopara* la mayoría de las demás posturas que iremos reponiendo.

Por otro lado, la articulación de estas valoraciones del *jopara* con la ideología del purismo lingüístico es en este caso transparente. No siendo una versión/lengua “pura”, “original”, la misma no tiene mucho valor, ni hablarla supone prestigio, puesto que los hablantes de *jopara* sólo serían quienes desconocen/ignoran el buen guaraní. Así, según la “competencia o incompetencia” de los hablantes, esta tercera lengua podría ir variando, cambiando, transformándose, pero siempre al lado, en paralelo al guaraní paraguayo, como si cada una fuese un ente concreto y finito.

²³⁷ Si recordamos de los capítulos anteriores la oposición de Meliá a la idea/definición del Paraguay como una nación bilingüe, su actual posición al respecto de la *nación bilingüe* que la Constitución consagra parece estar estrechamente ligada a este reclamo suyo por una política lingüística que evite la sustitución del “guaraní” por el “*jopara*”. Sostiene este autor que “Hay circunstancias históricas en las que la política lingüística debe contemplar necesidades de bilingüismo más o menos extensivo y generalizado. Es el caso del Paraguay (Meliá 1999: 25).” Es decir, el nuevo estatus del guaraní haría posible poner en práctica una política lingüística que evite la muerte o desaparición del “guaraní”.

Repongamos la posición de otro de los especialistas, Ramiro Domínguez, quien publicó en 1978 su *Glosario del Yopará*, fruto de investigaciones sobre el léxico y “expresiones casi siempre sintagmáticas (1978: 614)”, en base al uso del *jopara* por sus hablantes.²³⁸ Una de las primeras afirmaciones de este autor se refiere a la dinámica del *jopara*, que incorpora, modifica, transforma, tanto castellano como guaraní, lo que se puede ver en las páginas de ejemplos que ofrece. Con respecto a la definición, considera que esta “proto-lengua o núcleo de una lengua en gestación” es un lenguaje popular, y aclara específicamente:

“...lejos estamos de proponer actualmente –si bien alguna vez adherimos a dicho temperamento– al yopará como lengua cristalizada y uniforme, o como tercera lengua a la que acuden los paraguayos para expresarse con más fluidez y espontaneidad que en las **lenguas maternas** (Domínguez 1978: 614; énfasis nuestro).”

De esta cita se desprende que el *jopara* parece ser una distorsión o divergencia de “las lenguas maternas” originarias –castellano y guaraní–. En este sentido, el *jopara* también sería otra lengua, pues no es ninguna de las dos. Concretamente, la idea de que la lengua debe provenir de un grupo o pueblo originario parece ser la lógica en base a la cual esta lengua no sería “lengua materna”, pues no viene de un pasado=cultura=pueblo específicos, y a su vez, en tanto lengua en gestación, se sugiere que es algo reciente. Por otro lado, en la idea de que es algo a “lo que se acude” reverbera también la idea de lengua como cosa.

Pero también es interesante señalar la tensión que genera el hecho de no ser una lengua materna de ningún hablante, puesto que entonces, aparentemente, nadie recibiría su primera socialización en ella. Este hecho parece articularse a que en el *jopara* “se perciben espontáneamente los niveles contrastativos de dos universos de significación relativamente autónomos – el del guaraní primitivo y el del conquistador hispano– (Domínguez 1978: 614).” Por ello, el *jopara* “es un nivel de comunicación humana en los grupos rurales del Paraguay tradicional, que opera según ciertos esquemas dinámicos y lleva consigo su **‘programación’** como en la cibernética (Domínguez 1978: 613).” Concretamente, desde esta postura, el *jopara* sería un lenguaje popular donde quedan registradas las huellas de las tensiones entre estas dos lenguas - castellano y guaraní.

²³⁸ Domínguez distingue “Lenguaje”=producto, de “Comunicación”=proceso, explicitando que abordará exclusivamente este último.

Vemos entonces que, para Domínguez, parecen coexistir en el *jopara* los dos mundos que aun pueden ser “detectados” o percibidos como “guaraní” y “español”, lo que nuevamente nos re-envía a una postura purista y a la idea de lenguas y culturas como compartimentos estancos, paralelos, que parecen ahora intersectarse/confrontar en el *jopara*. Estrechamente ligada a su vez con una aproximación objetivista, aparece la idea de Domínguez de descartar la posibilidad de que el *jopara* sea una tercera lengua, ya que aún no está cristalizada, acabada, ni es uniforme –v.g., carece de estructura–. Además, no siendo lengua materna de nadie, no puede ser del todo definida ni como un castellano “guaranizado”, ni como guaraní paraguayo “hispanizado” –las lenguas maternas de la mayoría de la población–. Por último, la idea de habla como “programación” remite a una noción de lengua como algo que está ahí, algo a lo que se “acude” y no que es creado por los hablantes, noción en tensión con la idea del ethos de sus “programadores”/hacedores.

Desde una tercera posición como la de Corvalán, no sólo no se piensa al *jopara* como otra lengua, sino que concretamente se considera “al jopará o guaraní paraguayo como el resultado de dos lenguas en contacto. [...Y el contacto entre lenguas] en la mayoría de los casos da lugar a desviaciones de las normas de cada una de las lenguas y es lo que se denomina **interferencia** (Corvalán 1981a: 98).” A su vez, “el término interferencia implica un ‘reajuste’ de modelos que resultan de la introducción de elementos extraños dentro de aquellos dominios más altamente estructurados (Corvalán 1981a: 98).” En base a esta definición, se sugiere que, “bajo el punto de vista social,” estas interferencias no son muy importantes, y más que algo excepcional, es lo que suele ocurrir en la mayoría de los contextos del mundo donde hay lenguas en contacto. Es decir, el *jopara* para Corvalán sería más bien una variedad baja –tal vez– del guaraní paraguayo.

No obstante, y en concordancia con una noción objetivista del lenguaje, Corvalán admite que en el *jopara* se detectan elementos extraños que se desvían de/desvían a la estructura de la lengua. En este sentido, es interesante la apreciación a futuro que la autora deriva de una “investigación comparativa” que realizara en 1978,²³⁹ enfocando la

²³⁹ *Determinantes del Rendimiento Educativo en el Paraguay* (Corvalán 1978).

capacidad lingüística y la actuación lingüística²⁴⁰ de niños de edad escolar. Pensando entonces el *jopara* dentro de un *continuum* que va del castellano al guaraní, afirma Corvalán:

“...el uso del jopará influirá negativamente en la construcción y fonología del español, cuando en ambos idiomas existe una débil competencia lingüística. Indudablemente esta situación es la que regularmente encontramos en los niños de estratos populares y rurales, que obviamente son los más afectados por el fenómeno en términos de rendimiento escolar (1978: 427).”

Más adelante, también sostiene Corvalán que:

“...el nivel general de cultivación de la lengua, que es independiente de la extensión del bilingüismo, está en relación directa con los tipos predominantes de usuarios en dicha población. Puesto que ésta es predominantemente una población rural con bajo nivel educativo familiar y socialmente poco diferenciada, es de esperarse que el tipo de bilingüe que usa ambas lenguas indiscriminadamente sea relativamente frecuente (1978: 438).”

El *jopara* entonces es para Corvalán producto ante todo de la baja capacidad lingüística o incompetencia de los hablantes –aparentemente sólo de los hablantes bilingües que son los que se alejarían de las normas establecidas por las dos lenguas, castellano y guaraní–. Es decir, el *jopara* es producto de la ignorancia/mala escolarización y es utilizado predominantemente por los sectores rurales y atrasados, que no recibirían una buena educación. Queda implícito entonces que, con un programa de educación bilingüe que permita la “correcta” adquisición de ambas lenguas, el *jopara* tendería a desaparecer o disminuir.²⁴¹

Señalemos que con respecto a los hablantes concretamente, la postura de Meliá diverge de las dos anteriores, ya que para este autor –y en concordancia con todo su imaginario del guaraní y de “pueblo paraguayo”– el *jopara* es producto de la urbanización antes que producto de la población rural, urbanización que hace que muchos guaraní hablantes deban recurrir a préstamos y barbarismos:

²⁴⁰ “Entendemos por actuación lingüística al comportamiento lingüístico del hablante, por oposición a su capacidad lingüística, que es [el] nivel de conocimiento intuitivo o adquirido que el hablante tiene de la lengua [la estructura] (Corvalán 1978: 441).”

²⁴¹ Corvalán, en la entrevista, señaló al respecto que: “...el término jopará tiene que desaparecer de nuestro uso cotidiano o no cotidiano. Porque el famoso jopará existe en todos los lugares del mundo, verdad. Existe en el Perú, que le llaman castellano motoso creó, y en cada lugar le ponen un nombre diferente. Y lo único que hace es denigrar ambas lenguas...porque el jopará está también en el castellano y está también en el guaraní.”

“...la ‘tercera lengua’ de hecho se está hispanizando cada día más, porque son más los hablantes que salen del uso casi exclusivo de lo coloquial rural, donde el guaraní mantenía gran parte de su coherencia interna (Meliá 1974: 164).”

Esta misma posición se mantiene casi sin variaciones hasta 1992, cuando Meliá sostiene que:

“...mientras un grupo social se mueve culturalmente en un área semántica ‘rural’, con repertorios lingüísticos y modos de decir poco hispanizados, hay otros grupos que dentro de un movimiento de urbanización y ‘modernización’ creciente manejan, en grados diferentes, repertorios más hispanizados exigidos por los temas nuevos o modernos de que están hablando (Meliá 1992: 184-5).”

Por un lado, entonces, queda implícito que la población urbana guaraní hablante se ve ante la necesidad de “acudir” o “generar” –según desde donde se lo piense– el *jopara*.

Retomemos ahora los debates constitucionales, pues parece ser que el grado de difusión del *jopara* es muy amplio y que su uso está desprestigiado. Brevemente, en la asamblea de 1967, la intervención de un campesino es interrumpida, y cuando pide concluir su intervención, en medio de las risas, varios convencionales dicen “eso es yopará, no guaraní.”²⁴² Por ello, afirma este convencional:

“Por el gesto del Dr Gonzalez Alsina, parece que no es muy partidario del guaraní y del yopará, que es también el autentico guaraní, porque nuestro pueblo, en un 90%, hoy habla yopará.”²⁴³

Si bien con distintas valoraciones, tanto en esta intervención como desde la posición de Corvalán, aparece algo que ya Tovar y Morínigo sugieren, y es que el *jopara* es, en cierto sentido, el guaraní paraguayo. Según Tovar (1964) el *jopara* es aquel “guaraní criollo” que los jesuitas desprestigiaban en tanto barbarismo y jerigonza –es decir, lo que luego fue el “guaraní paraguayo”–. Partiendo de la idea de que toda lengua es una lengua híbrida, la denomina “hispano-guaraní” o “lengua mixta” (En: Meliá 1992: 184). Por otro lado, las afirmaciones de Morínigo también parecen ir en este sentido cuando afirma que el guaraní de los paraguayos ya nada tiene del guaraní de los indios de la época de la conquista, pues aquél –el guaraní criollo/paraguayo– se hizo “...lengua ‘de

²⁴² *Diario de Sesiones*. CNC 1967: 52.

²⁴³ Convencional E. Doldán. *Diario de Sesiones*. CNC 1967: 52

españoles' a cambio de alterar fundamentalmente su íntima estructura lingüística (En Meliá 1992: 184).” A este respecto, recordemos la cita de Morínigo ya transcripta:²⁴⁴

“la oración guaraní actualmente (...) ya no es guaraní sino, por decirlo de modo gráfico aunque grotesco, es español hablado en guaraní, puesto que su estructura lingüística fundamental se encuentra totalmente *bastardeada* (en Meliá 1974:157, nuestro énfasis).”

Si bien se señala el impacto del contacto entre las lenguas, desde una ideología lingüística que preferencia el código –la estructura como determinante para su clasificación/descripción– es para este autor lo mismo que se lo denomine guaraní paraguayo o *jopara*, pues de todas formas es una lengua bastarda.

Es interesante notar que también en aquella Asamblea del 67 se pusieron en juego distintas valoraciones, ya que hubieron quienes afirmaron que si bien no hablaban ya un “guaraní puro”, harían el esfuerzo por hablarlo lo mejor posible, de manera a no ser señalados y desprestigiados como hablantes de *jopara*. Asimismo se señaló a los convencionales cuyo guaraní era el “verdadero” y que lo hablaban con mucha pureza, etc. Como veíamos, las clasificaciones y categorizaciones según determinadas normas que responden a construcciones/valoraciones ideológicas operan sobre las creencias y actitudes en base a las cuales los hablantes conciben/interpretan “su” y “la” lengua, y esto a su vez influye en cómo se conciben a sí mismos, y a los demás hablantes. En este sentido, son estrategias de dominación que llevan concretamente a determinadas prácticas sociales.

Ya en 1929 Voloshinov hacía una contundente crítica a la noción del lenguaje concebida como estructura de signos, noción que ignora la historia, proponiendo una definición de lenguaje en términos de un producto social y una actividad en la que los individuos socialmente relacionados la recrean y construyen constantemente. A su vez, debido al carácter multiacentuado del signo, Voloshinov sostenía que es en este proceso constante donde se imponen los distintos acentos y la significación. En sus propios términos:

“...la realidad concreta del lenguaje en cuanto discurso no es el sistema abstracto de formas lingüísticas, ni tampoco una enunciación monológica y

²⁴⁴ En Parte II cap. 2: “Objetivismo lingüístico”.

aislada, ni el acto psicofísico de su realización, sino el acontecimiento social de interacción discursiva, llevada a cabo mediante la enunciación y plasmada en enunciados (1992: 132).”

Entonces, como señala este autor, la lengua no es una cosa “acabada”, un legado que se pasa de generación en generación, sino que “en realidad la lengua se mueve junto con la corriente y es inseparable de ella. No se transmite propiamente si no continúa, pero continúa como un proceso ininterrumpido de generación (Voloshinov 1992: 115).” A la vez, Voloshinov ha señalado que la *palabra ajena* cumple un rol fundamental en todas las lenguas “en el proceso de edificación de todas las culturas históricas (1992:107)” y, con respecto a esto, cita a Marr:

“En resumen, el enfoque que la llamada cultura nacional suele dar a una u otra lengua como habla materna de toda la masa de la población es acientífico e irreal; (...) así como los estamentos en las primeras fases evolutivas provienen de las tribus –propiamente de las formaciones tribales, incluso nada simples–, mediante cruzamiento, igualmente las concretas lenguas tribales, incluso las nacionales, representan tipos de lenguas híbridas, cruzadas de los elementos simples, de los cuales mediante el cruzamiento se forman todas las lenguas (En Voloshinov 1992: 109).”

Entonces desde esta perspectiva, si las lenguas no son algo acabado, sino que están en constante proceso de generación en el contexto de uso –y en ello, necesariamente entra la “palabra ajena”–, no existiría un patrón (el legado “auténtico” y/o la norma correcta heredada) desde donde categorizar los enunciados en tanto “matíz” más o menos próximo a la norma “fija y estable” del código o estructura.

Sin embargo, contradiciendo esta aproximación, la concepción del *jopara* como “tercera lengua” significa que, en base a una norma fija y estable, este habla ha salido ya tanto del patrón que se convierte en “otra cosa”. Es decir que ha cambiado por el “impacto” de la palabra ajena, “desnaturalizándose” en el sentido de perder su “esencia”. Paradójicamente, empero, también parece ineludible a quienes adoptan esta posición reconocer tanto la vitalidad como la vigencia del *jopara* como hechos determinantes y fundamentales con respecto a la persistencia del guaraní en el Paraguay:

“...gracias al jopará, el guaraní en el Paraguay no es un muerto al que hay que resucitar; en cierta medida, el jopará atestigua la vitalidad de una lengua que se adapta y asume el mundo moderno (Meliá 1992:185).”

Este hecho también parece constatarse en la praxis concreta que Domínguez recoge en el *Glosario del Yopará*. Sugestivamente, sin embargo, si bien la idea de una “proto-lengua” en la que se perciben espontáneamente los “dos universos” da cuenta del proceso histórico de generación del lenguaje, tanto el hecho de señalar que ello es síntoma “de desestructuración de los grupos humanos en áreas rurales”, como el definir esos dos universos en tanto “niveles contrastativos de dos universos de significación, entendidos como contextos culturales relativamente autónomos –el guaraní primitivo y el del conquistador hispano– antes que un simple juego de confrontaciones semánticas o de estructuras sintácticas (Domínguez 1978: 614)”, parece sugerir que este autor nuevamente piensa las lenguas como entes aislados que provienen de los dos mundos autónomos, entes en base a los cuales se “ven” los “matices” y el grado de adecuación, o no, a la estructura de estos “segmentos de un proceso de aculturación (ibídem)”. Contradiendo la ideología de la hibridación, y/o del mestizaje de lenguas, aproximaciones teñidas por el purismo y el objetivismo lingüístico no logran clasificar al *jopara* como lengua. En este sentido, retomando y retrucando distintas voces, Urciuoli señala que la ‘furia del orden’ lingüístico sólo enmascara el hecho de que ‘el lenguaje es en buena medida desordenado o menos ordenado de lo que se supone desde las teorías lingüísticas’ [...por ello,] aquello que no puede ser ordenado es a menudo puesto de lado como demasiado ruido (1995: 531).”

No obstante, siguiendo con el carácter multiacentuado de la palabra en términos de Voloshinov, creemos fundamental lo que señala Domínguez, cuando sostiene que en el *jopara* se registran “múltiples niveles de conflicto, acomodación y mimetismo, subordinación o rechazo (Domínguez 1978: 615).” Desde otras posturas también se recoge este conflicto, cuando se afirma por ejemplo que, debido al grado de indefinición de la estructura del *jopara*, “en la conciencia de los hablantes, el jopará es objeto de juicio –y en cierta manera de condena–, reflejado en la expresión: ya no hablamos bien el guaraní (Meliá 1992: 185).”

A este respecto, nos parece oportuno volver a Voloshinov para terminar de entender qué (otros) conflictos emergen en y a través del *jopara*. Señala Voloshinov que la conciencia discursiva/lingüística tanto del hablante como del receptor nada tiene que ver, “en la práctica del vivo trabajo discursivo”, con el “sistema abstracto de formas normativamente idénticas de la lengua [...] sino que está relacionada con el lenguaje en cuanto conjunto de los posibles contextos del uso de una forma lingüística dada (1992:101).” Desde este marco, entonces, lo fundamental del lenguaje como praxis estrechamente ligada con el contexto es que “la palabra siempre aparece llena de un contenido y de una significación ideológica o pragmática [...] por lo que la conciencia discursiva de los hablantes no tiene que ver, en realidad, con la forma de la lengua en tanto tal ni con la lengua en sí (1992: 101).” Antes bien, si el lenguaje es el producto de la interacción comunicativa; “el enunciado en cuanto tal es plenamente el producto de una interacción social (1992: 131)”, y en la palabra quedan fijadas las luchas por imponer acentos (ibídem).

Nos parece importante apoyarnos en esta vía de entrada a la praxis lingüística, para destrabar inveteradas y estériles discusiones acerca de si el *jopara* es guaraní castellanizado, castellano guaranizado, una tercera lengua, una protolengua, o simplemente “algo muy común” en las lenguas en contacto, producto de la poca competencia lingüística de parte de hablantes que, no llegando a un cierto grado de formación/educación, no manejan correctamente “el sistema” de la variedad alta, la norma, ni del castellano ni del guaraní. Creemos más bien que lo fundamental a decir del *jopara* es que esta “mescolanza”, “horrible”, que empobrece y desvirtúa “la lengua guaraní” es un producto social de gente concreta que metacomunica con sus propios acentos valorativos –ergo su ideología– la realidad en la que vive. Y es precisamente la aproximación al *jopara* de Lustig²⁴⁵ la que más parece enmarcarse dentro de esta perspectiva.

Abordando el lenguaje no desde su estructura sino como producto de los hablantes, como lo hace W. Lustig, el *jopara* no sería el resultado de la “pereza” de parte de los hablantes²⁴⁶ para hablar “correctamente”, ni es consecuencia de “la ‘ignorancia’ de las

²⁴⁵ Siendo el *jopara* para este autor “la variante con menos prestigio en el espectro lingüístico de Paraguay (1995:13)”, lo describe como un “lenguaje entremezclado de español y guaraní”, y sostiene “que no sería exagerado llamarlo la lengua general de este país sudamericano, aunque en sentido estricto escapa a la condición de una *lengua*. Probablemente es más adecuado describirlo como una *mezcla de lenguas* que como una *lengua mezclada* (Lustig 1996:12)”.

²⁴⁶ Meliá: en Radio Nanduti. 17-01-99

‘buenas’ formas –estructura– del guaraní puro”, ni una “degeneración que eluda metódicamente ciertos recursos originales del guaraní, avanzando implacablemente hacia una hispanización total (Lustig 1996: 30).” Más bien, según este autor, “hay que reconocer el perfil innovador y creativo del jopará tal como se manifiesta en formas doblemente híbridas (Lustig 1996: 30)” porque, en consonancia con lo que sostiene Voloshinov, “en una enunciación viva todo elemento no sólo significa sino que también valora [y] además, a la valoración le corresponde un papel justamente creativo en los cambios de la significación. El cambio de la significación es, en el fondo, siempre una re-valoración (Voloshinov 1992: 145).”

Es por ello que las (re)valoraciones que genera el *jopara* más bien responden a la lucha de acentos debidas a ideologías distintas, opuestas y encontradas, entre sus hablantes y/u otros, sean guaraní-hablantes, y/o castellano hablantes, con respecto al discurso hegemónico que fija el horizonte social discursivo de cada época. Y en este sentido, querer fijar un determinado acento sobre “el guaraní” es querer detener el proceso vivo de generación del lenguaje para imponer una determinada versión/voz y velar con ello otras “voces” que quieren hacer oír –y de hecho, hacen oír– sus valoraciones.

Como también señala Voloshinov cuando se opone a la idea de la arbitrariedad del signo lingüístico, nada tiene de arbitrario el significado de las palabras, sino que es justamente allí donde quedan fijadas las luchas por imponer los significados de determinados grupos en los distintos momentos históricos.²⁴⁷ Es decir que todos estos “matices” en realidad están construyendo la lengua constantemente, y tienen un sustento ideológico que expresa las luchas metadiscursivas de los distintos sectores.

En este sentido así como sostiene Lustig que el *jopara* no es un fenómeno reciente, también afirma que “hay muchos indicios que llevan a pensar que el guaraní en su manifestación jopará, poco afectado por cualquier política cultural y lingüística, no está en peligro de extinción (1996: 30).” Entendiéndolo como manifestación “que desafía las normas establecidas de ambas lenguas (1996: 30)”, este autor considera que:

“El jopará como una especie de camuflada ‘posición de retirada’ del guaraní es el resultado de una situación diglósica en la que de un lado está el español, lengua moderna, urbana, civilizada, dominante, con toda la infraestructura y el apoyo de una lengua universal; del otro lado se encuentra el guaraní, lengua de

²⁴⁷ Insistimos, hay interesantísimos ejemplos de ello recogidos por Domínguez en el *Glosario del Yopará*

cultura ancestral y dominada, de los pobres y desheredados arraigados en el interior del país (Lustig 1996: 31).”

Si bien nosotros encomillaríamos también estas adjectivaciones/definiciones, se percibe de esta cita la tensión que generan “castellano” y “guaraní” como compartimentos estancos, donde no parece haber lugar para sujetos concretos que no se reconocen ni en la categoría “castellano hablante/hispano /dominante”, ni en la de “guaraní hablante/tradicional/estanco/ligado al mundo guaraní indígena”, esto es como representantes de los pobladores originarios de la tierra que hoy se denomina Paraguay en tanto marca que –suponen– los definiría y determinaría como irremediablemente “otros y dominados”. Más bien, habría sujetos cuya ubicación e identidad social se articula entre estos dos polos –entes/categorías abstractos, más bien– que tratan de insertarse, buscando cabida. Y es en este contexto específico desde donde el *jopara* se significa e inscribe significados. En esta misma dirección, también afirma Lustig que:

“No es que haya una tercera lengua en el Paraguay, sino que una parte cada vez más importante del pueblo paraguayo que no tiene cabida ni en el mundo de la tradición campesina (guaraní) ni en la civilización del progreso (español) se sirve de un dialecto espurio que por ‘impuro’, ‘desordenado’ y ‘anormal’ no merece la atención de filólogos, literatos y educadores. Los que hablan *jopará* son los que viven al margen de dos mundos, encallados entre dos lenguas, entre dos culturas, en el terreno movedizo entre la ciudad y el río²⁴⁸ que para colmo no les pertenece (1996: 31).”

Si, como sostiene Voloshinov, “todas las formas de interacción discursiva están relacionadas muy estrechamente con las condiciones de una situación social dada y reaccionan muy sensiblemente a todas las oscilaciones de la atmósfera social [y en las entrañas de la palabra] se acumulan aquellas transformaciones y desplazamientos apenas perceptibles que posteriormente se ponen de manifiesto en los productos ideológicos terminados (1992:45)”, parece que en el caso del *jopara* hay ya una acumulación de siglos. Y esta “acumulación” y las oscilaciones que registra son cosas que hegemónicamente debieran confinarse al campo de los “olvidos estratégicos”, olvidos que se actualizan/traicionan al señalar al “*jopara*” como lo impuro, espúreo, anómalo –o, básicamente en términos de Mary Douglas (1973), como objeto de “abominación”–.

²⁴⁸ El autor se refiere aquí a los personajes de la Chacarita –villa miseria ubicada en la capital a la vera del río Paraguay, - de la novela *Ramona Quebranto* (M. Michelagnoli 1989) escrita en *jopara* que Lustig analiza.

Repuesto este tema, vemos que, siendo el *jopara* bastardo, lengua de incultos y sectores populares, una de las cosas que hace indispensable “rescatar” el guaraní –como se dijo en el debate del 92–, es alejarlo/diferenciarlo de esta abominación. En pocas palabras, pareciera que un estado moderno no puede tener como lengua/versión oficial un idioma de estas características. Por ello es necesario estandarizar y normalizar el guaraní –o el *jopara*, a esta altura– y con ello fijar la versión “prestigiada/prestigiosa” que sí resulte acorde con el imaginario de una lengua de estatus oficial. Muy explícitamente según el informe de la sub-comisión:

“...es imperioso inculcar a los padres la noción de que el conocimiento sistemático del guaraní y del castellano (...) hará que la utilización de los mismos en forma equilibrada convierta a sus hijos en bilingües coordinados, con lo cual la realización personal en cada idioma estará determinada por su competencia lingüística, *evitándose* así la continua interferencia entre ambos códigos, que ha dado origen al *famoso jopará* (Primeras propuestas s/f: 12; énfasis nuestros).”

Así como la oficialización del guaraní aparece como una política progresista que incorpora el guaraní como lengua oficial de estado, vemos que hay una ideología lingüística purista que hace que el *jopara* no pueda ser la lengua que este estado adopta como lengua oficial. Promover el *jopara* como lengua oficial implicaría renunciar a una lengua “maravillosa”, “ancestral”, “originaria”, y aceptar la lengua popular tal cual es, producto de sus hablantes.

Sugestivamente, ninguna de las intervenciones de los debates analizados, laudatorias todas del guaraní, hizo referencia al poco guaraní que allí se habló. En verdad, hubo una única intervención que no se hizo en castellano, intervención que tampoco fue tomada muy en cuenta:

“Hä upévarë ame’esë de antemano el agradecimiento correspondiente a esta Constituyente, porque a cree ha añandu que kö artículo ojeaprobátäha ame’e che agradecimiento de antemano ha’ëháicha de todo el sector campesino roigüi orë²⁴⁹ hina...”²⁵⁰
“Y por eso quiero dar de antemano el agradecimiento correspondiente a esta Constituyente, porque creo y siento que este artículo se va a aprobar [se va a

²⁴⁹ “*orë*” nosotros exclusivo -del sector campesino- en oposición a *ñande*, nosotros inclusivo que parece también contener a los demás convencionales.
²⁵⁰ Convencional E. Martínez. *Diario de Sesiones*, C.N.C. 1992, Sesión N° 16: 36.

hacer realidad] doy mi agradecimiento de antemano y como les digo, **nuestro** sentir/agradecimiento de todo el sector campesino [énfasis nuestro].”²⁵¹

Retomando una vez más a Voloshinov, sostendríamos que “una enunciación singular (parole), contrariamente a la doctrina del objetivismo abstracto, dista de ser un hecho individual que no está sujeto, por su índole individual, a un análisis sociológico (1992:131).” Por ello esta intervención puntual y el poco eco que suscita nos parece un dato relevante. Tanto al nivel formal –por la utilización del *jopara*–, como a nivel semántico –por el agradecimiento del sector campesino (en tanto *ore* o nosotros exclusivo) a los constituyentes–, y a nivel pragmático –por insertar el guaraní en este contexto específico formal-legal–, esta enunciación nos lleva a repensar cuánto compromiso real hay con el guaraní hablante, como así también el grado de inclusión del mestizo que –a diferencia del modelo de estado-nación anterior, del cual el pueblo quedaba excluido– ahora se transforma en ciudadano. En otras palabras, habiendo visto cómo y por qué en el nivel lingüístico el *jopara* queda excluido, veamos en el capítulo siguiente cuál es el correlato sociológico de esta política lingüística desde las ideologías nacionales y el modelo de estado nación paraguayo en juego.

²⁵¹ Pensando en lo que señala Urciuoli respecto de que, en los casos de préstamos y *code switching* “cuál idioma sirve como matriz para cada hablante depende de factores sociales, por lo que no es posible predecir sencillamente/solamente de la estructura del lenguaje a cuál se circunscribe el intercambio (1995: 527)”, resulta interesante señalar que para otro traductor que nos ayudara con esta cita, palabras como *a cree*, *kö artículo*, *ojeaproatäha* no eran palabras “del castellano”, sino concretamente guaraní. Por ejemplo: “Y bueno, ‘cree’, en español es ‘creer’...”.

Capítulo 5.
Paraguay “pluricultural y bilingüe”
(o “¿como se dice *mestizo* en guaraní?”) ²⁵²

De acuerdo a los artículos constitucionales que se han tomado como eje de análisis, podría decirse que una parte de la reforma en Paraguay ha estado destinada a redefinir la *nación*, ya que se ha establecido que el país es pluricultural y bilingüe, afirmándose también que el *pueblo* de la nación es “mestizo y bilingüe”. En este capítulo, apuntamos a re-leer qué significan los términos “pluricultural” y “bilingüe” en el marco de la articulación de los imaginarios de *nación* y de *pueblo* paraguayo puestos en juego durante los debates, para ver en qué términos se ha “incorporado” a los sujetos de los distintos sectores de la población nacional, como así también el grado de compromiso con cada uno de ellos. Es decir, nos centraremos en explorar cómo parecen haber quedado redefinidos la *nación* y sus *otros internos*.

1. País/nación pluricultural

Habiendo sido uno de los objetivos explícitos de esta asamblea constituyente incorporar a sectores antes desplazados, podría en principio decirse que la redefinición del Paraguay como país pluricultural conlleva reconocer la existencia y dar cabida a los diversos sectores que conviven en el territorio nacional –sectores que, en muchos casos, definitivamente no habían sido reconocidos ni *tematizados* en anteriores Constituciones–. Según indica Vysokolán, por ejemplo, “la Constitución de 1967 no menciona una sola palabra relativa a las poblaciones indígenas (1999:39).” Entre estos silencios y la actual “locuacidad” constitucional, parece entonces abrirse un campo de notables diferencias con anteriores imaginarios de “la nación paraguaya”.

Podemos decir también que este reconocimiento articula discursos y prácticas contemporáneos englobados en lo que se denomina la política del multiculturalismo, que surge como el discurso “políticamente correcto” en este momento histórico, por lo que el Paraguay se inscribe en esta dinámica epocal/actual que tiende al menos discursivamente (y explícitamente) a reconocer y respetar la diversidad cultural al

interior del espacio nacional, en consonancia con el imaginario de nación pluralista y democrática, y por lo tanto, parte de la “nueva tradición” del mundo desarrollado. Al respecto, según Briones, “en un sentido amplio, el argumento (metacultural) que da sustento a la ética política del multiculturalismo retoma principios básicos del relativismo antropológico (1998: 132)”, puesto que al reconocer y dar cabida a las distintas culturas existentes al interior de la población nacional estaría reconociendo el derecho a cada cultura a su particularidad y especificidad. De aquí que, de acuerdo a las nuevas reglas del juego, las tendencias homogeneizantes y universalizantes explícitas pasen a ser vistas como políticas ilegítimas e inviables en el nuevo contexto.

Ahora bien, quisiéramos argumentar que, en este reconocimiento de sectores antes ignorados y/o excluidos, se deja también traslucir el juego propio de toda hegemonía que opera en base a distintos grados de inclusión/exclusión. Así, si bien ahora se reconoce la diversidad, la forma de presuponerla y crear la “pluriculturalidad” al interior del espacio nacional opera también de manera tal de incorporar a unos más que a otros. Concretamente, hay por un lado sectores antes minorizados que ahora son representados como formando parte de la sociedad mayorizada –tal el caso de los “mestizos”– pero, por otro, ciertos sectores y/o sujetos son “incorporados” en tanto “minorías”, lo que en este caso implica que, en el mismo movimiento de señalar “la diversidad” para hacerlos visibles, se los nombra como alteridad.

En otras palabras, este señalamiento de la diversidad está marcando algo que por mucho tiempo había quedado invisibilizado/silenciado en el Paraguay. Nos referimos justamente a la diversidad de los pueblos indígenas como “diferencia cultural legítima” dentro de los límites territoriales de la nación. En efecto, en el imaginario y para el sentido común, estaba naturalizada la idea de que el “indio” era solamente aquel antepasado del actual “pueblo paraguayo”, mestizo y homogéneo, que se declamó en el 67 (Susnik Y Chase Sardi 1995). Implícitamente, por tanto, en esta imagen de *pueblo* mayoritariamente monolingüe guaraní quedaban englobados mestizos e indios. Por ello, también ha prevalecido la idea de que “los indios” en el Paraguay son en su conjunto “guaranés” (Vysokolan 1999).

Al dejar siempre desmarcada la diversidad al interior de la población indígena, esta noción doblemente acotada de “indio” –en el sentido de *aquel* sujeto sólo ligado al pasado, y en el de todos los autóctonos son de un mismo pueblo– llevó a naturalizar la

²⁵² Parfraseando uno de los slogans de las campañas de concientización/difusión de la Reforma

equivalencia *idioma guaraní = lengua indígena*. Resulta entonces interesante que justo en el momento en que se busca promocionar/incorporar plenamente al sector mestizo guaraní hablante, –con la consecuente necesidad que ello crea de despegar la lengua guaraní de “lo indígena” para poder pensarla como lengua moderna– se empieza a marcar/reconocer en la esfera pública y el discurso constitucional la existencia de las distintas “minorías étnicas” existentes en el país –minorías indígenas concretas, actuales y no sólo “(pre/etno)históricas”–. Creemos por tanto que insertar “la pluriculturalidad” en el flujo social del discurso –esto es, “nombrar” pueblos indígenas diferentes, con sus propias lenguas– ha hecho simultáneamente factible construir una imagen de “lengua guaraní” como idioma mestizo, despegándola de imaginarizaciones anteriores que acentuaban sus componentes indígenas. De alguna manera, entonces, al desnaturalizar la ecuación *indio = guaraníes* –y su consecuencia, *idioma guaraní = “lengua de indios”*– se ha en cierto modo liberando la pesada carga de “atrasados” e “incivilizados” con que, por desplazamiento metonímico, también se connotaba a los mestizos. En pocas palabras, la lengua guaraní en principio ya no es una lengua de indios porque en el país todavía hoy hay “indios” concretos, y de diversas etnias, que tienen sus propias lenguas y expresiones culturales.

En este sentido, y estrechamente vinculado con estos distintos grados de inclusión, vimos también que las lenguas indígenas son inscriptas en los debates de reforma constitucional como “expresiones dialectales”²⁵³ en vez de “lenguas”, término preferentemente reservado para el castellano, y ahora también el guaraní, en tanto idiomas oficiales que se ubican en el eje de lo moderno. Estas “expresiones” forman sí parte del patrimonio de la nación, junto aparentemente también a las “expresiones dialectales” de las comunidades de origen extranjero. El mismo hecho de categorizarlas como “expresiones dialectales” –lo que además estaría “científicamente comprobado”– de alguna manera va cerrando la posibilidad de discutir que las mismas sean parte de un estado que se imaginariza como moderno.²⁵⁴

En parte, entonces, la ideología nacional del lenguaje basada en la amalgama *nación= pueblo=lengua=cultura= historia en común* que se resignifica para convertir

Educativa: “¿Como se dice *Reforma educativa* en guaraní?”

²⁵³ Ver Parte II, Capítulo 1. Acápites 3.

²⁵⁴ Señalemos que, curiosamente, quien expresara esto en el debate, también se refiere al guaraní con el mismo término (Bareiro Saguier 1990: 197) Y en la entrevista realizada el 26-12-99 expresó que: “La diferencia entre “dialecto” y “lengua”, como hablábamos la otra vez, es una cuestión de poder nada más...” [en relación a que antes de la oficialidad del guaraní persistía en el imaginario la idea de que el guaraní era un dialecto y no una lengua].”

al guaraní en idioma oficial en base a los parámetros de las lenguas modernas, sigue siendo operativa para desclasificar/des-promover a los idiomas de otros grupos “periféricos” a los alcances sociológicos de tal ecuación. En concordancia con la naturalización de la ecuación lengua-nación que supone que un “grupo” que no tiene una lengua no es un pueblo, el hecho de denominar “expresiones dialectales” a las lenguas indígenas también pone en duda si las “minorías étnicas” son “un pueblo”, y si son justas y posibles las reivindicaciones de “pueblitud” de estos sectores (Blommaert y Verschueren 1998; Woolard y Schieffelin 1994).

Este cuestionamiento a la pueblitud queda inscripto en los debates, donde se hace casi siempre referencia a “lo indígena” en términos de “minorías” o de “comunidades” y no de “pueblos”, como paradójicamente ya hubiera sancionado la misma Constitución en el Capítulo VI que versa sobre los “Pueblos Indígenas”. Es decir que, si bien a nivel del discurso explícito “fijado” en el texto constitucional hay un reconocimiento jurídico del estatus de los pueblos indígenas en base al criterio de autoctonía y pre-existencia al estado nacional, este reconocimiento y la noción misma de “lo indígena” en tanto “pueblo” aun no está incorporado en los convencionales, cuyo sentido común sigue imaginarizando/nombrando “lo indígena” como “minoría”. En esta misma dirección, señala el informe de la sub-comisión:

“...existen diferentes componentes culturales que, en su conjunto, hacen parte del acervo nacional, pero lingüísticamente hablando, existen sólo dos códigos idiomáticos de vigencia generalizada en la *sociedad nacional* (Primeras propuestas s/f: 2; nuestro énfasis).”

En breve, las “minorías indígenas” adquieren ahora reconocimiento en su distintividad pero “el Paraguay” no se amplía al punto de reconocerse por ejemplo como plurilingüe, puesto que su variabilidad lingüística no entra en lo que se considera la variabilidad legítimamente reconocida por el estado respecto de la “población nacional”. Podemos decir entonces que, para este estado, hay pueblos indígenas que conviven en el territorio nacional y por ello se reconoce su existencia, pero no se considera que los mismos sean parte plena de la dinámica del estado-nación paraguayo. Por ello, son contemplados en tanto “minorías” que forman parte del mosaico de la diversidad cultural –del “acervo”– y no como “minorías nacionales” que formarían parte constitutiva de la “sociedad nacional”. En consonancia con esto, cuando se señala que las “minorías étnicas” que no hablan guaraní deberán elegir una de las dos lenguas nacionales, se está también

remarcando que aquellos grupos indígenas que sí hablan guaraní siguen siendo “minorías étnicas”, a pesar de que –en cierto sentido– su lengua materna se equipara a una de las lenguas oficiales de la nación. Que estas poblaciones indígenas vayan a ser escolarizadas en las dos lenguas oficiales parece inscribir dos efectos de sentido. Primero, el de ser “más absorbibles” en y por el *mainstream* que los otros indígenas que sólo tendrían acceso a una de las lenguas oficiales además de la materna. Segundo y paradójicamente, que a esta altura de los acontecimientos todavía son una “minoría”, esto es, que opera una divisoria de aguas que los separa en su alteridad de la sociedad nacional paraguaya. Esa divisoria es, precisamente su adscripción/componente indígena. Por implicatura entonces, (y a pesar de huellas en contrario que hemos analizado en el capítulo anterior), el artículo 77 socaba la imaginarización del guaraní oficial como lengua indígena.

El hecho de que este nuevo estado hable guaraní pero nada tenga de indígena refuerza también un imaginario del “mestizo” como ciudadano “no-indio” de la nación. Si, por un lado, esta redefinición del mestizo procura “despegarlo” del imaginario del discurso nacionalista que imaginarizaba al “paraguay” como “raza guaraní”, por el otro muestra cómo se re-significa comparativamente la alteridad aborígen. Brevemente, el mestizo sí puede ser contemplado e incorporado a la “paraguayidad” pues, el haber recibido algo de lo “hispano”/”blanco” le ha permitido dar un paso evolutivo que lo “mejora” y distancia de “su origen” indígena.

Las “minorías extranjeras”, por su parte, también son emplazadas como alteridad y excluidas del núcleo del *mainstream*, aunque por motivos diferentes. Aparentemente, no es que se cuestione su “nivel” evolutivo. Antes bien, el problema parece ser simplemente que no comparten con ese *mainstream* ni la/s lengua/s ni la historia nacionales, los dos diacríticos que, según Anderson y Hobsbawn, son fundamentales en los procesos de *nation-building*, para delimitar en base a ellos quienes sí conforman “la nación” y quienes quedan, por su alteridad, incorporados en términos de “otros” distintos.

En este sentido, diversos autores han enfatizado que los procesos de construcción de la identidad nacional han apelado a la construcción/marcación de “otros internos” dentro de la población, para construir lo que conforma el “nosotros nacional” nuclear (*national core*). Es a este respecto que Briones sostiene que “...en contextos estatales basados en el modelo de 'nación-como-estado', *aboriginalidad*, *extranjería* de los grupos

inmigrantes (o las llamadas *colectividades de origen extranjero*) y *nación* siempre operan como comunidades imaginadas que se definen relacionamente (1998:124).”

Recordemos por nuestra parte cómo, en la puja de acentos que se dio en los debates para ver qué se definiría como minoría y qué se incluiría en la sociedad mayorizada, estas tres comunidades/categorías fueron las que se pusieron en juego para dirimir las responsabilidades del estado en materia educativa, comunidades/categorías que fueron siendo construidas de maneras distintas según los límites buscados de inclusión/exclusión.²⁵⁵ Recordemos también que la postura que finalmente se impuso amplía la idea de nación, pero no cuestiona su univocidad/uniformidad, aunque incorpora como parte del núcleo central del *mainstream* a los mestizos monolingües guaraní. Por lo demás, abogar por el modelo de nación “pluricultural *pero* bilingüe” –expresión que aparece en

el debate, aunque no en el texto constitucional–, con la consecuente propuesta de educación en las lenguas maternas oficiales, reconoce la diversidad pero sigue construyendo como *otros internos* a los pueblos indígenas y las colectividades de extranjeros. Porque “lo nacional” –“la paraguayidad”, propiamente– se piensa “mestiza y bilingüe”, dicho reconocimiento de pluriculturalidad no deviene reconocimiento paralelo de plurilingüismo.

2. Nación bilingüe.

Habíamos visto que las élites morales que pretenden “re-fundar” el estado paraguayo consideran prioritario integrar el amplio sector mestizo guaraní hablante –sector anteriormente minorizado y excluido del desarrollo de la nación moderna– como

²⁵⁵ Partiendo de la inclusión del mestizo en el *mainstream* de la sociedad nacional, recordemos que, desde una de las posiciones se sostenía que todas las minorías –“étnicas” o indígenas y extranjeras por igual– debían ser contempladas, siendo responsabilidad del estado la educación de estos sectores en sus lenguas maternas además de los idiomas oficiales. En este sentido, pueblos indígenas y comunidades extranjeras parecían quedar ubicadas en una misma jerarquía. Desde otra posición, parecía ser que se enfatizaba más en la responsabilidad del estado con respecto a la escolarización de las minorías extranjeras. Reconociendo los derechos de la población indígena pero pareciendo sugerir que los mismos quedaban ya contemplados por legislaciones específicas y distintas a las que “protegen” a la sociedad nacional, desde esta posición en apariencia se ponía los derechos con respecto a educación de los extranjeros junto a los derechos de “los paraguayos”. Por su parte, la postura que bregaba por la educación en lengua materna para las “minorías étnicas” o indígenas pero no para las “extranjeras”, parecía pujar por imponer un imaginario más “nacionalista” –y un compromiso mayor de parte del estado del que proponía la moción de base hacia las minorías–, que el que alentaba a la postura anterior, lo cual quedaba de manifiesto al negarse a privilegiar a los extranjeros por sobre los indígenas, en tanto “habitantes nativos de este suelo”. Y aún así, no queremos dejar de mencionar que también se detectaron posiciones que casi explícitamente seguían imaginando “la nación paraguaya” como hispánica/blanca, donde lo “otro” en última instancia abarcaba a casi toda la población.

ciudadanos de la nación. Así, “nuestro pueblo mestizo y bilingüe” presupone y crea lo “verdadera” y “esencialmente” paraguayo. A esto responde una oficialización del guaraní que busca poner castellano-hablantes y guaraní-hablantes en igualdad de condiciones.

Pero veamos las tensiones que ahora existen entre estas remozadas ideas de *nación* y *estado*, pues se dice que el estado habla dos lenguas porque el Paraguay es una nación bilingüe, pero no todos los sujetos incorporados como “ciudadanos (plenos) del estado-nación” son necesariamente bilingües. Antes bien, se hace necesario instrumentar esta “realidad” de manera de construir efectiva y prácticamente al mestizo como “ciudadano bilingüe” de una nación bilingüe.

a. Disciplinamiento del ciudadano

Es ante esta necesidad de construir el mestizo como ciudadano bilingüe de la nación que se vuelve preponderante y significativo el vínculo que se establece entre los dos artículos analizados. Siendo la escuela el punto de partida del proceso bilingüe (Corvalán 1981b: 189), la educación pasa ser el instrumento por medio del cual se consigue hacer de *todos* los mestizos monolingües, “bilingües coordinados”. Más concretamente, según lo indica el informe de la subcomisión, el objetivo central de la Reforma Educativa es el siguiente:

“Uno de los objetivos prioritarios de la educación paraguaya se propone promover ‘una actitud positiva hacia el bilingüismo guaraní-castellano, en los diferentes grupos sociales, como modo de expresión y comprensión de la identidad sociocultural paraguaya’, con el propósito de formar ‘bilingües coordinados capaces del uso adecuado de los dos idiomas en sus distintos aspectos: comprensión, habla y lecto-escritura’ (Primeras propuestas s/f: 1).”

Surge de esta cita que el vínculo de la oficialidad con la educación articula dos de las necesidades prioritarias –interdependientes– de la nueva nación paraguaya. Por un lado, la educación conseguiría formar a los ciudadanos bilingües de la nación, mientras que, por el otro, operaría como un mecanismo eficaz para difundir los valores de la nueva nación paraguaya, es decir, “el bilingüismo” en tanto diacrítico actual fundamental de la, también nueva, identidad nacional.

Estando a su vez naturalizado –como veíamos en el capítulo anterior– que a través de la educación y de la difusión de los valores de la cultura nacional se logra salir del subdesarrollo socioeconómico y el atraso, lo que se replantea ahora es el medio y el modo para llevarlo a cabo. Sugeriríamos sin embargo que la utilización del guaraní en la alfabetización en nada modifica la *función* de la escuela en tanto ámbito constructor/disciplinador de los ciudadanos. Por el contrario, esa utilización parece fundamentalmente ser un medio más efectivo, dadas las características sociolingüísticas del país. Y en este sentido, la utilización del guaraní en la educación es, básicamente, un nuevo mecanismo para instrumentalizar la incorporación/formación de los “bilingües coordinados” ciudadanos de la nación.

En un sentido entonces, si la “cultura nacional” comporta fijar parámetros desde los cuales los sujetos se ven a sí mismos y ven su contexto/realidad, el esfuerzo principal de toda ideología nacionalista por tanto es construir un “nosotros” e imponer ciertos valores “culturales” para que los sujetos se vean/lean/interpreten a sí mismos y a “la realidad” que les toca vivir desde la perspectiva del paradigma nacional. Se genera con ello el sentido de compromiso hacia el proyecto nacional por medio de fijaciones y sentimientos que crean la conciencia colectiva. Y es en un marco ideológico que sigue viendo a la educación como ámbito conformador de la identidad nacional –ámbito que difunde los valores/parámetros hegemónicos y a la vez impone/ayuda a internalizar las nuevas actitudes y prácticas que el estado necesita naturalizar– que se propone diseñar una reforma educativa que lleve adelante el Programa de educación bilingüe.

Emerge entonces como prioritaria la necesidad de concientizar a la población nacional sobre la “identidad mestiza” de esta nueva “nación bilingüe”, pues tales son los acentos que la actual hegemonía cultural necesita primeramente anclar en el horizonte discursivo de la sociedad paraguaya, de manera de naturalizar su nuevo imaginario. El hecho de que se señale que el bilingüismo es ahora *tema* y contenido de la educación responde entonces a esta doble necesidad de inscribir el imaginario de la “nación mestiza y bilingüe”, y operar también sobre la identidad de los sujetos para que asuman “el bilingüismo” como diacrítico de identificación nacional en el que se ancla ahora “la paraguayidad”, generando a su vez un sentimiento fuerte de pertenencia a la nación. Es

decir, resulta prioritario para el estado que los sujetos incorporados se sientan y se vean como “bilingües”, de manera a ser parte de la nación paraguaya. Paralelamente, con ello se intenta reducir o minimizar las diferencias lingüísticas y culturales y el tipo de prácticas sociales entre guaraní-hablantes y castellano-hablantes, para que puedan pensarse nuevamente como un “nosotros” homogéneo.

b. La doxa.

Aunque se supone que tras la idea de una “nación bilingüe” y por medio de la educación se interpela en igualdad de condiciones a los hablantes de las dos lenguas oficiales, la enunciación de la oficialización del guaraní y la necesidad de un programa de educación bilingüe abundan en pistas de contextualización que muestran ciertas tensiones de arrastre que operan sobre el contexto de emergencia de la nueva política lingüística. Estas tensiones están fundamentalmente ancladas en el hecho que el guaraní y el guaraní hablante *han sido/son aún* discriminados y estigmatizados. En un marco en el que restablecer una relación simétrica “entre los dos códigos lingüísticos” opera como necesidad preponderante, la oficialización surge sobre todo como paso previo e indispensable para lograr dicha transformación. Y en este particular sentido, a pesar de que se habla de re-establecer una relación simétrica en los hablantes de cada “universo lingüístico” en concordancia con los valores de la nueva nación paraguaya, podemos ver varias pistas de contextualización que inscriben imaginarizaciones dicotómicas y asimétricas entre ambos sectores, pistas que ayudan a recentrar un discurso explícito que da por supuesto que ambas lenguas tienen las mismas capacidades y funciones.

Obviamente, cierto es que una historia de concreta estigmatización y discriminación hace necesario abocar esfuerzos para revertir las imágenes de sentido común en base a las cuales los sujetos perciben e interpretan las lenguas y se interpretan a sí mismos, mediante la realización de campañas de concientización y de difusión que colaboren a modificar prácticas discriminadoras e imaginarios estigmatizados. Lo que resulta en todo caso curioso es la forma en que la modalidad adoptada en el marco de la Reforma educativa para la puesta en práctica del Programa de educación bilingüe actúa y re-actualiza una relación asimétrica que se procura revertir.

Brevemente, se han determinado dos modalidades de enseñanza. La modalidad en guaraní (G-H) se instrumenta en aulas con niños monolingües guaraní. En este caso, la

alfabetización en los primeros años se realiza en lengua materna (el guaraní) y el castellano es la segunda lengua que se va introduciendo de manera gradual en el proceso escolar. La modalidad de enseñanza en castellano (C-H) idealmente opera de modo opuesto.

En nuestra opinión, esto enfatiza aquello de que no es una realidad que todos los paraguayos *son* bilingües “hoy”, y que la educación bilingüe es un mecanismo para lograr la homogeneización de la nación, objetivo de creación de bilingües coordinados que el Ministerio estima alcanzar en el 2020 (Gynan 1995, Avances de la Reforma Educativa 1998). En otro sentido y fundamentalmente, se habla de una nación bilingüe, pero la dicotomización en dos modalidades no tiene en cuenta el caso de niños que a los 7 años ya son bilingües e inician el proceso de alfabetización con diversos grados de bilingüismo, niños para los que “la segunda lengua” no sería absolutamente desconocida.²⁵⁶ Pensando en estos casos, se hace más claro que, en el diseño de las modalidades de enseñanza a poner en práctica subyace un imaginario que pregona que castellano y guaraní corresponden de manera invariable a determinados sectores –clases urbanas y altas en un caso; rurales y clases bajas en otro–, imaginario que no tiene en cuenta la base sociológica real de la población y los distintos grados de superposición entre los hablantes. Y esto mismo lleva a que no se contemplen los numerosos casos de aulas con niños de ambas modalidades, como señalaba en el debate aquel convencional, aunque para demostrar la inaplicabilidad de la propuesta a ser aprobada.

Pero articulando el hecho de que se establezcan dos modalidades con imaginarios de castellano y guaraní que se declaman superados, como vimos en los capítulos anteriores, lo más llamativo parece ser que se sigue pensando que el guaraní es una lengua con ciertas limitaciones “lógicas”, debido al universo cultural del cual proviene, tal como se afirma tras una larga explicación que intentaremos sintetizar.

“El lenguaje, es bien sabido, no sólo controla el habla sino también el pensamiento y la visión del mundo y de las cosas (...) La existencia de dos lenguas trae aparejada expresiones culturales diferentes, ya que cada una de ellas parcela su propio universo de manera disímil, y no sólo posee símbolos o signos diferentes para designar las mismas entidades, sino que también las

²⁵⁶ En este sentido, de hecho se constatan estos casos en el Informe del consultor López (1997), y en la investigación realizada en 1998 por el Ministerio de Educación (M.E.C. 1998).

enfoca desde perspectivas distintas y a veces muy propias de cada universo lingüístico (Primeras propuestas s/f: 6 y 7).”

Vemos en esta cita que lo que ocurría a nivel de las lenguas con respecto a valoraciones diferenciales que se suponen “propias” del castellano y del guaraní, se desplaza/traslada a nivel sociológico y cultural. Así, los sujetos y “sus” culturas empiezan a ser construidos en base a los mismos estándares dobles que llevan a jerarquizar las lenguas. En otras palabras, hasta tal punto se sigue pensando que el lenguaje determina/controla pensamiento y visión del mundo que, como corolario, las personas castellano-hablantes y las personas guaraní-hablantes acaban siendo (por un movimiento sutil a la facticidad, *son*) fundamental y sustantivamente “distintas”. A este respecto, señala dicho Informe respecto de la necesidad de construir a los ciudadanos como “bilingües coordinados”:

“Existe una gran urgencia por que el paraguayo desarrolle más ampliamente su capacidad cognoscitiva, por que crezca intelectualmente y dirija sus conocimientos hacia nuevas áreas (Primeras propuestas: 6).”

Brevemente, como cada lengua es un universo, parece sostenerse que el aprendizaje en dos lenguas definitivamente ensancha/amplía el horizonte cognoscitivo y las capacidades y posibilidades de desarrollo de las personas. En otras palabras, dada “la existencia de dos lenguas” en el Paraguay, *los paraguayos* “encuentran en el bilingüismo un potencial cultural considerable (Primeras propuestas s/f: 5).” Hasta aquí, el argumento bien puede apuntar a/hablar tanto de castellano hablantes como de guaraní hablantes. Sin embargo, la cita anterior sobre “la urgencia por que *el paraguayo* se desarrolle” continua a renglón seguido diciendo que:

“Pero a medida que el individuo intenta crecer dentro de su entorno más inmediato, se encuentra con una limitación que hasta parece un contrasentido: su propia herencia idiomática y cultural. Es sabido que el crecimiento del hombre está determinado en gran parte por su propia experiencia lingüística. Es, pues, conveniente que se produzca una expansión considerable de dicha experiencia. Únicamente ampliando sus habilidades y empapándose de ambos idiomas y ambas culturas a un tiempo podrá el paraguayo ascender a niveles más amplios del saber y adquirir una

percepción más vasta de su mundo y de quienes lo habitan (Primera propuesta s/f: 6).”

En primer lugar, *los paraguayos* que se encontrarían limitados en el Paraguay en los términos que aquí se señala evocan las muchas imágenes hegemónicas que de este modo y específicamente refieren a los paraguayos monolingües guaraní. Como contrapartida, son casi nulas las representaciones que sugerirían que los monolingües castellano de todas las demás nacionalidades encuentran, en algún momento, una limitación semejante en su idioma específicamente. Antes bien, lo que se trasluce de muy variadas representaciones es que el castellano no ha “limitado” a millones de personas en distintas partes del mundo. Por ende, tras esta afirmación de que el crecimiento del hombre está “determinado” por su lengua sospechamos que lo que se marca en bajorrelieve es la urgencia de que *los paraguayos* guaraní-parlantes incorporen a su universo el castellano, para que los sujetos “asciendan” y el Paraguay mismo sea parte de las sociedades modernas.

Si bien hasta aquí podría darse el beneficio de la duda respecto a la intención/necesidad de que *todos* “los paraguayos” por igual se formen como bilingües coordinados – excluyendo asumidamente a los que ya se ha determinado como alteridad– el sesgo de la interpelación queda particularmente de manifiesto cuando se explicitan otros objetivos del programa y también se explica por qué se han elaborado dos modalidades. En este punto, el bajorrelieve sospechado deviene discurso explícito. Así, tras señalar la importancia de revertir la estigmatización y la discriminación existentes para lograr que el uso de ambas lenguas sea aceptado por *todos* los grupos sociales del Paraguay, los dos últimos objetivos específicamente establecen:

“–que el niño monolingüe guaraní, alfabetizado en su propia lengua, adquiera posteriormente el castellano, a fin de poder comunicarse con la comunidad internacional y tenga acceso a los conocimientos tecnológicos (...) La posesión del castellano eliminará al mismo tiempo, la marginación lingüística configurada por el alto porcentaje de analfabetos (...) por las causas señaladas anteriormente.

–que el niño monolingüe español pueda aprender y usar el guaraní, idioma que constituye *el fragmento* que completa la identidad nacional,

enriqueciendo de esta forma su acervo y su visión del mundo (Primeras propuestas: 8-9; énfasis nuestro).”

Básicamente, castellano-hablantes y guaraní-hablantes se encuentran en situaciones muy distintas, y son interpelados de maneras acordes a ello. Si bien ambos aprenderán el otro idioma, vemos énfasis muy distintos en cada uno, énfasis indexicalizados por los verbos elegidos: en el caso del castellano-hablante se pretende que éste “pueda” aprender; en el caso del guaraní hablante, que “adquiera”/aprenda –imperiosa e imperativamente– la segunda lengua. Por otro lado, el guaraní hablante necesita incorporar *todo un universo*, que resulta fundamental para ser ciudadano de la nación y poder desarrollarse, entrar en la modernidad y ser parte de la comunidad internacional, mientras que, para el castellano hablante el guaraní es sólo *un fragmento* que completa su identidad nacional –fragmento que, aún estando en falta, no parece impedirle ser parte de “la paraguayidad” ni del mundo desarrollado–. A su vez, para el castellano-hablante el guaraní es parte del acervo, elemento que, tal vez, puede enriquecer su visión del mundo sin que su desconocimiento limite, en ningún momento, sus posibilidades.

Pero fundamentalmente, lo que queda implícito es que “lo que margina” a ciertos niños es usar sólo el guaraní y desconocer el español. Más aún, una vez adquirido el castellano, pareciera que automáticamente el monolingüe guaraní-hablante dejará de ser marginado, y se revertirá con ello su exclusión, discriminación y estigmatización. Por otro lado, se explicita aquí que la marginación es a causa solamente de la ignorancia –el analfabetismo– del guaraní hablante, por lo que se refuerza aún más la presunción de que la promoción del sector guaraní-hablante es solamente una cuestión ligada a la educación, a obtener los conocimientos que la educación brinda. Así, este informe sigue presuponiendo y creando al idioma guaraní como la causa de la pobreza y el subdesarrollo en el Paraguay, re-naturalizando la convicción de que la manera de salir adelante es la castellanización: si no incorporase el castellano, el monolingüe guaraní no podría ensanchar su horizonte cognoscitivo ni salir por ende de la marginación.

La centralidad que el factor lingüístico adquiere desde un marco que establece una relación tan estrecha entre castellanización y desarrollo, permite entender mejor por qué, según el informe, “es capital hacer comprender a los padres de familia la razón de

la importancia de que sus hijos reciban una educación bilingüe (Primeras propuestas s/f: 8),”²⁵⁷ pero permite también poner en un contexto más amplio la preocupación puesta de manifiesto por uno de los convencionales, cuya intervención apunta antes que nada a asegurar que la incorporación del guaraní en la alfabetización no lleve a eludir o relegar el castellano.

Habiendo recentrado dicho marco, nos animamos también a hacer ya explícita y anticipar nuestras propias interpretaciones/conclusiones. Primero, el replanteo educativo que busca re-establecer una relación simétrica entre ambas lenguas por medio de la educación inicial en lengua materna no renuncia al supuesto de que la adquisición del castellano es el único medio para incorporar en el *mainstream* al sector antes desplazado, aún cuando tome la forma de “alabar” las virtudes/potencialidades del idioma guaraní. Segundo, el “nuevo estado” que se imagina y busca construir no hace lugar al “mestizo” sin restricciones. Antes bien, incorpora simbólicamente y construye como objeto de su interpelación sólo al mestizo bilingüe y escolarizado, que ya ha incorporado la cultura nacional y ha sido disciplinado en concordancia con el ciudadano que el estado necesita. Tercero, no es por tanto de extrañar que el mismo mestizo no se reconozca en el “mestizo” ideal y abstracto a ser entretelado en y a través de una escolarización que, al buscar inscribirle los valores del paradigma nacional apuntará inevitable y necesariamente a hacerle perder su particularidad. En otras palabras, así como en términos de las ideologías lingüísticas puestas en juego en y por los debates y otras prácticas y producciones se ha tendido a construir un “guaraní oficial” que no es el guaraní popular que de hecho se habla en el Paraguay, en términos de las ideologías nacionales activadas no hay lugar para los sujetos particulares concretos. Más bien, el “mestizo” que la nueva nación concibe sigue siendo *nombrado y pensado* en castellano, según supuestos y parámetros nacionalistas en parte remozados pero en parte, también, obstinadamente “modernos”.

Sujeta a condiciones que implican indefectiblemente una transformación, la incorporación del mestizo “posibilitada” por la co-oficialidad del idioma guaraní

²⁵⁷ Confiamos que el recentramiento de significaciones hasta aquí realizado ayude a entender la magnitud de la “apuesta” que el informe hace en términos educativos, apuesta expresada con contundencia en la siguiente afirmación: “No hay duda, pues, que poner en marcha un programa de educación bilingüe en el Paraguay traería grandes beneficios, cuando los niños monolingües de hoy se conviertan en los hombres bilingües de mañana (Primeras propuestas : 8).”

comporta una revalorización/reivindicación de “tradiciones” que, en realidad implica modificar lo que se intenta “rescatar”, en concordancia con un proyecto a futuro. Por tanto, como estrategia a futuro, dicha “revalorización” del idioma también queda ligada e inscripta por otros factores más epocales que entran en juego y acentúan con otros matices la oficialización del guaraní y la imaginarización del Paraguay como nación bilingüe. A este respecto, creemos que la meta de inserción en movimientos de integración supra-regional como el Mercosur también ha influido en la construcción de los nuevos imaginarios, y ha sido uno de los motivos que ha llevado a reformular la identidad nacional y los mecanismos de inclusión/exclusión. Anticipando el argumento del acápite que sigue, en y con la oficialización del guaraní se ha buscado tanto articular demandas hacia el interior de la nación, como dar muestras de que este estado es sensible a los requerimientos/desafíos que plantea formar parte del nuevo contexto de diálogo promovido por “la comunidad internacional”, por lo que merece ser también considerado integrante pleno de la misma.

c. Lo epocal

De acuerdo con la retórica y los condicionantes impuestos por la “comunidad internacional” para conformarse hoy como una nación democrática y pluralista, el modelo anterior de país en el que la mayoría de la población –los guaraní hablantes– quedaba excluida no es ya una alternativa ni viable ni seria, al momento de dar muestra de una decisión y compromiso “sinceros” respecto de la necesidad/intención de revertir el subdesarrollo. Haciendo aún más patente que quedar fuera de los movimientos contemporáneos de integración y desarrollo regional es el último tren hacia la Modernidad, esta nueva tendencia internacional sugiere también como vital y necesario que *toda* la población sea parte activa y comprometida con tal inserción. Sugestivamente, este tipo de “integraciones” supra-nacionales repercuten e inscriben tensiones propias en la imaginarización de las identidades nacionales/locales, ya que se necesita y aspira a “ser parte”, sin perder la particularidad. En este sentido, paralelamente a instaurar prácticas nuevas acordes a las también nuevas demandas de “integración regional”, también es fundamental seguir pensándose en términos de una comunidad imaginada, homogénea y finita, rescatando para ello “selectivamente” *sensu* Raymond Williams elementos “tradicionales” que dan cohesión al “nosotros intra-

nación”, por oposición a las demás “naciones”. En el marco de esta tensión, así como se considera que el Paraguay no puede renunciar al castellano como lengua del desarrollo, también se afirma que depender solamente de la castellanización para generar el desarrollo socioeconómico llevaría a “perder” justamente aquello que da cohesión al “nosotros” de la nación, esto es, la particularidad que otorga la lengua guaraní. Paralela y simultáneamente, entonces, la oficialidad de la lengua guaraní también apunta a generar dentro de la “comunidad nacional” los sentimientos de lealtad y de pertenencia necesarios para que “todos los paraguayos” se sientan parte y comprometidos con un mismo proyecto, y a funcionar a nivel supra-nacional como diacrítico de identidad revalorizado, como elemento clave y legítimo en la construcción de la identidad del Paraguay frente a las demás naciones.

En este contexto se entiende que el bilingüismo y las políticas lingüísticas nacionales hagan a la “...defensa de nuestra soberanía y seguridad nacional...”, como sostiene Corvalán en un informe redactado para la Comisión de Educación de la Cámara de Diputados (mimeo s/f). En efecto, esta autora sugiere también que “...frente a un creciente proceso de integración regional”, debiera ser fundamental para el estado planificar “estrategias destinadas a la preservación y divulgación de las cuestiones que hacen a nuestra identidad nacional, como por ejemplo el uso de la lengua nativa dentro del territorio nacional y sobre todo en áreas de frontera (Corvalán mimeo s/f).”

En efecto, frente a la actual tendencia a la “globalización”, con la porosidad de los límites territoriales e intercambios cada vez más fluidos que ello conlleva, se activa el temor a la subordinación del Paraguay por naciones que se considera más modernas y desarrolladas (v.g., Brasil y Argentina). Parece por tanto crucial aferrarse al bilingüismo como una manera de seguir pensándose como nación independiente. Respecto concretamente a los sujetos, la oficialidad del guaraní aparece como refuerzo necesario para anclar la pertenencia al estado-nación especialmente de los muchos paraguayos que, viviendo en las zonas limítrofes donde la población brasileña es cada vez más numerosa y controla más espacios (Corvalán 1981a,:23, 1998; Meliá 1990 :57-68), adoptan el portugués renunciando al castellano (Corvalán mimeo s/f). En estos casos especialmente, la co-oficialidad desambiguaría la pertenencia de sujetos que aunque no hablen castellano “siguen siendo paraguayos” por comunicarse en la otra lengua oficial del estado paraguayo: el guaraní.

En síntesis, con respecto a la integración del Paraguay en el Mercosur, la imagen de “*nación bilingüe*” parecería equilibrar ambas cuestiones: la necesidad de generar cohesión al interior incorporando a los excluidos y de escenificar distintividad hacia fuera, marcando “lo particular” del Paraguay sin renunciar a la inserción en el mundo desarrollado e internacional, de las “naciones civilizadas”. Pero la tensión que en este nivel queda inscripta surge del hecho de que es “la lengua” guaraní lo que fundamentalmente se reivindica, pero no así los sujetos guaraní-hablantes cuya incorporación está sujeta a los mecanismos de inclusión impuestos por el estado. Desde este ángulo, también vemos que la oficialización del guaraní no es un reconocimiento retrospectivo a los sectores guaraní hablantes antes excluidos, sino que responde más bien a las nuevas necesidades de re-construir la nación-como-estado proceso que apela a la lengua guaraní naturalizada como epítome de “paraguayidad”.

Habiendo dado cabida a estas preocupaciones más “epocales”, exploremos a continuación el lugar enunciativo desde donde se condensa una reivindicación del guaraní que permite articular y suturar viejos y nuevos intereses.

3. Lugar de la enunciación

Un hecho que no puede pasarse por alto es que, a pesar de los matices, las distintas posiciones del debate –no menos que otras producciones que tematizan el Paraguay como “nación bilingüe”– raramente reconocen que algunos pocos hablan sólo castellano y algunos muchos hablan sólo guaraní. Por un lado, este “silencio” reinscribe la asimetría, al dar por supuesto que “el problema” es solamente el guaraní. Por el otro, dejar desmarcado el polo monolingüe castellano naturaliza la idea de que la solución al problema radica en operar sólo sobre el polo guaraní hablante. Por ello es “limitante” ser monolingüe guaraní y es “el mestizo” quien *debe* incorporar el español para ser “bilingüe coordinado”, mientras lejos está de operar sobre el monolingüe castellano que tampoco es “bilingüe coordinado” ni limitación ni un mandato semejante. Y en esta tensión fundamental que persiste y recorre todos los puntos que venimos explorando queda inscripto el lugar desde donde se enuncia, y cómo se imaginiza este enunciador.

Dijimos ya que cuando en el artículo 77 aprobado se estipula que “las minorías étnicas cuya lengua materna no sea el guaraní podrán elegir uno de los dos idiomas oficiales”, opera el implícito de que siendo monolingüe guaraní se puede ser parte de una minoría. Por el contrario, no se hace ninguna referencia a que un monolingüe castellano pertenezca a algún tipo de minoría numérica o sociológica. Concretamente, según los censos de 1992, los monolingües castellano equivalen a menos del 7% de la población, lo que es en sí mismo sorprendente, se incluya o no en ese guarismo a los miembros de colectividades hispano-hablantes de origen extranjero. A este respecto, creeríamos que silenciar la posibilidad de que el castellano de grupos españoles o hispano-americanos no paraguayos se considere lengua de una minoría extranjera es un indicador triple de cuán naturalizada está la asimetría castellano-guaraní, de cómo se deja desmarcado como “no problemático” el polo monolingüe castellano, y de cómo dicha naturalización inscribe como efecto de sentido la necesidad de operar solamente sobre el polo guaraní hablante.

Además y paralelamente, esto sugiere el lugar desde donde se imaginiza a sí mismo quien se construye como enunciador. Brevemente, dejar desmarcado el castellano apunta a un “nosotros” que se teje como “blanco” y “no mestizo”. Ello también queda metapragmáticamente indexicalizado por el mismo hecho de que, en los debates analizados, casi no se hable en guaraní, lo cual opera como claro indicador de hasta qué punto la misma constituyente fomenta la primacía del castellano, aún cuando ensalce el guaraní.

No estamos queriendo significar con esto que los convencionales desconocen/niegan el idioma. Sí quisiéramos llamar la atención sobre dos cosas. Primero, el uso del guaraní en esferas públicas es una práctica que evidentemente aún no se ha instalado. Segundo e independientemente de sus competencias lingüísticas, cabe suponer que muchos constituyentes al menos actualizaron la norma. Así, aún cuando se diga que el guaraní es un motivo de orgullo, y que hablar en guaraní no debe ser una deshonra, se actúa la estigmatización asociada a ser guaraní hablante, y se perpetúa la diglosia.

Por lo demás, se reinscribe una estratificación social donde una élite monopolizada por unos pocos –sean “blancos” que sólo hablan castellano, o “bilingües coordinados” que no cuestionan la primacía de ese idioma– representa/controla al resto de la población en tanto parte ahora reconocida de un colectivo “mestizo” simbólicamente colocado en el

centro de una “nación paraguaya” de la cual se sigue excluyendo no sólo a los indios y a los extranjeros, sino también a los mestizos mismos.

Habíamos señalado que sólo un convencional habla en guaraní. Dijimos también que, afirmándose como campesino, manifiesta “hablar” –junto a otros tres “compañeros campesinos” convencionales constituyentes– en representación de ese sector. Sugestivamente, este enunciador utiliza el nosotros exclusivo (*ore*) para referirse a su grupo, en oposición al uso del “nosotros” inclusivo (*ñande*), con el que se refiere solamente a “nuestro idioma” –“*ñande idioma*”–.

“Muy brevemente voy a referirme a este artículo que nos toca a nosotros/*oréve* [campesinos] muy de cerca”.²⁵⁸

Este uso selectivo de la primera persona del plural expresa con claridad que el sector “campesino” se ve y se siente visto como conformando un sector distinto del de los convencionales que hablan castellano, y que si bien este convencional también señala que son el sector mayoritario de la población nacional, son definitivamente una inmensa minoría al menos en lo que se refiere a su participación en esta constituyente. Por otro lado “la reivindicación” del guaraní es algo que “afecta” principalmente a este sector, pero que no significa grandes transformaciones para el sector castellano hablante.

A su vez, el agradecimiento²⁵⁹ de este convencional responde al hecho de que:

“Y yo, desde el principio, cuando se empezó a hacer esta Constitución, me alegre mucho porque según me acuerdo, todos los partidos políticos y los movimientos políticos dieron en su propuesta básica, prometieron esto, este artículo primero, que se oficializaría el guaraní, y sobre todo, la enseñanza a los niños en lengua materna”.²⁶⁰

Al declamar explícitamente que la oficialización del guaraní es una promesa de los partidos políticos al sector campesino, este convencional deja en claro que la oficialización no es una demanda que provenga/nazca del sector campesino/guaraní hablante directamente, sino que son las élites morales las que deciden llevar adelante la oficialidad.

²⁵⁸ Convencional E. Martínez. *Diario de Sesiones*. C.N.C. 1992, Sesión ordinaria # 16: 36.

²⁵⁹ Parte II, cap. 4, acápite 3.

²⁶⁰ Convencional E. Martínez. *Diario de Sesiones*. C.N.C. 1992. Sesión ordinaria # 16 :36.

Por ello, la inclusión del mestizo es una inclusión controlada desde la élite que sigue siendo –y sigue viéndose– como clase dominante y que, asentada en los mismos supuestos de la ideología del nacionalismo, no renuncia a imponer su paradigma de manera unívoca para construir “su nación”. Para esta élite, el mestizo tal cual es sigue siendo un “otro”, que debe cambiar y alinearse según los parámetros de esa élite para ser parte del “nosotros” de la sociedad nacional y del estado-nación.

Colocar entonces el problema “*en*” los guaraní-hablantes –lo que es ponerlo “*fuera*” de la élite que controla el estado– presupone y crea un lugar de poder desde el cual instaurar cambios y transformaciones “necesarias”, menos para incorporar al “otro” excluido, que para re-asegurar para la élite el monopolio del estado en un “nuevo” contexto. Supeditada/subordinada a la dinámica propia de la construcción de hegemonía cultural, nuestro argumento central es que se modifica sí la abarcabilidad del *mainstream* para incluir al “mestizo” en “el pueblo de la nación”, pero desde los parámetros del “blanco”. En este sentido, los mestizos de carne y hueso siguen siendo un “otro” que continúa “fuera” del nosotros nacional.

Las similitudes que encontramos con el caso de Ecuador que analiza Stutzman (1981) son notables. En el Paraguay, las transformaciones y redefiniciones de “la nación” en tanto “pluricultural y bilingüe” y del “ciudadano” de esta nación en tanto “mestizo y bilingüe” emergen así como una “reformulación de la ideología nacionalista”, que vé en el mestizaje y el bilingüismo un medio eficaz para hacer lo que, según Stutzman, todo proceso de *nation-building* hace: intentar articular “el espíritu de las estructuras de significación localmente establecidas con formas simbólicas tomadas selectivamente del mundo más amplio (Stutzman 1981: 55).” Y hablamos de “reformulación de la ideología nacionalista” porque el modelo se “amplía” pero sólo se cuestiona parcialmente, y nunca se cuestiona el lugar del castellano.

En el caso abordado por Stutzman, analiza este autor cómo, para las élites que controlan el estado, todo cambio o transformación social, cultural, económica conlleva un alineamiento con los intereses/valores de los sectores dominantes, en base a la progresiva naturalización de la idea de que sólo la adopción de *ese* conjunto de valores lleva al progreso –de manera indefectible, agreguemos–. Es por ello que dicha incorporación comporta menos un cuestionamiento real del sistema, que el movimiento de desplazar los valores de la cultura dominante hacia los sectores que quedaban

excluidos antes, renunciando a por ejemplo preguntarse si “el mestizo” quiere o no adoptar la identidad nacional en los términos que se le propone. Como movimiento simbólico y político unidireccional de transformación, este desplazamiento suele basarse en los imaginarios dicotómicos (periferia-centro / moderno-atrasado / folk-urbano) que según venimos viendo son construcciones ideológicas y valores clave de la ideología nacional en Paraguay. Así, “lo urbano” significa/representa el núcleo de la cultura nacional, caracterizado por el crecimiento y el desarrollo, mientras que todo aquello que no ha incorporado los valores del centro se concibe como “periferia”/“cultura folk”, sin importar dónde esté espacialmente ubicado.

En este sentido, el movimiento hacia el desarrollo del país consiste siempre en la adopción de los valores, las formas de vida y las prácticas de la cultura nacional, siendo la causa del subdesarrollo la no incorporación de esos valores. Paradojalmente, entonces, si bien parecería ser que el estado decide finalmente hablar guaraní, en el fondo la incorporación del guaraní como lengua de estado parece constituirse en el mecanismo por medio del cual se consigue que el pueblo deje de ser lo que es para incorporar los valores “blancos”, esto es, que a la larga empieza a hablar como el estado, “castellanizándose”/ “civilizándose” coordinada e ilustradamente.

Conclusiones

Llegando a este punto, intentaremos articular y re-acentuar distintas cuestiones que se han venido explorando en los capítulos precedentes.

En el “nuevo contexto histórico-político” que la reforma constitucional presupone y ayuda a crear, la “Modernidad” –i.e., vocación democrática y pluralista– del Paraguay lleva a afirmar/reconocer en el texto constitucional que “El Paraguay es un país pluricultural y bilingüe”. En los debates, esta idea de un “país pluricultural *pero* bilingüe” queda firmemente ligada a la de “nuestro pueblo mestizo y bilingüe”.

La primera cosa a señalar es entonces que la falta de correspondencia entre los dos descriptores de la realidad del Paraguay (*pluricultural/bilingüe*) debe enmarcarse en el reconocimiento de que el *país* es una cosa, pero la *nación* es otra. Si el primero puede ser pluricultural, la nación sólo puede ser bilingüe. De aquí en más, también se entiende por qué todo el énfasis de la argumentación queda circunscripto a “la cuestión lingüística”. Lo que en definitiva se está dirimiendo es la re-presentación más adecuada del *pueblo/la nación* paraguaya. Por ello “son idiomas oficiales el castellano y el guaraní (...) [mientras que] Las lenguas indígenas y las de otras minorías [sólo] forman parte del patrimonio cultural de la nación.”²⁶¹

En dicho contexto, a su vez, distintas voces recurrentemente declaman “necesario” incorporar al sector de la población que, hasta entonces, quedaba excluido de la sociedad. Como punto de partida para la reforma, la legitimidad e ineludibilidad de dicha incorporación se vincula a que, en tanto guaraní hablante, dicho sector representa un componente central de “la paraguayidad”.

Estando a su vez fuertemente naturalizada la amalgama lengua=pueblo=cultura, “el idioma guaraní” emerge no ya como “patrimonio” sino como característica tan substancial del grupo/pueblo, que metonímicamente re-presenta las muy variadas dimensiones de la vida/trayectoria social de su comunidad de habla como sector discriminado. Por ende, en lo que hace a revertir “la exclusión resultante”, la revalorización lingüística deviene no sólo medio, sino también un fin en sí mismo. En otras palabras, cuanto más se va haciendo “obvio” que la reivindicación efectiva del guaraní *es* un reclamo justo, legítimo e inexcusable, más parece reforzarse la idea de

²⁶¹ Artículo 140. Constitución 1992. Ver Parte II, cap. 1.

que dicha reivindicación solucionará el problema de la discriminación/marginación social, y de que ello significará automáticamente la promoción del sector guaraní hablante. Si, por un lado, esta naturalización opera una violencia simbólica que silencia voces disidentes que mantienen dudas respecto del paso a dar,²⁶² por el otro lo que esta esencialización del rol de la lengua tiende a hacer es sacar del debate los muchos factores que llevan a la exclusión social de ciertos sectores en Paraguay.

Como señalan diversos autores (Bloemmaert y Verschueren 1998; Stutzman 1981; Woolard y Schieffelin 1994), razonamientos basados en ecuaciones monocausales o en relaciones causa/efecto monovalentes tienden a magnificar y reificar el rol de la lengua. Viendo la diglosia como origen más que como índice y superficie de emergencia de una subalternidad complejamente inscripta, no es infrecuente que tales razonamientos deriven en la convicción de que la reversión de la subordinación de una lengua por otra basta para operar sobre los innumerables factores de tipo económico, social, político que intervienen en la marginación, el subdesarrollo y la pobreza de los hablantes de la lengua dominada.

Debido a esta fetichización de la lengua –y, a menudo, de la educación formal como vía para revertir la diglosia–, dichos factores pasan automáticamente a un segundo plano. Es decir, se le asignan a la lengua efectos sociales plenos, en el sentido de suponer que, con su promoción, se modificarán las relaciones sociales y se restablecerá una relación simétrica. Este “atajo” argumentativo que permite tomar la fetichización de la lengua –esto es, el leer las relaciones entre personas como relaciones entre cosas/lenguas– minimiza la forma en que relaciones sociales que involucran mucho más que dimensiones lingüísticas son las que han llevado a la marginación de un amplio sector de la población.

En tal sentido, vemos en la naturalización de razonamientos basados en ecuaciones monocausales o en relaciones causa/efecto monovalentes una dinámica muy similar a la que Voloshinov identifica como propia de la construcción discursiva de hegemonía. El “fijar” ciertos acentos para cristalizar la significación de signos ideológicos clave –en nuestro caso, “la lengua guaraní”– apunta al doble efecto de estabilizar, por un lado, el

²⁶² En apoyo a esta vinculación entre la naturalización del diagnóstico y el ejercicio de una “violencia simbólica”, nos remitimos no sólo al discurso explícito de Campos Cervera –quien nos manifestara en una entrevista la imposibilidad de dejar expreso, como convencional, sus reparos al respecto–, sino también a la forma en que el Presidente de la asamblea llama a votar el artículo consensuado: “Si tienen un poco de paciencia, le ruego a los Ciudadanos Convencionales que, por favor, no se asusten. Se va a dar lectura cómo queda redactado el artículo.” Ver capítulo I de la Parte II.

paradigma de sentido que legitima la “visión del mundo” hegemónica y de manejar/controlar, por el otro, a su través las transformaciones “necesarias” para neutralizar la lucha de acentos que conlleva la inevitable disputa de semejante visión/articulación. Así, naturalizar la propia “visión (acentuación) del mundo” constituye una manera de mantenerse en control del poder, desde una posición de liderazgo moral e intelectual.

Ahondando entonces en la oficialización del guaraní como parte de un proceso de construcción de hegemonía cultural, destacaríamos que la declamación del Paraguay como “nación bilingüe” conlleva un *movimiento a la facticidad* que, por desplazamientos sucesivos, recompone imaginarios amplios sobre las características tanto lingüísticas como sociológicas del Paraguay en direcciones a veces contrapuestas a las señaladas por el discurso explícito.

La declamación del Paraguay como “nación bilingüe” supone, en primer lugar, reconocer/poner a los sujetos castellano y guaraní hablantes en igualdad de condiciones. Ahora bien, esencializar y naturalizar el *bilingüismo* como “relación simétrica” tiende a oscurecer las complejidades de la situación lingüística concreta de los hablantes de la nación y las de su base sociológica real, en el doble sentido que ambiguamente recrea la idea de “nación bilingüe” –esto es, como conjunto donde algunos hablan un idioma y otros manejan una lengua diferente, o donde todos/muchos manejan dos códigos–.

Como descriptor de una realidad en la que existen monolingües de uno y otro idioma (40% de guaraní y 7% de castellano, aproximadamente), “la nación bilingüe” con sus idiomas oficiales inscribe el proyecto a futuro de crear hablantes coordinados de ambos códigos, desplazando así las diferencias abismales que en términos de poder todavía existen –y, siendo optimistas, existirán por un tiempo– entre ambas lenguas, diferencias que se actualizan y recrean en múltiples zonas de contacto donde el desempeño lingüístico es sólo uno de los factores en base al cual se presupone y crea la existencia de comunidades (de habla) aparentemente “tangenciales”. A este respecto, se ha señalado ya como indicador de la forma en que opera la jerarquización de lenguas y hablantes en zonas de contacto la “no-respuesta” que genera la intervención en guaraní de un constituyente, por parte de quienes vienen manejando sus exposiciones en términos de fijar su posición mediante la re-entextualización de la voz de los “pre-opinantes”. En términos concluyentes, los defensores de la co-oficialidad simplemente obviaron esa intervención, tanto en su valor pragmático como semántico.

En el segundo sentido y más dramáticamente aún, al circunscribir implícitamente como “problema” al monolingüe guaraní, “la nación bilingüe” tampoco da cuenta de las tangencialidades que de hecho distancian a quienes ya son bilingües –proporción que, por cierto, no es tan insignificante pues, según los últimos datos censales, alcanza a constituir cerca del 50% de la población–. Y hablamos de “tangencialidades” también en este caso pues, aunque parezca innecesario decirlo, campesinos “bilingües” y empresarios “bilingües” no están igualdad de condiciones, a pesar de “compartir” el manejo de los códigos “de uso extendido”.

Ambos desplazamientos van sacando entonces de foco las relaciones desiguales que persisten a nivel lingüístico y en los demás niveles.

Veámos también que la “oficialización del guaraní” inscribe la reivindicación de *la lengua* guaraní más que la reivindicación de *los guaraní hablantes*. Siendo el guaraní un diacrítico al que no se puede renunciar en la construcción de la *comunidad imaginada*, esta oficialización comporta un segundo desplazamiento. El guaraní no puede ser ya –no por completo, al menos– una lengua indígena, sino una lengua afirmada como moderna y modernizable. Más que a la voluntad de instaurar prácticas y transformaciones motivadas por las necesidades de la mayoría de “sus ciudadanos”, entonces, la reivindicación de “la lengua” empieza a quedar medularmente ligada a la dinámica/necesidades del estado-nación.

Desde este nuevo anclaje, los referentes sociológicos que subyacen a “la lengua guaraní” definida desde una perspectiva de purismo lingüístico son imaginados y contruidos como sujetos con las mismas características/cualidades/capacidades, esto es, como hablantes de un *guaraní oficial* prestigioso y culto. Por el contrario, los hablantes de *jopara* –sectores rurales, pobres, “incultos”/“iletrados”– no responden al imaginario de hablantes que esta nación imagina y esencializa como sus “ciudadanos”. El mestizo que habla esta “mescolanza” de castellano y guaraní no es el tipo de individuo que este estado interpela y quiere “incorporar” cuando declama la inclusión del “mestizo” al *mainstream* de la sociedad nacional.

Así como en términos lingüísticos está fuertemente anclada y naturalizada una ideología purista que lleva a colocar el *jopara* en el lugar de lo abominable que debe ser eliminado/superado y a mostrar como necesario que el estado construya “su guaraní”/“el guaraní”, en términos sociológicos la declamada inclusión del sector mestizo guaraní hablante se formula siempre desde un modelo naturalizado de “nación-como-estado”

que está anclado en los parámetros del estado-nación moderno. El sujeto a “incorporar” es por tanto un “mestizo” todavía construido desde los estándares “blancos” del modelo de estado-nación previo a 1992. En otras palabras, creemos que la abominación a nivel lingüístico del *jopara* como mezcla/mezcolanza, inscribe en términos lingüísticos un precepto sociológico: desde la perspectiva del estado-nación, el mestizo “de carne y hueso” –“la mezcla impura”– tampoco es lo deseable. No es de extrañar, entonces, que el mestizo concreto, particular del aquí y ahora no se sienta parte de este estado, no se reconozca en ese ciudadano “mestizo y bilingüe” idealizado y esencializado que la nación declama.

Entonces, tanto por el idioma *guaraní* como por el hablante *mestizo* que la co-oficialidad construye, tendemos a pensar que ambos signos están sujetos a un proceso de homogeneización, y que esta incorporación no conlleva, en verdad, un reconocimiento de “lo particular” del Paraguay. Como afirma Pratt (1987) la estandarización y normalización lingüística que los estados nacionales operan sobre las lenguas se equipara a la homogeneización/disciplinamiento que se impone sobre los sujetos de manera de “neutralizar” la diversidad de la población y construir la comunidad imaginada en la que se supone que el “nosotros” es un todo compacto que comparte los mismos valores y es leal al estado que lo representa/gobierna. Es decir lengua y pueblo se construyen a imagen de la nación, como entes continuos y homogéneos, delimitados por límites fijos. Paralelamente, este esfuerzo de construcción también va dejando en claro que todo lo que no esté disciplinado y homogeneizado no es parte del “nosotros”. Por ello la Reforma educativa en última instancia sólo cambia los mecanismos de inclusión, pero no los supuestos en base a los cuales la incorporación se hace efectiva: porque no se renuncia a construir *la nación como estado*, no se renuncia tampoco a construir “la versión” del guaraní acorde al imaginario de nación paraguaya que se desea.

Desde el lugar de los movimientos de integración regional, el nacionalismo en tanto ideología no pierde vigencia, puesto que tampoco en este caso se renuncia a construir la *comunidad imaginada* como un nosotros homogéneo y finito (Blommaert y Verschueren 1998). Y en este particular sentido, el hecho de que el estado decida hablar la lengua del pueblo –de *la paraguayidad*– indica que lo que emerge como necesario no sólo es generar en la población la necesaria lealtad hacia el estado que lo gobierna/representa/controla, sino también reivindicar el “guaraní como lengua” para

que entre a funcionar como diacrítico Paraguay-Mercosur. Ambas cosas muestran nuevamente que, más que como reconocimiento al guaraní-hablante, la reivindicación del guaraní y la resignificación del mestizo en tanto “*paraguayidad*” están subordinados a la re-construcción del Paraguay en los términos del estado-nación moderno.

Creemos en verdad que, en cierto sentido al menos, el nuevo modelo de nación-como-estado no está del todo lejos del modelo de estado moderno “blanco” que regía hasta 1992. Al no estar en desventaja en este esquema, las clases dominantes y las élites dominantes hacen un corrimiento de los límites de incorporación, pero no cuestionan a fondo la lógica de inclusión/exclusión en base a la que operan las ideologías nacionales, lógica que es punto de partida y marco a partir del cual pensar las transformaciones. Argumentaríamos, entonces, que la co-oficialidad del guaraní ha comportado menos una transformación del modelo, que una resignificación del paradigma dentro de la misma lógica.

Esa resignificación ha comportado prestigiar/incorporar el guaraní, sin que en ningún momento fuese “negociable” el rol del castellano ni los supuestos en que se asienta el poder desde donde se piensa el *nuevo* Paraguay. En este sentido, el imaginario del castellano como lengua moderna, de poder y del desarrollo no son *tema* en el debate. Consonantemente, dicho debate se centra en cómo incorporar a los que, en el fondo, se sigue imaginarizando como “otros”, es decir, la población que necesita/debe ser concientizada de acuerdo a los supuestos del paradigma cultural de la nación. En otras palabras, en vez de modificar el sistema para que *algunos* guaraní-hablantes dejen de ser excluidos, se “reivindica” el guaraní suponiendo que eso modificará la relación asimétrica y la desigualdad social.

A su vez y paradójicamente, como se parte del supuesto de que las lenguas “conforman” a los sujetos y “determinan” su horizonte cognoscitivo, no sólo se sigue pensando que es el guaraní lo que los ha marginado, sino que, a largo plazo, es la adquisición “coordinada” del castellano lo que permitirá revertir su marginación y estigmatización. Según este razonamiento, entonces, no son estos supuestos los que re-inscriben lingüísticamente prácticas sociales de marginación de un sector de la población, ni son las clases dominantes y las élites morales responsables de un monopolio y ejercicio del poder que discrimina y estigmatiza a ciertos sectores en base a sus propios valores. Antes bien, parece ser el uso del guaraní y desconocimiento del castellano –como entes casi impersonales– lo que ha “marginado” a ciertos sectores. Por otro lado, al no

cuestionar los supuestos que llevaron a la marginación, parecería que en base a ese razonamiento las élites morales re-construyen lingüística y sociológicamente una imagen de “nación bilingüe” donde el castellano no cede su prerrogativa de ser la lengua del poder, y donde “blancos” y “mestizos” tampoco en verdad alcanzan a ser iguales.

Finalmente, quisiéramos ahora introducir dos tópicos/puntos que, en líneas generales, están medularmente ligados a los efectos/repercusiones de lo que llamamos la fetichización del lenguaje. Aunque su desarrollo excede nuestros objetivos y posibilidades, nos interesa dejar señaladas –casi indexicalizadas– algunas de sus reverberaciones, puesto que según creemos ambos tienen un gran potencial analítico para seguir trabajando a futuro la imbricación de ideologías lingüísticas y nacionales en los procesos de construcción/disputa de hegemonía cultural en Paraguay. Uno se refiere a cómo el entretejido diferencial de ambas ideologías abre un campo de indeterminación en donde interpretaciones antagónicas de la historia disputan un sentido de devenir “oficial” para la nación, pero siempre y paralelamente disputan otras cosas. El otro involucra prestar atención a cómo la canonización del “país pluricultural y bilingüe” como marco clave de contención del “pueblo mestizo y bilingüe” es re-centrada por “sus destinatarios”, cuestión que nos remite a las complejas gramáticas de reconocimiento de sentido que operan y pugnan por re-centrar construcciones hegemónicas.

En términos generales, la reivindicación del guaraní desde distintas posiciones articula supuestos ideológicos de distintos campos topológicos y tiene implicancias en cada uno de estos niveles. Y es por ello que es en la articulación de estos distintos supuestos y campos donde corresponde explorar dos efectos de sentido en principio paradójicos. Primero, cómo imaginaciones de “la lengua guaraní” que parecen coincidir, en realidad acaban distanciándose y confrontando entre sí. Paralelamente, cómo tras imaginaciones de la lengua en conflicto y supuestamente divergentes emergen supuestos en común fuertemente naturalizados, anclados en una misma ideología. A este respecto, nos parece importante señalar que, en base por ejemplo a una ideología lingüística similar, la incidencia de ideologías nacionales y étnico-culturales disímiles

puede dar pie no sólo a valoraciones diferentes del guaraní, sino también a la construcción de “mundos explicativos” radicalmente distintos.

Tratando a su vez de ligar esto con la estrategia de contextualización que seguimos en la Parte I, es que proponemos volver a mirar ahora algunos de los procesos allí apuntados como “historia”, leyendo “en paralelo” las “interpretaciones históricas” de dos discursos contrahegemónicos que enfrentaban el discurso oficial durante la dictadura.²⁶³ Nos referimos a las posiciones de Plá y Meliá – quienes, como ya señalamos, publicaron juntos en 1975 *Bilingüismo y tercera lengua en el Paraguay*. Resulta en este caso notable la forma en que explicaciones asentadas en la misma ideología lingüística pero re-centradas desde perspectivas ideológicas nacionales y étnico-culturales diferentes llevan a entextualizar la “historia” y a acentuar “los hechos” de maneras diferenciales.

Brevemente, en base a una similar ecuación lengua=pueblo=nación, ambos autores construyen los contextos criollo y misionero del periodo colonial como “mestizo” aquél y “puro” éste, aunque acentuándolos de maneras exactamente opuestas. Para Meliá, el contexto criollo fue de dominación y explotación, mientras que el misionero de equilibrio y de respeto al indio (Meliá 1988; 1990; 1992; 1999). Para Plá (1970), como en el contexto misionero no “entró” *La cultura hispánica*, “la pureza” indígena mantenida a ultranza por los agentes religiosos retrasó aún más el desarrollo cultural del Paraguay. Por el contrario, para esta autora, en el contexto criollo el proceso fue de “carácter abierto, de conjugación libre, aunque en circunstancias muy peculiares (1970: 7).” Es decir que está implícita una valoración más bien positiva de este último contexto, en tanto intercambios culturales “equilibrados” y “libres”.

Por otro lado –y en abierta oposición con la lectura oficial de la historia– el “mestizo” de la sociedad criolla es acentuado despectivamente desde el marco de esta autora, pues concretamente este sujeto tomó los elementos más negativos de cada “raza”:

“...al desprecio del padre español por el trabajo añadió [el mestizo] el desdén indígena por las ocupaciones manuales (Plá 1970:10).”

²⁶³ Además de ayudarnos a ilustrar el punto que aquí queremos formular, esperamos que esta “lectura” oficie implícitamente de “pista” para sugerir al lector cómo pensamos que cabría re-centrar la Parte I, en lo que hace a analizar “los usos del pasado”, “la invención de la tradición” o “la construcción del sentido de devenir de la nación”.

Así explica Plá el escaso desarrollo cultural del Paraguay: “El torrente de sangre india [que] se precipita sobre la población colonial (Plá 1970: 15)” vino con la expulsión de los jesuitas a empeorar todavía más las cosas, pues “aún unos 16.500 indígenas puros de Misiones debieron gravitar sensiblemente en el ya casi consumado proceso de miscegenación, traducéndose en un *retraso* del mismo (Plá 1970: 16). Enfasis nuestro” En lo que respecta a la Guerra de la Triple Alianza, Meliá sostiene que esta confrontación “*levantó* la lengua guaraní a símbolo y causa de la identidad nacional (Meliá 1992:168).” Según Plá, en cambio, “la guerra grande (1865-1870) *interrumpió* este movimiento ascensional de la cultura y la expansión idiomática” [...que se había iniciado gracias a que...] “Don Carlos planeó la alfabetización en masa, que pronto rindió sus frutos [aparecen finalmente periódicos, revistas, y hasta una literatura en francés] y se reflejó en una considerable expansión del idioma [se da por obvio que es *El* idioma = castellano] en pocos años” (Plá 1970: 17), proceso éste que habría iniciado un lento desarrollo de “la cultura”.²⁶⁴

Repetimos, lo paradójico es que ambas fueron maneras de enfrentar el discurso hegemónico, en base al supuesto lengua=nación/pueblo=cultura, y “hablando del guaraní”. No obstante, anclándose en ideologías nacionales y étnico-culturales diferentes, Plá socavaba el origen mismo del estado paraguayo para señalar peyorativamente tanto el “renacimiento” del guaraní durante la etapa stronista, como ese régimen en particular y el “*estado* de las cosas” en general durante la dictadura, mientras que Meliá pone de por sí en duda la legitimidad del “estado” paraguayo como institución. Más que el problema de un régimen particular, para Meliá el dilema radica, como vimos en capítulos anteriores, en que “estado” y “pueblo” en Paraguay son dos entidades irreductibles, pues tienen “otra” lengua, “otra” cultura y, por lo tanto, dos concepciones distintas e incompatibles de “lo político”.

El segundo punto que queremos resaltar se vincula con una cuestión que esta tesis ha dejado inexplorada. Debido a la perspectiva desde la cual decidimos encarar el trabajo – y al hecho, también, de ser el nuestro un abordaje inicial– sólo hemos enfocado un aspecto del “problema del guaraní”, pero nada hemos dicho de las tensiones que surgen a nivel de los supuestos destinatarios de esta políticas lingüísticas. No obstante, aún

²⁶⁴ En este mismo marco, “lo elemental de la cultura plástica indígena es un hecho reconocido” y “a la luz de la dualidad cultural planteada, se comprende perfectamente que las manifestaciones superiores de vida artística o literaria no hallaran terreno para expresarse [en este contexto colonial] (Plá 1970:10)”

dejando la cuestión de los efectos sobre los destinatarios como un paso siguiente a explorar en el futuro, nos interesa apuntar que éste también es un campo complejo y conflictivo, donde la articulación de distintos niveles ideológicos repercuten en las diversas imágenes de *lengua*, de *nación* y de *estado* que se ponen en danza.

Retomando una de las pistas que a este respecto la tesis sí ententaliza, volvamos por última vez a la intervención del convencional Martínez. Hay en esta intervención elementos que son ricos en varias direcciones. Nos referimos no ya a que nadie pareció registrar/retomar su voz, sino por ejemplo a que (a) aunque se señala explícitamente que la reivindicación del guaraní no nace del propio sector guaraní hablante, este sector, *en su conjunto*, aparece como reclamándola/pidiéndola; y (b) desde la “posición del sector campesino” que este enunciador representa, la oficialización del guaraní y la educación en guaraní están también idealizados, pues se supone que la reivindicación logrará la promoción social del sector guaraní-hablante:

“..porque lo que este artículo [77] plantea realmente, dará un principio real a la reivindicación del sector mayoritario del país, el sector campesino (...) Y por eso esta Constitución da una respuesta al sector campesino.”²⁶⁵

Es decir que, a través de cuestiones lingüísticas, encuentran vía de expresión “esencialismos estratégicos” que, en tanto tales, están expuestos a los riesgos que todo esencialismo conlleva (Briones 1998). Al intentar romper el monolingüismo imperante en el recinto, Martínez logró al menos inscribir en actas la voz del “sector campesino” subalterno y guaraní hablante que, conformando el “*pueblo mestizo y bilingüe*” de la nación, hasta el momento sólo había quedado representado como “palabra ajena”. Pero la intervención de Martínez parece a su vez poblada de voces ajenas, ya que su reclamo/reivindicación de “nuestra lengua” también como *la* solución de los problemas de arrastre avala la fetichización del guaraní.

Sin embargo, lo más interesante a destacar aquí como cierre es que, desde la visión de otros destinatarios de estas políticas lingüísticas, emergen otras muy numerosas tensiones que detectan nudos conflictivos que persisten o que se generan a partir de este nuevo imaginario entretejido en torno a la oficialización del guaraní, tensiones que por cierto se alejan de la argumentación del convencional Martínez. Nos referimos, por un lado, a “campesinos” y guaraní-hablantes urbanos que se oponen a que sus hijos reciban

²⁶⁵ Convencional E. Martínez. *Diario de Sesiones*, C.N.C. 1992. Sesión Ordinaria # 16: 36.

educación en guaraní.²⁶⁶ Pero nos referimos también a sujetos bilingües que, a pesar de que su lengua materna sea el guaraní, no están dispuestos a renunciar al español, ni a que se les diga lo que debería representar/significar la lengua guaraní para “el paraguay”. Así lo planteó uno de los asistentes a una mesa redonda,²⁶⁷ quien se sintió motivado a dar respuesta a las opiniones de tres panelistas expertos en la materia (dos de ellos extranjeros) y particularmente a la afirmación de Meliá quien sostuvo que “El paraguay que no sabe guaraní es un peligro público”:

“No acepto que nadie me diga a mí qué idioma tengo que hablar, ni que se me diga que si elijo hablar castellano soy menos paraguay. Y menos aún, que me lo digan extranjeros.”

²⁶⁶ López (1997); Gynan (1995); M.E.C. (1998), entre otros.

²⁶⁷ Mesa redonda sobre “El Guaraní: ¿freno o instrumento de desarrollo?”, realizada el 07/04/00 en la Manzana de la Rivera, en la cual dos de los expositores fueron B. Meliá y D. Villagra.

Bibliografía

- ALONSO, A. 1994 "The Politics of Space, Time and Substance: State Formation, Nationalism, and Ethnicity." En *Annual Review of Anthropology* 23: 379-405.
- ANDERSON, B. 1993 *Comunidades Imaginadas*. México: Fondo de Cultura Económica. (1983)
- Avances de la Reforma Educativa. Perspectivas, estrategias y políticas de la educación paraguaya* 1998. Ministerio de Educación y Cultura. Consejo Asesor de la Reforma Educativa. Asunción: Ediciones y Are S.R.L.
- BAREIRO SAGUIER R. 1980 *Literatura Guaraní del Paraguay*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- BAREIRO SAGUIER R. 1989 *Augusto Roa Bastos. (caídas y resurrecciones de un pueblo)*. Montevideo: Ediciones Trilce.
- BAREIRO SAGUIER R. 1990 *De nuestras lenguas y otros discursos*. Asunción: Universidad Católica Nuestra Señora de la Asunción. Biblioteca de Estudios Paraguayos. Volumen 34.
- BENITEZ, L.G. (s/f) *Manual de historia paraguaya*. Asunción: Editorial Comunerros.
- BERTONI, M. 1920. *La Lengua Guaraní como Documento Histórico*. Puerto Bertoni, Alto Paraná: Edición Ex Sylvis.
- BLOMMAERT, J. Y J. VERSCHUEREN. 1998 "The Role of Language in European Nationalistic Ideologies." En: *Language Ideologies. Practice and Theory*. B. Schieffelin, K. Woolard Y P. Kroskrity. (eds.) Oxford: University Press.
- BRIONES, C. 1995 "Hegemonía y construcción de la nación. Algunos apuntes". *Papeles de trabajo* Centro de Estudios Interdisciplinarios en Etnolingüística y Antropología, UNR, # 4: 33-48.
- BRIONES, C. 1998 *La alteridad del cuarto mundo. Una deconstrucción antropológica de la diferencia*. Buenos Aires: Ediciones del Sol.
- BRODSKY, A. 1976 *Elisa Lynch and her friend*. Reino Unido: Cassell & Co.
- CADOGAN, L. 1963 "En torno a la enseñanza del guaraní y su implantación como idioma oficial" En: Corvalán G. Y G. de Granda 1982: 219-232.

- CAMPOS CERVERA, R. 1987 "La 'descontitucionalización' gravita más". En: Revista Sendero. Agosto de 1987. Asunción.
- CENTURION, BENITEZ-FLORENTIN, SEALL-SASIAN. (s/f) "Breve historia del liberalismo paraguayo desde 1936 hasta 1989". Mimeo.
- CHASE SARDI, M. Y M. MARTINEZ ALMADA. 1973 "Encuesta para detectar la actitud de la sociedad ante el indígena". En: *Suplemento Antropológico*, VIII, no 1-2. Asunción: Universidad Católica: 163-170.

Convención Nacional Constituyente. *Anteproyectos de Constituciones presentados, Propuestas y aportes varios, Proyectos de las Subcomisiones a la Comisión redactora, Principales Fuentes y Bibliografía*. Tomo I Cord: Convencional Ramiro Barboza. Asunción: Universidad Católica. CIDSEP.

CORVALAN, G. 1981a *Paraguay: nación bilingüe*. Asunción: CPES. (1977)

CORVALAN G. 1981b "El bilingüismo en la educación en el Paraguay: ¿es creativo u opresivo?" En: Corvalán G. Y G. de Granda 1982: 181-232.

CORVALAN, G. 1982 "Estudios Lingüísticos y Sociolingüísticos en el Paraguay". En: Corvalán G. Y G. de Granda 1982: 811-841.

CORVALAN, G. 1983 "La política lingüística y su implementación en el Paraguay" En: *Suplemento Antropológico*, XVIII no 1. Asunción: Universidad Católica: 107-135.

CORVALAN, G. 1995 "Políticas lingüísticas e integración en el Paraguay. En: *Ñane ñe'e Paraguay bilingüe. Políticas lingüísticas y educación bilingüe*. Comisión Nacional de Bilingüismo. Asunción: Fundación en Alianza/MEC: 38 a 47.

CORVALAN, G. 1998a *¿Que es el bilingüismo en el Paraguay?* . Asunción: CPES. (1983).

CORVALAN, G. 1998b La Educación escolar bilingüe en el Paraguay. Avances y desafíos". En Revista Paraguaya de Sociología. Año 35-Nº 103, setiembre diciembre 1998. Asunción: CPES.

CORVALAN, G. s/f (1997?) Informe para la Cámara de Diputados. (mimeo)

CORVALAN, G. y G DE GRANDA (eds.) 1982 *Sociedad y Lengua: Bilingüismo en el Paraguay* . Tomos I y II. Asunción: CPES.

DE GRANDA, G. 1979 "Calcos sintácticos del guaraní en el español del Paraguay". En: Corvalán, G. Y G. de Granda 1982: 701-732.

DE GRANDA, G. 1981 "Actitudes sociolingüísticas en el Paraguay". En: Corvalán, G. Y G de Granda 1982: 445-472.

Diario de Sesiones. Convención Nacional Constituyente 1967. Tomo II.1974 Asunción: Imprenta Nacional.

Diario de Sesiones. Convención Nacional Constituyente 1992. Tomo II. 1992. Asunción: Imprenta Nacional.

- DOMINGUEZ, R. 1978 "Glosario del Yopará" En: Corvalán, G. Y G de Granda, 1982: 613-635.
- DOMINGUEZ, R. 1995 "Bilingüismo y cultura". En: *Ñane ñe'e Paraguay bilingüe. Políticas lingüísticas y educación bilingüe*. Comisión Nacional de Bilingüismo. Asunción: Fundación en Alianza/MEC: 13-15.
- DOUGLAS, M. 1973 *Pureza y Peligro*. Madrid: Siglo XXI. (1966)
- DURAN ESTRAGO, M. 1987 *Presencia Franciscana en el Paraguay (1538-1824)*. Biblioteca de Estudios Paraguayos. Volumen XIX. Asunción: Universidad Católica.
- Estudio sobre bilingüismo en el marco de la Reforma Educativa*. 1998. M.E.C. Asunción: CPES.
- GARVIN, P. y M. MATHIOT. 1956 "La urbanización del idioma guaraní: problema de lengua y cultura" En: Corvalán, G.Y G. de Granda 1982: 27-42.
- GENES, I. 1995 "El guaraní en la educación bilingüe". En: *Ñane ñe'e Paraguay bilingüe. Políticas lingüísticas y educación bilingüe*. Comisión Nacional de Bilingüismo. Asunción: Fundación en Alianza/MEC: 133-136.
- GOMEZ MORALES, G. 1998 *Cultura popular y medios masivos en el Paraguay. Un planteamiento ético*. Asunción: Fundación en Alianza. (1995)
- GONZALEZ, N. 1948 *Proceso y Formación de la Cultura Paraguaya* .Tomo I. Asunción: Editorial Guaranía.
- GONZALEZ, N. 1958 *Ideología Guaraní*. México DF: Instituto Indigenista Mexicano.
- GUASCH, A. Y D. ORTIZ. 1991 *Diccionario Castellano-Guaraní, Guaraní-Castellano*. Asunción: CEPAG.
- GYNAN SH. N. 1995 "El futuro del bilingüismo paraguayo". En: *Ñane ñe'e Paraguay bilingüe. Políticas lingüísticas y educación bilingüe*. Comisión Nacional de Bilingüismo. Asunción: Fundación en Alianza/MEC: 19-23.
- HANDLER, C. Y J. LINNEKIN. 1984 "Tradition, Genuine or Spurious" En: *Journal of American Folklore* Vol. 97 N° 385: 275-290.
- HOBBSAWN, E.J. 1992 *Naciones y Nacionalismo desde 1780* . Barcelona: Editorial Crítica.(1991)
- JOVER PERALTA, A. 1950 *El guaraní en la geografía de América*. Buenos Aires: Ediciones Tupã.

- JOVER PERALTA, A. Y T. OSUNA. 1952 *Diccionario Guaraní-Español y Español-Guaraní/ Ñe'énguerirú avañe'é - caraiñe'é ha caraiñe'é - avañe'é*. Buenos Aires: Ediciones Tupã. (1950)
- KRIVOSHEIN DE CANESE, N. 1986. "Sobre la unificación del alfabeto de la lengua guaraní". En: *Suplemento Antropológico*, XXI, no 2. Asunción: Universidad Católica: 141-179.
- LEWIS, P. 1980 *Paraguay under Stroessner*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- LIVIERES, L. Y DAVALOS J.S. 1969 "Las lenguas del Paraguay". En: Corvalán G YG. de Granda 1982: 43-60.
- LOPEZ, L.E. 1997 Informe de Consultoría. Convenio M.E.C.-Harvard. Mimeo.
- LUCY, J.A. 1997 "Linguistic Relativity". En: *Annual Review of Anthropology* 26: 291-312.
- LUSTIG, W. 1996 "Mba'eichapa oiko la guaraní? Guaraní y jopara en el Paraguay." En *Ñemity* N° 33 2do semestre-1996: 12-32.
- MANRIQUE CASTAÑEDA, L. 1969 "Algunas Observaciones sobre el bilingüismo del Paraguay." En: Corvalán G YG. de Granda 1982: 61-84.
- MARTINEZ DE CAMPOS; M.E., MANSFELD DE AGUERO M.E.; E I B. GENES H. 1995 "El guaraní paraguayo y la educación escolar básica". En: *Ñane ñe'e Paraguay bilingüe. Políticas lingüísticas y educación bilingüe*. Comisión Nacional de Bilingüismo. Asunción: Fundación en Alianza/MEC: 108-111.
- MEILINGER DE SANNEMAN, G. 1994 *Paraguay en el "Operativo Cóndor". Represión e Intercambio Clandestino de Prisioneros Políticos*. Asunción: A.R. Impresiones.
- MELIA, B. 1971 "El guaraní dominante y dominado" En: Meliá 1990: 39-52.
- MELIA, B. 1973 "Diglosia en el Paraguay o la comunicación desequilibrada", En: *Suplemento Antropológico*, 7, 1-2. Asunción: Universidad Católica: 75 a 84.
- MELIA, B. 1974 "Hacia una tercera lengua en el Paraguay." En: Estudios Paraguayos. Revista de la Universidad Católica. N°2. Asunción.
- MELIA, B 1988 *El guaraní conquistado y Reducido*. Ensayos de Etnohistoria. Asunción: Biblioteca Paraguaya de Antropología, Vol. 5, CEADUC.
- MELIA, B. 1990 *Una nación dos culturas*. Asunción: RP Ediciones-CEPAG.
- MELIA, B. 1992 *La Lengua Guaraní del Paraguay*. Madrid: Editorial MAPFRE.

- MELIA, B. 1995 “Aprender guaraní, ¿para qué?” En *Ñane ñe’e Paraguay bilingüe. Políticas lingüísticas y educación bilingüe*. Comisión Nacional de Bilingüismo. Asunción: Fundación en Alianza/MEC: 59 a 64,
- MELIA, B. 1999 “El sentido político de la lengua guaraní” En: Revista Acción N° 196- Agosto: 24-27.
- MELIA, B. 2000 Revista Docente Año 1 N°1 Mayo 2000 :27-30.
- MENDONÇA, J.C. 1967 *Las Constituciones Paraguayas y los proyectos de Constitución de los partidos políticos*. Asunción: Editorial Emasa.
- MORENO, F.R. 1996 *Ensayos sobre la historia del Paraguay*. (comp.) Asunción: Editorial El Lector.
- MORINIGO, M. A. 1975 “Impacto del español sobre el guaraní”. En: Corvalán G. Y G. de Granda, 1982: 597-612.
- MORINIGO, M. A. 1990 *Raíz y destino del guaraní*. Asunción: Universidad Católica Nuestra Señora de la Asunción. Biblioteca de Antropología, Volumen 8. Fundación en Alianza/MEC: 13-15.
- PASTORE, C. 1972 *La lucha por la tierra en el Paraguay*. Montevideo: Editorial Antequera.
- PAULSTON, B.P. 1997 “Language Policies and Language Rights.” En *Annual Review of Anthropology*. 26: 73-85.
- PERASSO, J.A. 1987 *Crónicas de cacerías humanas. La tragedia ayoreo*. Asunción: Editorial El Lector.
- PLA, J. 1970 “Español y guaraní en la intimidad de la cultura paraguaya” En: Caravelle, Toulouse, Francia. N° 14
- PLA, J. 1974 “La literatura paraguaya en una situación de bilingüismo” En: Corvalán G. Y G. de Granda, 1980: 269-312.
- PLA, J. y B. MELIA. 1975 *Bilingüismo y tercera lengua en el Paraguay*. Asunción: Universidad Católica.
- POTTIER, B. 1969 “Aspectos del Bilingüismo Paraguayo”, En: *Suplemento Antropológico*, Vol. 4- N0 1. Asunción: Universidad Católica: 189-198.
- PRATT, M.L. 1987 “Linguistic Utopias” En *Linguistics of Writing*. N. Fabb y A. Durant (eds.). Manchester: University Press.
- PRIETO YEGROS, M. 1999 *En tiempo de chivatos*. Asunción: Cuadernos Republicanos.
- “Primeras propuestas tendiente a instaurar la educación bilingüe en el Paraguay”. s/f. (1991?) Ministerio de Educación y Cultura. Mimeo.

- REHNFELDT, M. 2000 “ Etnohistoria de los Caaguá (Guaraní) del este paraguayo (1537-1669)”, En: *Suplemento Antropológico*, Vol. XXXV – no. 1. Asunción: Universidad Católica: 91-180.
- REHNFELDT, M. Y R. MALDONADO. 1993 *Cuando Dupade ya no pinta*. Asunción: Talleres Industrial Gráfica Comunereros.
Revista *Guaranía*. N° 27 Año III; N°32 Año III; N° 33, Año III.
RIVAS ARAUJO, F. Conferencia dictada en Santiago de Chile. En: Cuadernos Republicanos #24 Mayo 1986. Asunción, Editorial Universo.
- ROA BASTOS, A. (s/f)“Cultura Oral y Literatura Ausente” En: *Revista Quimera* N° 61: 38-53.
- RODRIGUEZ ALCALA C. 2000. *Língua, Nação e Nacionalismo: Um estudo sobre o Guaraní no Paraguai*. Tesis doctoral presentada en el Departamento de Lingüística del *Instituto de Estudos da Linguagem* de la Universidad Estadual de Campinas-UNICAMP, Brasil, en junio de 2000. Mimeo.
RODRIGUEZ ALCALA, G. (comp.) 1991. *Residentas, Destinadas y Traidoras*. Asunción: R.P. Ediciones Criterio.
RODRIGUEZ ALCALA H. 1990. *Augusto Roa Bastos. Premio Cervantes 1989*. Asunción: Intercontinental Editora.
RONA, P.J. 1966 “El estatus social y cultural del guaraní en el Paraguay”. En: Corvalán, G. Y G. de Granda 1982: 233-268.
- RUBIN, J. 1974 *Bilingüismo Nacional en el Paraguay*, México: Instituto Indigenista Interamericano. Ediciones especiales N° 69.
- SCHVARTZMAN, M. 1983 “El “indio” y la Sociedad; los prejuicios étnicos en el Paraguay” En: *Suplemento Antropológico*, XVIII no 1. Asunción: Universidad Católica: 179-243.
- SCHVARTZMAN, M. 1987 “Ser indio. Notas para una filosofía del hombre” En: *Suplemento Antropológico*, XXII no 2. Asunción: Universidad Católica: 55-80.
- SILVERSTEIN, M. 1992 “Metapragmatic discourse and metapragmatic function”. En: *Reflexive Language*. J. Lucy (ed.) Cambridge: Cambridge University: 33-60.
- STUTZMAN, R. 1981 “El Mestizaje. An All –Inclusive Ideology of Exclusion.” En *Cultural Transformations and Ethnicity in Modern Ecuador*. N. Whitten Junior (ed.) Urbana: University of Illinois Press: 45-94.
- SUSNIK, B. 1982 *El Rol de los Indígenas en la Formación y en la Vivencia del Paraguay*. Tomo I. Asunción: Institutos Paraguayo de Estudios Nacionales.

- SUSNIK, B. 1983 *El Rol de los Indígenas en la Formación y en la Vivencia del Paraguay* . Tomo II . Asunción: Institutos Paraguayo de Estudios Nacionales.
- SUSNIK, B. 1994 *Interpretación etnocultural de la complejidad sudamericana antigua I. Formación y Dispersión*. Asunción: Museo Etnográfico “Andrés Barbero”.
- SUSNIK, B. 1990-1991 *Una visión socio-antropológica del Paraguay del siglo XVIII*. Asunción: Museo Etnográfico “Andrés Barbero”.
- SUSNIK, B. 1992 *Una visión socio-antropológica del Paraguay del siglo XIX Parte 1era*. Asunción: Museo Etnográfico “Andrés Barbero”.
- SUSNIK, B. 1993 *Una visión socio-antropológica del Paraguay del siglo XVI-1/2XVII*. Asunción: Museo Etnográfico “Andrés Barbero”.
- SUSNIK B. y M CHASE SARDI 1995 *Los Indios del Paraguay*. Madrid: Editorial MAPFRE.
- URCIUOLI, B. 1995 “Language and Borders.” En *Annual Review of Anthropology*. 24:525-46.
- URBAN, G. 1991 “The Semiotics of State-Indian Linguistic Relationships: Peru, Paraguay, and Brazil.” En: *Nation-States and Indians in Latin America*. G. Urgan y J Scherzer (eds.) Austin: University of Texas press: 307-330.
- URBAN, G. 1992 “The two faces of culture”. En *Working Papers and Proceedings of the Center of Psychosocial Studies*. #49: 1-21.
- VILLAGRA DE BATOUX, D. Y OTROS 2000 “Tratamiento de la lengua guaraní en los materiales educativos: Líneas directrices y recomendaciones”. Mimeo.
- VOLOSHINOV, V.N. 1992 *El marxismo y la filosofía del lenguaje* Madrid: Alianza Editorial.
- VON LEPPEL, H. 1991 *Aspectos históricos, sociales y culturales del proceso político paraguayo*. Asunción: Editora Cerro Cora.
- VYSOKOLAN, O. 1999 “ Construcción de la nación multicultural en el Paraguay”, En: *Suplemento Antropológico*, XXXIV. No.1. Asunción: Universidad Católica: 33-56.
- WARREN, H. 1949 *Paraguay. An Informal History* . University of Oklahoma press.
- WILLIAMS, R. 1980 *Marxismo y Literatura* Madrid: Ediciones Península. (1977)

- WILSON, A.W. 1973 "Herder, Folklore and Romantic Nationalism." *En: Journal of Popular Culture* : 821-835.
- WOOLARD, K.A. Y B. SHIEFFELIN 1994 "Language Ideology" *En: Annual Review of Anthropology*. 23:55-82.
- ZARRATEA, T. 1995 "Marco jurídico de las lenguas en el Paraguay". Seminario Nacional de Bilingüismo y Políticas Lingüísticas. Comisión Nacional de Bilingüismo. Mimeo.
- ZUBIZARRETA, C. 1985 *Cien vidas paraguayas*. Asunción: Editorial Aravera.